





ROSARIO CASTELLANOS,
INTELECTUAL MEXICANA



Rector general

Dr. Eduardo Abel Peñalosa Castro

Secretario general

Dr. José Antonio de los Reyes Heredia
UNIDAD IZTAPALAPA

Dr. Rodrigo Díaz Cruz

Rector

M. en B. E. Arturo Leopoldo Preciado López

Secretario

Dr. Juan Manuel Herrera Caballero

Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dra. Georgina López González

Jefa del Departamento de Filosofía

Consejo editorial

Biblioteca de Signos

Alejandra Capistrán-Garza/Norma Angélica Castillo Palma

Margaret Lee Zoreda/Javier Mac Gregor Campuzano

Alma Mejía González/Héctor Muñoz Cruz/Carmen Trueba Atienza

María Guadalupe Rodríguez Sánchez

biblioteca de
signos

ROSARIO CASTELLANOS, INTELECTUAL MEXICANA

Claudia Maribel Domínguez Miranda



Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Unidad Iztapalapa

Diseño de portada: Álvaro Luna Castillejos
Fotografía tomada de la galería de imágenes ImgCop.com
Primera edición: 2019

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa
Av. San Rafael Atlixco 186, Col. Vicentina,
Iztapalapa, 09340, Ciudad de México
Tel.; 5804-4600 ext. 2786
pubf@xanum.uam.mx

D.R. © Ediciones del Lirio S.A. de C.V.
Azucenas 10, Col. San Juan Xalpa,
Iztapalapa, 09850, Ciudad de México
www.edicionesdelirio.com.mx

Derechos reservados conforme a la ley.

ISBN UAM: 978-607-28-1559-9

ISBN EDICIONES DEL LIRIO: 978-607-8569-55-7

Este libro ha sido dictaminado, de manera anónima, por dos especialistas en el tema externos a la UAM-Iztapalapa.

IMPRESO EN MÉXICO

PRINTED IN MEXICO

Contenido

Agradecimientos	11
Introducción	13
Capítulo 1. Intelectual-escritora: Rosario Castellanos entre el reconocimiento y el ninguneo	21
Capítulo 2. Del proceso de concepción literaria al de incorporación de una escritora a su campo intelectual	81
Capítulo 3. El papel intelectual de Rosario Castellanos: recepción del campo de poder en la década y “apogeo” en el campo intelectual	131
Capítulo 4. Una forma femenina de ser intelectual: Rosario Castellanos (enero, 1969-marzo, 1971)	177
Capítulo 5. Rosario Castellanos desde Israel: una conciliación entre el periodismo, la diplomacia y la “vida doméstica”	229
Conclusiones	285
Bibliografía	295



Dedicado a la memoria de Rosario Castellanos

“no hay soledad, no hay muerte...”



AGRADECIMIENTOS

Deseo mencionar a todas las personas que colaboraron en la realización de este libro. Aralia López González (†), mi asesora de tesis de doctorado en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, me impulsó a encontrar información inédita y a escribir un texto que constituyera un aporte para los estudios de Rosario Castellanos. Alejandro Higashi generosamente me brindó su tiempo, paciencia y apoyo para pensar en las definiciones del intelectual mexicano y, sobre todo, me invitó a considerar con detenimiento la recepción de la escritora mexicana en un campo intelectual masculino. Mayuli Morales Faedo y Andrea H. Reyes leyeron la versión final de mi trabajo y lo nutrieron aún más con sus comentarios y pertinentes sugerencias bibliográficas. Por su parte, uno de los dictaminadores anónimos me invitó a buscar el discurso titulado “La misión del intelectual” (1957); encontrarlo me permitió constatar el compromiso de Castellanos con la sociedad de su tiempo.

Las siguientes instituciones y archivos fueron fundamentales para sustentar mis ideas y concretar mi proyecto: la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), el Instituto Nacional Indigenista (INI), el Archivo General de la Nación (AGN), el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de la UNAM, el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Departamento de Archivos de la UNAM, el Fondo de Cultura Económica, el Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales y la revista *Siempre!*

María Guadalupe Rodríguez Sánchez y Amaranta Luna Castillejos estuvieron al cuidado de la edición y publicación de este texto; sin su invaluable colaboración, no habría sido posible comunicar este trabajo. Tampoco lo habría sido sin la recomendación de Aralia López, Mayuli Morales, Andrea Reyes y Luz Elena Zamudio, quienes creyeron que la investigación era meritosa de participar en un proceso de arbitraje para su posible publicación.

A la par de mis maestros, me acompañaron mis familiares y amigos. Principalmente, cuando estuve incapacitada para mover las manos, conté con el cariño y el apoyo de Lucía Domínguez, Adalay Zamora, Adán Rangel y de mi mamá. Ellos escucharon mis dictados y me ayudaron a mecanografiar el trabajo. En especial, mi hermana dedicó varias horas a leer conmigo los fragmentos que me parecían poco convincentes. Anita, Diana, Erika, Ninel, Marco, Mario y Hugo me brindaron su tiempo para buscar información, constatar un dato, visitar un archivo, encontrar a algún amigo de la escritora o, sencillamente, para hablar de Rosario Castellanos.

INTRODUCCIÓN

Cuando se releen sus libros se verá que nadie en este país tuvo, en su momento, una conciencia tan clara de lo que significa la doble condición de mujer y de mexicana, ni hizo de esta conciencia la materia misma de su obra, la línea central de su trabajo. Naturalmente no supimos leerla.

JOSÉ EMILIO PACHECO

Han pasado más de 40 años desde que José Emilio Pacheco afirmó que, en vida de Rosario Castellanos, no supieron leerla.¹ A lo largo de ese tiempo, se han escrito numerosos artículos dedicados a explicar, principalmente, su obra narrativa. Incluso, se puede afirmar que todos o casi todos los estudios elaborados en torno a su obra han considerado su condición de mujer y de mexicana, pues, si hay un rasgo que los homogenice, es su recurrencia a remitirse a su biografía y a su identidad femenina para analizarla e interpretarla. Sin embargo, tal como lo he mencionado, la crítica ha interpretado principalmente la narrativa de Rosario Castellanos, no sus ensayos. Debido a ello, es preciso recordar que José Emilio Pacheco se refirió a la deficiente lectura que se tuvo del trabajo de Castellanos en su prólogo a *El uso de la palabra* (1974), antología de ensayos publicada poco después del sensible fallecimiento de Castellanos en Israel. Importa reparar en este detalle, sobre todo si se recuerda también que fue el mismo José Emilio Pacheco quien alentó a la investigadora

¹ José Emilio Pacheco, "La palabra. Nota preliminar", en *El uso de la palabra*, México, Excélsior, 1974, p. 8.

estadounidense Andrea H. Reyes a completar la recopilación de los ensayos que ya había localizado con los que la escritora redactó para *Excelsior*.²

La estudiosa logró recuperar 338 ensayos que, en la actualidad, componen los tres volúmenes de *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos* (2004, 2006 y 2007). Cada uno está precedido por un estudio en el que Andrea Reyes describe la trayectoria de Rosario Castellanos y destaca los principales temas que ocuparon su pensamiento: literatura, México, mujer, autobiografía, Israel, maternidad y el mundo. En cada uno, las palabras de la investigadora son lo suficientemente enfáticas y poderosas como para llamar la atención de los lectores e invitarlos a pensar en un corpus dejado al olvido, ya que su conservación en acervos periodísticos dificultaba su lectura.

En este orden de ideas, cabe mencionar que la misma Rosario Castellanos, en varios momentos de su trayectoria literaria, se ocupó de reunir sus ensayos y de publicarlos a manera de libros: *Sobre cultura femenina* (1950), *Declaración de fe* (1966), *Mujer que sabe latín* (1973) y *El mar y sus pescaditos* (1974). Por lo mismo, el trabajo de recuperación y de recopilación de Andrea Reyes enfatiza el hecho de que Castellanos fue una pensadora incansable y que no sólo estuvo preocupada por las mujeres y los indígenas, sino también por México, su pasado, su presente y su porvenir. Es decir, su labor hace pensar que la chiapaneca no fue una escritora

² Véase Andrea H. Reyes, “Introducción”, en *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. I, 2004, pp. 15 y 16.

(Debido a la cantidad de textos de Rosario Castellanos que se citan a lo largo de la presente obra —la mayoría de ellos provenientes de la compilación a cargo de Andrea H. Reyes—, la primera vez que se citen en cada capítulo se pondrá la referencia completa, pero en las notas subsiguientes únicamente se pondrá parte del título del artículo y las páginas referidas; en el caso de la obra compilatoria *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, además del título del ensayo abreviado, se especificará el volumen al que pertenece; por ejemplo, Rosario Castellanos, “Patria”, en *Mujer III*, pp. 156-157.)

a secas, sino una intelectual de la que vale la pena explicar por qué no fue reconocida como tal por el campo intelectual de su época.

Teóricamente, afirmar que Rosario Castellanos fue una intelectual implica, en primer lugar, aclarar a qué se debió el reconocimiento parcial del que gozó en vida y, en segundo, explicar por qué ella misma jugó con la categorización de *irrelevante* que le atribuyeron algunos de sus contemporáneos. Su actitud irónica llama la atención, tomando en cuenta que tempranamente emitió su propia definición de *intelectual* y se empeñó en asumir un compromiso con su sociedad. El 14 de mayo de 1957, en el Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, dijo: “lo que el intelectual tiene en sus manos (y debe tenerlo con ‘temor y temblor’ como cosa sagrada), es la brújula que apunta siempre a un norte: el destino de la humanidad”.³ Nótese que la concepción de la autora requería guiar el rumbo de la sociedad y ser determinante de su futuro. ¿Cómo llevó a cabo esa tarea? En las siguientes páginas, se explicará cómo hizo uso de la palabra para lograrlo y cómo asumió la crítica desaprobatoria a partir del entendimiento de su identidad femenina.

Importa sostener que la falta de legitimación y consagración por parte de sus contemporáneos se debió a que la categoría de *intelectual* es masculina, por antonomasia. En ese grado, el reconocimiento de una mujer se sujetaba a la consumación de una propuesta estética y de una actitud política semejante a la de los intelectuales connotados, y no a un pensamiento femenino acorde con un proyecto creador congruente con su trayectoria y diseñado para recordar a la población olvidada por el discurso histórico y político nacional oficial.

Para llevar a cabo cabalmente la revaloración de la posición de Castellanos en el campo intelectual y en el de poder, exhumé varios documentos. Entre los de índole literario, se encuentran el expediente de Rosario Castellanos perteneciente al archivo

³ Rosario Castellanos, “La misión del intelectual”, en *Ateneo de Chiapas*, núm. 7, 1957, p. 18.

del Centro Mexicano de Escritores (CME); las revistas *Winik* y *Sk'oplat te mejikolum* (*La palabra de México*), editadas por el Instituto Nacional Indigenista (INI); la revista *Siempre!*, y los archivos de la obra de la escritora conservados por el Fondo de Cultura Económica (FCE). Y entre los de índole biográfico, se hallan distintos expedientes de nuestra autora: el docente, conservado por el archivo del Departamento de Archivos de la UNAM; el diplomático, resguardado en el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y, finalmente, el que la Dirección Federal de Seguridad (DFS) solía abrir para conservar información de los periodistas incómodos para el régimen, este último se halla en el Archivo General de la Nación (AGN).

Sirvan las siguientes síntesis de los apartados para que el lector decida en qué orden desea leer el libro. En el primer capítulo, “Intelectual-escriitora: Rosario Castellanos entre el reconocimiento y el ninguneo”, elaboro una revisión general de diversas definiciones de la palabra *intelectual* y de los parámetros de reconocimiento establecidos por cada una. Asimismo, observo las características definitorias de la intelectualidad mexicana para, así, poder identificar los factores que excluyen a las mujeres, pero también los que pueden incluirlas, aunque sea al margen del mismo ámbito político y cultural que el de *los* intelectuales. En función de las observaciones anteriores, me basé en el enfoque teórico de la sociología de la literatura de Pierre Bourdieu que permite observar: 1) a los intelectuales mejor posicionados en el campo cultural y sus relaciones de fuerza; 2) a los actores con menor capital simbólico y social en el campo cultural; 3) la influencia del campo de poder en la producción cultural, y la auto-definición del proyecto creador de Rosario Castellanos. A su vez, entiendo todos estos puntos a la luz de una breve historiografía denominada *historia de las mujeres*, ya que ésta usa la categoría de género propuesta por Joan W. Scott, quien sugiere que se trata de una herramienta útil para observar la participación de las mujeres en la historia y en los campos cultural y de poder. Después de exponer las bases teóricas de mi trabajo, presento un panorama

general acerca de la situación de las mujeres frente a la intelectualidad mexicana. En especial, me refiero al caso de Rosario Castellanos. Finalmente, propongo una definición de *intelectual* acorde con su perfil, la cual me sirve como una guía para exponer —en cada uno de los capítulos subsecuentes— etapas clave de su formación y desarrollo en el campo cultural.

En el segundo capítulo, “Del proceso de concepción literaria al de incorporación de una escritora a su campo intelectual”, parto del hecho de que Rosario Castellanos se definió, ante todo, como escritora. A partir de su postura autoral, interpreto su noción de *literatura* y su concepción de los géneros novela y ensayo, los cuales, aunque satisfacían un propósito estético, no perdían de vista la realidad social. Cabe mencionar que mi análisis se complementa con información procedente de entrevistas, cartas y textos de crítica literaria, en los cuales la escritora habló de su ejercicio creativo. Asimismo, menciono en forma sucinta las generaciones literaria y filosófica con las que Rosario Castellanos convivió, pues, de alguna manera, presentar la forma en la que se singularizó frente a ellas da cuenta del reconocimiento que recibió. Termino esta sección exponiendo los casos de *Sobre cultura femenina* (1950) y *Oficio de tinieblas* (1962), pues en ambos textos se aprecia la manera en la que Castellanos hizo comulgar al fenómeno literario con otras disciplinas, y dan cuenta del tipo de reconocimiento que recibió gracias a ellos en esa época.

En el tercer capítulo, “El papel intelectual de Rosario Castellanos: recepción del campo de poder en la década de 1960 y ‘apogeo’ en el campo intelectual”, muestro una faceta asaz política de la escritora chiapaneca. De ahí que sea relevante mostrar que su producción literaria —predominantemente ensayística— estuvo influida por su desempeño en dos instituciones importantes: la Jefatura de Información y Prensa de la UNAM, y *Excélsior*. Ambas etapas muestran los momentos en los que Rosario Castellanos participó en actividades políticas propias de la Universidad y denunció el autoritarismo de Estado en su página editorial. Es necesario analizar estos datos, ya que la intelectualidad mexicana

de las décadas de 1960 y 1970 se autodefinió y fue definida a partir de la relación que estableció con el Estado. En este aspecto —como se verá más adelante— una parte de la crítica ya se ha pronunciado. Sin embargo, lo ha hecho de un modo superficial, pues no ha dado cuenta de las reglas que debían cumplir los periodistas y los periódicos para poder hablar en México.

En seguida, contrasto la actitud contestataria de Rosario Castellanos con el otorgamiento de una distinción patrocinada por los empresarios y el Estado: el Premio Trouyet (1967). Vale la pena resaltar este galardón, pues en el ámbito privado provocó que la escritora emitiera una crítica severa sobre su propia producción. Pero también propició que volviera a proclamar públicamente una definición de *intelectual* que la representaba.

En el cuarto capítulo, “Una forma femenina de ser intelectual: Rosario Castellanos (enero, 1969-marzo, 1971)”, comienzo preguntando si después de 1968 la actitud crítica de Rosario Castellanos se vio disminuida como efecto de la represión gubernamental. A diferencia de los capítulos anteriores, en los que inicio ofreciendo datos de periódicos y de archivos que permiten situar la participación de la escritora en el terreno político, en la primera parte de éste analizo sólo sus editoriales. La razón es que los textos que escribió en esta etapa muestran la manera en la que Rosario Castellanos se imaginó en las mismas circunstancias de vulnerabilidad y marginación del pueblo mexicano. Desde esa posición expresó sus necesidades de justicia y, en esa misma medida, evidenció el punto en el que se separó de *los* intelectuales de su época. Esta diferencia es relevante porque sugiere una correlación entre el campo de poder y la intelectualidad hegemónica, y permite entender la especificidad de su perfil intelectual femenino.⁴

⁴ Deliberadamente decidí no incluir ningún ensayo de *Mujer que sabe latín*, pues, si bien contribuye a comprender el perfil de una intelectual mujer y se trata de un texto publicado después de 1968, no se dio a conocer en las páginas de *Excélsior*; por lo tanto, no me permitía apreciar el diálogo que —en

En el capítulo quinto, “Rosario Castellanos desde Israel: una conciliación entre el periodismo, la diplomacia y la ‘vida doméstica’”, analizo, en primer lugar, si Castellanos, al convertirse en funcionaria pública, se volvió una intelectual al servicio del Estado o si logró mantener su autonomía. En segundo lugar, interpreto un corpus integrado principalmente por reseñas literarias y ensayos autobiográficos; esta preponderancia obliga a explicar en qué medida siguió efectuando un ejercicio intelectual crítico, si le fue leal a la misión que le encomendó el Estado o si siguió informando a su audiencia de manera completa y veraz.

Para cumplir con lo anterior, expongo información procedente de testimonios asentados en misivas en las cuales la escritora se refirió a las nuevas políticas que debía acatar. Asimismo, señalo la serie de expectativas que la escritora debía observar: las del gobierno mexicano, las del Estado israelí y las del pueblo judío —una serie de actores que afectaron su forma de escribir—. Concluyo el capítulo señalando el reposicionamiento cultural que trajo consigo la muerte de la autora ante los campos cultural y de poder.

términos de justicia social— Castellanos pudo querer entablar con los lectores de esas páginas.



CAPÍTULO 1.

INTELECTUAL-ESCRITORA: ROSARIO CASTELLANOS

ENTRE EL RECONOCIMIENTO Y EL NINGUNEO

¿Existe una cultura femenina? Esa interrogación parece, a primera vista, tan superflua y tan conmovedoramente estúpida como aquella otra que ha dado también origen a varios libros y en la que destacados oficiales de la Armada Británica se preguntan, con toda la seriedad inherente a su cargo, si existe la serpiente marina.

ROSARIO CASTELLANOS, *SOBRE CULTURA FEMENINA*

A mediados del siglo XX, Rosario Castellanos se preguntaba si en México era válido hablar de la existencia de la cultura femenina. Al respecto, encontró, por un lado, que existían ejemplos de mujeres excepcionales que habían destacado en el ámbito cultural y, por el otro, que desde la Antigüedad se tomó a la mujer por zafia y deficiente mental, con lo cual se le cerraron las puertas de la educación. Las fuentes que Castellanos consultó eran, nada más y nada menos que, autoridades de la filosofía y las ciencias: Arthur Schopenhauer, Otto Wininger, J. P. Moebius, San Pablo, Juan Luis Vives, Georg Simmel. Eran filósofos reconocidos, dueños de una erudición que no rebasó los prejuicios de sus épocas; al contrario, mediante sus conocimientos sólo se podía confirmar que la mujer —al igual que otros seres naturales— no crea cultura: su trascendencia se consuma con la reproducción.

A sesenta y nueve años de la escritura de *Sobre cultura femenina* (1950), la situación de las mujeres ha cambiado, debido a que han incursionado y destacado en todos los campos del conocimiento.

La pregunta respecto a si existe una cultura femenina ha dejado de ser superflua y conmovedoramente estúpida, y quizás hasta parezca una verdad de perogrullo preguntarse por el reconocimiento de las intelectuales. Sin embargo, mientras no haya textos que enlisten, describan, articulen y conceptúen a *las* intelectuales desde la especificidad de su género y de su historia, no está de más preguntarse por el lugar que ocupan en el campo intelectual.

Por las razones anteriores, en este primer capítulo examinaré con detenimiento la definición de *intelectual*, para entender por qué los conceptos existentes son insuficientes para describir la condición intelectual de las mujeres. En seguida, presentaré un enfoque teórico y metodológico que contemple un campo intelectual vasto e inclusivo que permita ubicar y definir la posición de las mujeres, en general, y la de Rosario Castellanos, en particular.

DEFINICIONES GENERALES DE INTELECTUAL

El significado de la palabra *intelectual* se ha ido transformando en el transcurso de la historia, circunstancia que lo vuelve un concepto dinámico. Para empezar a apreciar su prolijidad, es preciso examinar su origen y analizar las constantes que constituyen su conceptualización. De acuerdo con el poeta y ensayista Gabriel Zaid, el paradigma del intelectual fue encarnado por Émile Zola a finales del siglo XIX, cuando denunció a las autoridades militares por haber acusado falsamente a Alfred Dreyfus de vender secretos militares a Alemania. Con esta actitud, Zola destacó su autonomía y reveló la verdad frente a la versión gubernamental.¹ Desde entonces, la categorización de intelectual ha servido para describir un comportamiento honesto y valiente, al grado de que los críticos sociales y los activistas se siguen identificando con el mismo modelo; por ejemplo, el palestino-estadounidense Edward Said afirma:

¹ Véase Gabriel Zaid, "Intelectuales", en *Vuelta*, núm. 168, 1990, p. 21.

[...] el hecho decisivo es que el intelectual es un individuo dotado de la facultad de presentar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, una filosofía o una opinión para y en favor de un público. Este papel tiene una prioridad para él, no pudiendo desempeñarlo sin la sensación de ser alguien cuya misión es la de plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma (más bien que producirlos), actuar como alguien a quien ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente, y cuya *raison d'être* consiste en representar a todas esas personas y cuestiones que, por rutina, quedan en el olvido o se mantienen ocultas.²

Nótese, ahora, que el caso paradigmático de Zola consistió en denunciar la verdad, hecho que implicaba comprometerse socialmente con un hombre de origen judío que había sido acusado de manera injusta por las autoridades francesas. Tomando en cuenta ese antecedente, no extraña que las definiciones más recientes de intelectual, como la de Said, rechacen que se les llame *intelectuales* a los académicos que alcanzan un alto grado de especialización y se desempeñan en universidades o en la burocracia. Prefiere proponer a un tipo de productor de ideas cuyas actividades y forma de comportarse se opongán a los poderosos. Por este motivo, su definición se basa en un parámetro ético que excluye a quienes no cumplen con esta función humanitaria.

Con una intención menos purista que la de Said, el teórico italiano Antonio Gramsci se preguntó si los intelectuales eran un grupo social autónomo e independiente, o si cada grupo social tenía su categoría propia y especializada de intelectuales.³ A este asunto respondió diciendo que el proceso histórico de formación de las categorías de los intelectuales tomaba principalmente dos formas:

² Edward W. Said, *Representaciones del intelectual*, México, Debate, 2010, pp. 30-31.

³ Antonio Gramsci, "La formación de los intelectuales", en *Antonio Gramsci. Antología*, Madrid, Siglo XXI, 1974, pp. 388-396.

1) Todo grupo social, como nace en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo y orgánicamente una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político.
[...]

2) Pero todo grupo social “esencial”, al surgir en la historia a partir de la estructura anterior y como expresión de un desarrollo de ésta (de esta estructura), ha encontrado, al menos en la historia hasta el momento ocurrida, categorías intelectuales preexistentes y que hasta parecían representar una continuidad histórica ininterrumpida, a pesar de los cambios más complicados y radicales de las formas sociales y políticas.⁴

A los pensadores originados para responder a las necesidades específicas de un sistema de producción determinado los llamó *intelectuales orgánicos*. Obsérvese que éstos surgieron para satisfacer las necesidades de un modo de producción económica. Entonces, no se trató de un intelectual dedicado sólo a filosofar, sino de un conjunto de profesionistas al servicio de ese mismo sistema. En ese grado, el intelectual era una pieza más de un mismo sistema de poder. En cambio, los intelectuales cuyas funciones persisten sin transformarse demasiado a lo largo de la historia —como los clérigos— representan un sistema de poder paralelo al de los sistemas de producción económica. A ellos, Gramsci los denominó *intelectuales tradicionales*. De modo que, si pensamos que el intelectual tradicional permanece a lo largo de la historia y el orgánico surge con la instauración de cada nuevo sistema, nos encontramos ante una diversa generación de intelectuales. Consciente de esto, Gramsci planteó:

¿Cuáles son los límites “máximos” de la acepción de “intelectual”?
¿Puede hallarse un criterio unitario para caracterizar por igual

⁴ *Ibid.*, pp. 388 y 389.

todas las varias y diversas actividades intelectuales y para distinguirlas al mismo tiempo de un modo esencial de las actividades de los demás grupos sociales? El error metódico más frecuente me parece consistir en buscar ese criterio de distinción en el núcleo intrínseco de las actividades intelectuales en vez de verlo en el conjunto del sistema de relaciones en el cual dichas actividades (y, por tanto, los grupos que las personifican) se encuentran en el complejo general de las relaciones sociales.⁵

Es cierto, las preguntas que se hizo Gramsci se encuentran en la mayoría de los estudios acerca del intelectual. Casi todos los investigadores se preguntan por el límite máximo de la acepción *intelectual*, ya sea porque consideran que existen muchos trabajos que requieren de la habilidad de pensar y comunicarse o porque, al considerar definiciones generales —como la de la Real Academia Española, la cual en 1925 afirmaba que el intelectual era aquel que se dedicaba preferentemente al cultivo de las ciencias y letras—, daban un amplio margen de inclusión.⁶ En ninguno de los dos casos se encuentra un núcleo intrínseco. Ni se encontrará, porque las definiciones generales buscan aportar un significado para una realidad amplia de hispanohablantes en un periodo largo de tiempo, lo cual no exige observar con detalle las dinámicas emanadas de los procesos económicos. En todo caso, ese procedimiento —sugerido por Gramsci— involucra un criterio de *reconocimiento*. Implícito a él, ese rasgo identifica sólo a intelectuales con poder en un sistema consolidado; en consecuencia, pasa desapercibido el disidente encarnado por Zola o el idealizado por Said.

Cabe señalar que el filósofo italiano no fue el único en concebir así al intelectual; el poeta mexicano Gabriel Zaid —a pesar de ser un escritor alejado del gobierno— tampoco elaboró un

⁵ *Ibid.*, p. 391.

⁶ Enrique Suárez-Iñiguez, *Los intelectuales en México*, México, Ediciones El Caballito, 1980, p. 5.

concepto circunscrito a una orientación política específica. Para él, las constantes definitorias del intelectual eran la autoridad y el reconocimiento. Afirmó que el “Intelectual es el escritor, artista o científico que opina en cosas de interés público con autoridad moral entre las élites”.⁷ Aunque su definición es muy corta, usa palabras que tienden a la generalidad, quizá con el propósito de abarcar diversas funciones, perfiles y esferas de poder. Habló, por ejemplo, de *cosas* para aludir a asuntos, problemas y temas. Y se refirió a *élites* sin comprometerse a establecer si se trataba de culturales o políticas.

En concordancia con Gramsci y Zaid, también Patricia Cabrera López identificó la facultad del intelectual para erigirse como una clase cultural con autoridad y poder en las décadas de 1960 y 1970 en México:

Constituyen la aristocracia de los trabajadores intelectuales (la *intelligentsia*). Se distinguen socialmente por ser cultos (si son letrados, artistas o creadores) o poderosos (si son ideólogos, políticos o expertos). Son urbanos, viajan y tienen presencia en los medios masivos; por lo tanto poseen facultades para formar ideologías y proporcionar a la población una autoimagen nacional.⁸

Sin lugar a dudas, el intelectual definido por Cabrera tiene cierto parentesco con el orgánico de Gramsci, en la medida en que ninguno de los dos disiente del sistema de poder. Sin embargo, cabe guardar las debidas proporciones, pues, por el hecho de formar parte de una élite cultural, este intelectual goza de un margen de autonomía; así, se trata de un tipo singular de intelectual mexicano —más adelante explicaré las particularidades de éste—. Entretanto, a partir de las conceptualizaciones antes expuestas, me parece oportuno resaltar dos aspectos:

⁷ Gabriel Zaid, *op. cit.*, 1990, p. 22.

⁸ Patricia Cabrera López, *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 45.

1) De acuerdo con las definiciones generales, el intelectual constituye una fuerza política mediante su poder de persuasión. Gracias a este poder tiene la posibilidad de actuar en favor o en contra de un sistema.⁹ Entonces, es un elemento depositario de la estabilidad o del desequilibrio.

2) La mayoría de las definiciones indican, implícitamente, que fueron elaboradas pensando en élites integradas por hombres. Gramsci habló de participantes activos en los sistemas de producción o de clérigos; Zaid, de escritores y científicos, y Patricia Cabrera, de letrados, creadores, ideólogos, políticos y expertos. Si bien al hablar de colectivos masculinos, la intención de los teóricos no era poner énfasis en el género de los intelectuales, todos permiten apreciar que las nóminas en las que se basaron sus estudios estaban constituidas mayoritariamente por hombres.

Por lo anterior, para conocer el caso concreto de las definiciones de *intelectual* en México habrá que analizar las definiciones representativas que se han creado a partir del curso de la historia de la nación.

CARACTERÍSTICAS DEL INTELLECTUAL MEXICANO

Antes del siglo xx, el término *intelectual* no se utilizó en México. Los escritores eran llamados poetas y los hombres versados en distintas disciplinas recibían la denominación de letrados. Tal vez considerando esta salvedad, James D. Cockcrof propuso que existieron *precursores* intelectuales: hombres a quienes el desequilibrio de los privilegios entre las clases bajas y las potentadas los llevaron a desarrollar ideologías. Entre ellos estaban Camilo Arriaga, Librado Rivera, Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto y Gama, Ricardo Flores Magón y Francisco I. Madero.

⁹ Cfr. Federico Campbell, "Los intelectuales y el poder", en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros (comps.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo xx*, tomo 1, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1997, p. 28.

Hasta la segunda década del siglo xx, según Enrique Krauze, los primeros en llamarse a sí mismos *intelectuales* fueron los miembros de El Ateneo de la Juventud y los Siete Sabios. Ambos grupos —constituidos solamente por hombres— se caracterizaron por intentar responder a las necesidades de su época y de su país. En especial, los Sabios pusieron sus conocimientos al servicio de su patria. Este compromiso los emparentó —dice Krauze— con el intelectual hispanoamericano decimonónico, pues trataron los temas de la identidad nacional (el mexicano) y lo nacional (lo mexicano) en su producción escrita.

Una vez trascendido el furor revolucionario, los escritores de la siguiente generación —la de los Contemporáneos— se negaron a consagrar y promocionar la Revolución mexicana y no obedecieron a la consigna de promover la unión de los pueblos. Con ellos nace un concepto de *intelectual moderno*:

[...] el intelectual ya no será aquel que con la pluma participa en la construcción de una identidad cultural; su figura se exalta como un poder alterno e independiente cuya fuerza radica en el valor de sus ideas y la repercusión que éstas puedan tener en el conjunto de la sociedad, representada por sus élites culturales y políticas. Se trata del intelectual estrictamente moderno que asume su tarea como crítico del poder en cualquiera de sus manifestaciones.¹⁰

Los elementos medulares de esta definición son la autonomía y, consecuentemente, el ejercicio de la crítica gubernamental. Esta consigna de reconocimiento del intelectual se mantuvo hasta la década de 1980 o, por lo menos, tuvo una gran estabilidad, pues, cuando Roderic Camp entrevistó a la élite intelectual mexicana,¹¹ los distinguidos pensadores respondieron que el

¹⁰ Malva Flores, *El ocaso de los poetas intelectuales y la "generación del desencanto"*, México, Universidad Veracruzana, 2010, p. 14.

¹¹ Los intelectuales entrevistados por Roderic Camp fueron: "Roberto L. Mantilla, Ricardo Rivera Pérez, Raúl Cardiel Reyes, Lucio Mendieta y Núñez,

intelectual es quien busca la verdad, ejerce una postura crítica y contribuye a diversas disciplinas de las humanidades.¹² Además, revelaron los nombres de quienes, en su opinión, constituían la élite intelectual mexicana.

Si evaluamos el cuadro 1, que aparece más adelante, teniendo en cuenta el número de veces que aparecen las mujeres, encontramos que la representación femenina es casi nula. La única intelectual para cuatro de los entrevistados fue Elena Poniatowska. La reconocieron tomando en cuenta los criterios de búsqueda de la verdad y ejercicio de la autonomía. En relación con esto, me parece significativo que los datos del registro de Camp coincidan con las características de las generaciones de intelectuales integradas sólo por varones: los ateneístas, los sabios, los contemporáneos, los hiperiones¹³ y que continúe con un largo *etcétera* constituido también por hombres.

Antonio Carrillo Flores, César Sepúlveda, Leopoldo Zea, José Emilio Pacheco, Miguel Palacios Macedo, Fernando Benítez, Pedro Ramírez Vázquez, José Álvarez, Jesús Reyes Heróles, el padre Daniel Olmedo, Manuel Becerra Acosta, Edmundo O'Gorman, Gastón García Cantú, Martha Robles, Carlos Monsiváis, Ignacio Chávez, Octavio Paz, José Joaquín Blanco, Abel Quezada, Jaime García Terrés, Arturo Warman, Agustín Yáñez, Luis Villoro, Enrique Krauze, Alberto Vázquez del Mercado, Víctor Manuel Villaseñor, Jorge Espinosa de los Reyes, Enrique Espinosa, Ángela Gurría, Ricardo Guerra, Salvador Elizondo, Paulina Lavista, Alejandro Gómez Arias, Enrique Flores Cano, Juan O'Gorman y Cristina Barros". Roderic Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 68.

¹² *Ibid.*, p. 62.

¹³ El Hyperión fue un grupo de universitarios que se congregó en 1948 a instancias de José Gaos y Leopoldo Zea. Sus principales representantes fueron Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez MacGregor, Salvador Reyes Nevares y Fausto Vega. El primer año comenzaron dedicándose al estudio del existencialismo francés, y de 1949 a 1952 elaboraron la filosofía de lo mexicano. Este eje de reflexión pretendió ser un programa "de acción transformadora que coincidía con las motivaciones liberadoras y creativas de una de las principales vertientes ideológicas de la Revolución Mexicana". Guillermo Hurtado, "Prólogo", en Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano y otros escritos sobre la filosofía de lo mexicano (1949-1952)*, México, Bonilla Artigas Editores, 2013, p. 15.

CUADRO 1: INTELLECTUALES DE LA ÉLITE DE MÉXICO EN OPINIÓN DE OTROS INTELLECTUALES¹⁴

Intelectuales frecuentemente seleccionados	
Octavio Paz (23)	José Gaos (4)
Carlos Fuentes (14)	Agustín Yáñez (4)
José Vasconcelos (14)	Juan Rulfo (3)
Vicente Lombardo Toledano (13)	Carlos Pellicer (3)
Daniel Cosío Villegas (11)	Edmundo O’Gorman (3)
Narciso Bassols (10)	Mariano Azuela (3)
Antonio Caso (10)	Samuel Ramos (3)
Manuel Gómez Morín (10)	Alfonso Caso (3)
Jesús Silva Herzog (7)	Víctor Urquidí (3)
Jaime Torres Bodet (7)	Manuel Gamio (2)
Carlos Monsiváis (7)	Antonio Carrillo Flores (2)
Gabriel Zaid (7)	Jesús Reyes Heróles (2)
Pablo González Casanova (6)	Silvio Zavala (2)
José Emilio Pacheco (6)	Luis Spota (2)
Luis Cabrera (6)	Lucio Mendieta y Núñez (2)
Diego Rivera (6)	Martín Luis Guzmán (2)
Víctor Flores Olea (6)	Enrique González Pedrero (2)
Alfonso Reyes (5)	Luis González y González (2)
Luis Villoro (5)	Leopoldo Zea (2)
Gastón García Cantú (5)	Gustavo Sáinz (2)
José Luis Martínez (5)	Vicente Leñero (2)
Elena Poniatowska (4)	José Clemente Orozco (2)
Jaime García Terrés (4)	Rodolfo Stavenhagen (2)
Héctor Aguilar Camín (4)	Enrique Krauze (2)
Fernando Benítez (4)	Carlos Pereyra (2)

Propongo que esto es significativo con la intención de enfatizar que las definiciones que conocemos de intelectual se crearon sólo contemplando a los grupos mencionados para dar cuenta de

¹⁴ *Ibid.*, p. 68.

sus aportaciones y de su intervención histórica, es decir, el papel que cada una de estas generaciones desempeñó durante o después de la Revolución mexicana, por ejemplo: en el viraje de la educación positivista a la humanística; en la consolidación de las nuevas instituciones de Estado; en las discusiones estético-políticas en torno al nacionalismo cultural y al arte universalista, y en las reflexiones filosóficas respecto al ser mexicano y lo mexicano.

Por esta razón, debo insistir en que las definiciones de *intelectual* en cada época las han escrito los propios intelectuales, pues —como bien lo percibe Camp— éstos han mostrado un interés especial en escribir sobre sí mismos, lo cual les impide salir de su círculo particular.¹⁵ Por ejemplo, en 1965, Daniel Cosío Villegas proclamó de un modo un tanto dogmático:

EN TODO CASO, el *buen* intelectual mexicano debiera darse cuenta de que la apariencia fácil y halagüeña en que ahora vive, resulta engañosa; [...] la vida política actual de México ha llegado a un grado tal de convencionalismo que nada urge tanto como devolverle su sentido real, verdadero o desnudo, y el buen éxito de esa empresa exige mucho más trabajar fuera que dentro del gobierno.¹⁶

En efecto, la definición de Cosío Villegas se reduce a su círculo; por eso, sugiere un prototipo que coincide con su actuación; a su vez, denuncia la existencia de otro tipo de intelectuales *reconocidos* por los servicios que le prestan al Estado. Ahora bien, una vez que he insistido en que el criterio definitorio de un intelectual radica en que lo reconozca la élite cultural o la política, es momento de presentar interrogantes inevitables: ¿en el transcurso de la historia, las mujeres en verdad no desarrollaron ninguna clase de pensamiento?, ¿acaso no hubo ni un solo acontecimiento político que las llevara a manifestar sus ideas?, ¿su situación de desventaja cultural

¹⁵ Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 11.

¹⁶ Daniel Cosío Villegas, “El intelectual mexicano y la política”, en *El intelectual mexicano y la política*, México, Planeta, [1965] 2002, p. 92. Énfasis mío.

y política no las condujo a pensar con autonomía y a asociarse para lograr una mejor posición en la sociedad?, ¿tan nula fue su condición que ni siquiera constituían un poder político en ciernes?, ¿tan rudimentarias fueron sus ideas que no lograron establecer un diálogo mínimo con el pensamiento de los hombres?

Trataré de responder poco a poco a estos interrogantes y, por el momento, sólo diré que, si las mujeres han estado fuera de los cotos de poder, es probable que no se haya considerado cómo y en qué condiciones se ha desarrollado su pensamiento. O bien, tan en cuenta se han tomado los recursos que la sociedad les dio para educarse, que por eso mismo se ha pensado que sus ideas carecen de valor y no se ha creído que sean portadoras de un legado cultural, social y político. Entonces, ¿cómo puede ubicarse a las mujeres dentro de un campo intelectual?, ¿desde cuándo empezaron a participar en él?, ¿en qué momento apareció Rosario Castellanos y cuál fue su posición en este campo?

CAMPO INTELECTUAL: UNA METODOLOGÍA PARA OBSERVAR EL CAMPO INTELECTUAL Y LA TRAYECTORIA DE ROSARIO CASTELLANOS

Para Pierre Bourdieu, el mundo moderno se divide en distintas estructuras dinámicas, campos en los cuales los individuos establecen relaciones de fuerza. Los movimientos orientados por dicha fuerza necesariamente dependen de factores variables: de una orientación política, de una concepción epistemológica o de un enfoque estético.¹⁷ En particular, definió el *campo intelectual* de la siguiente manera:

Irreducible a un simple agregado de agentes aislados, a un conjunto de adiciones de elementos simplemente yuxtapuestos, el campo intelectual, a la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza: esto es, los agentes o sistemas de agentes que

¹⁷ Stéphane Chevallier y Christiane Chauviré, *Diccionario de Bourdieu*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.

forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir se oponen y se agregan, confiriéndoles su estructura específica en un momento dado de tiempo. Por otra parte, cada uno de ellos está determinado por su pertenencia a este campo: en efecto, debe a la posición particular que ocupa en él *propiedades de posición* irreductibles a las propiedades intrínsecas y, en particular, a un tipo determinado de participación en el *campo cultural* como sistema de relaciones entre los temas y los problemas, y, por ello, un tipo determinado de *inconsciente cultural*, al mismo tiempo que está intrínsecamente dotado de lo que se llamará *peso funcional*, porque su “masa” propia, es decir, su poder (o mejor dicho, su autoridad) en el campo, no puede definirse independientemente de su posición en él.¹⁸

De acuerdo con el concepto de Bourdieu, el campo intelectual no se reduce a un grupo de agentes, en este caso, a los mejor posicionados en el campo. Dicho de otro modo, el concepto contempla tanto a quienes ya se han consagrado, como a los que aspiran a la consagración. Visto así, cabe preguntarse: ¿qué indicios existen de que las mujeres aspiraron a ser legitimadas y de que participaron en el mismo campo que los hombres? La prueba de que aspiraron a ser reconocidas y de que intervinieron en las mismas instancias culturales son los artículos, reseñas y entrevistas que publicaron en revistas literarias, periódicos y suplementos culturales, participaciones que —de acuerdo con García Canclini— pueden interpretarse dentro de un campo como “la existencia de un capital común y la lucha por su apropiación”.¹⁹ Más adelante, enlistaré y describiré a las mujeres que fungieron como precursoras intelectuales, académicas, universitarias o escritoras, para tratar de demostrar en qué medida es

¹⁸ Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Problemas del Estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 135-136.

¹⁹ Néstor García Canclini, “La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu”, en Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990, disponible en [http://sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/ana/NGC_La_sociologia_de_cult_P_Bourdieu.pdf].

válido afirmar la convivencia de un campo común y de la lucha por la legitimidad.

Al hablar de lucha, pienso concretamente en lo que Bourdieu llama *competencia por la legitimidad cultural*;²⁰ se trata de un movimiento dentro del campo cultural que consiste en alcanzar una posición superior a la que ya se tiene. En este sentido, también es importante aclarar que una posición —en términos de Bourdieu— jamás intenta describir un estado fijo. Su función radica en figurar un estado transitorio que puede ir en ascenso o descenso.²¹

Toda vez que he mencionado que la competencia por la legitimidad cultural es el móvil de los movimientos del campo, falta señalar que el sistema de relaciones del campo cultural es más grande: involucra también a los editores, marchantes, críticos y público que determina “las condiciones específicas de producción y circulación de sus productos”.²² A estos agentes, Bourdieu los engloba en la categoría de *instancias específicas de selección y consagración*, y a su tarea de calificar o descalificar las evoca con la etiqueta de *sociedad de bombos mutuos*.²³ La actuación de estos agentes en el campo intelectual es la que me permitirá entender por qué las mujeres difícilmente llegan a ser consagradas.

Otro de los atributos que se examinarán en este primer capítulo será el de autonomía del campo intelectual en las décadas de 1960 y 1970. De acuerdo con Bourdieu, la *autonomía* o *independencia relativa* es una propiedad del campo intelectual que surgió cuando apareció un mercado específico para los objetos culturales y cuando la obra empezó a valorarse en función de criterios estrictamente estéticos.²⁴ Para estudiarla es preciso tomar en cuenta las coordenadas históricas y geográficas en las que acontece, para entender en qué condiciones se dio y las

²⁰ Cfr. Pierre Bourdieu, *op. cit.*, 1975, p. 137.

²¹ Cfr. Stéphane Chevallier y Christiane Chauviré, *op. cit.*, 2010, pp. 29-33.

²² *Ibid.*

²³ Cfr. Pierre Bourdieu, *op. cit.*, 1975, p. 143.

²⁴ Cfr. Néstor García Canclini, *op. cit.*, 1990, s/p.

cualidades de esta autonomía. A la par de la libertad relacionada con la orientación política, debe pensarse también en los límites de la autonomía estética:

El proyecto creador es el sitio donde se entremezclan y a veces entran en contradicción la *necesidad intrínseca de la obra* que necesita proseguirse, mejorarse, terminarse, y las *restricciones sociales* que orientan la obra desde fuera. Paul Valéry oponía “obras que *parecen creadas por su público*, cuyas expectativas satisfacen y que por ello casi están determinadas por el conocimiento de éstas, y obras que, por el contrario, *tienden a crear su público*”.²⁵

Valorar la contradicción de las necesidades intrínsecas de la obra de Castellanos con las restricciones sociales que la orientaron desde fuera es importante para dilucidar varios aspectos relacionados con su perfil intelectual, por ejemplo: 1) comprender su voluntad estética y los lindes que establecía con el cariz biográfico y social de su obra; 2) identificar cómo concebía los géneros literarios novelístico y ensayístico; 3) expresar qué temas decidió proseguir, mejorar y terminar, así como con qué recursos, y 4) explorar si su proyecto creador estaba determinado por el público o si tendía a crear su público. Estos aspectos propios de su proyecto permitirán observar los límites de la autonomía estética que se impuso para distinguirse de sus contemporáneos (esto lo trataré en los capítulos segundo, tercero, cuarto y quinto).²⁶

Respecto a las restricciones sociales de su producción que dependen del campo de poder, la autonomía sólo puede ser relativa, pues en el momento en que una obra se publica o se comunica en una academia se institucionaliza. Debido a ello, Bourdieu afirmó que el campo literario está dentro del campo de poder:

²⁵ Pierre Bourdieu, *op. cit.*, 1975, p. 146.

²⁶ *Ibid.*, p. 164.

El campo literario y artístico está englobado en el campo del poder, al mismo tiempo que dispone de una autonomía relativa con respecto a él, especialmente con respecto a sus principios económicos y políticos de jerarquización. Por otra parte, ocupa una posición dominada (en el polo negativo) dentro de ese campo, situado, él mismo, en el polo dominante del campo social en su conjunto. Se sigue que es el lugar de dos jerarquías diferentes. El principio de jerarquización heterónoma, que se impondría de manera absoluta si el campo literario y artístico, perdiendo toda autonomía, desapareciera como tal (los escritores y los artistas se verían desde ese momento sometidos a la ley común en el campo del poder y, más ampliamente, en el campo económico), es el éxito medido con índices tales como la tirada de los libros, el número de representaciones de las piezas teatrales, etc., o también los honores, los cargos, etc. El principio de jerarquización autónoma, que se impondría de manera absoluta si el campo de producción llegara a la autonomía absoluta con respecto a las leyes del mercado —como es el caso de ciertos momentos en ciertos sectores del campo—, es el grado de consagración específica (el “prestigio” literario y artístico), es decir, el grado de reconocimiento concedido por los semejantes (definidos, de manera perfectamente circular, como aquellos que sólo reconocen como criterio de legitimidad el reconocimiento de aquellos que ellos reconocen, o, más exactamente, que les parecen dignos de ser reconocidos y dignos de reconocerlos —lo que explica que las vanguardias tiendan siempre a parecerles a los observadores externos, más o menos hostiles, clubes de admiración mutua).²⁷

El campo intelectual mexicano innegablemente está dentro del campo de poder; así, en él se dan los dos principios de jerarquización. El heterónimo será estudiado con detenimiento y cautela en este trabajo, merced a la relatividad y a las variaciones

²⁷ Pierre Bourdieu, “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, en *Criterios*, núms. 25-28, 1989-1990, pp. 20-42.

con las cuales se ha presentado, sobre todo, en lo que respecta a la aceptación de cargos y honores (este principio me servirá para presentar mi análisis del capítulo 5). En cuanto al principio de jerarquización autónoma, de acuerdo con las concepciones de Zaid, Cabrera y Camp, podemos colegir quiénes integran las instancias de consagración y legitimidad: son todos aquellos que son denominados élites intelectuales o intelectuales hegemónicos en los estudios respecto a la intelectualidad.²⁸

Por mi parte, recupero estas categorías porque creo que tanto la palabra *élite* como el término *hegemonía* evocan el tipo de autoridad y poder que deseo describir. En ese sentido, tomé en cuenta que el sustantivo *élite* dimana de teorías en torno a pugnas por el poder, con lo cual es un término acorde con el sentido de la lucha de fuerzas ocurridas en un campo intelectual. En cuanto a la cualidad de hegemónico, no intento invocar el uso gramsciano que ha desatado polémicas en torno a la pasividad o beligerancia con la cual se acepta la autoridad,²⁹ lo utilizo en el sentido simple y extenso de la acepción que denota liderazgo, preeminencia y superioridad.³⁰

²⁸ Véanse Roderic Camp, *op. cit.*, 1985 y Gabriel Zaid, *op. cit.*, 1990.

²⁹ Esta palabra, usada por Karl Marx, Vladimir Ilich Uliánov (Lenin) y Antonio Gramsci, se fue desvirtuando con el tiempo, primero, con el uso amañado que recibió durante el régimen de Iósif Stalin. Además, parece que no se ha entendido de manera unánime el sentido que Gramsci quiso darle y se han debatido mucho las implicaciones conceptuales de esta palabra. Incluso, existen nuevas iniciativas para neutralizar el sentido polarizado que puede colegirse a partir de ella. Véanse Israel López Pino, “Marx, Lenin, Gramsci ante el problema de la hegemonía”, en *Marx desde cero. Blog dedicado al estudio de Carlos Marx y el Marxismo*, 2014, disponible en [<https://kmarx.wordpress.com/2014/02/28/marx-lenin-y-gramsci-ante-el-problema-de-la-hegemonia/>]; Carlos Aguirre, “Hegemonía”, en Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irgwin (coords.), *Diccionario de Estudios Culturales y Latinoamericanos*, México, Siglo XXI, 2009, pp. 122-125, y Néstor García Canclini, “Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular”, en *Nueva Sociedad*, núm. 71, 1984, pp. 69-78.

³⁰ En este estudio no usaré los términos *mafia* o *establishment* para referirme a toda la élite intelectual; los utilizaré sólo para referirme a los miembros de

Aunque creo que ya he expresado los atributos esenciales de estos actores, aún no he mencionado que el capital simbólico y el social son los valores por los que —según Bourdieu— se lucha en un campo. El primero se entiende como el poder de dominación derivado del reconocimiento de quienes se sujetan a ese poder, y el segundo, como un conjunto de recursos relacionados con la pertenencia a un grupo y a la extensa red de relaciones con las cuales se establecen vínculos útiles y permanentes.³¹

Cabe aclarar que, para situar a las mujeres dentro de este campo, primero, debe dárseles visibilidad a partir de un concepto genérico de *intelectual* cuyo criterio definitorio sean las funciones efectuadas en su calidad de productoras de ideas, y no su género sexual o su hegemonía. Me parece que la definición de Roderic Camp cumple parcialmente con estas condiciones: “Un intelectual es un individuo que crea, evalúa, analiza o presenta símbolos, valores, ideas e interpretaciones trascendentales a un auditorio amplio, de manera regular”.³² Como puede apreciarse, este concepto funciona *apenas* a modo de principio para empezar a considerar a las mujeres como intelectuales. Por esa razón, además, me apoyaré en una brevísima historiografía de la historia de las mujeres, con la cual pretendo mostrar que, si bien las mujeres no contaron con facilidades para acceder a la educación, ni podían detentar poder político, ni presentar un sistema sofisticado de ideas como las de los hombres, no se arredraron ante

los grupos que eran reconocidos con estos marbetes. El primero evoca a un cenáculo integrado por José Luis Cuevas, Carlos Fuentes, Luis Guillermo Piazza, Fernando Benítez y Carlos Monsiváis. Estos jóvenes escritores ocuparon una posición ascendente en el campo intelectual. Véase José Agustín, *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, México, Debolsillo, 2015a, pp. 239 y 240, 270 y 271. El segundo apelativo fue usado, sobre todo, en 1970, y contemplaba concretamente a Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, Agustín Yáñez y Jaime Torres Bodet. Véase Carlos Monsiváis, “México: los escritores y la política”, en *Plural*, núm. 13, 1972, p. 24.

³¹ Véase Stéphane Chevallier y Christiane Chauviré, *op. cit.*, 2010, pp. 26-32.

³² Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 61.

la opresión. En su caso, tuvieron que desarrollar un pensamiento sobresaliente y, en ocasiones, provocador, para demostrar que tenían potencialidad política. Ante éste, los sistemas de poder se cuidaron de que llegaran más alto con sus ideas. Tengo claro que ésta no es una investigación de historia, pero me parece válido elaborar un antecedente que después explique la singularidad del perfil intelectual de Rosario Castellanos, el cual no sale de la nada: es el florecimiento de una semilla que esperó siglos para germinar y dar frutos en la cultura mexicana.

La corriente de la historia que utilizaré para satisfacer este fin es la historia de las mujeres, la cual tuvo su origen en la década de 1950. En esta época, según Ana Lau Jaiven, se suscitaron intercambios historiográficos que propiciaron el redescubrimiento y la “visibilización de actores sociales, hombres y mujeres, [así como] su papel en la producción de la sociedad”.³³ Los intercambios se dieron entre la historia de lo social, la historia de las mentalidades y la historia cultural. Las tres dieron como resultado un modelo de comprensión que pretende estudiar el mundo a partir de la perspectiva de las mujeres. De acuerdo con Georges Duby y Michelle Perrot, con este giro se toma en serio a las mujeres y se les otorga un peso en los acontecimientos y en la evolución de la sociedad.³⁴

Se trata de un enfoque pertinente para una investigación que pretende darles visibilidad a las mujeres como intelectuales y conceptualizar su actuación. El pilar de este enfoque y la particularidad que lo vuelve el fundamento de esta investigación es que renuncia a la categoría de la mujer como un término apegado a la biología y a su supuesta naturaleza apolítica. Acorde con esta corriente, emplearé el *género* como una categoría de análisis de la realidad cultural y política.

³³ Ana Lau Jaiven, “La historia de las mujeres. Una nueva corriente historiográfica”, en *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2015, p. 20.

³⁴ Véase Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres en Occidente*, Madrid, Altea/Taurus/Alfaguara, 1991.

En palabras de Joan W. Scott: “El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos. El género es una forma primaria de relaciones significantes de poder”.³⁵ La primera parte del concepto, tendiente a historiar, implica cuatro aspectos que me permitiré parafrasear: 1) examinar los símbolos que culturalmente evocan representaciones de la mujer; 2) identificar los conceptos normativos que determinan el significado de lo masculino y lo femenino; 3) reconocer las relaciones de género en los ámbitos laborales, educativos y políticos, y 4) reflexionar acerca de la identidad subjetiva. La segunda parte, en esencia, aspira a encontrar una explicación a la oposición binaria de las relaciones de género que forman parte del significado del poder y que, en caso de modificar o alterar su estabilidad, atentan contra todo un sistema de relaciones.³⁶ La suma de las dos partes muestra una categoría de análisis flexible, pues, al depender del contexto, además de incluir a los dos sexos, da la posibilidad de explorar distintas variedades humanas en el transcurso de la historia.³⁷

Por mi parte, no me centraré en citar las representaciones de la mujer ni los criterios normativos del significado de lo femenino y lo masculino desde un criterio biológico y social; me parece que ese ejercicio lo efectuó con precisión y humorismo la misma Rosario Castellanos, en su tesis *Sobre cultura femenina*. Me interesa más la segunda parte del concepto, la cual sugiere que, como resultado de la oposición binaria impuesta por la cultura patriarcal, las mujeres encarnaron un poder político potencial que se enfrentaba a un poder político consolidado en cada época.

³⁵ Véase Joan W. Scott, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Martha Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México/

Bonilla y Artigas Editores, 2015, p. 272.

³⁶ *Ibid.*, pp. 270-283.

³⁷ Ana Lau Jaiven, *op. cit.*, 2015, pp. 31-34.

Así, presentaré estos antecedentes tratando de mostrar que, desde finales del siglo XIX, las mujeres se abrieron un espacio en el campo periodístico y, aun con todas las limitaciones que les fueron impuestas, buscaron la verdad y su autonomía. No las comparo explícitamente con las generaciones de los hombres, porque me demoraría mucho distinguiendo ambos procesos y lo único que pretendo es mostrar la presencia constante de las mujeres en el tratamiento de dos tópicos: el de los procesos nacionales y el de la reclamación de sus derechos a la educación y a la ciudadanía. Quizás ambos tópicos se entienden como temas, pero me parece que es mejor interpretarlos como espacios de intervención política, en donde la actuación activa o pasiva de las mujeres no era un hecho inopinado. *En el fondo, da la impresión de que, tal como los intelectuales, las mujeres podían generar ideas y ser un factor de equilibrio o desequilibrio social.* Entonces, primero, generalizaré la producción intelectual de las mujeres mediante casos concretos y representativos de productoras de ideas;³⁸ luego, propondré una primera definición de *precursoras intelectuales*, para llegar paulatinamente a la definición de *intelectual-escritora*.

PRECURSORAS INTELECTUALES MEXICANAS (1887-1952)

En los primeros párrafos de este trabajo, señalé que un intelectual procedía de distintos campos del conocimiento. Las mujeres del siglo XIX no cumplían con este requisito, pues a lo más que podían aspirar, a partir de 1889, era a ingresar a la Escuela Normal de Profesoras. Este oficio les era permitido porque, según las ideas de la época, enseñar era una actividad maternal acorde con su sexo y útil para su futuro como amas de casa. Este obstáculo no impidió que, desde antes, las mujeres intentaran —y, en algunos casos, lograran— llegar a ser poetas. Al respecto, José Luis Martínez, en su artículo “Revisiones de la literatura femenina”

³⁸ No hablaré de todos los casos que encontré porque me distraería del tema.

(1958), comentó que, en 1893, José María Vigil publicó una antología en la cual presentó a las poetisas antecesoras y sucesoras de Sor Juana Inés de la Cruz. Entre las sucesoras empezaron a destacar señoras y señoritas letradas: Isabel Prieto de Landázuri, Josefina Pérez de García Torres, Ester Tapia de Castellanos, Laura Méndez de Cuenca, Laureana Wright de Kleinhans, Isabel Pesado y la novelista Refugio Barragán de Toscano,³⁹ una serie de mujeres que no se contentaron con escribir poesía, sino que, además, colaboraron en revistas masculinas o crearon sus propias publicaciones. Una de éstas fue *Violetas del Anáhuac* (1887-1889), fundada por Laureana Wright, quien en su tiempo recibió varias distinciones y formó parte de instancias específicas de selección y consagración: fue nombrada miembro honorario de la Sociedad Nezahualcóyotl, miembro de la sociedad científica El Porvenir, socia honoraria del Liceo Mexicano y del Liceo de Oaxaca, y galardonada con el diploma del Liceo Hidalgo.⁴⁰

Este semanario —en opinión de Nora Pasternac— no fue “un simple órgano frívolo y mundano”:⁴¹ las colaboradoras comentaron eventos sociales, reseñaron textos escritos por mujeres y emitieron consignas de buen comportamiento femenino. Lo más importante de su contenido era que, entre los consejitos domésticos, dieron a conocer los primeros movimientos feministas⁴² y pugnaron por la igualdad de la mujer, así como por su emancipación por medio del estudio. Con estos artículos, las colaboradoras querían manifestar un mismo propósito. Laureana

³⁹ Véase José Luis Martínez, “Revisiones de la literatura femenina”, en *Diorama de la Cultura*, suplemento de *Excelsior*, 2 de marzo de 1958, p. 4.

⁴⁰ Nora Pasternac, “El periodismo femenino en el siglo XIX: *Violetas del Anáhuac*”, en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac (eds.), *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1991, p. 400.

⁴¹ *Ibid.*, p. 399.

⁴² Lourdes Alvarado, *Laureana Wright*, conferencia, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 12 de noviembre de 2013.

Wright lo resumía así: “Venimos al estadio de la prensa a llenar una necesidad: la de instruirnos y propagar la fe que nos inspiran las ciencias y las artes. La mujer contemporánea quiere abandonar para siempre el limbo de la ignorancia y con las alas levantadas desea llegar a las regiones de la luz y la verdad”.⁴³

Quizá las palabras de Wright suenen un tanto eufemísticas, y debían serlo para solicitar poco a poco la emancipación femenina, es decir, su legitimidad. En consonancia con esta actitud, durante el corto periodo de vida del semanario, se percibió la dinámica que establecieron las participantes: ésta osciló entre su tradicional papel de damas abnegadas y la búsqueda de la modernidad hacia su realización como mujeres preparadas. Por tanto, según Alejandro Estrella, estas escritoras no se concretaron a elaborar un soliloquio inofensivo, sino que tenían pretensiones políticas. Prueba de ello fue el mutuo intercambio que las escritoras establecieron con José María Vigil, un catedrático espiritualista: “Vigil, que era un convencido de la igualdad intelectual entre hombres y mujeres, se pone a disposición de las *Violetas*, mientras éstas, como contrapartida, publican diferentes artículos en defensa del espiritualismo que sostenía el catedrático”.⁴⁴ A la larga, los espiritualistas y sus simpatizantes —sugiere Alejandro Estrella— fueron un contrapeso del positivismo e influyeron en el pensamiento revolucionario.⁴⁵ No por casualidad, a Laureana Wright se le consideró asaz política; de hecho, su crítica al presidente Manuel González en *El Diario del Hogar* le costó que la cesaran por un tiempo. El periódico justificó su ausencia argumentando

⁴³ Laureana Wright en Elvira Hernández Carballido, “Un recorrido por las publicaciones de mujeres en el siglo XIX”, en *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2015, p. 176.

⁴⁴ Véase Alejandro Estrella, “La filosofía mexicana durante el régimen liberal: redes intelectuales y equilibrios políticos”, en *Signos Filosóficos*, vol. XII, núm. 23, 2010, p. 164.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 163.

que su salud era delicada; sin embargo, en la actualidad se ha dicho que sus comentarios ocasionaron que casi la expatriaran.⁴⁶

Después de Laureana Wright, identifiqué a mujeres a quienes se les puede considerar homólogas de los precursores intelectuales propuestos por James D. Cockcroft: poetas y periodistas (o sólo periodistas) que, con menos preparación oficial, también hicieron circular sus ideas durante la Revolución mexicana. Me gustaría presentar los pensamientos de estas mujeres en una sola publicación —tal como lo hice en el caso anterior—, pero no encontré una que las reuniera en las distintas luchas en las que participaron; por ello, a continuación, mencionaré los casos de dos pensadoras por separado: uno que atraviesa por la insurgencia maderista y zapatista, y otro que representa la visión constitucionalista de las mujeres.

Juana Belén Gutiérrez de Mendoza (1875-1942) asistió a la escuela de la hacienda donde trabajó su padre; luego, su formación fue autodidacta. Respecto a su juventud, Beatriz Valles menciona que en nada se pareció a la de un “ángel del hogar”. Fue trabajadora doméstica y escribió reportajes acerca de las malas condiciones laborales en el Mineral de la Esmeralda. Su denuncia provocó que la apresaran un año. Al salir de la cárcel, en 1899, fundó el Club Liberal Benito Juárez. Ahí, promovió una actitud política liberal, antiporfirista y anticlerical. Asimismo, para difundir sus ideas, Juana Belén fundó el periódico *Vesper*,⁴⁷ cuyo lema fue “¡Justicia y libertad!”. (Cabe hacer un pequeño paréntesis para decir que los periódicos de corte político eran fundados y controlados por hombres.) Esta mujer no se agregaba al campo intelectual solicitando amablemente que se le reconociera:

⁴⁶ Véase Nora Pasternac, *op. cit.*, 1991, p. 400

⁴⁷ El periódico se publicó con interrupciones debido a los constantes periodos que pasó encarcelada Juana Belén Gutiérrez. Beatriz Elena Valles Salas registra que se publicó en 1901, 1903, 1910 y 1932. Véase “Juana Belén Gutiérrez de Mendoza. Estrella de la tarde”, en *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2015, p. 230.

ella misma abrió un espacio para deliberar y unirse a una causa común. Por fortuna, su publicación tuvo un buen recibimiento en este campo, tanto que el 23 de agosto de 1901, Ricardo Flores Magón hizo extensivo su beneplácito en *Regeneración*: “el viril colega *Vesper* de Guanajuato que hábilmente dirige la entusiasta señora doña Juana B. Gutiérrez de Mendoza ha vuelto a la lid con más bríos que antes. *Vesper* es un as de viriles energías: las columnas de la apreciable colega están nutridas de ideas avanzadas”.⁴⁸ Pese a la buena recepción, nótese que se resaltan las ideas del semanario y de su directora, pero poniendo mucha insistencia en masculinizarlos.

Posteriormente, cuando los Flores Magón y Gutiérrez de Mendoza se establecieron en México, en 1903, fueron correligionarios en el Club Liberal Ponciano Arriaga y después se exiliaron juntos en Laredo, Texas. Allá, en Estados Unidos, su camaradería se terminó: los Flores Magón la repudiaron —según ellos— por plagiaría y sáfica asquerosa.⁴⁹

El distanciamiento con estos hombres para nada la frenó, pues en seguida se unió a otras luchadoras sociales. Con ellas escribió *La Corregidora* (1905) y *El Partido Socialista* (1907). Ese mismo año, con Dolores Jiménez y Muro formó el Club Político Femenil y el Club Hijas de Cuauhtémoc; juntas se encaminaron a otra lucha por la legitimidad: le solicitaron a Francisco I. Madero el derecho al voto para las mujeres.⁵⁰ En 1911, viajaron a las tierras zapatistas. Ahí, Juana Belén fue nombrada corone-la y fundó el periódico *La Reforma. Por la Tierra y por la Raza*, publicación que defendía los derechos indígenas y promovía las luchas agrarias. Al final de la insurgencia zapatista, Gutiérrez

⁴⁸ Flores Magón citado en Ana Lau Jaiven, “Juana Belén Gutiérrez”, conferencia, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 14 de abril de 2016. El fragmento es una transcripción de lo que escuché, no es del documento original. Aprovecho esta información para decir que el énfasis es mío.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ *Ibid.*, p. 234.

de Mendoza siguió participando en otros movimientos menores que se encontraron a su paso. Por desgracia, la enfermedad y la inminencia de su muerte le pusieron fin a su lucha en 1942.

Como puede apreciarse, el movimiento revolucionario motivó a las más valientes a diferir por escrito y a unirse a la insurgencia. Otra mujer que peleó por alcanzar la legitimidad política fue Hermila Galindo. A ella, su asistencia a las asambleas antirreeleccionistas y sus habilidades de oradora le sirvieron para que, en 1914, Venustiano Carranza la invitara a ser su secretaria particular. La joven aceptó la propuesta y la aprovechó. Tan es así, que le presentó al Constituyente de 1917 un memorándum en el cual solicitó que la nueva carta constitucional reconociera los derechos políticos de las mujeres.⁵¹ ¿Qué derechos solicitó para sus congéneres?: “La aspiración igualitarista de Hermila Galindo no se reducía a la reivindicación de la igualdad ciudadana; incluía asimismo, la defensa de la igualdad educativa y sexual entre hombres y mujeres”.⁵² Cabe mencionar que, antes de presentarlas al Constituyente, pidió que sus ideas se comunicaran en el Primer Congreso Feminista, celebrado en Yucatán del 13 al 16 de enero de 1916. Algunas de las asistentes escucharon con gusto y otras con alarma su crítica a la gazmoñería que les impedía a las mujeres conocer su cuerpo y sus instintos sexuales.⁵³ Luego, una vez enviadas al Constituyente, sus ideas ni siquiera fueron escuchadas: ni Venustiano Carranza ni otros asambleístas les concedieron verdadera atención.⁵⁴

En síntesis, hemos visto que las mujeres empezaron a desarrollar un pensamiento cuyo germen tendía a alcanzar la oportunidad de prepararse y ser ciudadanas mexicanas; por ello, de

⁵¹ Gabriela Cano, “Las feministas en campaña: la primera mitad del siglo xx”, en *Debate Feminista*, núm. 4, 1991, p. 272.

⁵² *Ibid.*

⁵³ Rosa María Valles Ruiz, “Hermila Galindo: Ideas y acción de una feminista ilustrada”, disponible en [http://www.uaeh.edu.mx/investigacion/productos/4962/hermila_galindo_articulo_para_ciencia_universitaria.pdf].

⁵⁴ Gabriela Cano, *op. cit.*, 1991, p. 276.

finales del siglo xix a la segunda década del xx, se puede hablar de *precursoras intelectuales*: poetas o periodistas con una instrucción formal básica, pero autodidactas, que logran incursionar en la vida periodística, en la insurgencia revolucionaria o en el proyecto de los legisladores de 1917. Su participación social y política no se considera inocua, pues se les reprime con la cárcel o el exilio. Este rasgo provoca una recepción ambivalente de su actuación: se les celebra por su “virilidad” o se les juzga enfermedades, sáficas, solteronas o inmorales. Así, al no tener seguidores ni instancias culturales o políticas que las consagren, sus ideas quedan en los anales del olvido y las marcan tan sólo como líderes y seguidoras de su propia causa.⁵⁵

UNIVERSITARIAS

Después de la Revolución, José Luis Martínez afirma que aparecieron Palma Guillén, Esperanza Zambrano y Amalia Castillo Ledón. Todas desarrollaron una escritura con un “toque femenino entre tanto las letras masculinas eran ateneístas, provincianas, colonialistas, moralistas, revolucionarias, indigenistas, vanguardistas”.⁵⁶ El tono con el que este crítico habla del “toque femenino” es amable; sin embargo, da a entender que no desarrollaron ni las formas ni los tópicos en boga. Aún las mujeres dependían mucho de la cultura androcéntrica, de sus corrientes estéticas y de la anuencia de las academias masculinas para poder estudiar. De hecho, en esta época fueron los mismos ateneístas quienes les abrieron las puertas de la universidad a las mujeres.

En estos años de auge ateneísta (1914-1917), el ingreso de las mujeres a la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional se incrementó. Gabriela Cano asegura que en este periodo

⁵⁵ Tal vez se podría hablar de un reconocimiento inmediato. José Vasconcelos quizá fue el único ateneísta que se acercó a Juana Belén Gutiérrez para que participara en las misiones culturales.

⁵⁶ José Luis Martínez, *op. cit.*, 1958, p. 4.

cambió el perfil de maestra normalista por el de universitaria. Así, las estudiantes empezaron a adquirir una formación humanística y científica; comenzaron a desempeñar puestos con mayores responsabilidades en el sistema educativo y a escribir libros de texto. Merced a ello, participaron en la reforma educativa de 1920 y lograron cambiar las definiciones de lo femenino prevalentes en las generaciones anteriores.⁵⁷

De esta generación, podría mencionarse un amplio catálogo de mujeres que también prefiguran o figuran a la intelectual universitaria, las cuales ya empiezan a ocupar una posición en el campo intelectual. Con anterioridad, mencioné al grupo Hiperión, encabezado precisamente por productores de ideas de este tipo, como Leopoldo Zea. El par femenino del filósofo puede ser Paula Gómez Alonzo (1896-1972). Ella estudió filosofía en la UNAM, presentó la tesis *La cultura femenina* (1933) y fue profesora en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras. De su trabajo filosófico se ha publicado *Filosofía de la historia y la ética* (1955), *La ética del siglo xx* (1958), *Datos comentados sobre filosofía náhuatl* (1965) e *Historia del pensamiento filosófico* (1966). Además, “perteneció a los siguientes movimientos académicos intelectuales y culturales: la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Asociación de Universitarias Mexicanas, la Academia Mexicana de Educación, la Asociación Cultural “Sor Juana Inés de la Cruz”, la Sociedad Mexicana de Amistad con China Popular, el Ateneo Español de México y la Sociedad de Historia y Filosofía de la Medicina”.⁵⁸

⁵⁷ Cfr. Gabriela Cano, *Mujeres universitarias y Revolución Mexicana, 1910-1929. La feminización de las humanidades en la Universidad Nacional*, tesis de doctorado en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, pp. v-ix.

⁵⁸ Véase Erick Eduardo Rodríguez Ballesteros, “Paula Gómez Alonzo”, en *Enciclopedia de la Filosofía Mexicana. Siglo xx*, disponible en [http://dcsh.izt.uam.mx/cen_doc/cefilibe/images/banners/enciclopedia/Diccionario/Autores/FilosofosMexicanos/Gomez_Alonzo_Paula.pdf].

Llama la atención el perfil predominantemente académico de Gómez Alonzo. ¿A qué se debió que no escribiera textos políticos combativos? Quizás a que las universitarias —a diferencia de las revolucionarias— creían que “la política era un mundo sucio y lleno de inmoralidades y, por lo tanto, inadecuado para el sexo femenino”.⁵⁹ Debido a esta creencia, para las universitarias fue prioritario fundar instituciones culturales similares a las de los hombres.

Al respecto, José Luis Martínez apunta que, en la década de 1940, casi a la par de las revistas *Barandal* y *Taller*, apareció la voz de Carmen Toscano y alrededor de ella se agrupó una generación de escritoras en la revista *Rueca* (1941-1952).⁶⁰ En este sentido, Fabienne Bradu mencionó que la publicación fue un accidente extraliterario opaco que nació en un momento de una voluntad más social que literaria y que murió de “una epidemia de matrimonio”.⁶¹ En relación con esto, Elena Urrutia aclara que, aunque la revista nació con el padrinzago y apoyo de Alfonso Reyes —quien, por cierto, le dio el nombre de *Rueca*—, desde el inicio recibió comentarios sarcásticos. José Vasconcelos dijo: “mejor harían en editar una revista verdaderamente femenina de modas y recetas de cocina”, y en *Letras de México* auguraron que sería “un sarampión pasajero”.⁶² Respecto a lo anterior, debe aceptarse que, ciertamente, la revista constituyó un primer esfuerzo por darle voz a la creación femenina; sin embargo, su principal objetivo no fue centrarse nada más en dicha producción, sino constituir una revista editada, por primera vez, por universitarias.

De cualquier forma, tiene sentido tener presente la valoración cáustica de Bradu, pues es cierto que sólo 23 por ciento de

⁵⁹ Gabriela Cano, *op. cit.*, 2008, p. 262.

⁶⁰ En este extenso periodo sólo se publicaron veinte números de la revista del otoño de 1941 al invierno de los años de 1951 y 1952.

⁶¹ Fabienne Bradu, “*Rueca*: una pensión para universitarias”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 474, 1990, p. 41.

⁶² Véase Elena Urrutia, “*Rueca*: una revista literaria femenina”, en *Nueve escritoras mexicanas nacidas en la primera mitad del siglo xx, y una revista*, México, Instituto Nacional de las Mujeres/El Colegio de México, 2006, p. 368.

las publicaciones fueron redactadas por escritoras y que la calidad de los textos era baja.⁶³ Urrutia afirma —con menos saña que Bradu— que no tenían un alto nivel, lo cual se comprende porque fue la primera generación universitaria femenina que adoptó una participación activa en el proceso de producción cultural. Sin embargo, *Rueca* cumplió con el cometido de ofrecerles un espacio para publicar a las primeras poetisas prometedoras para la lírica mexicana contemporánea —entre ellas, Rosario Castellanos.⁶⁴

A seis años de la desaparición de *Rueca*, en 1958, José Luis Martínez se preguntó: “¿Significa efectivamente esta aparición femenina una ‘conquista’ social e intelectual a la manera de la conquista del voto femenino⁶⁵ o de la igualdad política de la mujer, y por otra parte, la producción literaria femenina es por sí misma una *contribución original desbocada*?”.⁶⁶ El connotado crítico literario respondió afirmativamente a la primera parte de su

⁶³ *Ibid.*, p. 377.

⁶⁴ Véase *ibid.*, p. 380.

⁶⁵ Es significativo que José Luis Martínez entrecomille la palabra *conquistar*, para denotar que fue la fuerza del devenir histórico y no el reconocimiento del buen criterio político femenino el que le concedió el voto a las mujeres. En realidad, el voto se aprobó debido a un compromiso de campaña del presidente Ávila Camacho y a las recomendaciones de las Naciones Unidas. Incluso, debe recordarse que la primera vez que se tomó en serio la iniciativa del sufragio femenino en México fue en 1937. El presidente Lázaro Cárdenas envió una iniciativa al Congreso de la Unión para que se aprobara la ciudadanía de las mujeres; la propuesta fue aceptada por las Cámaras de diputados y senadores, pero al final Jesús Reyes Heróles persuadió a Cárdenas para que no firmara el dictamen final. Él consideró que, si las mujeres votaban, terminarían inclinándose por una fuerza política de derecha. En realidad, el sufragio se aprobó hasta 1953, gracias a la intervención de la ONU. El organismo sugirió que un país no podía llamarse *democrático* si más de la mitad de la población no participaba en la vida política, e invitó a México y a otros países latinoamericanos a efectuar este paso. Nuestro país estuvo entre los últimos que aceptaron la recomendación. Véase Patricia Galeana, “Un recorrido histórico por la revolución de las mujeres mexicanas”, en *La revolución de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2014, pp. 27 y 28.

⁶⁶ Véase José Luis Martínez, *op. cit.*, 1958, p. 4.

pregunta, pero acerca de la segunda comentó que aún ninguna había llevado a cabo una obra de *excepcional calidad estética*, pero que quizá Guadalupe Amor, Rosario Castellanos, Guadalupe Dueñas, Carmen Rosenzweig, Elena Garro y Elena Poniatowska alcanzarían este propósito.

INTELECTUALES HEGEMÓNICOS DURANTE LA DÉCADA DE 1960⁶⁷

A la luz de esta época, de la teoría de campo intelectual, de la historia de las mujeres, de la categoría de género y, sobre todo, de una década en la que me interesa analizar a las escritoras al lado de los hombres, tomando en cuenta que ya tenían *casi* las mismas oportunidades educativas y políticas,⁶⁸ vale la pena recuperar tres de las frases del comentario de José Luis Martínez: *conquista intelectual, contribución original desbocada y excepcional calidad estética*. Las tres se relacionan con los parámetros masculinos de selección que las escritoras debían cumplir para obtener legitimidad y consagración intelectual. Menciono que se trata de parámetros masculinos, porque, de lo contrario, no se hablaría de una conquista intelectual, pues, como bien señaló el ensayista: la mujer ya tenía acceso a la educación universitaria, pero para ganar reconocimiento en un campo intelectual integrado y controlado por hombres tenía que satisfacer las expectativas de los *intelectuales hegemónicos*. Ya he explicado con antelación que

⁶⁷ Ubicaré el inicio de esta década en 1958, porque de este año a 1968 se observa una línea continua de protestas, huelgas y movimientos que provocan que la intelectualidad se definiera y redefiniera. Además, de 1958 en adelante las escritoras empiezan a recibir premios literarios importantes: Rosario Castellanos, el Premio Chiapas (1958) por *Balún-Canán*; Josefina Vicens, el Premio Xavier Villaurrutia (1958) por *El libro vacío*, y Elena Garro, el Premio Xavier Villaurrutia (1963) por *Los recuerdos del porvenir*.

⁶⁸ Importa enfatizar el *casi*, pues los derechos no repercutieron inmediatamente en los hechos. Esto indica que el cambio cultural se dio con una gran lentitud.

éstos, además de poseer talento, tienen capacidad de dirección cultural e ideológica.⁶⁹

En la década de 1960, México tenía dos intelectuales con este perfil —por cierto, son los que encabezan la élite registrada por Camp—, me refiero a Octavio Paz y a Carlos Fuentes. En este apartado, me centraré en Fuentes y no en el Nobel mexicano, porque en esta década Paz estuvo en el extranjero y sólo intervino para mostrar su repudio a la masacre en Tlatelolco.

Si se observan los criterios de José Luis Martínez, la obra de Carlos Fuentes aún no era desbocada, pero sí original y de excepcional calidad estética. En 1958, publicó *La región más transparente*. Además, con Emmanuel Carballo, fundó la *Revista Mexicana de Literatura* (1955) y colaboró en las revistas políticas y los suplementos literario-políticos más importantes de la época: *El Espectador*, *Política* y *La Cultura en México*. Cada una de estas publicaciones fungió como una especie de tribuna y de espacio de consagración. Es indispensable conocer las consignas que concibió Carlos Fuentes desde estas instancias de selección y consagración, con la finalidad de identificar en qué medida las escritoras comulgaron con sus ideas y en qué grado su trayectoria vital femenina las obligó a forjarse un perfil intelectual propio.

Comenzaré por las publicaciones de predominio literario. De 1958 a 1965, la principal consigna de la *Revista Mexicana de Literatura* y de sus primeros directores fue rechazar la promoción de un nacionalismo chovinista y caduco. Esta visión del arte y de la cultura fue compartida por las escritoras que fueron aceptadas en el consejo de redacción: Rosario Castellanos,⁷⁰ Elena Garro, Elena Poniatowska, Enriqueta Ochoa, Margit Frenk y Leonora Carrington. Ellas —según Ricardo Pozas— promovieron “una

⁶⁹ Véase Patricia Cabrera López, *op. cit.*, 2006, pp. 28-29.

⁷⁰ Rosario Castellanos perteneció al Consejo de Redacción de 1959 a 1960. Véase Ricardo Pozas Horcasitas, “La *Revista Mexicana de Literatura*: territorio de la nueva élite intelectual (1955-1965)”, en *Mexican Studies*, vol. 24, 2008, pp. 65-66.

nueva representación colectiva de lo femenino y un papel de la mujer como intelectual y creadora”.⁷¹ Esto no quiere decir que elaboraron un manifiesto o algo por el estilo; más bien, transmitieron su orientación literaria y su propuesta personal mediante el contenido de sus obras. Lo mismo hicieron las escritoras en esos años en el suplemento *La Cultura en México*,⁷² en el cual aparecen sus obras de creación y de crítica literaria.

Ahora examinaré cuál era su suerte en el campo intelectual, en donde, a partir de una serie de polémicas, se definió *quién era y qué implicaba ser* intelectual; la discusión gravitó en torno a la autonomía de éste frente al sectarismo de izquierda. De acuerdo con mi revisión hemerográfica,⁷³ entre 1964 y 1965 se marcaron

⁷¹ *Ibid.*, p. 68.

⁷² Patricia Cabrera López ha elaborado la trayectoria de este suplemento. Es dable resumirla con la siguiente paráfrasis. Una vez que la *Revista Mexicana de Literatura* perdió el subsidio estadounidense y dejó de ser dirigida por Carlos Fuentes, se extinguió. Poco después, el 21 de febrero de 1962, comenzó a publicarse el suplemento “La Cultura en México” de la revista *Siempre!* El suplemento publicó a intelectuales consagrados: Wright Mills, Pablo Neruda y Octavio Paz. Asimismo, impulsó a jóvenes escritores que iniciaban sus carreras: Inés Arredondo, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis. Fue la primera publicación literario-cultural que intentó satisfacer las necesidades de libertad de opinión política desde el campo literario, tal como lo exigía la generación de intelectuales de la década de 1960. Para convertirse en una instancia de poder literario, apoyó a sus adeptos para que difundieran sus textos en las instancias de consagración del *establishment*; y para disfrutar de prestigio político, le dio voz a múltiples manifestaciones, entre ellas, a una que le daba legitimidad a sus portavoces, la que simpatizó con el movimiento estudiantil de 1968. De una u otra manera, la posición política del suplemento era semejante a la de *Siempre!*, revista de corte político que lo patrocinaba. Véase “Trascendencia del suplemento ‘La Cultura en México’”, en *Imposibilia*, núm. 6, 2013, pp. 45-59.

⁷³ Para efectuar esta tarea, primero me enfoqué en delimitar la búsqueda. En primer lugar, identifiqué en qué publicaciones colaboraron en esos años los intelectuales hegemónicos. Resultó interesante encontrar que eran las mismas en las cuales escribía Castellanos o se escribía acerca de ella. Importa mencionar esta coincidencia, pues me permitió apreciar si la incluían en sus discusiones. Luego, ubiqué los momentos más álgidos de las discusiones de los intelectuales, de modo que, al final, sólo revisé: *La Cultura en México* (1965,

estos límites. La polémica comenzó en agosto de 1964, con la renuncia formal de Fernando Benítez, Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y Francisco López Cámara a *Política*, la revista de la izquierda mexicana.

Esta renuncia no se entendió como la simple salida de una publicación: se percibió como el desprecio hacia quienes representaban a la izquierda. Por ello, Víctor Rico Galán se atrevió a interpelar a sus compañeros del suplemento: insinuó que los intelectuales usaron al periódico para alabar a las autoridades y lo abandonaron cuando más se esperaba que emitieran un punto de vista crítico.⁷⁴ A partir de este reclamo, surgieron varios conceptos de *intelectual*; por mi parte, sólo retomaré los de Fernando Benítez y Carlos Fuentes, porque fueron los más allegados al campo literario-político. El primero respondió diciendo:

Otro error tuyo, producto de una simple deformación profesional, consiste en pensar que la militancia revolucionaria radica en el hecho de escribir un articulito semanario. Finges ignorar, sin duda por despecho, una circunstancia: que los libros, el ejercicio de la cátedra, las conferencias, las tareas de difusión cultural —es decir lo que constituye la parte esencial de nuestro trabajo—, también podían reflejar, aunque fuera débilmente, esa militancia revolucionaria que tú haces radicar en el milagro de poner un huevo colérico cada ocho días y cacarear luego sobre ese milagro hasta la próxima semana.⁷⁵

La respuesta de Benítez no fue nada conceptual en su ánimo beligerante, pero sí en su intención de descartar que el

1968, 1969, 1971, 1972 y agosto de 1975), *Siempre!* (1964, 1965, 1971, 1972), *Plural* (mayo, agosto y noviembre de 1972; julio de 1973, diciembre de 1974) y *Proceso* (diciembre de 1977 y enero de 1978).

⁷⁴ Víctor Rico Galán, “Pero qué entienden los intelectuales por periodismo”, en *Siempre!*, núm. 581, 12 de agosto de 1964, y “Con su abstención el intelectual defrauda al pueblo. México exige su vigilancia permanente”, en *Siempre!*, núm. 583, 26 de agosto de 1964.

⁷⁵ Fernando Benítez, “La antropofagia: ¿Tu Quoque, Rico?”, en *Siempre!*, núm. 582, 29 de agosto de 1964, p. 11.

intelectual, en su vertiente revolucionaria, nada más era quien escribía artículos de crítica política. Benítez defendía como funciones propias de éste: la docencia, la escritura y la difusión cultural; hecho que no niega la posibilidad de que el intelectual mexicano hegemónico fuera también —aunque débilmente— un militante revolucionario. Por su parte, Fuentes respondió denunciando la comprensión maniquea de lo que, en opinión de Rico Galán, significaba ser revolucionario. Aclaró que el periodismo era sólo una de las diversas actividades que llevaba a cabo el intelectual. Asimismo, confesó que su posición no podía representar al proletariado⁷⁶ y recalcó su necesidad de separarse de una izquierda a la que sólo podía entender como censora:

Yo no creo que un escritor tenga la obligación de ser dirigente político, como no creo que un dirigente político tenga la obligación de ser escritor.⁷⁷

Pero sí creo en un significado político del escritor, y esto desde dos puntos de vista. El primero, sería el de un trabajo intelectual capaz de aclarar el presente, intuir, proyectar, abrir la percepción del futuro. [...]

Pero no me quiero engañar: lo que el escritor puede hacer políticamente, debe hacerlo como ciudadano. Como escritor, su significado político es de otro nivel, se da implícitamente en la obra y se refiere a una capacidad privativa: la de mantener vivo el margen de la heterodoxia.⁷⁸

⁷⁶ La relación de las mujeres con la izquierda militante femenina fue diferente, porque veían la causa práctica, no el trasfondo teórico de las militantes.

⁷⁷ Carlos Fuentes, “Nos negamos a ser cómplices de una farsa y a vivir bajo el signo del comercio y el alarido. Precisemos qué es un intelectual y qué es un periodista y cuál es la función de cada uno”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 582, 29 de agosto de 1964, p. 13.

⁷⁸ Carlos Fuentes, “No creo que sea obligación del escritor engrosar las filas de los menesterosos”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 189, 27 de septiembre de 1965, p. viii.

Por la forma en la que está escrita la concepción de Fuentes, es una autoconcepción que puede hacerse extensiva a los escritores que tampoco comprometieron la perspectiva social y política de su obra con su postura política personal y que no establecieron un compromiso con ningún partido, élite política o minoría vulnerable. ¿Por qué? Porque habían ganado su posición en el campo intelectual, primero que nada, gracias a su prestigio como escritores, por lo que se regían por un principio de jerarquización autónoma. (Cabe hacer un pequeño paréntesis para decir que tampoco los intelectuales comunistas asimilaron las consignas de la izquierda. Enrique González Rojo y José Revueltas, pese a sus intentos honestos por integrar un verdadero partido socialista, coincidieron en que no se someterían a una izquierda inculta y sectaria, prescriptiva.⁷⁹ En particular, el autor de *Los errores* —al igual que Fuentes— se determinó a serle fiel a su obra y no a las consignas decretadas por los activistas de izquierda.)

Al parecer, las escritoras no participaron en esta discusión. Directamente, no tenían ninguna razón para estar presentes, pues la polémica pasó de ser una discusión ideológica a una arena personal. A pesar de no haber tenido participación en esta disputa, es inevitable preguntarse cómo le hicieron para alcanzar una mejor posición en el campo intelectual: ¿en qué momento llevaron a cabo una obra original y de calidad excepcional?, ¿efectuaron las funciones típicas del intelectual?, ¿en qué momento ellas mismas se percibieron como intelectuales?

No resulta posible agrupar a las mujeres en un solo conjunto —aunque José Luis Martínez lo haya hecho al augurar quiénes podrían elaborar una obra prominente—. En primer lugar, porque jamás se pensaron y posicionaron individual o grupalmente como una generación intelectual; en segundo, debido a que su propuesta estética y su postura social fue tomada de diferente

⁷⁹ Enrique González Rojo, “Los intelectuales y el partido”, en *Revista Revolución*, junio de 1961, s/p, disponible en [http://www.enriquegonzalezrojo.com/titulos.php?pageNum_rs_titulo=1&totalRows_rs_titulo=14&ct=13].

modo y, en tercero, porque la recepción de su obra y su persona no se pueden homogeneizar, pues el *ir y venir* entre el reconocimiento, la aceptación parcial y el ninguneo que asumían eran guardados para cada una en proporciones diferentes. No era igual la displicencia hacia Castellanos en 1967, que el franco rechazo hacia Elena Garro en 1968. Por tanto, de aquí en adelante me centraré sólo en el caso de la chiapaneca.

RECEPCIÓN Y AUTOCRÍTICA DE ROSARIO CASTELLANOS EN SU ÉPOCA⁸⁰

La intención de Rosario Castellanos de convertirse en escritora la impulsó a perfilarse como una creadora durante la mayor parte de su trayectoria; fue casi hasta el final de ésta cuando empezó a pensarse y a ser pensada como intelectual. Prueba de ello son los artículos en los cuales la poeta autoevaluó el tránsito y la calidad de su obra, así como las reseñas acerca de sus narraciones y ensayos. Con la finalidad de reflexionar al respecto, divido la crítica en torno a ella en tres momentos: 1) cuando recibió el grado de maestra en Filosofía; 2) cuando su obra narrativa fue evaluada con ambivalencia por la crítica, y 3) cuando por fin se pensó y fue reconocida como intelectual por escritores todavía no muy afamados, Huberto Batis entre ellos.

Por lo anterior, me parece importante medir lo que Bourdieu llama *la verdad y el valor de la obra*, es decir, la representación social de ésta, lo cual empieza con el primer juicio que se hace de una obra y que la posteridad retoma.⁸¹ En ese orden de ideas, no quiero dejar de incluir en la recepción de la producción de Castellanos el ensayo *Sobre cultura femenina*, pues con éste la

⁸⁰ Los artículos de críticos acerca de Rosario Castellanos a los que me refiero en este apartado son sólo los atinentes a ella como intelectual, pues éstos se encaminan a ubicar el lugar que tuvo en este campo. En los siguientes capítulos, efectuaré ampliamente el mismo ejercicio y lo relacionaré con el reconocimiento de su obra.

⁸¹ Pierre Bourdieu, *op. cit.*, 1975, p. 159.

joven escritora empezó a desarrollar un pensamiento en torno a las mujeres y fue el primero que marcó una recepción ambivalente de su producción creativa: “Los miembros del sínodo —profesores Eusebio Castro, Paula Gómez Alonzo, Eduardo Nicol, Leopoldo Zea y Bernabé Navarro— no podían contener la risa ante los retruécanos que la sustentante introducía en la discusión filosófica”.⁸² Al final de la ceremonia, le concedieron el grado de maestra en Filosofía y su tesis se publicó en la revista antológica *América*. Sin embargo, da la impresión de que el ensayo no trascendió en los círculos intelectuales de esa década. Esto se colige a partir de la escasez de comentarios y textos críticos que surgieron en torno a él. Quizá las únicas estudiosas que se interesaron en reseñarlo fueron Margit Frenk y Graciela Hierro.⁸³

El 10 de diciembre de 1950, Frenk celebró el “vigor, la originalidad y el ansia apasionada con los que Rosario Castellanos escribió *Sobre cultura femenina*”.⁸⁴ No obstante, no coincidió con la propuesta de Castellanos referente a la realización intelectual femenina como hecho suplementario de la maternidad. De ninguna manera compartió la idea de que la trascendencia individual femenina se alcanzara exclusivamente por medio de una u otra vía. Frenk desarrolló una idea distinta y la defendió aseverando: “En la mujer ‘completa’ la maternidad siempre tendrá seguramente un papel fundamentalísimo, pero al lado de ella, y con idéntica autenticidad, se puede vivir una vida espiritual”.⁸⁵ A primera vista,

⁸² Gabriela Cano, “Prólogo”, en *Sobre cultura femenina*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 31-32.

⁸³ Debo decir que, aun cuando había avanzado mucho en mi investigación, no encontré ninguna reseña que hablara de *Sobre cultura femenina*. Fue Andrea Reyes quien, al leer este texto, me indicó que Margit Frenk publicó un comentario, y Graciela Hierro, un artículo. Cada una, por su lado, emitió un juicio crítico acerca de la tesis de Rosario Castellanos. Además, la doctora me prestó los textos, ya que ella los encontró durante el rescate de los ensayos de la escritora chiapaneca. Por lo anterior, le agradezco su generosidad.

⁸⁴ Margit Frenk, “Sobre cultura femenina”, en *México en la Cultura de Novedades* 97, 10 de diciembre de 1950, p. 7.

⁸⁵ *Ibid.*

la idea de Frenk resulta menos radical que la de Castellanos y más acorde con una generación de mujeres profesionistas y madres. Sin embargo, la lectura de la filóloga germano-mexicana pasó por alto el tono sarcástico que Castellanos empleó para poner de relieve su supuesta minusvalía intelectual y la de sus congéneres. De ahí, que Frenk la tachara de pesimista: “Rosario Castellanos es en esto manifiestamente injusta y lo es también consigo misma (todo su libro contradice lo que ella tan apasionadamente, y con esa mezcla de rebeldía y resignación, afirma al principio: ‘yo no sólo no estoy acostumbrada a pensar conforme a la lógica y sus cánones ni siquiera estoy acostumbrada a pensar’)”.⁸⁶

Es muy probable que en esa época los comentarios irónicos de la escritora no se interpretaran a partir de su vertiente irreverente, ya que aún se creía plenamente en la superioridad de la inteligencia masculina. Incluso, Frenk se refirió a dicha superioridad física y mental de los hombres. Desde su perspectiva de época, no se podía afirmar —sin temor a equivocarse— que el sexo femenino no representaba una condición biológica de minusvalía:

La inferioridad tanto física como mental de la mujer frente al hombre es cosa evidente, como lo es su incapacidad para la tarea cultural; sólo que las razones que para ello se han dado no son concluyentes.

[...]

El tiempo habrá de probar hasta dónde llega la capacidad creadora de la mujer. Y habrá de mostrar también qué hay de cierto y qué de falso en las ideas de Schopenhauer, Weininger y Simmel: si la miopía intelectual, la falta de lógica, de moralidad, de individualidad, la confusión de sentimiento y pensamiento, etc., etc., son realmente esenciales a lo femenino.⁸⁷

⁸⁶ *Ibid.*

⁸⁷ *Ibid.*

Con base en lo anterior, puede apreciarse que los juicios que se emitían en torno a la tesis de Rosario Castellanos dependían de la impresión que se tenía de lo femenino y lo masculino. Tal vez, por eso, la recepción de *Sobre cultura femenina* se modificó con el tiempo. A finales de la década de 1970, Graciela Hierro emitió un comentario acerca de las capacidades intelectuales de las mujeres en el que aseveró: “Es evidente que la exigua participación de la mujer en la cultura no se debe a una inferioridad intrínseca basada en su naturaleza”.⁸⁸ Esta certeza llevó a la filósofa a no concederle demasiada atención al artificio de minusvalía encarnado por la escritora para poner de relieve los prejuicios masculinos en torno a la mujer. Dejó de lado ese aspecto para interpretar el sentido serio del ensayo. De hecho, su artículo partió de una afirmación que coloca la propuesta de Castellanos dentro del pensamiento filosófico. Afirmó: “es uno de los primeros intentos (si no el primero) en lengua castellana de enfocar el problema feminista desde una perspectiva filosófica”.⁸⁹

El juicio de Graciela Hierro fue muy favorable, lo cual pudo deberse a la filiación feminista de la filósofa. No es casual que, más allá de los ámbitos de estudio de género, la obra no fue demasiado comentada por la crítica. Ni siquiera después de que el Fondo de Cultura Económica la puso a disposición de un gran público en 2005.

La recepción de *Balún-Canán* fue más afortunada, ya que la mayor parte de los críticos se enfocaron en comentar el tránsito acertado que Castellanos efectuó del género poético al ensayístico y de éste al novelístico.⁹⁰ En la medida que lo explicaron, enfatizaron su formación como escritora. Hasta la aparición de

⁸⁸ Graciela Hierro, “La tesis de Rosario Castellanos”, en *Fem. Publicación Feminista Trimestral*, vol. III, núm. 10, enero-octubre de 1979, p. 66.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 63.

⁹⁰ Véanse Dolores Castro, “Reseña de *Balún-Canán*”, en *La Palabra y el Hombre*, 1958, pp. 335 y 336, y María Elvira Bermúdez, “La novela mexicana en 1957”, en *Diorama de la Cultura*, de *Excélsior*, 2 de marzo de 1958, p. 4.

*Ciudad Real*⁹¹ y de *Oficio de tinieblas*, la crítica de esa época se fijó en un mismo criterio para evaluarla: *la perspectiva intelectual* que utilizó para narrar. A saber, en 1964, Joseph Sommers apuntó que dicha perspectiva favoreció que integrara su experiencia personal a sus conocimientos antropológicos y que los trascendiera:

La perspectiva intelectual en esta joven autora (nacida en 1925), refleja su experiencia personal en Chiapas: su niñez como hija de familia arraigada y de largas tradiciones, y su trabajo, años más tarde, en el Instituto Nacional Indigenista. [...] Existe un segundo hilo intelectual de suma importancia. Esquivando las trampas de idealización, sentimentalismo y naturalismo crudo, Rosario Castellanos consigue afirmar la dignidad y el valor humano en el indio —calidades que ella descubre en el respeto por la tradición, la responsabilidad cívica, la esperanza que brota eternamente en la generación juvenil—. [...] Pero aunque su novela atestigua influencia y conocimiento de las ciencias sociales, trasciende estas disciplinas al cristalizar la visión intuitiva de la autora, penetrando más entrañablemente en el mundo humano de Chiapas que los estudios descriptivos de los mejores antropólogos.⁹²

⁹¹ Henrique González Casanova también decía que Castellanos era una escritora versátil y que sus cuentos estaban regidos por una prosa limpia y una hermosa inteligencia. Véase “El cuento”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 74, 1963, p. XIII.

⁹² Joseph Sommers, “Rosario Castellanos: nuevo enfoque del indio mexicano”, en *La Palabra y el Hombre*, enero-marzo de 1964, pp. 86-88. En este apartado, en el que señalo la interrelación que el relato tiene con discursos del contexto social, sólo menciono a Sommers porque estoy observando la recepción que Castellanos tuvo poco después de haber publicado *Oficio de tinieblas*. Años más tarde, el análisis intertextual de los discursos asimilados en la novela fueron explicados minuciosamente por la investigadora Aralia López González, quien apunta, en el apartado denominado “Intertextualidad”, que los discursos ahí representados se remiten a dos interpretaciones históricas opuestas: la colonial y la posrevolucionaria. Del lado de la primera, se encuentran los discursos mítico-religiosos, las crónicas de las sublevaciones de Vicente Pineda. Del lado de la segunda, están el discurso posrevolucionario

Es importante que Sommers se refiera a la vertiente autobiográfica, pues él no entendió los referentes biográficos como una copia fiel de la realidad vivida. Una apreciación de esta índole la tuvo Martha Robles, quien sentenció: “A veces efusiva, a veces escueta ante situaciones necesarias, el exceso de anécdotas familiares desfavorece tanto la novela como la insistencia del carácter autoritario e [*sic*] indefenso de sus protagonistas”.⁹³ Asimismo, es propicio que Sommers mencione los referentes antropológicos de la novela, porque insinúan la existencia de un contenido relacionado con la historia, la sociología y la antropología (con el grupo de narraciones a las que Fuentes denominó literatura viva, misma en la que él se incluía, al lado de Sergio Galindo, Elena Garro, Sergio Fernández y Rosario Castellanos), pero también es importante que diga que los asimiló, porque entonces el mundo narrativo se independiza de la realidad a la que hace referencia.⁹⁴

Sin embargo, la admiración causada por *Oficio de tinieblas* no fue unánime: el rigor con el que la novela fue escrita provocó que Rita Murúa se quejara en la *Revista Mexicana de Literatura*: “Lamentamos que la obra que se comenta, cuya evidente finalidad, aparte de su innegable valor literario, es la de crear conciencia, se vea limitada por la ausencia de diálogos, abuso del monólogo interior y un lenguaje denso que dificulta su acceso al lector medio”.⁹⁵ La crítica de Murúa respecto al didactismo de *Oficio* es parecida a la que Emmanuel Carballo expresaría poco tiempo después, en 1964, acerca de *Los convidados de agosto*:

cardenista, interpretado por una visión histórica y sociológica de tipo crítico, de parte del narrador. Véase Aralia López González, *La espiral parece un círculo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1991, pp. 109-110.

⁹³ Véase Martha Robles, “Rosario Castellanos”, en *La sombra fugitiva. Escritoras en la cultura nacional*, tomo II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, p. 158.

⁹⁴ Carlos Fuentes, *op. cit.*, 1965, p. v.

⁹⁵ Véase Rita Murúa, “Una lucha solitaria contra las tinieblas”, en *Revista Mexicana de Literatura*, núms. 3-4, 1963, pp. 62-63.

Hasta ahora Rosario Castellanos ha sido en cuentos y novelas una ensayista más que una narradora. Su inteligencia la ha traicionado: comenta y juzga con tanta pasión lo que está narrando que se olvida del lector —y el lector de nuestro tiempo ya no es un ser pasivo, participa como recreador en las historias que le cuentan. A los tres cuentos y a la novela corta que recoge en ese volumen les sobra univocidad y les falta, en igual medida, la equívocidad de las auténticas obras de arte.⁹⁶

En suma, los comentarios de Carballo y Murúa son propicios para mencionar que, indudablemente, por los temas lindantes con la historia, la sociología, la antropología, la religión y los problemas de género, así como por las formas que Castellanos empleó para narrar su obra, no se le consideró de excepcional calidad y originalidad. No obstante, el tono de fastidio y la ironía del tapatío empiezan a marcar la proclividad de la crítica a relacionar la producción literaria de Castellanos con una inteligencia tendiente a comunicarse con lo extraliterario, y, en ese grado, a elaborar una crítica social y política, asociada al pasado, al presente y al futuro de México, ejercicio constante del intelectual. Una serie de perspectivas que de ninguna manera afectaban la calidad literaria de la obra, tan sólo no se ceñían a las formas aclamadas por la élite cultural.

Tan fuerte fue el cariz intelectual de la obra de Rosario Castellanos, que, en 1966, cuando Salvador Reyes Nevares reseñó *Juicios sumarios*, no se limitó a recapitular el contenido de la antología, sino que dedicó la mitad del texto a explicar cómo concebía la escritora la postura del intelectual en un momento en el que estaba en boga la discusión respecto al compromiso de los intelectuales. Reyes Nevares citó en su reseña el siguiente fragmento: “El escritor —dice— ha de formar su criterio no con los prejuicios de la muchedumbre, ni con las verdades parciales de

⁹⁶ Emmanuel Carballo, “Poesía y prosa. Imaginación y realidad”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 594, 11 de noviembre de 1964, p. xv.

una secta, de un grupo, de una nación, ni con los convenencieros errores de una clase. Ha de ser —señaló en un párrafo anterior— no un cómplice ni un encubridor, sino un testigo, un juez y un guía”.⁹⁷ Huberto Batis hizo casi lo mismo: combinó sus comentarios acerca del contenido de *Juicios sumarios* con alusiones breves a la participación de Castellanos en la vida pública:

Quizás el imperativo moral político ha teñido demasiado los juicios de *esta intelectual* que *no tiene pelos en la lengua*, pero puede afirmarse que el juicio sobre las formas estéticas lo ha precedido y ha quedado al menos subyacente. [...]

En una página RC habla de “arreglárselas para ser, hasta donde se pueda, uno mismo y no ceñirse a la imagen que de nosotros nos proporcionan los demás”; ante el es preciso “convivir” ante las presiones y consignas que recibe el individuo de la fatal Uniformidad, “una vez que pasa su rito de iniciación”, debe imponerse la rebeldía. *RC ha dado repetidas muestras, con su actuación pública y no sólo con su literatura, de luchar por la inteligencia en contra de toda fuerza*.⁹⁸

Nótese, en el énfasis, la naturalidad con la que Batis, primero, concatena el quehacer estético de Castellanos con su quehacer social, pero, al final, se inclina por elogiar la contundencia de su participación pública. Por su parte, Castellanos también empezó a asumir que era una intelectual. En 1967, cuando recibió el Premio Trouyet,⁹⁹ aclaró que aceptaba la distinción no como una

⁹⁷ Salvador Reyes Nevares, “La Obra de Rosario Castellanos”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 252, 1966, p. xi.

⁹⁸ Huberto Batis, “*Juicios sumarios*”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 253, 1966, p. xii. Énfasis mío.

⁹⁹ El premio llevaba el apellido de Carlos Trouyet porque, cuando la Secretaría de Educación Pública (SEP) emitió la convocatoria para solicitar el apoyo de los empresarios para apoyar a los jóvenes creadores, este magnate fue el primero en responder al comunicado. Cabe mencionar que Trouyet sugirió que, a partir de 1968, el premio cambiara de nombre y llevara el del escritor Agustín Yáñez.

recompensa a sus méritos ni como un estímulo, sino como una oportunidad de ratificar su compromiso de servir a la sociedad a la que pertenecía. Incluso, volvió a manifestar abiertamente cuál debía ser la misión del intelectual:

Un intelectual debe servir a [la] sociedad dando un testimonio, lo más objetiva y veraz que las capacidades de cada uno se lo permitan, de una época y de sus circunstancias. Debe esforzarse porque se integre la conciencia propia, única vía de acceso a la conciencia de la colectividad. Debe enriquecer las posibilidades expresivas del lenguaje, para que el pueblo —de quien ese lenguaje es patrimonio— encuentre el vehículo adecuado para articular las metas históricas que persigue, los obstáculos con los que tropieza, los triunfos de los que se enorgullece. Para que distinga y rechace la injusticia, para que ponga freno a la violencia, a la irracionalidad y al orgullo. Para que prefiera la belleza. Para que enuncie la verdad.¹⁰⁰

Esta definición de intelectual de Rosario Castellanos es interesante en dos sentidos: el primero es que se puede equiparar con la concepción de escritor que emitió en *Juicios sumarios* —y que comentó Reyes Nevares—, con lo cual la escritora dio a entender que el trabajo del escritor era el de un intelectual. Por ello, importa recuperar algunos elementos de su concepción para evidenciar en qué medida se igualan. Concretamente, en el ensayo “El escritor y su público”, Castellanos expuso distintas posiciones del creador literario frente a su audiencia, y puso especial interés en subrayar que el escritor no era cualquier persona que escribía, sino alguien con facilidad y versatilidad para comunicar sus ideas por escrito, alguien en busca de un efecto, una persona que se servía de su inteligencia para concatenar tres acciones: observar, recrear y comunicar. “La inteligencia, según también es apetito; convive, compadece, recrea. Tanto *inventa* con la libertad como

¹⁰⁰ Rosario Castellanos, “Recibió el ‘Trouyet’ Rosario Castellanos”, entrevista hecha por s/a, en *Excélsior*, 21 de septiembre de 1967a, p. 11-A.

observa con exactitud. Nunca es pasiva. En sus ámbitos, el intelecto entra en comunicación con todo y con todos".¹⁰¹

Probablemente, estas tres facultades se pueden entender como actos habituales presentes en todo proceso comunicativo, no como ejercicios específicos de un intelectual. Entonces, habría que añadir que esas actividades eran potenciadas por el escritor cuando imprimía en ellas un fuerte compromiso social y moral a través de la reformulación de lo social, de lo histórico y de la emisión de la verdad. Por eso, dijo que el "escritor ha de formar su criterio no con los prejuicios de la muchedumbre, ni con las verdades parciales de una secta, de un grupo, de una nación, ni con los convenencieros errores de una clase".¹⁰² Éste es uno de los fragmentos en el que las dos definiciones convergen, en la medida en que entiende a ambos —intelectual y escritor— como entes comprometidos con la objetividad y la veracidad. De manera más concreta, sugiere que el escritor que se vive como intelectual tiene una función más: enriquecer las posibilidades expresivas del lenguaje para que el pueblo encuentre un vehículo adecuado para articular sus metas históricas, para rechazar la injusticia, para poner freno a la violencia y para enunciar la verdad.¹⁰³

El segundo sentido en el que es interesante la definición de Castellanos tiene que ver con la distancia con la que se coloca ante ésta. No pluraliza. Habla en tercera persona. Esto hace pensar que la entendía más como una consigna personal que general;

¹⁰¹ Rosario Castellanos, "El escritor y su público", en *Juicios sumarios II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 193. Énfasis mío.

¹⁰² *Ibid.*, p. 195.

¹⁰³ Rosario Castellanos no fue la única que estuvo convencida de que el escritor era un intelectual; Octavio Paz también creyó lo mismo cuando afirmó: "no todos los intelectuales son escritores pero todos (o casi todos) los escritores son intelectuales. [...] El escritor moderno introduce en la pintura de la sociedad la crítica de la sociedad. Como, a su vez, el lenguaje es una sociedad, la literatura se convierte en crítica del lenguaje". Véase "La letra y el cetro", en *A treinta años de Plural (1971-1976)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 23.

no comprendía a otros pensadores. Como vimos en la primera parte de este capítulo, tocante a las definiciones de *intelectual*, existen muchas acepciones. Debido a que casi todas fueron elaboradas por los propios intelectuales, algunos teóricos —como Zygmunt Bauman— proponen que, en realidad, todas ellas son autodefiniciones que remiten a los atributos laudatorios encarnados en esa figura.¹⁰⁴ Ciertamente, el concepto de Castellanos expone un perfil virtuoso, pero no conlleva un espíritu de vanagloria. De ahí que, al emitirlo usando la tercera persona, propuso que entendía ese perfil como una meta. Esta idea puede reforzarse con las palabras iniciales con las que agradeció el Premio Trouyet: “Agradecer una distinción, como la que hoy recibo, ha de hacerse no como una recompensa porque no estaría proporcionada con los méritos, tampoco como un estímulo, porque quizá resultaría superfluo, sino como una oportunidad de ratificar públicamente el compromiso de servir a la sociedad a la que se pertenece”.¹⁰⁵ Otra explicación de esa distancia es que, al hablar en tercera persona, invitaba a otros escritores a no envanecerse y permanecer al servicio de la sociedad.

Conviene, entonces, aprovechar su voluntad inclusiva para decir que su autodefinición convergió con la de Carlos Fuentes —él también comprendió la asociación de la escritura con la historia—, y que tuvo la intención de propiciar que los lectores encontraran un tiempo y una realidad mexicanos en el texto literario. Cabe señalar que, para ambos, esto no implicaba comprometer la autonomía estética, es decir, dejar que el texto se inclinara por una causa hasta el grado de convertirse en un panfleto. Sin embargo, Castellanos se distinguió —ligera, pero sustancialmente— en que no remarcó, al igual que Fuentes, que el escritor tenía, por un lado, una visión política imparcial en su calidad de creador y, por otra, una filiación política pronunciada

¹⁰⁴ Véase Yvon Grenier, *Del arte a la política. Octavio Paz y la búsqueda de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 40.

¹⁰⁵ Rosario Castellanos, “Recibí el ‘Trouyet’”, primera plana.

como ciudadano. Para Castellanos —como se verá en el quinto capítulo—, la visión de ciudadana y escritora guardaba compatibilidad, y una era dependiente de la otra, pues las dos se guiaban por el mismo principio de incorruptibilidad. No obstante, aun cuando difirieron, en la práctica ambos mostraron un mismo patrón de reacción ante la demagogia y el autoritarismo de Estado.

Quizá la crítica de Fuentes parezca más frontal hacia el presidente que la de Castellanos, pero no hay que perder de vista que este mensaje fue emitido desde París. También cabría tomar en cuenta que Fuentes tendía a ser más agresivo en sus juicios. En ese sentido, es importante recordar que los intelectuales hegemónicos solían enfatizar su autoridad cultural. En cambio, Castellanos evitaba ese comportamiento, porque creía que envanecerse y enorgullecerse provocaba una caída inevitable en el campo de lo subjetivo e irracional.¹⁰⁶

¹⁰⁶ *Cfr.* Rosario Castellanos, “Recibió el Trouyet”, p. 11A. En los capítulos 2 y 3 hablaré más de la autonomía estética de Castellanos y de la manera específica en la que su obra y su persona empezaron a ser relacionadas con lo social.

CUADRO 1: FUENTES Y CASTELLANOS ANTE LA DEMAGOGIA Y EL AUTORITARISMO DE ESTADO

Carlos Fuentes¹⁰⁷

Rosario Castellanos¹⁰⁸

[...] es inadmisible confundir la oposición al gobierno con la traición a la patria. Esta evidencia normal por desgracia no lo es tanto en México. Hay que repetirla cuantas veces sea necesario: el gobierno de una persona no es México; es sólo el delegado transitorio y revocable del verdadero México, y éste sólo puede ser nosotros, todos los mexicanos, pero sobre todo los que combatimos, adentro o afuera, con los brazos o con la pluma, por una sociedad mejor, más democrática y libre.	En los últimos días se ha desvenado una palabra que, al caer tajantemente, ha puesto en peligro de dividir lo que es una unidad. Esa palabra es patria. Un grupo numeroso y vocinglero ha declarado ser el monopolio de un bien que, hasta entonces, se ha creído común. [...] Una patria (no “la patria” como si la nuestra fuera la única) es el resultado tangible en el ámbito de lo físico como de lo moral y de alcanzar la plenitud en tanto que persona. Tales urgencias no son posibles de colmar sino de modo colectivo.
---	--

INTELECTUALES HEGEMÓNICOS DURANTE LA DÉCADA DE 1970

En 1970, después de la matanza de estudiantes y pueblo en Tlatelolco en 1968, el marco político en cuestión cambió de apariencia: pasó de ser un sistema político corrupto autoritario a ser un sistema político corrupto “con una amplia apertura democrática”. Impulsó a la prensa a ejercer su libertad de expresión; invitó a una parte de la intelectualidad y de la juventud a sumarse a las filas de la administración pública, y destinó mayores recursos para la cultura. Esta voluntad del gobierno de acercarse a quienes representaban una fuerza ideológica poderosa se entendió como una estrategia para apaciguar el descontento y la rebeldía

¹⁰⁷ “Carta de Carlos Fuentes al director de *Novedades*”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 353, 20 de noviembre de 1968, p. vi.

¹⁰⁸ Rosario Castellanos, “Patria: daños a la demagogia”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. II, México, CONACULTA, 2006, pp. 156-157.

ocasionada después de 1968. Por ello, la respuesta de los intelectuales a la apertura democrática fue tan diferente que los dividió en dos bandos: Rosario Castellanos, Carlos Fuentes y Fernando Benítez¹⁰⁹ estuvieron en favor de Luis Echeverría. En contraposición, Octavio Paz, Gabriel Zaid y Carlos Monsiváis dudaron de la buena voluntad del Estado.

En el transcurso de la década de 1970, se produjeron varias polémicas entre los intelectuales. Nada más me centraré en la de 1972, pues fue la única en la que intervino Rosario Castellanos y cuyo núcleo de la discusión fue la autonomía del intelectual frente a la derecha, representada por el régimen de Echeverría. Por tanto, a continuación citaré los distintos puntos de vista medulares que se confrontaron en ésta, para después determinar si de esa discusión surgió una nueva definición de *intelectual*, si se multiplicaron las autodefiniciones y si la política de apertura democrática provocó un reposicionamiento en la élite intelectual. En términos de Bourdieu, mediante esta polémica observaré en torno a qué criterios se actualizó la competencia por la legitimidad cultural. La discusión surgió el 9 de agosto de 1972 a raíz del comentario de Carlos Pereyra, quien, sin lugar a dudas, hizo implícitamente un retrato hablado del autor de *La región más transparente*:

Lo que puede sorprender no es la aparente incongruencia de las declaraciones políticas de los representantes intelectuales del liberalismo mexicano con las posiciones sostenidas por ellos mismos

¹⁰⁹ Para 1970, Fernando Benítez era muy famoso por su actitud contestataria. Carlos Marín, en su entrevista titulada “El pleito *Vuelta-Nexos* prueba que la cultura mexicana está más viva que nunca”, recordó: “Se peleó con el gobierno por pedir la desaparición del PRI (lo que le costó su salida de *El Nacional*), dio la batalla por Oscar Lewis cuando por defender *Los hijos de Sánchez* era tomado como antipatriótico, peleó por Orfila y la fundación de la editorial Siglo XXI, denunció el asesinato por el ejército de Rubén Jaramillo, combatió en favor de Siqueiros y sostuvo una actitud inflexible contra Díaz Ordaz”. Véase *Proceso*, núm. 807, 1992, p. 47.

pocos años atrás, sino el hecho de que esas declaraciones se hayan ajustado al nivel de enunciados propagandísticos. Una actitud que se quería crítica devino abiertamente apologética, afectando su propia capacidad de análisis al extremo de que es menos desconcertante el espacio político hoy ocupado por esos representantes que la debilidad de la argumentación esporádicamente utilizada por ellos en su examen de la realidad actual.¹¹⁰

En esa época, era bien sabido que la crítica de Fuentes al régimen se transformó y se sintetizó en un lema propagandístico y encomiástico: “Echeverría o el fascismo”. Después, los colaboradores de *Plural* también expusieron sus puntos de vista. En apariencia, se trató de un intercambio de ideas congruente y tolerante, encabezado por Octavio Paz, quien declaró:

Como escritor mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad, contra la fascinación de la ortodoxia. Ni el sillón del consejo del Príncipe ni el asiento en el capítulo de los doctores de las Santas escrituras revolucionarias.¹¹¹

Él era el intelectual con mayor autoridad para opinar, puesto que ya era miembro del Colegio Nacional, ya había denunciado públicamente la masacre en Tlatelolco y renunciado a su cargo de la embajada de México en la India.

Sin descontar el loable mérito de su dimisión, no hay que olvidar que Octavio Paz fue diplomático de 1945 a 1968. Durante ese periodo jamás protestó con tanta energía, ni siquiera ante el autoritarismo de Estado al final del sexenio de Adolfo

¹¹⁰ Carlos Pereyra, “La crisis ideológica”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 548, 1972, p. v.

¹¹¹ Octavio Paz, “México 1972. Los escritores y la política”, en *Plural*, núm. 13, 1972, p. 22.

Ruiz Cortines, en 1958. Se atrevió a protestar y a separarse del gobierno hasta que ganó suficiente capital simbólico, justo cuando retemblaría en sus centros la tierra si, desde el extranjero, se quejaba del presidencialismo. En cuanto a la tolerancia y la pluralidad, sabía soportar la diferencia de opiniones siempre y cuando fuera de sus allegados¹¹² y mientras la crítica no se dirigiera hacia su persona.¹¹³ En ese orden de ideas, no hay que olvidar los lazos de amistad que existían entre *La Cultura en México* y *Plural*. No deben olvidarse porque se traducían en una misma orientación crítica; por ende, en realidad, entre ambas publicaciones existía un pequeño margen de divergencia. Lo había, eso sí, entre quienes eran congruentes con lo que decían, intelectuales como Gabriel Zaid, quien siempre insistió en que el intelectual no debía inmiscuirse en los asuntos del Estado y jamás participó en el gobierno. Su principal objeción para negarse a hacerlo era la siguiente: “ni siquiera en la vida intelectual, que nos incumbe tanto y depende en buena parte de nosotros, hemos logrado crear los medios y costumbres de investigación, creación, comunicación, que requiere la vida pública, ¿qué tratamos de hacer con otros medios que ni dependen de nosotros

¹¹² Supo tolerar que Carlos Fuentes apoyara a Echeverría y se justificaba diciendo: “algunos amigos míos —Carlos Fuentes, Fernando Benítez, José Luis Cuevas y otros pocos más— decidieron colaborar con el régimen y darle su apoyo público. No estuve de acuerdo con su posición y así se los dije, en privado, varias veces. Nunca pensé que yo tenía derecho a condenarlos”. Octavio Paz, “La conciencia es lo contrario de la razón de Estado”, en *Proceso*, núm. 57, 3 de diciembre de 1977, p. 8.

¹¹³ En una entrevista con Julio Scherer, Paz se refirió a Carlos Monsiváis llamándolo “perrito incontinente”. Lo denominó así porque le irritó un comentario que hizo acerca de su técnica de escritura en *El laberinto de la soledad*. Véase Octavio Paz, “Veo una ausencia de proyectos. Las ideas se han evaporado”, en *Proceso*, núm. 58, 10 de diciembre de 1977, p. 9. También Castellanos elaboró, en 1971, un comentario semejante al de Monsiváis en su editorial “Indagación sobre el ser nacional: la tristeza del mexicano”; quién sabe si Paz se enteró de esta publicación. Si se enteró, debió preferir ignorarla.

ni son de nuestra competencia?”.¹¹⁴ Su convicción legítima lo impulsó a debatir con Fuentes sin importar que éste lo juzgara virginal y mesiánico.

Por su parte, Castellanos no pertenecía al núcleo de intelectuales hegemónicos, hecho que llama la atención porque era editorialista de *Excelsior* (el periódico del que surgió *Plural*) y su crítica al autoritarismo después de la represión a Oscar Lewis, a Ignacio Chávez y al movimiento estudiantil la habían hecho cobrar notoriedad en el espacio político-literario. Y llama más la atención si se aprecia que el editorial se publicó el 15 de agosto de 1972, pues pareciera que fue la primera en querer responder al comentario de Pereyra o al sartal de rumores de esa misma índole:

Yo me pregunto por qué, a veces (¿o siempre?) nos es tan difícil a nosotros, los mexicanos, intentarlo. Con un poco de introspección y otro poco de recuerdos de los diversos congresos de escritores a los que he asistido he llegado a formarme una imagen que quisiera yo que fuera inexacta de lo que el escritor cree que es y de su papel político.

Por lo pronto es el depositario ya no digamos de la verdad absoluta que es lo natural tratándose de lo que se trata sino también de una especie de pureza que como la del armiño, tiene que preservarse evitando el mínimo contacto con los manejadores de la cosa pública.¹¹⁵

Llama la atención que, al igual que Fuentes, haya defendido su derecho a relacionarse con los representantes del campo de poder:

¹¹⁴ Gabriel Zaid, “México 1972. Los escritores y la política”, en *Plural*, núm. 13, 1972, p. 22.

¹¹⁵ Rosario Castellanos, “El escritor y el poder: un delicado equilibrio”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. III, México, CONACULTA, 2007, p. 212.

Los problemas políticos se deben resolver políticamente, no mediante el terror o el asesinato o la represión o la abstinencia virginal o la declamación mesiánica. Esta es la zona de convivencia a la que nuestro país debe acceder, sin mengua alguna del esfuerzo popular organizado por liquidar las actuales relaciones de explotación, externa e interna, en nuestra sociedad. Por mi parte, continuaré apoyando lo que contribuya a una vida social más libre y más justa, promuévanlo el Estado o los ciudadanos y oponiéndome a cuanto la impida, provengan los obstáculos del Estado, *los provocadores o los viejos intereses*.¹¹⁶

Ahora bien, la respuesta de la escritora se diferenciaba en que Castellanos, sin una sociedad de bombos mutuos que la impulsara o la disuadiera, se asumió cerca del gobierno, aunque no asimiló sus muletillas defensivas. La frase *provocadores de los viejos intereses* tan reiterada por Echeverría y por Fuentes no resonó en su discurso. Al contrario, proclamó su autonomía moral y creativa para aproximarse al gobierno sin dejarse fascinar por él.

En síntesis, después de la polémica no se generó una nueva definición de *intelectual*. La unanimidad del rechazo con el que en 1964 los intelectuales se alejaron de la izquierda inculta y sectaria no se repitió en 1972 para la derecha obtusa y proselitista. En el fondo, esta diferencia no causó cambios en las posiciones ascendentes del campo intelectual: Carlos Fuentes, antes y después de Echeverría, siguió siendo un intelectual hegemónico; Castellanos, en cambio, recibió una consagración oficial por parte del Estado —acerca de esto hablaré con mayor detenimiento en el quinto capítulo.

Desafortunadamente, si Castellanos no fue consagrada como intelectual por la élite cultural antes de colaborar en el equipo del presidente Echeverría, mucho menos lo fue una vez que dicha

¹¹⁶ Carlos Fuentes, "México 1972. Los escritores y la política", en *Plural*, núm. 13, 1972, p. 28.

élite cuestionó a los escritores que pusieron sus conocimientos al servicio del Estado. Incluso me atrevería a decir que no conseguiría tal consagración mientras el autor de *El laberinto de la soledad* encabezara a los intelectuales, pues, según lo que se aprecia en el volumen *Generaciones y semblanzas* —correspondiente a las obras completas de Octavio Paz—, se nota que el poeta no solía comentar la producción de las escritoras.¹¹⁷ Justo en la sección de “Protagonistas y agonistas: narradores”, ni Elena Garro ni Rosario Castellanos fueron tratadas por él de manera central. Escribió acerca de ellas en notas en donde prácticamente hubiera sido una omisión grave no registrar que fueron parte de una generación o que su obra ocupó un lugar importante. Así, reconoció en una discreta nota a pie de página que *Los recuerdos del porvenir* era “una de las creaciones más perfectas de la literatura hispanoamericana contemporánea”. En cuanto a la autora chiapaneca, el diagnóstico que hizo acerca de su poesía no fue positivo: “Rosario Castellanos es un temperamento menos complejo y agudo; su mirada es amplia y conmovedora su derecho espiritual. Su lenguaje es llano y, cuando no cede a la elocuencia, grave y sentencioso”.¹¹⁸ Me parece que su comentario es suficiente para decir que no le pareció una escritora deslumbrante y que, respecto a sus colaboraciones en el ámbito periodístico, prefirió mantener un silencio absoluto. Sólo después de su muerte mencionó que admiraba su valor como persona:

Fue una mujer a la que le tuve gran estimación como persona limpia y coherente y muy valerosa. Eso es muy importante en México. Recuerdo que cuando el doctor Chávez salió de la rectoría lo hizo ella también con una muy grande integridad moral.

¹¹⁷ De las únicas de quienes se guardó un comentario en esta importante recopilación fue, nada más y nada menos que, de escritoras prodigiosas: Sor Juana Inés de la Cruz y Josefina Vicens.

¹¹⁸ Octavio Paz, *Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano del autor*, IV, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp.126-127 y 351.

[...]

Eso es lo que me parece muy importante señalar; su honradez con ella misma y con el mundo.¹¹⁹

Admirarla como persona, sin extrapolar el valor que asumió como funcionaria pública al que asumió como escritora, en nada contribuye a su consagración ni a su reposicionamiento en el campo intelectual. Al contrario, hace que prevalezca en una categoría de mujer admirable y nada más. Me atreveré a decir que es una forma sutil de ningunearla. Respecto a esta palabra, no está de más recordar la definición que el mismo Octavio Paz emitió en *El laberinto de la soledad*:

Ninguno es la ausencia de nuestras miradas, la pausa de nuestra conversación, la reticencia de nuestro silencio. Es el nombre que olvidamos siempre por una extraña familiaridad, el eterno ausente, el invitado que no invitamos, el hueco que no llenamos. Es una omisión. Y sin embargo, Ninguno está presente siempre. Es nuestro secreto, nuestro crimen y nuestro remordimiento. Por eso el ninguneador también se ningunea; él es la omisión de alguien.¹²⁰

Paz siempre supo que Rosario Castellanos estuvo ahí, porque fue una poeta y una narradora a la que genuinamente pudo considerar menor, pero que no dejaba de ser notable, pues su presencia resonó en el campo intelectual y cada vez iba ascendiendo más y más. Además, participó de un modo valeroso y notable en movimientos políticos de los que él mismo se percató y prefirió admitir hasta el momento en el que era elegante pronunciarse y no tendría un impacto vital emitir un pequeño gesto de reconocimiento. Al decir todo esto no pretendo ser emocional; mi

¹¹⁹ Octavio Paz, "Murió la poeta Rosario Castellanos", en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.

¹²⁰ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 49-50.

intención es que se entienda que, a estas alturas, Paz era por sí mismo una instancia de consagración. Si la hubiera reconocido y le hubiera prestado voz en un espacio tan determinante como *Plural* habría contribuido a su legitimación.

Fuera de la élite de los escritores, a Castellanos se le tenía una estimación menos sesgada en el ámbito público. Al comienzo de 1970, gozaba de prestigio, de popularidad y de potencialidad política. Ganó el Premio Mujer del Año 1967;¹²¹ algunos colectivos femeninos se acercaron a ella para que las representara políticamente;¹²² se mencionó que era una candidata deseable para la Academia Mexicana de la Lengua y para el rectorado de la UNAM;¹²³ incluso, hubo quien llegó a decir que su incorporación a la diplomacia mexicana obedecía a su reconocimiento en la alta jerarquía intelectual.¹²⁴

En efecto, así era. Echeverría supo reconocer sus méritos; desafortunadamente, la envió a un país a donde no podía ejercer su usual crítica implacable. Esta especie de estrategia pacífica de segregación —que examinaré con mayor detenimiento en los capítulos cuarto y quinto—, la indiferencia de la élite intelectual hacia su persona y su muerte prematura difuminaron su posible reconocimiento como una de las primeras intelectuales mexicanas.

Con base en todo lo que he dicho anteriormente, respecto a que recibir la denominación de *intelectual* dependía de la amplia aceptación que tuvieran una persona y su obra por parte de las élites culturales, puede afirmarse que, *en vida*, Castellanos no

¹²¹ Véase Rosario Castellanos, “La mujer del año 1967”, entrevista hecha por Beatriz Espejo, en *Kena*, 1 de marzo de 1968, pp. 7-11.

¹²² Véase Rosario Castellanos, “Rosario Castellanos combinará clases, literatura y diplomacia”, entrevista hecha por Elena Poniatowska, en *Novedades*, 8 de marzo de 1971, p. 10.

¹²³ Emmanuel Carballo, “La Academia de la Lengua y las Mujeres”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 76, 31 de julio de 1963, p. xix.

¹²⁴ Cfr. José Alvarado, “Rosario Castellanos en Jerusalem”, en *Siempre!*, núm. 922, 1971, p. 21.

llegó a ser tratada como una intelectual. Más bien, se mantuvo en un ir y venir entre el reconocimiento, la aceptación parcial y el ninguneo. Entonces, cabe preguntarse cuál es el adjetivo correcto para invocar la fuerza y el poder de una inteligencia que se abrió las puertas de campos masculinos, en su mayoría. Por mi parte, propongo la siguiente definición, considerando específicamente el caso de Rosario Castellanos:

Intelectual-escritora es una productora de ideas no consagrada por la intelectualidad hegemónica. Su pensamiento nace con una visión del mundo y una toma de posición frente a éste desde su condición de género. Así, su obra creativa y periodística se origina con la conciencia de un compromiso social que consiste en dar testimonio objetivo y veraz de su época y sus circunstancias. El efecto de este rasgo de su producción hace que pase del terreno literario al transdisciplinario, y que se perfile como un sujeto cultural y político. Su perfil inusitado provoca que oscile entre el reconocimiento, la aceptación parcial y el ninguneo de la élite cultural hegemónica; en cambio, en la élite política, siempre pendiente de los actores ideológicos más importantes, provoca una reacción de segregación velada.

En mi opinión, fue una intelectual-escritora pues usó el lenguaje literario para codificar su pensamiento social. Principalmente, tuvo la intención clara de hacer uso del lenguaje de manera ejemplar. De hecho, en el primer discurso que pronunció respecto a la misión del intelectual, afirmó: “Hacer uso de la palabra y de cualquiera de sus medios mecánicos de difusión significa, para el intelectual auténtico, una oportunidad tanto como un grave compromiso”.¹²⁵ La oportunidad y el compromiso a los que se refirió sólo podían ser alcanzados por una persona capaz de dominar su lengua:

¹²⁵ Rosario Castellanos, “La misión del intelectual”, en *Ateneo de Chiapas*, núm. 7, 1957, p. 21.

[El intelectual debe] enriquecer las posibilidades expresivas del lenguaje, para que el pueblo —de quien ese lenguaje es patrimonio— encuentre el vehículo adecuado para articular las metas históricas que persigue, los obstáculos con los que tropieza, los triunfos de los que se enorgullece. Para que distinga y rechace la injusticia, para que ponga freno a la violencia, a la irracionalidad y al orgullo. Para que prefiera la belleza. Para que enuncie la verdad.¹²⁶

No está de más subrayar su condición de intelectual-escriitora, sobre todo, si se toma en cuenta que algunos artículos, reseñas, documentales y filmes actuales dan a conocer a Rosario Castellanos centrándose en las tragedias de su infancia y de su vida matrimonial. Desde esa perspectiva, continúan mostrándola como una escritora *a secas*. En cambio, si se relaciona su cualidad creativa con su condición de intelectual, se subrayan sus preocupaciones políticas y su entendimiento de la palabra artística como un instrumento capaz de comprender la realidad y de buscar la justicia. Además, se le deja de restar valor al lugar que la escritora debe tener como la crítica rotunda que fue de la sociedad, la cultura y las instancias de poder de su tiempo.

¹²⁶ Rosario Castellanos, “Recibió el Trouyet”, p. 11-A.



CAPÍTULO 2.

DEL PROCESO DE CONCEPCIÓN LITERARIA

AL DE INCORPORACIÓN DE UNA ESCRITORA

A SU CAMPO INTELECTUAL

Debido a que la condición que particulariza a Castellanos como intelectual es la de escritora, en este capítulo, la ubicaré en la generación a la que perteneció y estudiaré su concepción literaria. Asimismo, analizaré los procesos en los que se crearon *Sobre cultura femenina* y *Oficio de tinieblas*, obras escritas en el periodo de 1948 a 1958. Tanto mi estudio como mi análisis pretenden explorar los límites y los alcances de la codificación de su pensamiento transdisciplinario¹ y observar si su propuesta estética —estrechamente relacionada con el desarrollo de su pensamiento femenino e “indigenista”—² produjo el poco reconocimiento que recibió de la élite intelectual.

¹ Miguel Martínez Miguélez define la transdisciplinariedad como “un conocimiento superior emergente, fruto de un movimiento dialéctico de retro- y pro-alimentación del pensamiento, que nos permite cruzar los linderos de diferentes áreas del conocimiento disciplinar y crear imágenes de la realidad más completas, más integradas y, por consiguiente, también más verdaderas”. Véase “Conceptualización de la transdisciplinariedad”, en *Polis. Revista Latinoamericana*, núm. 16, 2007, p. 12.

² Entiendo el pensamiento social y femenino de Castellanos como el conjunto de ideas que la autora retomó partiendo de las propuestas de otros pensadores, así como aquellas que desarrolló a partir de su tiempo y de su espacio en torno a los mexicanos, los indígenas y las mujeres con base en diferentes disciplinas configuradas en dos de sus textos literarios.

ROSARIO CASTELLANOS Y LA GENERACIÓN DE 1950

De acuerdo con Eduardo Mejía y Gabriela Cano, Rosario Castellanos se inscribió primero a la carrera de Derecho y después se cambió a la Facultad de Filosofía y Letras. Ahí tomó algunos cursos de literatura, pero le parecieron tan insustanciales que, al final, decidió estudiar filosofía. Los antecedentes de la formación de la poeta son significativos para recordar las distintas disciplinas con las que su proyecto creador estableció puntos de contacto durante los primeros años de su trayectoria literaria. Curiosamente, esta incursión en la filosofía no se considera tan importante como su pertenencia a la generación literaria de 1950; se suele desestimar que los estudiantes más destacados de filosofía se reunían con los de literatura y con los escritores de la revista *América*:

Por los mismos años —mediados o fines de los cuarentas— empiezan a escribir Jorge Hernández Campos, Ricardo Garibay, Margarita Michelena, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Rubén Bonifaz Nuño, Jaime García Terrés, Jorge Ibargüengoitia, y se produce la actividad del grupo filosófico Hyperión (Luis Villoro, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Joaquín McGregor, Emilio Uranga). A todos ellos a falta de autodesignación y en caso de que hiciese falta un común denominador José Emilio Pacheco los agrupa bajo el rótulo de “Generación del 50” que posee la vaguedad y la precisión necesarias. Otro dato: como órgano de impulso inicial, la mayoría de los miembros de esa generación/promoción dispone de la *Revista Antológica América* dirigida por el cuentista y poeta Efrén Hernández.³

Quise recuperar el fragmento anterior para evidenciar la convivencia de los dos grupos y para evocar una época en la que la filosofía incorporó textos literarios dentro de sus reflexiones

³ Carlos Monsiváis, “El proceso de las artes (1910-1970)”, en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2004, p. 1030.

del ser mexicano. Tal ejercicio se llevaba a cabo desde antes.⁴ De ahí que sea comprensible el hecho de que ambos grupos se reunieran en la revista y, por ende, el que Pacheco los designara en la misma generación. En ese mismo orden de ideas, se explica por qué Castellanos, al principio de su carrera, reunió ambos discursos —más adelante explicaré en qué momento y cómo lo hizo—. Por el momento, me concretaré a decir que Emilio Carballido agregó a la nómina antes mencionada el nombre de Rosario Castellanos. La escritora también se sentía parte del grupo y decía que, al inicio, la generación mostró cierta homogeneidad, pero luego sus miembros revelaron estilos antagónicos y concepciones literarias inconciliables.⁵ Tal convergencia, en opinión de Monsiváis, residió en la particular manera de los escritores de reaccionar ante la cultura nacional. Acerca de esto explicó:

Si el empeño de los miembros del Hyperión —que intentan traducir al rigor filosófico las intuiciones y anotaciones de Samuel Ramos y las obsesiones literarias y críticas de Octavio Paz— se centra en obtener una definición esencial del mexicano, los escritores (*y éste es uno de sus escasos rasgos compartidos*) anhelan desprenderse de lo que, luego del ímpetu creador de la década del veinte, amenazaba petrificarse tramposa y fastidiosamente: el nacionalismo cultural, ya no método de cohesión y de estímulo imaginativo, sino gastada fórmula de promoción oficialista.⁶

Este rasgo es importante para comprender la consigna que singularizó estéticamente a la generación y para apreciar el atributo en el que radicó su autonomía frente al campo de poder.

⁴ Véase Guillermo Hurtado, *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México en el siglo xx*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 98.

⁵ Rosario Castellanos, “Yuria y Jaime Sabines: un país, un poema, una enfermedad”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. II, México, CONACULTA, 2006, p. 81.

⁶ Carlos Monsiváis, *op. cit.*, 2004, p. 1030. Énfasis mío.

Recuérdese, en este sentido, que uno de los rasgos que caracterizan a los intelectuales nacidos después de la generación de los Contemporáneos es su rechazo al discurso oficialista. No obstante, el caso de Castellanos debe pensarse con detenimiento, pues —como bien señala Bourdieu— la autonomía es relativa, puesto que cada proyecto imagina su originalidad tomando en cuenta a sus antecesores y a sus contemporáneos. Rosario Castellanos, al inicio de su trayectoria, entró en contacto con la filosofía en torno a lo femenino y así se independizó de las obsesiones críticas de Ramos y Paz, pero años después prosiguió la reflexión acerca de lo nacional desde una perspectiva transdisciplinaria (literaria, histórica, sociológica, antropológica y filosófica). Estas incursiones las llevó a cabo en el ensayo y la novela, respectivamente.

Por tanto, es inevitable preguntarse: ¿en qué punto la joven escritora entendió la literatura como un arte autónomo? Evidentemente no lo hizo en términos de autonomía absoluta. Entonces, ¿en qué grado creyó válido involucrar otras disciplinas con lo artístico?; ¿por qué relacionó a otras disciplinas con lo literario?; ¿qué pretendió al relacionarlas?, y ¿qué disciplinas asoció con lo literario y cómo las relacionó con sus textos?

CONCEPCIÓN LITERARIA

Responderé a las preguntas anteriores siguiendo el método que Rosario Castellanos sugirió para interpretar la intención creadora de un autor. Dicho método lo asentó en un documento que entregó en 1953 al Centro Mexicano de Escritores. En él, señaló:

[...] la crítica ha venido ejerciéndose de manera que no puede considerarse muy satisfactoria. [...] estos razonamientos deben sujetarse a una regla que es la de juzgar la obra ajena, no desde los conceptos propios de lo que debe ser la literatura, del modo como ha de realizarse una novela, una obra de teatro, etc., sino desde los postulados del autor. A éste puede y debe exigírsele coherencia entre la teoría y la práctica literaria. Pero sólo entre su teoría y su

práctica. De paso, esta regla nos proporciona una ventaja más: la de que el escritor vaya adquiriendo conciencia de lo que hace y de lo que pretende hacer. Yo no soy de quienes creen que la conciencia debilita a la inspiración, sino al contrario, que la robustece y la hace alcanzar la plenitud.⁷

Es pertinente tomar en cuenta esta recomendación por las claves que aporta y porque Castellanos, en concordancia con su sugerencia, elaboró una serie de artículos en donde asentó sus concepciones literarias; por esa razón, examinaré sus textos autocríticos. Empezaré por apuntar qué entendía por literatura. En 1956, cuando trabajó en el Instituto Nacional Indigenista (INI), escribió una nota breve a la que tituló “Justificación de la literatura”. De entrada, se cuestionó:

¿Qué es Literatura?

La pregunta que aquí nos planteamos no es de las que aspiran a obtener una respuesta exacta y exhaustiva, sino de las que se contestan con hipótesis más o menos coherentes y satisfactorias, pero siempre incompletas. Porque el literario es un fenómeno cultural que no se produce, y por lo mismo no se comprende, aisladamente. Es preciso recurrir a conceptos más generales —filosóficos, lingüísticos, históricos en fin— para proyectar el haz luminoso de tales conocimientos sobre el hecho de que lo más inmediato que puede decirse es que se hace con palabras.⁸

Antes de analizar la respuesta, vale la pena detenerse en el título del ensayo. Justificar la literatura no es necesario cuando se piensa de un modo rotundo que surge sin ninguna motivación y al margen de acontecimientos sociales y de movimientos

⁷ Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional, Archivos del Centro Mexicano de Escritores (en adelante CME), Exp. 45.

⁸ Rosario Castellanos, “Justificación de la literatura”, en *Winik*, núm. 1, 1956, p. 16.

literarios. Lo contrario: justificarla permite aportar una serie de razonamientos que expliquen por qué y para qué se escribe. Si a esa intención agregamos su respuesta categórica respecto a que la literatura es un fenómeno cultural que para ser interpretado requiere agenciarse de conceptos provenientes de la filosofía, la lingüística y la historia, tal parece que, para ella, la literatura no es, nada más, un deleite verbal y expresivo, es una forma de conocimiento de lo social.

¿Por qué entenderlo así? Debido a que, a su juicio, el texto literario expresa una visión compleja de la realidad. Para abonar a esta idea, líneas más adelante aduce que el poder de las palabras trasciende la comunicación establecida para satisfacer las necesidades inmediatas. Su riqueza radica en su facultad de conservar la memoria, de combinarse de tal manera que plasme ideas e imágenes. Sin embargo, no se trata de frases y figuras cualesquiera, sino de una combinación especial capaz de sintetizar la realidad a tal punto que, al ser leídas, provoquen emotividad y *conmuevan* a los lectores. Entonces, en opinión de la escritora, la literatura sirve para comunicar y atesorar una parte de la realidad. Por tal razón, casi al final de su artículo concluyó: “lo apuntado antes nos induce a apartarnos de la creencia de que el escritor es un parásito de la sociedad y la obra literaria un lujo injustificable”.⁹ Esta declaración, que dista de presentar a la literatura como un fenómeno ornamental —que se crea y se interpreta sólo con recursos lingüísticos—, no es una afirmación aislada. Diez años más tarde, cuando se publicó el primer volumen de *Juicios sumarios*, en 1966, Castellanos volvió a insistir en ello, pero quiso asociar el fenómeno literario con la ideología:

Si entendemos por ideología el conjunto de ideas (políticas, económicas, sociales, jurídicas, etc.) que justifican los intereses de una clase dominante y que los salvaguardan en un momento histórico determinado, nos repugna, en principio, asociar esta palabra con

⁹ *Ibid.*

otra: literatura. Porque ya no es necesario probar que la literatura es una de las artes y porque espontáneamente continuamos creyendo que el arte es una actividad espiritual incondicionada y que, como todo lo sublime, su raíz y sus manifestaciones se encuentran más allá de este mundo de necesidades y de lucha por los satisfactores en el que cotidianamente se mueven los hombres.¹⁰

En este texto, pareciera que Castellanos se apresura a ilustrar un uso social del arte: la literatura permeada por la ideología. Esta correspondencia llama la atención si se toma en cuenta que la escritora la identificó como una cualidad constitutiva de la literatura en general, y, por tanto, también de la mexicana en particular. A este respecto, vale recapitular *su* modo histórico de entender cada etapa de la literatura mexicana: los indígenas dedicados al cultivo de las letras elaboraron monumentos que sirvieron como acicate para el guerrero, consejo para el gobernante y oración para el sacerdote. A la llegada de los conquistadores, la crónica sirvió para eternizar la fama de los capitanes o para contrahacer la historia. Con la Colonia, las letras en favor de los poderosos no cambiaron de tono; una de sus defensoras más devotas fue Sor Juana, quien, si bien incluyó en sus obras a los más humildes, no puede negarse que obedeció y pregonó la legitimidad de los poderosos. Más tarde, la Independencia engendró a escritores convencidos de que su trabajo contribuiría a consolidar a la nación. Los escritores liberales se dedicaron a aconsejar, amonestar y aleccionar a la ciudadanía en sus textos. En contraposición, el escritor porfiriano comenzó a evadirse de la realidad mezquina y se refugió en lo ajeno, lo extranjero, lo exótico. Espíritu evasivo que languideció con el furor insurgente. Precisamente, durante la Revolución, los narradores dieron cuenta —dice Castellanos— de su sorpresa, su asombro y su decepción acerca del movimiento. A la postre, el surgimiento de los

¹⁰ Rosario Castellanos, "Ideología y literatura", en *Juicios sumarios 1*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 72.

Contemporáneos modificó el panorama de la representación; no por ello la escritora dejó de afirmar:

He aquí, pues, a muy grandes rasgos, la imagen de la tradición literaria mexicana. Instrumento, reflejo o víctima de la ideología, nunca ha roto sus vínculos con ella. En algunas ocasiones ha llegado a sacrificar sus elementos más propios en aras de la eficacia, como si la eficacia no estuviera condicionada por la perfección. Pero, ni aun perfecta, la literatura ha sido nunca el vehículo de expresión más idóneo de la ideología, lo cual se entiende por la dificultad inherente a todo arte y por el contado número de iniciados capaces de gustar y comprender las manifestaciones estéticas.¹¹

Mediante este fragmento final, Castellanos parece aclarar que, si bien la literatura no es autónoma —en tanto fenómeno cultural que, por lo menos, en México refleja la ideología de los poderosos—, de ninguna manera —y en eso radica *una parte* de su autonomía— depende de ella satisfacer objetivos políticos, pues difícilmente las grandes masas, poco habituadas a la lectura, podrían decodificarla como un instrumento propagandístico. Así, al hablar de los elementos y las implicaciones sociales del proyecto creador de Castellanos, no pueden formarse ecuaciones simplistas, por ejemplo, afirmar que la vida es igual a la obra o que la inclusión de temas sociales es igual al adoctrinamiento. Al contrario, los documentos en torno a su concepción literaria señalan, de manera explícita, los límites que la autora estableció para entender los componentes autobiográficos y sociales de sus textos.

COMPONENTES DEL PROYECTO CREADOR

Al hablar de los componentes a partir de los cuales la escritora creó su obra, me refiero, en primer lugar, al histórico-social, y,

¹¹ *Ibid.*, p. 78.

en segundo, al autobiográfico. Comenzaré por explicar el primer componente; para ello, recuperaré el fragmento de una carta que la poeta le envió a Elías Nandino el 16 de octubre de 1956.

Componente histórico-social

Yo estoy de acuerdo con ustedes en casi todos los puntos. Esas gimnasias a las que el escritor mexicano se ha entregado siguiendo modelos europeos, me parecen la más ridícula de las traiciones. Traición a una realidad que es la nuestra y que no ha sido interpretada por el arte, ni definida por la ciencia, ni domeñada por la técnica. Fingir la locura ante la magnitud de este problema me parece una actitud muy fácil. Lo difícil es enfrentarse a él, con el poco o mucho talento que tengamos, con honradez, con paciencia, con constancia. Y sabiendo que lo que nosotros hagamos no será más que poner cimientos. Pues lo que estamos pretendiendo alcanzar no es ni la fama, ni la gloria, ni el prestigio, ninguno de los tristes paraísos del *snob*. Lo que queremos es apoderarnos de esa realidad, hacerla entrañablemente nuestra y pronunciarla en una palabra. Una palabra bella. Porque tampoco debemos confundir el realismo con la falta de destreza, con el desmelenamiento, la despreocupación por la forma. Alguien me decía alguna vez que en México existen dos tendencias: la de los escritores que inventan mentiras pero que escriben muy bien y la de los escritores que reflejan verdades pero que escriben muy mal. ¿No será posible una síntesis?¹²

En este fragmento, Castellanos insinúa en qué sentido rechazó el nacionalismo cultural y, al mismo tiempo, señala sus motivaciones para recuperarlo. A su juicio, la realidad mexicana aún no había sido dominada por la técnica. Nótese que se refiere a lo nacional como problema social insuficientemente tratado como

¹² Rosario Castellanos, "Cartas a Elías Nandino", en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. I, México, CONACULTA, 2004, pp. 61-62.

fondo y como forma: por eso alude, por un lado, a la invención de mentiras y, por otro, a la prevalencia de estilos descuidados. *Le parece que la solución al problema es una síntesis que le permita ser veraz y rigurosa en el tratamiento de lo nacional.* Esto marca un primer límite de la relación social-literaria; en concreto, me refiero a que Castellanos no se interesó por la realidad social desde lo social; esto es, como una causa que debía defenderse usando el texto como un panfleto. Merced a ello, solía desaprobarme que, en general, la audiencia latinoamericana exigiera del escritor una militancia activa en una lucha tangible que después debía recuperarse en un texto literario.¹³ Contra ese razonamiento actuó la novelista. Para ella, la literatura era, ante todo, una forma de conocimiento; por tal motivo, creyó que su aportación consistía en completar un trabajo inacabado: así lo mostraba la literatura mexicana escrita hasta 1956. Más adelante abundaré sobre este aspecto; por el momento, explicitaré los límites del componente autobiográfico. En una entrevista que Margarita García Flores le hizo a Rosario Castellanos, le preguntó:

—¿Qué la impulsó a escribir?

—Una serie de circunstancias muy particulares —nos dice—, de soledad, de imposibilidad de conjugar una angustia que no comprendía, pero que parecía disminuir en el momento de la escritura. Así que, más que un juego, un fenómeno estético, la literatura fue para mí, desde la infancia, un modo de salvación.¹⁴

Usualmente, la crítica y el público tienden a hacer una lectura autobiográfica de la obra de Rosario Castellanos. Esto se debe, en gran medida, a este tipo de declaraciones de la autora, y a que

¹³ Rosario Castellanos, “Encuentro de escritores: la vanguardia es el sitio”, en *Mujer II*, 2006, pp. 338 y 339.

¹⁴ Rosario Castellanos, “Rosario Castellanos. La lucidez como forma de vida”, entrevista hecha por Margarita García Flores, en *Cartas marcadas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, p. 173.

el libro más leído de su producción es *Balún-Canán*.¹⁵ De ahí que lo biográfico influya en el valor y la verdad de la obra, o sea el porvenir de las interpretaciones. Ahora bien, hay que entender lo autobiográfico en su justa dimensión estética. Recuérdese, en ese caso, el lema de la escritora: “Yo no doy por vivido sino lo redactado”.¹⁶ Dicho que, mal leído, induce a más de uno a pensar que su literatura responde, en primera instancia, a sus vivencias personales. Cuando la realidad era que la escritora no pretendía dar cuenta cabal de su intimidad, pues su obra no era copia fiel de su experiencia. Más bien, ficcionalizó la experiencia para asimilar la vida; por eso, hasta que lograba hacer de una vivencia un hecho mediado por la literatura, consideraba que había vivido (asumiendo) un hecho. A propósito de esto confesó:

Mientras no puedo *transformar* en palabras una experiencia no siento haberla tenido. Por ejemplo, la muerte de mis padres. Jamás he podido siquiera platicarla como algo íntimo, que me aconteció a mí, que de muchas maneras (aunque quizá no en el sentido convencional) me dolió. Jamás he podido escribir una letra al respecto. Jamás la he podido incorporar a mi historia y creo que seguirá siendo uno de mis traumas psicológicos no resueltos.¹⁷

Esta circunstancia tiene, por lo menos, dos formas de explicarse: la psicológica, que excede el tema y las motivaciones de este libro, y la estética, que es la que me interesa tratar para entender que lo autobiográfico venía a cuento cuando la experiencia real había pasado por un proceso de *transformación* o *reinvencción* literaria. Así, si bien es verdad que en el caso de Castellanos

¹⁵ Afirmando que es el libro de la escritora que más se ha reimpresso. Información proporcionada por Uriel Pérez Santillán, colaborador de la biblioteca Gonzalo Robles del Fondo de Cultura Económica.

¹⁶ Rosario Castellanos, “Cuatro cartas de Rosario Castellanos a Ofelia Benavides”, en *Jornada Semanal*, suplemento de *La Jornada*, 13 de marzo de 2016, núm. 1097, p. 4.

¹⁷ *Ibid.*

es difícil disociar su vida de su obra, también lo es que desestimar su conciencia autoral es un desacierto. Tan convencida estaba de que invocar una experiencia personal exigía la mediación de un proceso creativo, que afirmó que, para escribir, el autor debía renunciar a sí mismo:

Para empezar el autor ha renunciado a sí mismo para obedecer otras leyes más generales que las de su individualidad que son las del orden de la composición literaria, las del idioma.

[...] el lector debe conocer las reglas del juego en el cual se le invita a tomar parte cuando se le dice que lea una composición literaria. Lo que ya no es lícito es que, a partir de esta mezcla de elementos experimentados, recordados, soñados, ideados, añadidos, seccionados, hipertrofiados, atrofiados, borrados y rehechos, trate de sacar una conclusión como la que sacaría de un acta judicial.¹⁸

Entonces, al igual que lo social, lo autobiográfico se circunscribe a las reglas que le impone el arte.¹⁹ Primero, pasan por un proceso de pensamiento que los altera: recordar, soñar e idear implican quitar, deformar y agregar. Aparte, el hecho real se deslinda de su referente al ser escrito, comunicado y difundido como discurso literario. Una vez que ha sido transmitido, queda en manos del lector interpretarlo.

En resumen, se aprecia que el componente social interviene en la invención tanto del fondo como de la forma, porque intenta completar la tradición de la literatura mexicana que habla de lo nacional. En cambio, lo biográfico es un componente motivacional que sirve para crear, pero que se subordina por completo a un fin autoral.²⁰ Al margen de lo anterior, cabe aclarar que, para la

¹⁸ Rosario Castellanos, "Imaginación y biografía: la creación literaria", en *Mujer I*, pp. 487-489.

¹⁹ Rosario Castellanos, "La lucidez como forma", p. 173.

²⁰ En ocasiones, concretó su motivación biográfica en sus narraciones: "Primera Revelación" y *Balún-Canán*, pero en ocasiones, no se sintió satisfecha con lo que llegó a escribir; tal es el caso de *Rito de iniciación*. Creo que esta

escritora, el predominio de lo estético sobre lo social no era una ley que se aplicaba con la misma rigurosidad a todos los géneros literarios.

LA NOVELA Y EL ENSAYO: UNA TENSION CONSTANTE

ENTRE LO QUE SE QUIERE DECIR Y LO QUE SE QUIERE CREAR

Desde la perspectiva de Castellanos, los límites entre lo estético y lo social, en todo momento, dependían de su creencia de que la literatura era una forma de conocimiento. También se relacionaban con la capacidad expresiva que le atribuía a cada género. En este sentido, hablar de un tema en una forma y, luego, volver a él en otra, le permitía ampliarlo, dar una nueva perspectiva sobre él o, incluso, comprometerse más con ese asunto. En cuanto a la novela, solía comulgar con la definición de Thomas Mann: “La novela (‘aspiración al conocimiento lúcido’) vale para mí”.²¹ La concepción del escritor alemán plantea que la literatura es un proceso de exposición y observación. En relación con esto,

novela le plantea a la crítica una nueva línea de investigación. *Rito de iniciación* ([1964] 1997) da cuenta del complejo proceso de gestación de una novela de la que, según Eduardo Mejía, “todas las copias fueron destinadas al fuego, pero no el original, que [la autora] había conservado amorosamente”. Véase Eduardo Mejía, “El libro de Rosario Castellanos que no se perdió”, en Rosario Castellanos, *Rito de iniciación*, México, Alfaguara, 2012, p. 335. Sin embargo, si, por un lado, se problematiza la comunicación intratextual entre *Tablero de damas* (1962), *Álbum de familia* (1971) y *Rito de iniciación*, cuya datación es compleja, y si, por otro, los estudiosos de su obra se plantean que es un documento de edición pre-original (prensa), no una versión aceptada por su autora como un texto que debía publicarse, entonces se puede observar el constante proceso de mejoramiento que se imponía Castellanos. Respecto a lo anterior, deseo aclarar que la importancia de repensar ese dato no es cuestionar la validez de su publicación. No obstante, pensar *Rito de iniciación* como un texto no fijado por su autora obliga a volver sobre su dinámica creativa, sobre el tránsito de un género a otro, a su voluntad de decir cada vez más y con mayor objetividad. Por el momento, no trataré este problema, pues en sí mismo requiere de una amplia investigación que planeo hacer en un futuro.

²¹ Rosario Castellanos, “Quise rescatar un hecho histórico: la sublevación de una tribu indígena”, en *Mujer 1*, p. 184.

Castellanos decía que prefería escribir novelas en vez de cuentos, porque su extensión permite una mayor experimentación psicológica, técnica y temática. Por lo mismo: “uno va creciendo junto con los temas, personajes y situaciones; puede ser un hallazgo, por ejemplo, que un personaje termine convirtiéndose en otro”.²² Debido a estas características que denotan complejidad, la escritora aseguró que era el género narrativo en el que más interviene la intensidad.²³ Al hablar de intensidad, en primer lugar, pensaba en que un mismo aspecto puede analizarse desde distintas perspectivas y, en segundo, consideraba que este atributo, además de construirse a partir de la lógica interna de los personajes durante su proceso de transformación, se crea a partir del contacto que el autor debe establecer con la filosofía, la sociología y la política, “porque si en la novela se trata de integrar un mundo, es necesario conocer o manejar, por lo menos, algunas de las leyes que rigen ese mundo”.²⁴ Castellanos no fue la única que opinó que la novela puede albergar conocimientos dentro de una estructura ficticia, siempre y cuando éstos se incorporen con éxito al mundo inventado; también Carmen Bobes Naves afirma que la novela es:

[...] una obra narrativa (con todas las unidades y relaciones propias del relato), que se explicaría por la relación a unas constantes de principios o fines generales: estéticos, antropológicos, sociales, gnoseológicos, hedonistas, lúdicos y que interviene en un proceso semiótico de comunicación a distancia. La novela resulta ser un tipo de comunicación social, con una expresión estética, que la sitúa como un proceso de interacción entre el sujeto-autor, el

²² Rosario Castellanos, “Con Rosario Castellanos”, entrevista hecha por Roberto Venegas, en *Diorama de la Cultura*, suplemento de *Excélsior*, 17 de diciembre de 1967, p. 3.

²³ *Ibid.*

²⁴ Rosario Castellanos, “Con Rosario Castellanos. Sobre la novela”, entrevista hecha por Carlos Landeros, en *El Día*, 25 de abril de 1964, p. 9.

objeto (discurso con sus unidades: personajes, acciones, tiempos y espacios) y unos receptores que la leen individualmente.²⁵

Como hemos visto, la escritora tenía muy presente que la literatura representaba una forma de conocimiento que justo se valía de la expresión estética para manifestarse. Por eso mismo, pensaba que las cualidades de extensión, intensidad y conocimientos sustentados en distintas disciplinas no debían caer en “la formulación de una teoría de cualquier índole”.²⁶ Sabía que siempre existía la posibilidad de que, involuntariamente, el autor contradijera la lógica interna de un personaje y lo hiciera portador de sus tesis personales. Por este motivo, la distancia que impusiera entre él mismo y su obra sería fundamental para que el mundo narrativo en verdad fuera independiente. De lo contrario, se perseguiría una demostración o se juzgaría a las personas. En suma, sólo se lograría destruir la obra de arte.²⁷

La escritora insistía en marcar los límites entre la teoría y la lógica narrativa, ya que en más de una ocasión se sintió tentada a incluir en el relato un poco de doctrina: “Era como desear poner sobre una llama que soporta pequeñas cargas de sal, una tonelada de plomo; dejé a la llama que acarrearla lo que pudiera; lo que sobraba, si era mucho, si era significativo, se configuraba bajo el título de ensayo”.²⁸ Entonces, la excepción que rompía la regla de lo estético por encima de lo social era el ensayo. La ventaja de este género reside en que le da la pauta al escritor para adoptar una posición política y social clara ante sí mismo y ante los demás. De modo que, si la novela como forma de conocimiento representa un mundo ideado, el ensayo revela la conciencia real de la persona que ha ideado ese mundo. Esto ocurre porque

²⁵ Carmen Bobes Naves, *La novela*, Madrid, Síntesis, 1993, p. 28.

²⁶ Rosario Castellanos, “Con Rosario Castellanos. Sobre la novela”, p. 9.

²⁷ Cfr. Rosario Castellanos, “Problemas de la novela”, en *Juicios sumarios II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 207.

²⁸ Rosario Castellanos, “Con Rosario Castellanos”, p. 3.

al “ensayista nada le impide ser más categórico en su denuncia, comprometerse más a fondo en su toma de conciencia, adherirse a una teoría y sustentarla y llevarla a sus últimas consecuencias. El tránsito de un género a otro, de la narración al ensayo no resulta más que complementario”.²⁹ Lo es debido a la flexibilidad formal y temática del ensayo; su versatilidad es tan grande que Liliana Weinberg ha dicho:

Se lo clasificó como género, antigénero, género desenmarcado, género periférico en el sistema literario, forma discursiva no tradicional; fue saludado, a la vez que criticado, por su desapego de la verdad “científica”, por su crítica de toda ilusión de neutralidad, por su marginalidad respecto del discurso filosófico y por su intelectualización de las búsquedas poéticas. Su apertura, su visión indirecta, su carácter omnívoro, su incómoda posición en el sistema literario, le valieron la aprobación o el rechazo: puesto en un mundo de polaridades, sólo cabía al ensayo ser juzgado como híbrido, como un género fronterizo, como un ángel caído.³⁰

A Castellanos, la versatilidad del ensayo, lejos de causarle problemas, le ayudó a completar su opinión acerca de un mismo tema. Además, su forma tan flexible le permitió combinar discursos, formas y tonos. Es decir, podía darle un carácter literario a una reflexión política, filosófica o literaria, o viceversa. Pero no sólo eso, pues ya ha quedado dicho que la novela también es capaz de asimilar otros discursos. En este caso, el rasgo del ensayo que más importa enfatizar es el que Montaigne instauró al fundar este género: el de pintarse a sí mismo.³¹ Es decir, que el autor retrate su pensamiento sin reservas. Por ello, se comprende que, mediante

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Liliana Weinberg, *El ensayo entre el paraíso y el infierno*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 21-22.

³¹ Véase Michael de Montaigne, *Ensayos I*, Madrid, Cátedra, 2012, p. 39.

esta capacidad del ensayo, Castellanos se sintió con la libertad de revelar abiertamente su visión de mundo y, por mi parte, agregaría: de dialogar con una audiencia y apelar a su criterio.

Una vez que he expresado teóricamente la tensión entre el componente estético y el social en la obra de Castellanos, es tiempo de identificar: primero, cómo efectuó dichos preceptos en sus textos y, segundo, en qué rasgos de sus ensayos y novelas se puede percibir la asimilación de lo social transdisciplinario que ella sugiere tanto para interpretar como para crear. Es necesario llevar a cabo este ejercicio, ya que sólo el análisis de la realización de sus ensayos y novelas permite apreciar un cuidadoso proceso de reflexión y elaboración de lo social. Además, es fundamental efectuarlo, pues interviene en su proceso de incorporación al campo intelectual y su reconocimiento en el mismo.

VERACIDAD Y RIGOR EN EL FONDO: TEMAS

QUE LA ESCRITORA DECIDIÓ TRATAR, CONTINUAR Y MEJORAR

Primero que nada, no hay que dejar de insistir en que cualquier proyecto creador tiene en cuenta un campo intelectual. Esta consigna teórica, como hemos visto, se aplica muy bien a Castellanos, quien —según la carta que le envió a Elías Nandino y de acuerdo con su artículo “Literatura e ideología”— para crear tenía presente lo que ya se había publicado, lo que se escribía y lo que se pretendía escribir en su campo. En este sentido y sin olvidar sus preceptos compositivos, se debe pensar en los temas que decidió tratar, continuar y mejorar. ¿Para qué? Para valorar adecuadamente su pensamiento dentro de una dimensión nacional y no sólo autobiográfica,³² y, sobre todo, para explicar el tipo

³² Esta perspectiva de su pensamiento interpretado como ideas sobre la nación mexicana ya fue tratada anteriormente por Aralia López González en lo referente a la vertiente narrativa. Véase en Aralia López, *La espiral parece un círculo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1991. Ahora, para mi propuesta de Castellanos como intelectual mexicana, es fundamental recuperar esa interpretación para ponderar y ubicar adecuadamente el pensamiento de la escritora chiapaneca.

de reconocimiento que le fue concedido a su obra en este periodo de 1948-1958.

El corpus que estudiaré lo componen dos obras: *Sobre cultura femenina* y *Oficio de tinieblas*; ambas corresponden al periodo creativo de 1948-1958. La primera comenzó a ser escrita en 1949³³ y la segunda en 1958.³⁴ A ninguna de las dos las presento como textos que explican toda la obra de Castellanos; más bien, me interesa exponerlas como etapas de un proceso dinámico, en las cuales los antecedentes y el desarrollo de la primera, y algunos de los antecedentes y elementos constitutivos de la segunda muestran la integración de un texto y la incorporación de la autora a su campo.³⁵

SOBRE CULTURA FEMENINA, LAS MUJERES

DESDE UNA PERSPECTIVA FILOSÓFICO-LITERARIA

Mientras los miembros del Hyperión discutieron y replantearon la propuesta de Samuel Ramos acerca de *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) —tema fundamental para la filosofía mexicana de la época—,³⁶ Rosario Castellanos comenzó,

³³ Véase Samuel Gordon y Fernando Rodríguez (comps.), “Cartas de Rosario Castellanos a Efrén Hernández”, en *Literatura Mexicana*, vol. 7, núm. 1, 1996, p. 191.

³⁴ Cfr. Rosario Castellanos, “Cartas a Elías Nandino”, pp. 62 y 63.

³⁵ Quizás ante esta elección del corpus surjan las preguntas: por qué en vez de *Sobre cultura femenina* no se eligió un texto de mayor madurez de la escritora y por qué estudiar *Oficio de tinieblas* y no *Balún-Canán* para hablar del tema de los indígenas. La elección de la tesis de maestría de Castellanos responde a que se trata de un texto que permite: 1) observar una elaboración filosófico-literaria; 2) identificar la pertenencia a una tradición de pensamiento femenino, y 3) apreciar el valor y la verdad de una obra. En cuanto a la selección de *Oficio de tinieblas*, la novela contribuye a observar una configuración tanto literario-antropológica como literario-filosófica y a percibir el valor y la verdad de la obra.

³⁶ Tan importante era el tema, que los jóvenes intelectuales provocaron que se retomaran las discusiones en torno al mexicano y lo mexicano que habían iniciado en la década anterior: “Escritores como Alfonso Reyes, Rodolfo Usigli y Agustín Yáñez, que habían publicado con anterioridad ensayos sobre lo mexicano, vuelven a abordar el tema convocados por el grupo o prestan sus textos para que sean reeditados. Lo mismo sucede con destacados escritores

en 1949, con la redacción de *Sobre cultura femenina*, tesis que la singularizó frente a los filósofos de su generación, porque se cuestionó acerca de un asunto omitido por la élite intelectual: ¿existe una cultura femenina? Esta pregunta no era importante para los filósofos prestigiados, pero sí lo era para las primeras universitarias que, como Paula Gómez Alonzo, se preguntaron formalmente lo mismo en su tesis *La cultura femenina* (1933). Por ello, es necesario recuperar las ideas de esta universitaria para entender cómo fueron continuadas por Castellanos. La estudiante tapatía comenzó señalando:

[...] todo lo estimado como cultural, todo lo que constituye un valer, es obra masculina, primariamente masculina, individual o colectiva, pero siempre masculina. No encontramos en la historia un solo nombre femenino de valer absoluto, ninguna mujer cuya decisiva y dominante influencia haya transformado al mundo, haya modificado esencialmente a la humanidad, haya conducido a las masas humanas o cambiado sus destinos.³⁷

Gómez Alonzo planteó un marco situacional que, hasta cierto punto, sabía que sería tolerado por su generación, la cual, como ha quedado dicho en el primer capítulo, favoreció el acceso de las mujeres a la universidad y vio con buenos ojos que se desempeñaran como profesoras universitarias. Hechos favorables que de

del exilio español como José Moreno Villa, con su *Cornucopia de lo mexicano*, y Luis Cernuda, con sus *Variaciones sobre tema mexicano*. José Gaos, maestro de los hiperiones y gran promotor del estudio del pensamiento iberoamericano, escribe un libro en dos tomos sobre la historia y la idea de filosofía mexicana y sobre la filosofía de lo mexicano. Samuel Ramos, autor de *El perfil del hombre y la cultura en México*, retoma el tema y debate con Uranga. Octavio Paz publica en medio de aquel entorno de ideas un libro profundo y perdurable: *El laberinto de la soledad*. Guillermo Hurtado, *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México en el siglo xx*, México, Universidad nacional Autónoma de México, 2007, p. 98.

³⁷ Paula Gómez Alonzo, *La cultura femenina*, tesis de maestría en Filosofía, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1933, p. 11.

ningún modo la autorizaban a denunciar airadamente la histórica exclusión femenina de la mujer en el presente de su tesis. No por casualidad, más adelante, con un tono mesurado y sin dejos de resentimiento hacia los varones, ponderó la vitalidad que la mujer le proporcionaba a la humanidad, aun permaneciendo pasiva:

Mas, no por esto hemos de decir que ha sido absolutamente nulo el papel femenino en la elaboración de la cultura. [...] Como madres, como amantes, como esclavas, como botín de guerra, como vestales en cualquiera de las formas religiosas, como estabilizadoras de las tribus, como conservadoras del fuego, como agentes de alimentación, como organizadoras del hogar y de la familia, como constructoras material y espiritualmente de la casa, como enfermeras, en una palabra, como elemento estático de la cultura humana han hecho un papel tan notable y tan santo como puede serlo el de la tierra de cultivo, inmensa y quieta, silenciosa y apacible, base y sustentación de los humanos.³⁸

Todos los campos mencionados por Gómez Alonzo se refieren a la mujer en el ámbito sexual y doméstico, es decir, a la mujer como propiedad del hombre y madre de sus hijos. Circunstancia que la universitaria trató de valorar trascendentemente diciendo que ejercía una función de sustentación humana. Más aun, quiso aprovecharla para solicitar el equilibrio entre los sexos y una mayor formación académica. Por desgracia, su medida³⁹ no escapó a la suerte de sus antecesoras; también Gómez Alonzo tuvo que perseguir la idea de modernizarse —prepararse— sin cuestionar de ningún modo las reglas de la moralidad femenina en turno:

³⁸ *Ibid.*, pp. 12-13.

³⁹ Vale recordar que *La cultura femenina* no resume todo el pensamiento filosófico de Gómez Alonzo: es un documento de filosofía de la cultura que da cuenta de cómo concebía la cultura femenina una filósofa a principios del siglo xx.

En el campo de la práctica, de la actividad, la gran cultura femenina, extensa e intensa, evitará todas las deficiencias morales que se atribuyen a la mujer, fortalecerá sus debilidades, aclarará sus indecisiones, dominará los bárbaros instintos, reprimirá y encauzará las tendencias innobles, y le permitirá formarse un amplio y claro concepto de deber, de responsabilidad, de fines humanos, todo lo cual no puede menos de establecer, como al principio dijimos, nuevos valores éticos universalmente aceptados.⁴⁰

Tanto el primer fragmento que cité como este último son indicios de por qué Rosario Castellanos tuvo la intención de proseguir la reflexión del mismo problema.⁴¹ *Sobre cultura femenina* se publicó en la revista *América* diecisiete años después que la tesis de Gómez Alonzo. Se particularizó por usar un marco teórico en el cual se define a la mujer desde una perspectiva biológica que la representa como una deficiente mental. Desde ese punto de vista que plantea como seres verdaderamente inteligentes a los hombres, se desarrolla la idea de que la cultura es androcéntrica. En respuesta a esa postura tan tajante, la tesis de Castellanos mantiene una perspectiva menos conciliatoria que la de Gómez Alonzo, e intenta romper con el dogma de la incompetencia femenina biológica:

El espíritu encarna en el cuerpo, se expresa al través de él. No se alberga en una sola de sus regiones, no en un grupo especial de

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 25 y 26.

⁴¹ La joven ensayista conoció el trabajo de Gómez Alonzo; un indicio de esto es que su antecesora fue parte de su sínodo en 1950 y otro es que *La cultura femenina* estaba en la bibliografía del proyecto que Castellanos presentó para ingresar al Centro Mexicano de Escritores en 1953. Véase CME, Exp. 45. En un artículo de mi autoría, explico la aproximación que Rosario Castellanos estableció con su antecesora y por qué no la mencionó en su tesis. Véase “*Sobre cultura femenina*, el primer ensayo de género de Rosario Castellanos”, en Mayuli Morales Faedo (ed.), *Ensayar un mundo nuevo. Escritoras hispanoamericanas a debate*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Biblioteca Nueva, 2016, pp. 133-156.

células sino en todas ellas. Se considera preferentemente al cerebro como vehículo de las intenciones espirituales, se le supone tradicionalmente como el asiento de las funciones del espíritu porque el cerebro es el órgano más delicado y perfecto de cuantos le sirven al ser vivo para el conocimiento y la acción, de cuantos lo relacionan con el mundo. Pero el cerebro no está colocado aparte de los demás órganos ni compuesto exclusivamente de materia nerviosa. Está formado también de fluidos en los cuales sus células se sumergen y cuya composición está regulada por el suero sanguíneo. Y el suero sanguíneo arrastra las secreciones de las glándulas y los tejidos que se difunden al través de todo el cuerpo. Todo órgano, dice Carrel, se halla presente en la corteza cerebral por medio de la sangre y de la linfa. El espíritu, al servirse del cerebro, hace instrumento suyo todo el cuerpo. Y si decimos cuerpo decimos sexo, cuerpo de mujer, cuerpo de hombre. Es lícito pues hablar, según el instrumento que utiliza, de un espíritu masculino y un espíritu femenino.⁴²

Su argumento pretendió enfrentarse al discurso arcaico de la minusvalidez mental de la mujer. Sobre todo, intentó apoyarse en la existencia de mujeres que, como Virginia Woolf o Gabriela Mistral,⁴³ habían demostrado que la mujer era apta para crear obras culturales eminentes, las cuales aún no existían en el campo observado por Gómez Alonzo. Este hecho, que alentó a la poeta a escribir acerca del mismo tema, no le impidió reconocer que el común de la población femenina prefería trascender por medio de la maternidad. Al respecto, Gabriela Cano señala que, tiempo después, Castellanos abandonó esta última conclusión y también se retractó de decir que las mujeres eran proclives a determinadas formas de actuación. En cuanto a la observación de Cano, me

⁴² Rosario Castellanos, *Sobre cultura femenina*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 173.

⁴³ A estas alturas, Virginia Woolf había publicado una importante obra narrativa y ensayística, entre la que se encontraba *Tres Guineas* (1938) —libro leído por Rosario Castellanos para su tesis—; por su parte, Gabriela Mistral había sido galardonada con el Premio Nobel de Literatura (1945).

parece importante señalar que, si bien para entonces Castellanos había leído a Jean Paul Sartre, no era pertinente incorporar los principios del pensamiento del filósofo a su tesis. ¿Por qué? Entre otras cosas, porque, en 1950, las mujeres no tenían un amplio margen de libertad para radicalizarse con un pensamiento ateo existencialmente. El hecho de que pudieran formarse como universitarias no quería decir todavía que, una vez casadas, tuvieran facilidades para alternar su vida profesional con su vida doméstica. Además, aún no llegaba a manos de la joven estudiante *El segundo sexo* (1949),⁴⁴ de Simone de Beauvoir, en donde la francesa proclamaría: “la mujer no nace se hace”.

Por tanto, la aportación de Castellanos no consistió en contraponer las corrientes filosóficas modernas a las biologicistas. La novedad de su texto se basó en su intento de socavar la creencia arraigada de la incompetencia femenina interponiendo contra ella ejemplos de mujeres célebres y usando una argumentación humorística. En este sentido, la originalidad de la tesis de Castellanos radica en la multivocidad de los recursos retóricos que invitan a reírse de la “ingenuidad” de la sustentante, de la “estulticia femenina” y del esmero con el que los sabios intentaron justificar las limitaciones intelectuales de las mujeres:

El mundo que para mí está cerrado tiene un nombre: se llama cultura. Sus habitantes son todos del sexo masculino. Ellos se llaman a sí mismos hombres y humanidad a su facultad de residir en el mundo de la cultura y de aclimatarse en él. Si le pregunto a uno de esos hombres qué es lo que hacen él y todos sus demás compañeros en ese mundo me contestará que muchas cosas: libros, cuadros, estatuas, sinfonías, aparatos, fórmulas, dioses. *Si él consiente*

⁴⁴ Como es sabido, después de haber recibido el grado de maestra en Filosofía, a finales de 1950, Rosario Castellanos emprendió un viaje de estudios a España con su amiga Dolores Castro. Ambas aprovecharon para viajar a otros países de Europa. Durante su visita a París adquirieron varios libros importantes, entre ellos *El segundo sexo*. Véase Samuel Gordon y Fernando Rodríguez, *op. cit.*, 1996, p. 202.

*en explicármelo y mostrármelo puedo llegar a tener una idea de lo que es cada una de esas cosas que ellos hacen aunque esta idea resulte levemente confusa porque, incluso para él, no es muy clara. Ahora, si le pido permiso para entrar, me lo negará. Ni yo ni ninguna mujer tenemos nada que hacer allí. Nos aburriríamos mortalmente. Y eso sin contar con que redoblaríamos la diversión de los otros a costa de nuestro ridículo. Yo, ante estos argumentos tan convincentes, me retiraría con docilidad y en silencio. Pero me quedaría pensando no en la injusticia ni en la arbitrariedad de esa exclusión aplicada a mí y a mis compañeras de sexo y de infortunio (en verdad no deseaba tanto entrar, era una simple curiosidad).*⁴⁵

De este fragmento, obsérvese, en primer lugar, que la autora se presenta, al mismo tiempo, como sujeto y objeto de la investigación. La cercanía intencionada le sirve para no perder de vista a su audiencia: tolerante con la preparación universitaria de las mujeres, pero incrédula de sus capacidades intelectuales. Recuérdese el caso de las editoras de la revista *Rueca*, a quienes se les vio con un dejo de indulgencia. Me importa resaltar ese gesto, pues pudo ser el mismo con el que se aprobó la tesis de Castellanos. Aunque también pudo ocurrir lo contrario: que se le tomara muy en serio. Creo que el segundo caso es remoto, pues, como lo mencioné con anterioridad, los temas de reflexión en boga eran los discutidos por el grupo Hyperión. En realidad, por su forma y su contenido, sus ideas se emparentan con las de otras escritoras latinoamericanas sobresalientes, quienes, si bien alcanzaron cierto grado de audición, no lograron que su pensamiento se conservara y divulgara como relevante y serio. En ese sentido, es significativo tener presente una observación de Mayuli Morales:

[...] las aportaciones de las mujeres (escritoras, periodistas, líderes, etc.), quienes, a pesar de su situación marginal respecto al espacio público, intervinieron en discusiones y polémicas acerca de

⁴⁵ Rosario Castellanos, *Sobre cultura femenina*, pp. 82 y 83.

los problemas sociales y los retos políticos de su tiempo, fueron desestimadas, es decir, no fueron ni han sido tomadas en serio como pensamiento, entiéndase como un pensamiento serio, o como pensamiento en el justo sentido de la palabra. La supuesta falta de relevancia de sus ideas a nivel nacional o continental es el juicio que les ha hecho sombra.⁴⁶

Tal vez se piense que este comentario no se aplica del todo a la forma tan humorística usada por Castellanos; tal vez surja la pregunta: ¿qué es lo que tiene de pensamiento serio y filosófico la disertación de Castellanos? Atinente al principio que marca la generación de un pensamiento y a los valores de los conocimientos promovidos por las mujeres para hablar acerca de sí mismas, Aralia López los sintetiza señalando:

Según Hegel, la norma inicial del filosofar, es la de que un determinado grupo humano se diferencie suficientemente y se considere valioso para conocerse y ofrecerse al conocimiento de los otros en calidad de sujeto plural con existencia histórica. Y esto es justamente, lo que se ha venido expresando en el ensayo feminista a lo largo de doscientos años, un filosofar de y sobre un nosotras posicionado como valioso en cuanto sujeto plural con género femenino, con cuerpo y conciencia sexuados, para pensarnos y pensar la sociedad y la cultura en su conjunto, contradiciendo nuestra supresión en la historia occidental, que es también la del patriarcado.⁴⁷

Si releemos la tesis de Castellanos a la luz de estas teorías, en el fondo, la intención de la estudiante no era presentarse como

⁴⁶ Mayuli Morales Faedo (coord., sel. e introd.), “Trece ensayistas latinoamericanas irrumpen en el canon del siglo xx. Una introducción”, en *Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen en el canon del siglo xx*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2015, p. 11.

⁴⁷ Aralia López González, “El ensayo feminista territorio dialógico”, en *El ensayo iberoamericano: perspectivas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 137.

objeto de burla. Fingirse pazguata era un artificio para cifrar su verdadero mensaje. Éste era —lo diré haciendo eco de las palabras de López González—: ofrecerse al conocimiento de los otros, pensarse y pensar a la sociedad y a la cultura en su conjunto para dejar de ser suprimida por la historia patriarcal. Quizá parezca exagerado decir que el discurso de Castellanos tomó en cuenta *una norma inicial del filosofar*. Sin embargo, no hay que perder de vista lo que Josefina Ludmer llama *las tretas del débil*, las cuales indican que las escritoras han desarrollado una forma propia de hacer filosofía: “Ante la pregunta de por qué no ha habido mujeres filósofas puede responderse entonces que no han hecho filosofía desde el espacio delimitado por la filosofía clásica sino desde otras zonas, y si se lee o escucha su discurso como un discurso filosófico, puede operarse una transformación de la reflexión”.⁴⁸ Ludmer escribió esas palabras analizando el discurso angustiado y atrevido de nuestra Sor Juana Inés en la *Carta a Sor Filotea de la Cruz*. El texto es un documento que se vale del halago y de un estilo reverencial hiperbolizado para protestar e *indicar una posición propia frente al mundo y frente a la historia*. Guardando las debidas proporciones, Castellanos no tuvo sobre ella el gran peso de la Iglesia inquisitorial, pero sí el de una academia patriarcal a cuyo campo pretendía ingresar.

Debido a las restricciones que asumió la autora, puede decirse que, en la práctica, la escritura de su primer ensayo se comprometió con su toma de conciencia, pero no podía ser categórica en su denuncia porque gozó de una autonomía relativa y porque hubo fuerzas más poderosas en su campo intelectual. Volviendo a la combinación filosófica y literaria, formalmente, las ideas serias se ampararon en un discurso irónico y humorístico para suavizar su crítica. Además, esta combinación de literatura más filosofía

⁴⁸ Josefina Ludmer, “Tretas del débil”, en Patricia González y Eliana Ortega, *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1984, s/p, disponible en [<http://literaturanimada.files.wordpress.com/2014/03/ludmer-tretas-del-dc3a9bil.pdf>].

desemboca en un efecto de conocimiento transdisciplinario *vivo* —y no sólo teórico como el proveniente de libros, diccionarios y enciclopedias—. Es decir, al momento en que la sustentante se presenta como sujeto y objeto de su disertación y en la medida en que la realidad reflexionada coincide con la vivida, el texto y la autora nacen casi con la misma verdad y valor para su campo intelectual. Es decir, son reconocidos porque han atravesado por un proceso formal de formación, pero ocupan una posición baja en el campo y son portadores de poco capital simbólico. Ahora, es conveniente revisar si su proyecto creador logró alcanzar un mayor reconocimiento y, por ende, ocupar una posición ascendente al terminar la década de 1950. Analizaré, entonces, la otra línea temática de su pensamiento.

OFICIO DE TINIEBLAS, *PERSPECTIVAS ANTROPOLÓGICA,*
FILOSÓFICA Y LITERARIA

Desde el principio de su trayectoria como narradora, Castellanos adoptó un proyecto que se singularizó de su generación literaria: decidió hablar de los indígenas. Su interés no fue reprobado por sus coetáneos, incluso, Emilio Carballido alentó a la joven poeta a narrar su infancia en Chiapas. Por lo que se refiere al Hyperión, salvo Luis Villoro, nadie más se enfocó en el tema de los indios.⁴⁹ Villoro escribió *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950). Desafortunadamente, a diez años de haberlo publicado se quejó de sus “deficiencias”, por ejemplo, la de no haber incluido textos de antropólogos mexicanos que se publicaron después de la fundación del INI en 1948.⁵⁰ Ambos antecedentes son importantes: el primero porque marca las razones de la autora para tratar el tema de los indígenas y el segundo porque advierte la perspicacia

⁴⁹ Véase Guillermo Hurtado, *op. cit.*, 2007, p. 118. Sigo tomando en cuenta al Hyperión, pues intento no perder de vista el campo intelectual dentro del que iba madurando el proyecto creador de la escritora.

⁵⁰ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 12.

que tuvo al irse a Chiapas a observar de cerca la realidad que pretendía novelar. Analicemos ambas circunstancias con detenimiento.

Castellanos escribió *Balún-Canán* en sólo diez meses. A pesar de su gran rapidez para crearla, solía quejarse de su estructura. Baste recordar que, ante críticos tan importantes como Emmanuel Carballo, ella declaró: “El núcleo de la acción, que por objetivo corresponde al punto de vista de los adultos, está contado en tercera persona. La estructura desconcierta a los lectores. Hay una ruptura en el estilo, en la manera de ver y de pensar. Ésa es, supongo, la falla principal del libro. Lo confieso: no pude estructurar la novela de otra manera”.⁵¹ Aun aceptando el tono avergonzado de su autocrítica, la novela de ningún modo puede entenderse nada más como un malogro, pues, al margen de cuánto pudiera desaprobársela Emmanuel Carballo,⁵² tuvo éxito poco después de su publicación. A saber, el 2 de marzo de 1958, *Balún-Canán* fue anunciada en *Diorama de la Cultura* de *Excelsior* como la mejor novela del año,⁵³ y en el ámbito editorial tuvo un buen recibimiento; de hecho, se tradujo al inglés y al francés.⁵⁴ Ambos datos indican que, en general, no se percibió como una novela fallida. Eso, por un lado; por otro, antes de que *Balún-Canán* se publicara y recibiera comentarios negativos de una parte de la crítica, la misma Rosario Castellanos percibió esa inconsistencia estructural y temática. Por eso, es tan importante el trabajo que se impuso asumir y las implicaciones que tuvo

⁵¹ Rosario Castellanos, “Rosario Castellanos”, entrevista hecha por Emmanuel Carballo, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, [1962] 1985, p. 528.

⁵² Acerca de la novela, Emmanuel Carballo decía: “la estructura es deficiente, la historia peca de inconexa, los personajes —con las excepciones de la niña y la nana— son más arquetipos que criaturas y el estilo está más próximo a la poesía que a la prosa”. “Poesía y prosa. Imaginación y realidad”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 594, 11 de noviembre de 1964, p. xv.

⁵³ María Elvira Bermúdez, “La novela mexicana en 1957”, en *Diorama de la Cultura*, de *Excelsior*, 2 de marzo de 1958, p. 4.

⁵⁴ Fondo de Cultura Económica, “Las letras mexicanas en el extranjero”, en *La Gaceta*, núm. 56, 1959, pp. 1 y 2.

proseguir el tema de los indígenas. Acerca de este proyecto, en 1958, la joven le escribió a Elías Nandino:

A propósito de la novela, ¿me permite usted que le hable de ella? Es mi obsesión.

El año pasado escribí una, la primera en mi haber. Se llamó *Balún-Canán*, el nombre indígena de mi pueblo. Narra la historia de una familia chiapaneca, dueña de un latifundio, en la época en que se impuso el agrarismo. Está dividida en tres partes, la primera y la tercera escritas en primera persona, en la que se supone que quien cuenta sus impresiones es una niña de siete años. Una niña que no corta el cordón umbilical que la ata a la poesía. Poesía y magia son los dos instrumentos de los que se sirve para captar el mundo. Imágenes. Pero no bastan para contar la historia de los mayores. Entonces recurro a la tercera persona. El resultado lo verá usted, si Dios quiere y ciertos editores, el próximo año.

Esta primera novela me planteó muchos problemas y decidí escribir otra para resolverlos. Esta vez aspiraba yo a una mayor objetividad y escogí un tema histórico. El tema, por lo demás era absolutamente novelesco, por sus situaciones, sus personajes, la agitación de la época que les tocó vivir. *Para ambientarme, para tener a mi alcance los documentos, decidí radicar en San Cristóbal. Y aquí me tiene. Trabajando en el Instituto Indigenista, lo que me permite un contacto bastante íntimo y no deformado por los intermediarios, con la mentalidad, las costumbres, las esperanzas de los indígenas.* Estoy encargada del teatro guíñol y escribo las obras que se presentan, así como acompaño a los del teatro en sus giras por la zona. *Quiero familiarizarme bien con todo esto.* Me es fácil supuesto que soy de Chiapas y toda mi familia lo es también.⁵⁵

Nótese que Castellanos le habló a Emmanuel Carballo de complicaciones técnicas con la integración de los puntos de vista y a Nandino le expresó fallas de fondo de temas que no

⁵⁵ Rosario Castellanos, "Cartas a Elías Nandino", pp. 62 y 63.

resolvió. Por tanto, su problema no era nada más de perspectiva, sino también que sólo alcanzó a esbozar la sublevación indígena, la reacción de los patrones a la reforma agraria, el aprendizaje del español como instrumento de reivindicación y el poder de las ideas religiosas sobre las comunidades. Una serie de dificultades que podríamos resumir en todo un sistema sobre el que se sostiene la relación opresor-oprimido. Así, para plantear una estructura efectiva y un fondo complejo, la escritora se propuso guiarse por un principio de objetividad para continuar y mejorar su propuesta. Pero no sólo la suya, sino también la de la corriente indigenista de la que se declaró ajena:

Si me atengo a lo que he leído dentro de esta corriente, que por otra parte no me interesa, mis novelas y cuentos no encajan en ella. Uno de sus defectos principales reside en considerar el mundo indígena como un mundo exótico en el que los personajes, por ser las víctimas, son poéticos y buenos. Esta simplicidad me causa risa.⁵⁶

Como puede imaginarse, su contacto con la realidad de los pueblos indígenas la impulsó a hablar con objetividad y veracidad, cualidades pertinentes a la estética del realismo crítico que adoptó en esta novela, aunque con peculiaridades personales; estos valores dotaron de autenticidad y originalidad su proyecto creador. Vale decir que Castellanos ficcionalizó artísticamente hechos históricos y reales apoyándose en sus conocimientos filosóficos, antropológicos y sociológicos, entre otras disciplinas, para identificar y respetar las leyes del mundo que deseaba novelar.⁵⁷ De hecho, su llegada al INI favoreció que entrara en contacto con los responsables del teatro guiñol y con los indígenas de la zona. Pero eso no fue todo: tuvo oportunidad de revisar los documentos que Villoro se lamentó de no haber leído e incluido

⁵⁶ Rosario Castellanos, "Rosario Castellanos", p. 531.

⁵⁷ Rosario Castellanos, "Con Rosario Castellanos. Sobre la novela", p. 9.

en su libro. Más aun, captó a todos los actores involucrados en el problema que quería novelar.

Por lo anterior, en seguida presentaré, en primer lugar, el contacto que Castellanos estableció con una práctica antropológica indigenista que le permitió llevar al texto literario concepciones, gestos culturales y actitudes en torno al indígena, y, en segundo, expondré las ideas de Simone Weil en las que Castellanos se basó para representar el sistema de contradicciones del opresor y del oprimido. Este sistema complejo de ideas, en mi opinión, es el que le da a la novela una dimensión social con perspectiva dialéctica materialista en términos históricos y, a su vez, el que identifica a Castellanos con el tipo de escritor-intelectual reconocido por la élite cultural —encarnado en esa década por Carlos Fuentes.

Incorporación de un ambiente a partir de una práctica antropológica

A inicios de la década de 1940, se quería que México se consolidara como nación moderna; por lo mismo, se tomaron medidas para que no prevalecieran grupos sociales marginados. Lamentablemente, los indígenas constituían una buena parte de la población al margen de la sociedad mexicana. En respuesta a esta situación, el gobierno se apoyó en la joven antropología mexicana y puso en marcha un programa de “acción indigenista”, cuyo objetivo fue integrar a los indígenas a la nación.⁵⁸

Años más tarde, por decreto del presidente Miguel Alemán, se fundó el Instituto Nacional Indigenista (INI), en 1948. Y, en 1951, se creó el primer Centro Coordinador Indigenista Tzeltal-Tzotzil (CCITT) en la región de Los Altos de Chiapas, cuya misión fue atender a las tribus tzeltales y tzotziles. A esta dependencia —conocida en San Cristóbal de las Casas como

⁵⁸ Cfr. Sofía López Fuertes, *El pensamiento indigenista en la narrativa del ciclo de Chiapas*, tesis de maestría en Antropología Social, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente, 2009, s/p.

La Cabaña— llegó Rosario Castellanos en 1956. La escritora se integró a la sección de Ayudas Audiovisuales, conformada por Alberto Beltrán, Adolfo Mexiac, Carlos Jurado, Carlo Antonio de Castro y tres indígenas bilingües. El equipo tuvo bajo su responsabilidad divulgar, difundir y promover la labor del CCITT. Los medios utilizados en esta tarea iban desde diseñar pequeños volantes y carteles hasta elaborar un periódico local y encargarse de un teatro guiñol. En específico, Castellanos fue la responsable de redactar artículos breves para las publicaciones periódicas y de escribir los guiones del Teatro Petul, los cuales se representaban después en los parajes.

La gestación de *Oficio de tinieblas* se nutrió de la redacción de *Winik (Hombre)* y *Sk'oplal te mejikolum (La palabra de México)*; la ideología promovida en ambas publicaciones es semejante a la de *Oficio de tinieblas*.⁵⁹ Muestra de ella es el primer número de la revista *Winik* en abril de 1956, en cuyo primer artículo, “¿El indio mexicano es mexicano?”, Alfonso Caso enfatizó que el estado de aislamiento al que habían sido confinados los indios ocasionó que ni siquiera supieran con certeza el significado de la palabra México:

El indígena vive en su comunidad aislada, no puede sentirse mexicano; sabe sí que hay una especie de fuerza natural llamada “Gobierno”, cuyas disposiciones hay que acatar porque utiliza la fuerza para hacerse obedecer. [...] ¿Qué de extraño tiene que el indígena sienta fuertemente los lazos que lo unen con los suyos, y que para él fuera de su comunidad no exista nada? México es sólo una palabra.⁶⁰

⁵⁹ Adolfo Sánchez Vázquez indica que la “Ideología es a) un conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad que b) responde a intereses, aspiraciones e ideales de una clase social y que c) guía y justifica un comportamiento práctico de los hombres acorde con esos intereses, aspiraciones e ideales”. “La ideología de la neutralidad ideológica en las ciencias sociales”, en *La filosofía y las ciencias sociales*, México, Grijalbo, 1976, p. 293.

⁶⁰ Alfonso Caso, “Editorial”, en *Winik*, núm. 1, abril de 1956, p. 5.

En *Oficio de tinieblas*, la marginación territorial y el dominio de los blancos se explican, en la voz del narrador, a través de un componente mágico. Ahí se cuenta la decisión de San Juan Fiador de tener su morada en el valle de Chamula, donde los tzotziles no saben entender por qué se acalló el balido de las ovejas. Era necesaria la presencia de la lengua altiva de la “punta de látigo de la ley”. No sorprende demasiado que un mito, aceptado como una forma natural de vivir, justificara la subordinación ante los ojos de los propios indígenas. Por ello, su comprensión vaga de las entidades de gobierno y México se ilustran distorsionadas aun en el entendimiento de los personajes más capaces. Pedro González Winiktón —el indígena bilingüe y más transculturado de *Oficio de tinieblas*— no entiende por completo las palabras del presidente Cárdenas; sin embargo, se apropia de ellas a través del único vocablo que hace eco con sus ansias: *justicia*, lo que explica por qué él es juez en su comunidad de origen.

En tales circunstancias, Rosario Castellanos confluyó con el grupo de La Cabaña en la convicción de que la violencia ejercida en contra de los indios se amparaba en su condición de personas que no entendían el español ni a la sociedad republicana nacional. En función de esa circunstancia, el equipo de apoyos audiovisuales encaminó sus esfuerzos a la enseñanza bilingüe. Entonces, a la par de la publicación de *Winik* se fundó *Sk'oplal te mejicolum* (*La palabra de México*), el cual tuvo mayor funcionalidad y éxito que *Winik*,⁶¹ pues estaba escrito en tzeltal. Además, en *Sk'oplal* se invitó a los indios a colaborar, se difundieron los guiones del Teatro Petul, las acciones promovidas por el CCITT y temas que, en general, repercutían en la vida doméstica y productiva de los indígenas. Puede decirse que esta revista fue un

⁶¹ De esta revista encontré físicamente un solo número, el primero. A decir del arqueólogo Carlos Navarrete, *Winik* fue una revista “de vida efímera, animada por gente de inquietud intelectual”. Rosario Castellanos. *Su presencia en la antropología mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México/PROIMMSE, 2007, p. 33.

instrumento de castellanización no asimilacionista,⁶² pues puso énfasis en las necesidades de preservar la lengua autóctona y de aprender el idioma oficial:

La lengua castellana es considerada en México, nuestro país, como la LENGUA NACIONAL, es decir, la que deben hablar todos los habitantes de nuestra Patria para entenderse entre sí. [...] Pero jamás el Instituto Nacional Indigenista ha trazado como su única finalidad la de que la población mexicana hable solamente un idioma: el castellano. Buscar esto sería tanto como ignorar que en diferentes grupos del país —unos cincuenta— la lengua materna no es el castellano, sino alguna lengua otra —tzeltal, tzotzil, mixteco, mazateco, mexicano, tarahumara, otomí, etc.—, misma en que los niños van aprendiendo de los labios de sus padres los conocimientos más indispensables para vivir en su grupo y en la que más tarde los muchachos y los jóvenes, los hombres maduros y los viejos arreglan casi todos los asuntos de su vida.⁶³

La nota aclaratoria de Carlo Antonio de Castro⁶⁴ revela que no resultaba sencillo enseñarles castellano a los indígenas, pues implicaba toda una práctica de aculturación. En *Balún-Canán*, la conquista del español por parte de los indígenas parecería ser

⁶² Cfr. Carlo Antonio de Castro, “Los alfabetos bilingües castellano-tzeltal y castellano-tzotzil”, en *Skòplal te mejikolum, La palabra de México*, núm. 2, marzo de 1956, p. 1.

⁶³ Carlo Antonio de Castro, “El castellano —idioma nacional— y las lenguas indígenas”, en *Skòplal te mejikolum, La palabra de México*, núm. 15, mayo de 1957, p. 1.

⁶⁴ La labor de Carlo Antonio de Castro en el CCITT fue importante para la posteridad. El proyecto de castellanización que empezó en San Cristóbal fue el principio de un método para la enseñanza de las lenguas indígenas, el cual es aprovechado en México y en el extranjero en la promoción y educación de lenguas mayances. Por ello, es considerado integrante de la Comunidad de oro de la antropología mexicana. Véase s/a. “Carlo Antonio de Castro, etnólogo de corazón indígena”, disponible en [<http://www.oem.com.mx/diariodexalapa/notas/n1593590.htm>].

equivalente a la conquista de sus derechos y a su inmediata reivindicación. En cambio, en *Oficio de tinieblas*, el uso del castellano se expone con otras dimensiones. Por ejemplo, en las comunidades chamulas, el español es ininteligible y carece de efectividad; así, una misma orden adquiere efecto no por lo que se dice, sino por la importancia de la persona que lo dice dentro del contexto de los chamulas. Recuérdese la autoridad que tiene Pedro González Winiktón por encima del cura Manuel:

—¡Tú! —exclamó el padre Manuel.

Y en esta sílaba condenaba su sorpresa, el desaliento ante el fracaso de sus lecciones, la decepción de verse incomprendido y traicionado por el único en quien tenía derecho a confiar; la indignación por el sacrilegio que se estaba cometiendo.

—¡Diles que se vayan todos de aquí! La casa del Señor merece respeto.

Xaw contemplaba estúpidamente al padre Manuel. Acaso no entendió lo que le ordenaba. Sus dedos continuaron aplastando las mismas teclas una vez y otra y otra sin pausa, con la fatalidad de un mecanismo.

[...]

—¡Quietos!

Los detuvo la voz. El padre Manuel la oyó desde el suelo en que estaba tendido. Ahora la voz se dirigía a él.

—Levántate, cura.

No era un ruego. Era un mandato despreciativo.

Penosamente el padre Manuel se incorporó. Trató de erguirse y de dar serenidad a su porte, a su mirada. Pero la cólera le crispaba aún el rostro.

—¿Quién eres? —logró preguntar a quien había hablado. [...]

—Soy Pedro González Winiktón, el pasado juez.⁶⁵

⁶⁵ Rosario Castellanos, *Oficio de tinieblas*, México, Joaquín Mortiz, 2012, pp. 123 y 124.

En *Oficio de tinieblas*, Castellanos reprodujo muchos rasgos de la realidad con rigor y minucia antropológica, en la medida en que recuperó, en la variedad de sus personajes, la coexistencia de dos grupos “antagónicos”, las ideas propias de cada uno y las realidades asumidas según sus oficios. No obstante, Castellanos aclaró que nunca pretendió volverse antropólogo:

Mi trabajo era utilizado en los programas antropológicos y yo me plegué a sus requerimientos como escritora [...] En Chiapas me golpeaban los contrastes humanos y para entender esas diferencias lacerantes estudié algo del mecanismo de relaciones sociales, por eso leía a los antropólogos.

En verdad nunca me convencieron las apreciaciones que los norteamericanos hacían de los “contemporáneos primitivos” que con tanto afán estudiaban. Para apoyar mi trabajo preferí las páginas sinceras que los antropólogos mexicanos dejaron en los diarios de campo, escritos nacidos de la experiencia en la práctica indigenista... [...]

La escasa antropología que leí me enseñó a observar, pero tengo que dejar en claro que nunca intenté redactar un informe de las relaciones dispares que veía entre los indígenas y el resto de la sociedad chiapaneca. La indignación que hay en los libros es mía, me la dio haber vivido allí y formado parte del partido del débil. Criticaron acremente mis libros en San Cristóbal: traidora a mi clase social, a mi educación de familia decente...⁶⁶

Entonces cuando hablo de la faceta antropológica de Castellanos, de ninguna manera pretendo decir que la escritora quisiera trasladar al texto literario el estilo de los informes de dicha ciencia. No lo pretendo porque no existe un sólo fragmento de sus novelas que rompa con el ritmo literario correspondiente a la lógica interna de la narración, en general, y de los personajes, en particular. Su asimilación transdisciplinaria es mucho más fina y

⁶⁶ Carlos Navarrete, *op. cit.*, 2007, pp. 24-25.

proviene de los referentes que adoptó de la práctica indigenista del campo antropológico. Por eso, creo que una parte de los conocimientos que vertió en sus novelas provenían de un pensamiento transdisciplinario vivo. Al respecto, Pierre Bourdieu apunta:

[...] la cultura (en sentido subjetivo) con la cual el creador participa de su clase, de su sociedad, de su época, y que incorpora, sin saberlo, en sus creaciones en apariencia más irremplazables; son los credos tan obvios que están tácitamente presupuestos, más que explícitamente postulados; son las formas de pensar; las formas de la lógica, los giros estilísticos, y las contraseñas de existencia, situación y autenticidad ayer, hoy estructura, inconsciente y praxis que parecen tan naturales e inevitables que no constituyen, propiamente hablando el objeto de una elección consciente.⁶⁷

Dicho de manera más explícita, la práctica indigenista le permitió a la autora entender a los indígenas dentro del contexto nacional, es decir, dentro de un marco legal e histórico común a todos los mexicanos pero ajeno a su visión de mundo. En este sentido, Castellanos compartió, con el equipo interdisciplinario del INI, una misma forma de concebir a los indígenas. A partir de ella, entendió la complejidad de un problema de orden racial, económico, antropológico y lingüístico que planteaba notorias asimetrías que mantenían a los indios en una permanente condición de marginados sociales. No por casualidad este hecho fue retratado en *Oficio de tinieblas*, en la representación psicológica y en los distintos registros lingüísticos de cada sector involucrado en la novela: los opresores, los oprimidos y los profesionistas al servicio de las comunidades indígenas.

⁶⁷ Pierre Bourdieu, "Campo intelectual y proyecto creador", en *Problemas del Estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1975, p. 172.

*Complejidad de las relaciones de opresión:
Simone Weil entendida por Rosario Castellanos*

Para comprender cabalmente el complejo tema de las relaciones entre opresores y oprimidos, Rosario Castellanos —inspirada en la vida y obra de Simone Weil (1909-1943)—⁶⁸ se mudó a Chiapas para observar de un modo más objetivo la realidad que quería novelar. Quizás esta última afirmación contradice un poco lo que mencioné en la primera parte de este capítulo, cuando hablé acerca de que la autora jamás se comprometió a retratar con exactitud la realidad referida. Sin embargo, es preciso recordar que Castellanos se resistía a tratar al indígena como un personaje exótico, práctica en la que, de alguna manera, se puede caer cuando se imagina, se idealiza o se desconoce su historia, sus usos y costumbres, así como el ambiente que enmarca su región. Por esa razón, mientras que la práctica antropológica le sirvió para cumplir cabalmente con su consigna de respetar en la narración las leyes del mundo que pretendía narrar, la filosofía⁶⁹ de Weil le

⁶⁸ Rosario Castellanos señala que Simone Weil nació en 1909, en París. Fue la hija menor de un matrimonio judío. En contraste con su origen religioso, su filiación espiritual fue cristiana, pues en la práctica decidió vivir en conformidad con los principios de caridad, pobreza, conformidad y esperanza. Ingresó a la Escuela Normal Superior en 1928, pero no ejerció durante mucho tiempo la profesión de maestra. Con el objetivo de entender plenamente las condiciones de vida de la clase obrera, en 1932, renunció a su posición social y económica favorable. Se empleó en los talleres automovilísticos Renault. Ahí, experimentó “la sensación de haber nacido para recibir órdenes”. Murió a la temprana edad de 34 años a causa de una tuberculosis poco atendida y a su voluntad de no aceptar en un hospital de Ashford una ración de comida mayor a la que recibían sus compatriotas que habían sido prisioneros por los nazis. Véase Rosario Castellanos, “El automatismo, crisis moral: drama de Simone Weil”, en *Mujer II*, pp. 425-427.

⁶⁹ En realidad, creo que el fondo de la novela está guiado por dos perspectivas filosóficas: la de Weil y la de lo mexicano. Decidí poner a pie de página la que se basa en una intuición mía: la filosofía mexicana, pues Castellanos jamás dijo que la hubiera tomado en cuenta para crear *Oficio de tinieblas*. No debe olvidarse, no obstante, que estudió filosofía cuando una generación reflexionó sobre el mexicano y lo mexicano, formalmente, en la universidad o, informalmente, en

permitió comprender las contradicciones de la realidad observada. De hecho, Castellanos le habló a Emmanuel Carballo sobre esta influencia decidida:

Me interesa conocer, en esas tierras, los mecanismos de las relaciones humanas. Para entenderlos, cuando trabajé allí para el Instituto Nacional Indigenista, me auxilió la lectura de Simone Weil, digo Simone Weil porque no conocía otros autores que hubieran sido más útiles. Ella ofrece, dentro de la vida social, una serie de constantes que determinan la actitud de los sometidos frente a los sometedores, el trato que los poderosos dan a los débiles, y que regresa otra vez a los fuertes. Esta especie de contagio me pareció dolorosa y fascinante.⁷⁰

La pensadora judío-francesa reflexionó profundamente en torno a ese asunto en “Meditación sobre la obediencia y la libertad”. El texto es significativo en muchos aspectos, pues apela a la inteligencia de los lectores, llevando al absurdo los impulsos

tertulias. La filosofía de lo mexicano respaldaría la idea de que quiso pensar en su novela a toda una nación y no sólo a la comunidad chiapaneca. Por ello, no es descabellado proponer que, puesto que Castellanos conoció e impartió el curso de “Identidad de la literatura mexicana contemporánea” y que en él se analizaba *El problema de México*, de Antonio Caso, coincidió con él al pensar que México se mantenía atribulado por problemas *jamás resueltos sucesivamente*. Véanse Samuel Gordon, “Homenaje a Rosario Castellanos”, disponible en [<http://www.youtube.com/watch?v=DsREpN4oHRY>], y Antonio Caso, “El problema de México”, en *Obras completas*, vol. ix, Rosa Krauze (comp.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, p. 70. Esta idea de temporalidad coexistente en una misma época y de la coexistencia de distintas poblaciones, sin lugar a dudas, Castellanos la trató en su novela. La investigadora Aralia López González ha propuesto, de manera contundente, los sentidos en que Rosario Castellanos asimila, por primera vez en la novela mexicana del siglo xx, a la nación como un conjunto con una realidad multiétnica y multicultural. Véase Aralia López González, “Oficio de tinieblas: novela de la nación mexicana”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 113, 2000, pp. 119-126.

⁷⁰ Rosario Castellanos, “Rosario Castellanos”, entrevista de Emmanuel Carballo, pp. 528-529.

que guían la sumisión; evalúa la necesidad de inventar conceptos sociales que impulsen una verdadera lucha. Además, la filósofa efectuó una especie de análisis psicológico de las colectividades y los grupos, el cual la ayudó a identificar los mecanismos que forman un ciclo en la relación opresor-oprimido. Antes de expresar los mecanismos de esa relación que Castellanos pudo entender a través de las teorías de Simone Weil, importa recordar que *Oficio de tinieblas* se basó en un suceso real acontecido en el siglo XIX: la cuarta sublevación de Chamula (1869-1870), ocurrida en San Cristóbal, Chiapas, la cual concluyó con la crucifixión de un indígena. Aunque Castellanos se basó en la crónica de Vicente Pineda para representar dicha sublevación, expuso un proceso conflictivo y complejo expresado a través de distintos factores que, al final, dejan ver la fuerza de una serie de patrones de comportamiento social que se imponen a la necesidad de cambio. Aralia López González ha explicado ampliamente un proceso que me permitiré resumir en los siguientes términos: *Oficio de tinieblas* reitera una necesidad de cambio que se expone gracias a una noción de espacialidad que incluye a los indios dentro de la nación mexicana y a una noción temporal que comprende a los personajes dentro de un proceso dinámico de la historia, capaz de brindarles a los indígenas mejores condiciones de vida. De ahí que la acción de la novela haga énfasis en las oportunidades propuestas a partir de la Ley agraria cardenista. Desafortunadamente, al final de la narración, el dinamismo histórico no logra alterar la condición prevaleciente de desventaja de los marginados. Al contrario, se reafirma la escisión racial y provinciana que impide que se realice la integración nacional promovida por el presidente Lázaro Cárdenas.⁷¹ Uno de los fragmentos de la novela que ilustra el poder de la costumbre frente al de la necesidad de cambio es aquél en el cual Fernando Ulloa se da cuenta de que el acto de sublevación al que se sumó está condenado al fracaso:

⁷¹ Véase Aralia López González, *op. cit.*, 1991, pp. 109-135.

No me fío de los milagros. Conozco la historia. Las rebeliones de las chamulas se han incubado siempre, como hoy en la embriaguez, en la superstición. Una tribu de hombres desesperados se lanzan contra sus opresores. Y tienen todas las ventajas de su parte, hasta la justicia. Y sin embargo, fracasan. Y no por cobardía, entiéndame. Ni por estupidez. Es que para alcanzar la victoria se necesita algo más que un arrebato o un golpe de suerte: una idea que alcanzar, un orden que imponer.⁷²

Visto el problema a través de la conciencia de Ulloa, pareciera que la escritora desde siempre tuvo claros los mecanismos, las motivaciones y la conexión lógica que imperaban en la relación de subordinación. Sin embargo, no fue así. Incluso, la escritora confesó: “Las complicidades trabadas entre todos no son fáciles de discernir”.⁷³ Entonces, debió explicarse la imposibilidad de cambio, a la luz de las ideas de Weil, quien afirma que —por poco que se piense— resulta raro el poder de sometimiento que las minorías ejercen sobre las mayorías. Es extraño que la fuerza que puede ostentar un gran número de personas no se imponga a la voluntad de unos cuantos. Basta con que el hombre se encuentre en una posición de servidumbre para que sea dominado por el miedo instintivo y no por la inteligencia. La filósofa francesa sugiere que, cuando la razón no se usa y sólo se guarda la memoria generacional del fracaso, la obediencia se funda en una cualidad de índole psicológica.⁷⁴ Además, agrega que la sumisión tiene otras motivaciones vitales: el hambre y la extenuación que acosa a los pobres.

Una circunstancia humana de tal magnitud no se mantiene imperturbable. Castellanos habría estado de acuerdo con la

⁷² Rosario Castellanos, *Oficio de tinieblas*, p. 312.

⁷³ Rosario Castellanos, “Quise rescatar un hecho histórico”, en *Mujer I*, p. 184.

⁷⁴ Simone Weil, “Meditación sobre la obediencia y la libertad”, en *Escritos históricos y políticos*, Madrid, Trotta, 2007, p. 111. No se tiene clara la fecha en la que Weil escribió este texto, pero la edición de Trotta sugiere que pudo haber sido escrito por la filósofa en la primavera de 1937.

proposición de Weil de que, cuando los hombres son vulnerados en extremo, una misma queja los une: “En ciertos momentos de la historia, un gran soplo pasa sobre las masas; su respiración, sus palabras, sus movimientos se confunden. Entonces nada se les resiste”.⁷⁵ La metáfora creada por la teórica expone su crítica a la inconsistencia de la rebeldía que sólo sabe materilizarse con el uso implacable de la violencia. En consonancia con ella, Castellanos describe a la tribu chamula entregada a una venganza primitiva:

Salgamos, pues, al encuentro del ladino. Desafiémosle y vamos a ver cómo huye y se esconde. [...] Caen sobre los caseríos en que se refugian los ladinos; sobre las fincas de ganado y café; sobre los pueblos. Roban lo que necesitan para comer o para matar. *Matan cuando tienen miedo, cuando los sacude la cólera. [...] No hay lucha y su triunfo no alcanza el tamaño del heroísmo. Abandonan lo que conquistan. Siguen. No importa dónde.*⁷⁶

Ambas pensadoras enfatizaron la violencia de la lucha de los oprimidos. Al hacerlo, su intención era retratar la inconsistencia de la rebeldía de los dominados; captar que sus sublevaciones estaban más motivadas por el desasosiego que por una conciencia histórica que los instaba a recomponer el orden social. A Castellanos, en su novela, como a Weil en sus ensayos, no les tembló la pluma para expresarlo porque no se preocuparon por agrandar a las masas y mucho menos por manipularlas. Con la distancia que la escritura les permitió adoptar, reconocieron el papel que la organización desempeñaba en cada caso. Las muchedumbres son vencidas por el cúmulo de necesidades vitales que deben satisfacer cada día. Además, en un grupo numeroso, las demandas difieren y eso imposibilita tomar una decisión consensuada respecto al destino de distintos tipos de hombres. En oposición, los poderosos saben hacer compatibles

⁷⁵ *Ibid.*

⁷⁶ Rosario Castellanos, *Oficio de tinieblas*, pp. 329 y 331. Énfasis mío.

sus intereses; están acostumbrados a organizarse y se distinguen de los débiles porque saben legitimar la violencia y la injusticia. Por ello, Weil fue categórica:

El espíritu humano es increíblemente flexible, pronto a imitar, pronto a plegarse a las circunstancias exteriores. Aquel que obedece, aquel cuyos movimientos, penas y placeres están determinados, por la palabra del otro, se siente inferior no por accidente, sino por naturaleza. En el extremo contrario de la escala, el otro se siente igualmente superior y esas dos ilusiones se refuerzan la una a la otra.⁷⁷

Weil explicita las complicidades entre grupos sociales diferentes insinuando que la causa de esta interdependencia es psicológica, puesto que depende del hábito de un comportamiento. Castellanos observa esta misma tendencia desde distintos puntos de vista. Por ejemplo, crea a un personaje que alude al típico patrón de finca; éste prevé los movimientos de los sublevados y, dentro de la narración, crea un texto: las “Ordenanzas militares”. Al culminar la novela, esta circunstancia ideológica del relato se ve reforzada con una interpretación con rasgos de mito de Teresa Etzin, india aladinada,⁷⁸ quien, de alguna manera, justifica la violencia de los coletos de Ciudad Real contra los indígenas:

¿Qué hacemos con estos devoradores de gente?, preguntaron. Y los señores no quisieron precipitarse a la violencia sino invocaron la concordia. Así partió un mensajero que no regresó nunca porque la ilol y su hijo de piedra lo sacrificaron. [...] Entonces los

⁷⁷ Simon Weil, *op. cit.*, 2007, p. 114.

⁷⁸ Respecto a los personajes aladinados, Aralia López González establece una clasificación que declara la escisión de dichos personajes de su grupo de origen, la cual se debe, en buena medida, a su condición de siervos: “En ocasiones rechazan abiertamente su origen, y actúan a favor del amo-patrón en contra de sus iguales. Sin embargo, no poseen ningún poder ni prestigio en la sociedad ladina más que la inmediata y precaria seguridad que les proporciona la servidumbre”. Véase Aralia López González, *op. cit.*, 1991, p. 74.

señores de Ciudad Real y los ancianos dijeron: no nos queda más que la fuerza.

Se armaron lo mejor que pudieron y marcharon juntos, seguidos por el grueso de la indiada, en persecución de la ilol y de su hijo de piedra.⁷⁹

De acuerdo con el pensamiento de Weil, el reacomodo de posiciones no es extraño, pues cada actor social ocupa el único lugar que conoce. Castellanos traslada esta observación a un plano más rico en significados: después de ser una ocurrencia aceptada por un grupo de blancos, las ordenanzas de Leonardo Cifuentes se convierten en escritura sagrada para los indígenas, es decir, en algo mitificado. Así, aunque no saben leer —lo que implica que su escritura la hace la mano de quien manda—, la historia es oralizada y aceptada por los oprimidos. Por este motivo, Weil y Castellanos sabían que los luchadores sociales estaban destinados a que la historia los condenara. Weil denunciaba: “En cuanto a aquellos que quieren pensar, amar y trasladar a la acción política toda la pureza que su espíritu y su corazón les inspiran, no pueden más que morir degollados, abandonados incluso por los suyos, infamados después de su muerte por la historia”.⁸⁰ La novela de Castellanos asimila totalmente las propuestas de Weil: lo hace construyendo paso a paso el giro vertiginoso que da el movimiento chamula; interponiendo, entre los deseos de libertad de los indígenas y el único hombre revolucionario, diferencias de lengua que se traducen en visiones de mundo incompatibles. La “justicia” materializada en violencia es respondida con brutalidad y con la destrucción del agente de cambio:

—Seguramente no volverá a haber disturbios. Desapareció la causa ¿no? Ulloa. [...]

⁷⁹ Rosario Castellanos, *Oficio de tinieblas*, 2012, p. 373.

⁸⁰ Simon Weil, *op. cit.*, 2007, p. 115.

—La plebe estaba indignada. Tenían la cárcel rodeada día y noche. Se turnaban para vigilar.

—Y cuando se dieron cuenta de que a Ulloa se lo llevaban a México se amotinaron y se hicieron justicia por su propia mano.⁸¹

¿Para qué escribir acerca de un problema carente de solución? En realidad, ninguna de las dos creía que la injusticia fuera una circunstancia sin fin. Sólo apuntan que, en sus épocas, la violencia desbordaba a las luchas más nobles. Castellanos parecía creer que con el tiempo los hombres lograrían modificar su historia; por eso, la línea que cierra *Oficio de tinieblas* concluye diciendo: “Faltaba mucho tiempo para que amaneciera”.⁸² Weil creía que los hombres debían analizar sus mecanismos sociales hasta “encontrar ahí el secreto de la máquina”.⁸³ En síntesis, las dos pensadoras insistieron en que las luchas debían tener como motor el uso de la inteligencia. Puede creerse que opinaban esto porque observaban los problemas desde fuera; sin embargo, cabe recordar que las dos se incorporaron a las realidades sobre las que escribieron. La vida y la palabra no se separaban para ninguna de las dos.

Como puede apreciarse, *Oficio de tinieblas* es una novela de una conformación en verdad compleja. De ningún modo era —como una parte de la crítica lo quiere ver— el sencillo traslado de su experiencia a la realidad novelada. Más bien, es el resultado de un proceso intratextual⁸⁴ que nació a partir de la escritura de la segunda parte de *Balún-Canán*. En este sentido, la continuidad de la historia en *Oficio de tinieblas* se da como un proceso serio de pensamiento que amplía el conocimiento en torno a una realidad tradicionalmente novelada: la vida del

⁸¹ Rosario Castellanos, *Oficio de tinieblas*, 2012, p. 359.

⁸² *Ibid.*, p. 374.

⁸³ Simon Weil, *op. cit.*, 2007, p. 113.

⁸⁴ Helena Berinstáin define la intertextualidad como: “un *programa narrativo** dependiente de otro programa narrativo y supeditado a él, aunque el *narrador** puede hacer que encajen o a la inversa (y modifiquen su ‘*status*’). *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2004.

indio. Sin embargo, el valor y la verdad de la obra creados por la crítica también fueron ambivalentes. Emmanuel Carballo, al comentar *Balún-Canán* y *Oficio de tinieblas*, no dejó de hablar de ellas como si se tratara de un esfuerzo mediano y fallido en el que la autora insistió en hablar de lo mismo:

Oficio de tinieblas insiste en un tema entrañable para la autora: los conflictos de la convivencia que surgen entre indios y blancos. Más novela que *Balún-Canán* [...]. Novela tradicional en el uso del tiempo y el espacio —también en la manera rectilínea de contar los acontecimientos—, trata el tema indígena en forma diferente a la que emplean nuestros narradores ingenuos y apasionados —en el terreno de la estética, enemigos más que panegiristas de los indios. Rosario Castellanos, que ve a los chamulas como seres humanos —y que por eso no los idealiza— acomete esta novela con procedimientos anacrónicos, válidos única y exclusivamente para la novela realista del siglo XIX.⁸⁵

Obsérvese con atención el tipo de crítica que Carballo ejerció con respecto a la obra de Castellanos. Aunque se refería a la construcción textual de la novela y al lugar que ocupaba en relación con otras obras, su evaluación le sirvió sólo para admitir que la escritora se superó a sí misma y a los escritores indigenistas. Ni por equivocación señaló que fuera una obra que hablaba de la nación mexicana. Basta con que la remita al realismo decimonónico para declararla una novelista que no tenía nada que aportar a la novela del siglo xx.

En realidad, la lectura de Carballo es muy parcial respecto a los méritos de la novela en lo que compete a su comprensión de lo nacional. Omite, por ejemplo, aspectos importantísimos como los que ha señalado Aralia López González para relacionar la realidad regional con la nacional; éstos son: 1) el narrador de *Oficio de tinieblas* explica la situación indígena dentro de la situación

⁸⁵ Emmanuel Carballo, *op. cit.*, 1964, p. xv.

nacional; 2) el narrador propone la ley y la palabra como posibilidades para integrar a los indígenas en un espacio intelectual y jurídico; 3) la novela posee una complejidad espacio-temporal por las distintas etapas que evoca (tiempo mítico, poscolonial y posrevolucionario), y 4) la narración comprende la visión de los vencedores y los vencidos.⁸⁶ Me atrevería a decir que la evaluación de Carballo de la novela de Castellanos está pensada en relación con los temas y las técnicas narrativas desarrolladas por Carlos Fuentes en novelas como *La región más transparente*, lo cual es un criterio muy desproporcionado, tomando en cuenta el realismo que la escritora se había propuesto darle al tema del indígena —siempre tratado en su época como un personaje mítico y poético o desde fuera y sin analizar el problema sociocultural de México en amplitud.

En contraste con la opinión de Carballo, *Oficio de tinieblas* obtuvo una crítica razonada a partir de los principios compositivos de la autora y de la narrativa indigenista dentro de la literatura nacional e internacional. Prueba de que el juicio sobre la obra de Castellanos no fue unánime es que, por ejemplo, el escritor ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta⁸⁷ emitió un comentario positivo sobre ella. Señaló que la escritora —al igual que Voltaire, Chateaubriand, Fray Servando Teresa de Mier, Fray Bartolomé de las Casas, José María Lafragua, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Gregorio López y Fuentes, Jorge Icaza, Ciro Alegría y Miguel Ángel Asturias— marcó en su tiempo y su espacio una nueva etapa en la larga tradición de la novela indigenista:

⁸⁶ Véase Aralia López González, *op. cit.*, 1991, pp. 49-143.

⁸⁷ Demetrio Aguilera Malta nació en 1909 en Guayaquil, Ecuador. Fue escritor, cineasta, diplomático y perteneció a un importante grupo literario llamado Guayaquil (1930). Sus miembros fueron Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara, José de la Cuadra y Alfredo Pareja Diezcanseco. Todos ellos se caracterizaron por usar un lenguaje coloquial y autóctono, por tratar temas en los que pusieron de manifiesto la marginación social y por enfocarse en personajes que representaban a los indios, a los obreros y a los montubios. En suma, desarrollaron un tipo de literatura que se consideró de denuncia, ya que habló de los sectores olvidados por la Revolución de 1895.

Y para mí, ese es uno de los méritos principales del libro de Rosario: busca el equilibrio y la sobriedad no por los caminos del folklore, ni de la poesía, ni de la hermosa estructura literaria, ni de la banderita preconcebida. Trabaja, sencillamente, con instrumentos de verdad. Y aunque, *aparentemente*, no está del lado del indio y de lo que él representa y defiende, de hecho, en el afluir de su historia, cada quien sale con las características que le corresponden. Como ocurre en la vida. Nadie es lo que dice ser sino lo que es. La conducta humana va más allá del autojuicio de los hombres.⁸⁸

El juicio de Aguilera Malta recupera elementos que evocan los objetivos de la escritora en torno al proyecto creador de su segunda novela. Por ejemplo, al hablar de los instrumentos de verdad, los concibe como elementos que logran equilibrar y darle sobriedad a la novela. El resultado de esta bien lograda combinación es que cada personaje —en el trayecto de la lógica del relato— adopta una forma de ser congruente con el grupo al que representa. De ese modo, la autora se esmera en hacer un retrato veraz de cada uno; así se perfilan —dice Aguilera Malta— las virtudes y los vicios de cada uno. Ahora bien, este crítico afirma y reitera que sólo en apariencia Castellanos no está del lado de los indios. No explica por qué remarca que sólo sea de manera aparente. Simplemente, insinúa que el hecho de que retrate su condición de desventaja permite comunicarle a una audiencia amplia su situación de marginados sociales.

En conclusión, el proceso de concepción literaria de Rosario Castellanos revela dos hechos importantes: 1) que todo tema que la escritora trató en el terreno ficticio se subordinó a su intención de crear una obra de arte, y 2) el único género en el que la autora confesó *haber sido más categórica en su denuncia y llevar una teoría hasta sus últimas consecuencias*⁸⁹ fue el ensayo. Con esto

⁸⁸ Demetrio Aguilera Malta, “La novela indigenista. De Voltaire a Rosario Castellanos”, suplemento dominical *El Gallo Ilustrado*, 3 de marzo de 1963, p. 3. Énfasis mío.

⁸⁹ Véase nota 12 de este capítulo.

no quería decir que una narración fuera ajena al ensayo; por el contrario, creía que ambos se complementaban. En cuanto a su proceso creativo, se observa que éste, además de someterse a la concepción que la escritora tuvo sobre cada género, se sometió a las reglas del campo intelectual en el que cada propuesta nació.

Por eso, *Sobre cultura femenina* —ensayo publicado, por primera vez, en 1950 en la revista *América*— se valió de recursos retóricos para exponer la situación marginal cultural de las mujeres, producto de un campo intelectual masculino reacio a que participaran en él. En ese tiempo, la escritora era apenas alguien que había recibido el grado académico de maestra en Filosofía y no podía expresar con un lenguaje más directo la discriminación intelectual existente y sostenida en contra de las mujeres. En esa década, su tesis no tuvo ninguna trascendencia; sólo le valió formalmente para avalar su condición profesional.

El caso de *Oficio de tinieblas* fue diferente. Al concebir la novela, Castellanos ya no era una estudiante que aspiraba a un título. Tenía una conciencia creativa y autoral mucho más sólida, en parte, debido a la autocrítica y a la crítica que recibió después de la publicación de *Balún-Canán*, pero, sobre todo, a su lectura de literatura mexicana, lo cual le permitía tener la certeza de problemas que no habían sido novelados con la debida complejidad que requerían; tal era el caso de la falta de una verdadera integración nacional que incluyera a los indios y a las mujeres. La autora llevó a tal grado de veracidad y objetividad su relato, que incluso los lectores especializados no hicieron sino acusar una voluntad sólo autobiográfica. Otros, en cambio, alabaron la complejidad de sus personajes y su capacidad de consolidar un conocimiento de la realidad por medio de la novela como canal estético. En suma, la primera década que Rosario Castellanos empezó a recibir reconocimiento autoral osciló entre el reconocimiento elemental y la ambivalencia.



CAPÍTULO 3.

EL PAPEL INTELECTUAL DE ROSARIO CASTELLANOS: RECEPCIÓN DEL CAMPO DE PODER EN LA DÉCADA DE 1960 Y “APOGEO” EN EL CAMPO INTELECTUAL

[...] el pensamiento es uno de los modos más eficaces
de la acción, y no son tantos los que pueden llevarlo
al cabo.

ROSARIO CASTELLANOS¹

En este capítulo analizo la trayectoria de Rosario Castellanos de 1958 a 1968. Éste es un periodo muy singular en la vida de la escritora porque, durante él, su producción literaria fue predominantemente ensayística y se desempeñó en dos instituciones importantes tanto para el campo intelectual como para el campo de poder: la Jefatura de Información y Prensa de la UNAM² y el periódico *Excélsior*. Analizar la trayectoria de Rosario Castellanos en estas instancias culturales contribuye a observar: 1) cómo se origina la participación política de Castellanos; 2) la recepción del gobierno sobre la escritora; 3) la oscilación entre el reconocimiento,

¹ Entrevista hecha por Roberto Venegas, en *Diorama de la Cultura*, suplemento de *Excélsior*, 17 de diciembre de 1967, p. 3.

² Es indispensable no olvidar que la Universidad Nacional no ha sido nada más una instancia educativa. Larissa Lomnitz sostiene que tiene dos funciones principales: “el desempeño académico y la política”. Asimismo, debe tenerse en cuenta que la Universidad recibía un subsidio del gobierno federal de 95 por ciento de su presupuesto. De modo que la dependencia económica de la Universidad y su inevitable injerencia en el terreno político la involucraban en el campo de poder. Véase Roderic Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 230-231.

la aceptación parcial y el ninguneo hacia la chiapaneca, y 4) el perfil crítico de Castellanos como una intelectual mexicana. Para poder analizar todos estos aspectos, recuperaré misivas, periódicos y expedientes gubernamentales. Sólo este conjunto de documentos me facilitó entender a la escritora más allá de su perfil de creadora: observarla como una Intelectual mexicana.

ROSARIO CASTELLANOS: SU INGRESO A LA JEFATURA DE INFORMACIÓN Y PRENSA DE LA UNAM Y A *Excélsior*

En enero de 1958, Rosario Castellanos regresó a México y se casó con el filósofo Ricardo Guerra. Tres años después, el 22 de febrero de 1961, recibió el nombramiento de Jefa de Información y Prensa de la UNAM.³ Acerca de su designación, la escritora recordó, el 1 de agosto de 1970, que un día recibió la visita de su amigo Luis Villoro, quien le comunicó que había sido invitada a formar parte del personal de confianza de la Rectoría:

Cuando en 1961 el doctor Chávez fue nombrado por la Junta de Gobierno rector de la Universidad Nacional Autónoma de México yo me enteré de la noticia por los periódicos, porque aunque su nombre me era conocido (¿a quién no?) no lo era su persona. Por eso me resultó una sorpresa absolutamente inesperada que en las primeras semanas de su gestión viniera a verme de su parte Luis Villoro para ofrecerme el desempeño de un cargo: jefe de la oficina de Información y Prensa.

¿Por qué? Alguien (no lo sé con seguridad, aunque lo presumo con fuertes visos de verosimilitud) le había hablado de mis posibles aptitudes para realizar el trabajo.⁴

³ Véase Departamento de Archivos de la UNAM, Exp. 24287.

⁴ Rosario Castellanos, "Ignacio Chávez: el lado humano del genio", en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. II, México, CONACULTA, 2006, p. 537.

El mismo Luis Villoro debió ser quien habló con el doctor Chávez para que pensara en la escritora como una candidata idónea para el puesto. Villoro contaba con el suficiente poder para recomendarla, porque ese año empezó a desempeñarse como secretario particular del rector. Sin lugar a dudas, él debió hablar de las aptitudes que la escritora tenía para desempeñar el cargo, pues conocía a Castellanos desde que eran estudiantes: estuvo presente en su examen de grado y, a diferencia de los críticos literarios que tachaban su obra narrativa de decimonónica, es probable que él estimara el hecho de que Castellanos se fuera a residir y a trabajar al INI de Chiapas para escribir su segunda novela. No es ingenuo hacer tal conjetura sobre su contratación si tomamos en cuenta que la Universidad, desde su fundación, según Roderic Camp, ha participado del proceso de reclutamiento de funcionarios públicos. *En ella se identifica al talento nuevo y en ella se crean camarillas políticas.*⁵

Por eso, la incorporación de Castellanos al sistema universitario fue el comienzo de su incorporación a una labor administrativa, académica y política. Insisto en que de esta connotación se desprende que la Universidad era una institución con un gran potencial político por el hecho de que formaba a intelectuales prominentes y proveía de recursos humanos a la patria.⁶ No obstante, es importante advertir que, aunque la escritora manifestó en sus artículos la potencialidad política de la Universidad y el papel que a ella le tocaba desempeñar, usualmente su participación en la misma se menciona nada más como un mérito curricular y no como el inicio de una trayectoria político-cultural.

Casi lo mismo ocurrió con su trabajo en *Excélsior*. No obstante, cabe señalar que, a pesar de contar con una copiosa recopilación de ensayos, pocos investigadores han hablado de la crítica

⁵ Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 35.

⁶ *Ibid.*, pp. 226-233.

política que Castellanos emitió desde las páginas del periódico.⁷ En parte, esto se debe a que el 10 de enero de 1972, cuando la escritora explicó cómo fue invitada al periódico, no enfatizó la importancia política de su labor durante una década tan importante como la de 1960:

Quizá hubiera permanecido eternamente en mi propio limbo a no ser por la intervención de Julio Scherer, quien, a la sazón, no era director de *Excelsior* sino encargado de la sección editorial.

No sé qué vería en el agua cuando la bendijo, pero me solicitó que yo colaborara en la página editorial, posibilidad que me llenó de un pánico tan grande que no hubo otro modo de vencerlo que diciendo que sí.⁸

Las palabras empleadas por Castellanos para explicar las cualidades que la hicieron merecedora de esta oportunidad fueron expresadas con tanta gratitud y sencillez, que se posesionan de toda una experiencia intelectual y la representan como una simple anécdota de vida —rasgo que suele ser característico de los editoriales de Castellanos durante su estancia en Israel—. No obstante, la escritora iba dejando entre líneas indicios de cuánto iba logrando que trascendiera su labor. Por ejemplo, en el instante en que confesó: “Usted se puede imaginar, con lo dada que soy a considerar un hecho lo que no es más que una ilusión, que yo me sentí instalada en el mero cogollo del periodismo”.⁹ Existía una gran voluntad de ella de restarle solemnidad al papel de intelectual que solía desempeñar. Con todo, esa presentación sencilla de su persona contrastaba en gran medida con la tenacidad, la

⁷ La única investigadora que ha realizado este trabajo es Andrea H. Reyes. Véase *Recuerdo, recordemos. Ética y política en Rosario Castellanos*, México, Universidad Autónoma de Chiapas, 2013.

⁸ Rosario Castellanos, “Cada uno en su órbita: el escritor como periodista”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. III, 2007, p. 135.

⁹ *Ibid.*, pp. 135 y 136.

fuerza y el alto sentido de diálogo que la escritora sostenía en sus artículos de crítica social. En consideración a su proclividad a no resaltar su importancia, y en respuesta a la crítica que ha valorado su perfil intelectual, debe examinarse con detenimiento su trayectoria de 1958 a 1968. Para realizar dicho examen, como punto de partida recuperaré las palabras de Maricruz Castro Ricalde:

Sus palabras se escucharon, enérgicas, audibles, plenas de ironía, en un tono que no simulaba ser la voz del pueblo o de la intelectualidad más rancia. Su figura, por lo tanto, cuestionaba el modelo tradicional que ubicaba a los intelectuales “dentro” o “fuera” del poder. Si casi todos los miembros de la Generación de Medio Siglo o personajes como Octavio Paz blasonaban, orgullosamente, su independencia del Estado y afirmaban sus posiciones en el exterior del círculo oficial, nuestra escritora mantuvo un pie adentro y otro más allá de tal círculo. Intentó preservar su autonomía y su mirada crítica tanto como evitar asfixiarse con el denso aire patriarcal de uno y otro ámbito. Para ello, se valió de distintas estrategias: en lo que a su escritura se refiere, alternó los contenidos de sus artículos periodísticos, abordando tanto temas en abstracto como otros que acababan de acontecer y, por lo tanto, más comprometedores, al tener que expresar una posición respecto a ellos.¹⁰

El fragmento anterior pertenece a un artículo más extenso titulado “Yo no voy a estar a la merced de ningún imbécil”: Rosario Castellanos y las disputas por el poder cultural”. Retomo este texto, pues da pie a efectuar una importante ampliación. En primera instancia, se debe añadir que casi todos los pensadores insignes del siglo xx participaron en instituciones culturales o administrativas del gobierno. También debe recordarse que el mismo Octavio Paz admitió de manera abierta que era sumamente

¹⁰ Maricruz Castro Ricalde, “Yo no voy a estar a la merced de ningún imbécil”: Rosario Castellanos y las disputas por el poder cultural”, en *Signos Literarios*, núm. 7, enero-junio de 2008, p. 98.

difícil que los intelectuales no hubiesen trabajado alguna vez para el Estado. En realidad, cada uno adoptó una posición singular y cambiante frente al gobierno.¹¹ En segunda, se tienen que exponer las condiciones a las que el campo de poder sometía a las instancias culturales. Sin un panorama de la coerción que el campo de poder ejercía sobre el campo cultural, se corre el riesgo de que algún lector colija que Rosario Castellanos tenía un *pie adentro y otro más allá del círculo oficial* por falta de valentía o, peor aún, por congraciarse con los poderosos. Entonces, lo mejor es preguntarnos: ¿qué margen de libertad tenía Castellanos para publicar? ¿Desde cuándo puede identificarse su participación política en el campo extraliterario? ¿Cómo era percibida por el gobierno? ¿En qué consistió su actividad política? ¿De cuánto poder disfrutó y por qué? ¿Con qué frecuencia escribió respecto a tópicos comprometedores, y qué conciencia tenía de que emitía una crítica política? A continuación comenzaré por responder qué margen de libertad tenían las instancias periodísticas para publicar.

LA CENSURA CONTRA LA LIBERTAD INTELECTUAL

Primero que nada, es fundamental recordar que la prudencia de la escritora estaba relacionada con el hecho de que en México, ni siquiera a más de la mitad del siglo xx, la labor del intelectual se había librado del control estatal. Quienes pretendían ser críticos del poder requerían medios informativos que les brindaran un espacio y los cobijaran con su firma. Por desgracia, la radio, la televisión y el periódico no eran medios autónomos, ni legal ni económicamente. Desde 1916 existían leyes diseñadas para sancionar a los periódicos que se atrevían a criticar a las autoridades y al Ejército; luego, en 1946, entró en vigor una nueva disposición

¹¹ En relación con esto, Octavio Paz decía: “En México, todos o casi todos los escritores, sin excluir a gente que fue la independencia misma como Revueltas y Cosío Villegas, hemos servido en el gobierno”. Octavio Paz, “La conciencia es lo contrario de la razón de Estado”, en *Proceso*, núm. 57, 3 de diciembre de 1977, p. 8.

que facultaba al Estado para prohibir las publicaciones que atentaban contra la paz pública.¹² Ante esa base jurídica, la clase política mejor posicionada no actuaba al respecto, pues ni los poderes de la nación (legislativo y judicial) ni los secretarios de gobierno representaban un verdadero contrapeso democrático.

Entre otros recursos, los poderosos contaban con medios de sometimiento discretos para restringir la libertad de prensa: pago de publicidad, subsidios de papel,¹³ y las subvenciones de servicios especiales. En apariencia, existía una base económica convencional, pero, en realidad, su funcionamiento obedecía a los planes represivos del Estado. Cuando un medio se atrevía a transmitir una imagen negativa de las autoridades, sin más ni más los anunciantes dejaban de promover sus servicios y el gobierno denegaba los subsidios de papel. En suma, los medios eran regidos por el tráfico de influencias.

En la vida práctica, el temor a la libertad de expresión y de prensa se extendió al México de 1960 a 1970, décadas en las cuales el servilismo de los periódicos llegó a la autocensura y la delación.¹⁴ A estos casos, Jacinto Rodríguez Munguía los ha llamado *Archivos secretos de la prensa y el poder*. Los denomina así, pues en la actualidad existen en el Archivo General de la Nación (AGN), un conjunto de expedientes que demuestran que la falta de autonomía se debía a que los dueños de los periódicos recibían un financiamiento por parte del gobierno.¹⁵

¹² Cfr. Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, pp. 260 y 261.

¹³ La Productora e Importadora de Papel (PIPSA) era la encargada de llevar a cabo esta misión. Se creó por iniciativa del presidente Lázaro Cárdenas y, por decreto, era la responsable de abastecer de papel a los periódicos, lo cual afectó la libertad de expresión. Véase Octavio Rodríguez Araujo, "Periodistas y libertad de prensa," en *La Jornada*, 27 de febrero de 2014, p. 31.

¹⁴ Véase, por ejemplo, el caso de Gabriel Alarcón, director de *El Herald*, en el libro de Jacinto Rodríguez Munguía, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, México, Debolsillo, 2007, pp. 109 y 110.

¹⁵ Véase la nómina en donde aparecen casi todos los periódicos en *ibid.*, pp. 348-349.

Aunado a lo anterior, Rodríguez Munguía afirma que, en muchos casos, no eran necesarios la presión, el control de papel ni la publicidad, pues tanto los dueños de los periódicos como los periodistas pagados estaban de acuerdo con las decisiones gubernamentales. Eran los responsables de difundir la idea de que los medios no se sometían a ningún tipo de represión: una suerte de lacayos de la escritura que, en definitiva, le daban la espalda a toda causa social y ponían su pluma a disposición del gobierno.¹⁶ Ante este panorama, es inevitable preguntarse: ¿cómo es posible que en un ambiente corrupto no emergiera el desacato? La respuesta insinuada por Rodríguez Munguía es que existían muchas tentativas de protesta, pero eran detectadas y controladas gracias a los aparatos de inteligencia,¹⁷ los cuales contribuían a estudiar, regular y mantener la fuerza política del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Las instancias encargadas de efectuar estas tareas eran la Dirección Federal de Seguridad (DFS), la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales (DIPS)¹⁸ y la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA). Este hallazgo del periodista apunta a que la represión iba más allá del control de los medios de comunicación: existía una voluntad indudable de

¹⁶ Véase, por ejemplo, la declaración de Julio Teisser en *ibid.*, p. 103.

¹⁷ De acuerdo con el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN), la Inteligencia se define como: “Información especializada que tiene como propósito aportar insumos a los procesos de toma de decisiones relacionados con el diseño y ejecución de la estrategia, las políticas y las acciones en materia de Seguridad Nacional. La generación de inteligencia está orientada a conocer con profundidad todos los aspectos relacionados con los fenómenos que representan amenazas y riesgos a la Seguridad Nacional; como lo son las posibles manifestaciones de los mismos, su probabilidad de ocurrencia e impacto, las variables que los componen y la relación causal entre las mismas. Uno de los principales rasgos de la inteligencia es la confidencialidad, lo que permite evitar que la capacidad del Estado para poner en marcha medidas en la materia sea neutralizada”. Véase Centro de Investigación y Seguridad Nacional, “Qué es la inteligencia”, disponible en [<http://www.cisen.gob.mx/cisenQueEs.html>].

¹⁸ Los antecedentes históricos y las paulatinas transformaciones, tanto de la Dirección Federal de Seguridad como de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales, pueden leerse en *ibid.*

frenar cualquier tentativa de rebeldía. Así, las instancias señaladas —en especial, la primera— llevaban un seguimiento (que rayaba en el espionaje) de los actos públicos y publicaciones de empresarios, periodistas, políticos, escritores y cualquier persona que representara alguna clase de peligro para el gobierno; sobre todo, se enfocaban en los intelectuales de izquierda. Sus procedencias eran diversas; entre ellas, destacan algunos servidores públicos de la UNAM, así como dirigentes y colaboradores de *Excélsior*. Llama la atención que entre esas personalidades haya estado Rosario Castellanos, a quien la DFS vigiló y clasificó con la etiqueta de comunista. A continuación, las presentaré brevemente, con el fin de destacar el aspecto que compete a esta investigación: entender la posición que tuvo Rosario Castellanos ante el campo de poder en la década de 1970.

LA RECEPCIÓN DEL CAMPO DE PODER Y LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE ROSARIO CASTELLANOS

De acuerdo con las notas de la Dirección Federal de Seguridad, resguardadas por el Archivo General de la Nación, la escritora empezó a ser observada en 1959 y fue clasificada en 1960. Al respecto, un infiltrado de la DFS registró que: “ROSARIO CASTELLANOS, [REDACTED], [REDACTED], [REDACTED], [REDACTED] y otros elementos de izquierda”¹⁹ acudirían a una comida con el Dr. Juan Valdés Garbaloz y Lía de la Torriente, encargados de normar las actividades de la Comisión Cubana. ¿A qué se referían cuando llamaban a la poeta *elemento de izquierda*?

¹⁹ Cfr. Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos. Éste es el expediente que el Comité de Transparencia del Archivo General de la Nación integró y clasificó para responder a mi petición de información acerca de la escritora. Actualmente, la misma versión está disponible en el AGN. Decidí copiar las citas con las partes eliminadas de la versión pública (suprimidos con negro) para transmitir con fidelidad los nombres que fueron elididos del expediente y para comunicar lo delicado que sigue siendo hablar de las décadas de 1960 y 1970.

Es extraño que la llamen así tomando en cuenta, en primer lugar, que en la década de 1960 la élite intelectual se distanció de la izquierda porque —como ha quedado dicho en el capítulo uno— la consideraba sectaria e ignorante. Aun cuando Castellanos no se contaba en esa élite, hay que recordar que fue miembro del consejo de redacción de la *Revista Mexicana de Literatura* y que comulgaba plenamente con las ideas políticas antichovinistas de la publicación. Sin embargo, cuando se dice que era de izquierda, es válido equiparar su perfil con el de los intelectuales que demandaban: el cumplimiento estricto de la Constitución, el respeto incondicional del voto, la independencia del sindicalismo y la manifestación efectiva del pensamiento público, entre otras demandas.²⁰

La siguiente etapa en la que Castellanos fue vigilada data del 11 de mayo de 1961. En esta fecha, la DFS no debió interpretar su incorporación a la UNAM como el ingreso de una escritora prestigiosa, sino como el arribo de una detractora más del régimen. Considero que se le concibió así, pues los organismos de inteligencia solían supervisar a los posibles rebeldes. Importa mencionar este dato porque, en efecto, los intelectuales —al igual que los políticos— se reunían a partir de sus afinidades ideológicas e intereses. De hecho, cuando Castellanos comenzó a trabajar con el doctor Chávez, sintió una profunda admiración por él y respaldó las acciones emprendidas por su grupo de colaboradores. Además, es muy importante tener en cuenta la *trascendencia* de su trabajo. Ella era la encargada de elaborar un boletín que difundía todas las acciones emprendidas por el rector y de dar respuesta a todas las preguntas de la prensa. Dicho de otro modo, era la responsable de la imagen de la universidad tanto cultural como social y políticamente durante un rectorado especialmente incómodo para el Estado.²¹ Obsérvense con atención los

²⁰ Cfr. Gabriel Careaga, *Los intelectuales y la política en México*, México, Extemporáneos, 1974, p. 76.

²¹ En distintos documentos, el doctor Ignacio Chávez dio cuenta de que detrás de los estudiantes “inconformes” con su gestión, en realidad, estaba un

siguientes fragmentos de los informes de la DFS, en los cuales se registró la participación de la escritora:

CUADRO 1: INFORMES DE LA DFS DE 1961

Fecha	Asunto	Fragmento del informe ²²
5/06/61	Universitarios	Se dijo que para contrarrestar lo anterior [el anticomunismo], se elaborará propaganda en los Talleres Gráficos de la Nación, en donde les resultará barato su costo, “ya que cuentan con la <i>complicidad</i> de algunos trabajadores de ese lugar; y en la Imprenta universitaria, en donde son apoyados por ROSARIO CASTELLANOS, Directora de Prensa y Publicidad de la U.N.A.M., LUIS VILLORO, Secretario Particular del Rector y el Dr. PABLO GONZÁLEZ CASANOVA
12/06/61	Universitarios	En la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales se ha venido organizando el Círculo Universitario de Estudios Socialistas, con el apoyo de las Autoridades de la U.N.A.M., especialmente de LUIS VILLORO, Secretario Particular del Rector, MA. ROSARIO CASTELLANOS, Jefe de Publicaciones y el Dr. PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, Director de la Escuela en cuestión.

grupo político. Así lo manifestó en su renuncia del 28 de abril de 1966, dirigida a la H. Junta de Gobierno de la universidad, y también se lo comentó a Octavio Paz el 9 de mayo del mismo año: “un rector, las altas autoridades de la Universidad, incluyendo veinticuatro directores de escuelas, facultades e institutos, asaltados, secuestrados y vejados durante siete horas por una turba azuzada por políticos de todo tipo. [...] Hasta ahora sigue la impunidad para los líderes delincuentes, mientras mañana posiblemente les concedan como premio algún puesto en el PRI”. Véase Ignacio Chávez, *Ignacio Chávez. Epistolario selecto (1929-1979)*, México, El Colegio Nacional, 1997, pp. 287-289 y pp. 300-301.

²² AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

16/06/61	Universitarios	Se tiene conocimiento de que la mayor parte de los gastos que originan las actividades de agitación de los universitarios, serán proporcionados por la embajada de Cuba en México y por Funcionarios Universitarios, contándose entre estos últimos a ROSARIO CASTELLANOS, Jefa de Prensa y Publicidad Universitaria y LUIS VILLORO, Secretario Particular del DR. IGNACIO CHÁVEZ, Rector de la U.N.A.M.
30/06/61	Universitarios	■■■■■, ■■■■■, ■■■■■ y ■■■■■, líderes universitarios de izquierda, se han entrevistado con miembros de Organizaciones de la misma ideología, para ver si es posible organizar un Congreso en fecha próxima para pedir en él la libertad de los Presos Políticos. Los propios estudiantes se han reunido con el Prof. LUIS VILLORO y la Srita. ROSARIO CASTELLANOS, Secretario Particular del Rector de la U.N.A.M. y Directora de Prensa del mismo Centro de Estudios, respectivamente, con el objeto de buscar la forma de llevar a cabo dicho acto en “La Casa del Lago de Chapultepec”.

A pocos meses de haber asumido el cargo, Castellanos comenzó a intervenir en la intensa vida política de la UNAM. Esta participación puede interpretarse en distintos sentidos; es decir, puede verse como una actividad pasiva, pues al ser responsable de los bienes universitarios tenía la obligación de prestar las instalaciones, por lo que, cuando la DFS afirmaba que Castellanos era *cómplice* de los pro comunistas, caía en la sobreinterpretación. O también puede entenderse como una suerte de militancia silenciosa. No obstante, si vamos más allá del texto y pensamos que los informantes infiltrados veían de cerca las actitudes de los intelectuales, no es descabellado imaginar que se percataban de su aprecio por los grupos de izquierda. Sólo bajo esas circunstancias se entiende por qué se alarmaban de la fundación del Círculo Universitario de Estudios Socialistas.

Ahora bien, es momento de preguntarse desde dónde observaban estos agentes a sus investigados y cuál era la repercusión de sus informes. Da la impresión de que estaban muy cerca de las personas a quienes investigaban. Prueba de ello es que conocían los detalles de los planes, los horarios, las direcciones y a las personas vigiladas. Tal vez no sería riesgoso sospechar que trabajaban en la Universidad, pues tenían acceso a información que parece ser exclusiva del personal de la institución.

No obstante, es necesario mencionar que no siempre los datos eran precisos; en ocasiones sólo difundían rumores, tal como ocurre con el tercer fragmento, en donde se dice que “se tenía conocimiento” de que Castellanos, sus compañeros y los integrantes de la embajada de Cuba patrocinarían las actividades de agitación estudiantil. Esta información, que no aparece acompañada de ninguna prueba, genera desconfianza. Pero, a pesar de ello, exhibe una misma impresión de la escritora: que respaldaba a los grupos de izquierda.

A finales de ese mismo año, el infiltrado comunicó un hecho verídico. Se trataba del pronunciamiento de Castellanos ante la renuncia de diversos funcionarios de la UNAM, quienes, en una muestra de solidaridad hacia Fernando Benítez, renunciaron al diario *Novedades*:

Entre los diversos funcionarios de la U.N.A.M., ha sido motivo de varios comentarios la renuncia que presentaron a la Editorial “Herrerías”, que publica el diario “Novedades”, [REDACTED] y [REDACTED], elementos que en su actuación dentro de la Universidad, se han caracterizado como defensores del Régimen Cubano de FIDEL CASTRO RUZ. Sobre el particular, ROSARIO CASTELLANOS, Jefe de Prensa de la U.N.A.M., manifestó que los intelectuales que se mencionan serán bien recibidos para que colaboren en las diversas publicaciones que se elaboran dentro de la Universidad, principalmente en las que tratan sobre política internacional.²³

²³ AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

Los subrayados de las notas no permiten saber a quiénes apoyó la escritora. Desgraciadamente, la información acerca de Castellanos se resguarda con mucho celo. De las 40 fojas constitutivas de su expediente, 37 cuentan con elisiones de nombres de personas clave para conocer sus afinidades políticas. Hablo de afinidades políticas porque cobijar a los desertores de *Novedades* implicaba compartir una misma postura ideológica. Además, permitirles publicar en la UNAM equivalía a premiarlos y a ponerlos en contacto con un público estudiantil partidario, en su mayoría, de la Revolución cubana.

Peor todavía: con este gesto solidario, Castellanos ayudó a convertir a la Universidad en un refugio de “rebeldes” y demostró que tenía poder en una de las instancias más importantes del campo intelectual. En este orden de ideas, cabe inferir que su respaldo constante a los disidentes debió motivar a los infiltrados a observarla de cerca para tener plena certeza de su apoyo a movimientos concretos.

Sin duda, el hecho de que hubiera personal designado para escuchar y reportar su actividad política indica que se temía lo que pudiera decir. Quién sabe qué habría procedido en caso de que hubiera tocado explícitamente temas políticos. De cualquier modo, es interesante poner en relieve el criterio de estos censores. Piénsese que su impresión fugaz es representativa de la recepción gubernamental de la narrativa de Castellanos. Es decir, si la política política entendió con tanta simpleza su discurso, debía leer sus novelas con el mismo placer con el que se lee un libro de leyendas.

CUADRO 2: INFORMES DE LA DFS DE 1962

Fecha	Asunto	Fragmento del informe ²⁴
7/08/62	Universitarios	[...] se tiene conocimiento de que se va a celebrar a las 19:00 Hrs., una Asamblea Similar en el Auditorio “Narciso Bassols” de la Escuela Nacional de Economía en donde intervendrá la Jefa de Prensa de la U.N.A.M., SRA. ROSARIO CASTELLANOS, con el objeto de protestar por la actitud del Gobierno Chiapaneco.
10/08/62	Universitarios	De las 20.15 a las 21.00 horas, la Sra. ROSARIO CASTELLANOS, Jefa de Prensa de la U.N.A.M., sustentó en el Auditorio de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, una conferencia literario-cultural, concretándose a hacer resaltar que “el analfabetismo ancestral en que vive el pueblo chiapaneco es la causa de su atraso”, pero hizo hincapié en que el problema educativo se resolverá con el apoyo de los habitantes de esa Entidad. En ningún momento tocó temas políticos.

En cambio, estoy segura de que sus ensayos políticos debieron llamar su atención. Tal vez así fue, pero la versión pública que la Comisión de Transparencia preparó para dar respuesta a mi solicitud de información no presenta reportes de los editoriales que Castellanos escribía para *Excélsior*. Tampoco incluye informes de los universitarios durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. ¿Por qué? ¿Acaso cambió la actividad política de la funcionaria? No. La actividad política de Castellanos no disminuyó en 1963.²⁵ De hecho, los informes de la DFS registran que fue Presidenta Honoraria de la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas, formó parte del Comité Mexicano pro-defensa de

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Tengo la impresión de que pueden existir más informes al respecto, porque en los expedientes de Elena Garro, Elena Poniatowska, y en el segundo legajo de *Excélsior* encontré otros reportes que la mencionan. *Cfr.* AGN, Fondo DFS.

los Derechos Judíos en la URSS y fue miembro de la Asamblea Nacional por la libertad de los presos políticos, así como por la derogación del delito de disolución social.²⁶ No me detendré a explicar la incursión de Castellanos en estas sociedades para no desviar la atención de los dos asuntos que he ido entretejiendo: la recepción gubernamental y la postura contestataria de Castellanos frente al régimen.

Por tanto, ahora seguiré otro camino para continuar reconstruyendo la recepción y la participación política de la escritora. Me basaré en los testimonios, ensayos y misivas que aportan información acerca de la sobresaliente actuación crítica de Castellanos, misma que, incluso, motivó a Julio Scherer a invitarla a colaborar en *Excélsior*:

[...] invité a las páginas editoriales a *escritores con vida y obra propias*. Fue el caso de Enrique Maza, que creía en el Dios del amor y abominaba al Dios del poder; de Adolfo Christlieb Ibarrolla, presidente de Acción Nacional que peleó contra los demócratas cristianos hasta expulsarlos del partido; de Alejandro Gómez Arias, el orador de la autonomía universitaria de 1929; de Ricardo Garibay, de prosa inigualable, brutal si hacía falta; de José Alvarado, la conmovida y recia unidad entre su vida y sus principios; de Hugo Hiriart [...] *de Rosario Castellanos, directora de prensa de la UNAM con el doctor Ignacio Chávez*.²⁷

Al hablar de vida y obra propia, Scherer indica implícitamente que Castellanos no le parecía una escritora menor y que desempeñó con tanta eficacia su puesto en la Universidad que esto le valió ser considerada una editorialista digna de un periódico tan importante para el México de finales de 1960 y principios de 1970. Ahora bien, en el momento en que la autora de *Balún-Canán* se incorporó a *Excélsior*, empezó a asimilar

²⁶ Cfr. AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

²⁷ Julio Scherer, *La tercera memoria*, México, Debolsillo, 2008, p. 100.

un comportamiento periodístico aborrecido por el gobierno. En relación con esto, Jacinto Rodríguez encontró una nota que señala una serie de circunstancias, comportamientos y aspectos de la línea editorial del periódico que disgustaban al régimen, por ejemplo, negar la evolución de México, estimular un estilo de escritura ambiguo, suscitar la discusión de ideas, dudar de los beneficios adquiridos a partir de la Revolución mexicana, no actuar como un vocero popular y atacar a las instituciones nacionales.²⁸

A partir de ese momento comenzó el periodo de “apogeo” intelectual de Rosario Castellanos, pues, en esa época, además de usar las palabras para crear una obra de arte, empezó a emplearlas para entablar un diálogo con un público numeroso, buscar la verdad y ejercer la crítica social. Desafortunadamente, hablo de “apogeo” entre comillas porque no le sirvió a la escritora para ganarse una admiración unánime: siguió oscilando entre el reconocimiento, la aceptación parcial y el ninguneo. En seguida, presentaré dos circunstancias en las cuales se aprecia el inicio de un periodo de crítica política-cultural en cuanto a que denuncia la censura contra la libertad de expresión.

El 11 de febrero de 1965, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística denunció a Oscar Lewis y a Arnaldo Orfila Reynal —director del Fondo de Cultura Económica— por publicar un libro al que tachó de obsceno y denigrante para la patria mexicana. Castellanos estuvo entre los intelectuales que reaccionaron ante esta acusación. Con un tono decidido, imparcial y directo, el 26 de febrero del mismo año, la escritora le dedicó a la Sociedad el editorial: “El mejor de los mundos”. Sin duda, su texto constituía una franca defensa en favor de los inculpados en un momento en el que aún no habían sido absueltos de los cargos de disolución social, ultrajes a la moral y difamación. El tono de Castellanos era irónico: así ofrecía un panorama parecido al

²⁸ Cfr. Jacinto Rodríguez Munguía, *op. cit.*, 2007, pp. 130-135.

de Lewis más el agravante de que defendía a un extranjero que investigaba la cultura de la pobreza mexicana:

Desde hace tiempo, y acaso para compensar una actitud anterior excesivamente rigurosa para señalar lo negativo y para restarle mérito a lo positivo, ha venido extendiéndose en México la moda de no quitarse, ni para dormir ni para soñar, las gafas del doctor Pangloss. Con ellas caladas nos recomfortamos, desde que amanece, enterándonos de que la marcha de nuestro progreso es incontenible y que si ayer quedaba todavía un pobre ahora lo hemos convertido en ciudadano próspero; y que si antes nos avergonzaba un analfabeto hoy lo aplaudimos ya presidiendo cultas sociedades.²⁹

Al haber empleado esta imagen, Castellanos tomó una posición detestada por el gobierno, pues negó la evolución del país y de sus instituciones —gesto que la igualaba en actitudes a intelectuales tan prestigiosos como Carlos Fuentes—. Enseguida cometió un agravio mayor: se sirvió del lenguaje irónico para cuestionar los lugares comunes de la demagogia. Hiperbolizó el estado de bienestar y pronunció con un tono fervoroso los beneficios que apenas permitían visualizar el pasado.

Como acabo de mencionar, las palabras de la poeta siempre fueron respaldadas por sus actos. Meses más adelante siguió apoyando el movimiento de protesta que se constituyó a partir del despido de Arnaldo Orfila. Su respaldo consistió en asistir a un acto de desagravio celebrado el 18 de noviembre de 1965. Asimismo, se inscribió al grupo de accionistas que participarían en la fundación de Siglo XXI, editorial que —según Arnaldo Orfila— se proponía “rechazar la vulgaridad de la pluma estúpida y burocrática”.³⁰

²⁹ Rosario Castellanos, “El mejor de los mundos”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. I, México, CONACULTA, 2004, p. 329.

³⁰ Cfr. AGN, Fondo DFS, Exp. Arnaldo Orfila Reynal.

En cuanto a la Universidad, a partir de su participación en *Excelsior*, Castellanos aprovechó su espacio editorial para manifestar públicamente su apoyo deliberado a las políticas impulsadas por el doctor Chávez. El 26 de abril de 1966 publicó “Defensa de la universidad. Una vergonzosa pugna”; en este artículo no se limitó a alabar las pertinentes políticas del rector, fue más allá. En el fondo de su discurso —siempre tendiente a la apelación del criterio de otros— no había una simple arenga, había una figura sutil e incisiva, la denuncia:

En nada han pensado los que, con una intransigencia cerril, se empecinan en mantener la huelga. No han medido tampoco la magnitud del peligro que entraña poner su casa inerme a la merced de la devastación de los enemigos; de la falta de escrúpulos de los logreros; de la voracidad de los ambiciosos, de quienes los líderes, los que están dando la cara en esta vergonzosa pugna, no son más que un instrumento que se desechará en cuanto cese de ser útil.³¹

Si no se hubiera tratado de una denuncia, entonces para qué hablar de “logreros, ambiciosos y líderes”. Sin duda alguna, Castellanos preveía la represión venidera del Presidente en contra del sector educativo. Me atrevería a decir que incluso lo identificaba como participante en la destitución de Ignacio Chávez, porque la gestión del doctor había implementado reformas universitarias tendientes a garantizar la capacidad intelectual de los aspirantes. Esto atentaba contra las medidas populistas, impulsoras del ingreso masivo de los jóvenes a la educación superior. Tan segura debía estar del autoritarismo de Díaz Ordaz que no se abstuvo de acusar su comportamiento amenazante el 3 de septiembre de 1966:

En el texto del informe que el licenciado Gustavo Díaz Ordaz rindió ante el Congreso, como presidente de la República, hay un

³¹ Rosario Castellanos, “Defensa de la universidad: una vergonzosa pugna”, en *Mujer I*, p. 521.

párrafo que forzosamente había de interesarnos a quienes —de una manera o de otra— pertenecemos al sector aludido. Es el que se refiere a la responsabilidad de las universidades y que puede leerse como la denuncia de una situación indebida y grave, al mismo tiempo, que como una advertencia de que esa situación ha de remediarse:

[...]

Nuestras universidades son autónomas para que los universitarios sean libres dentro de un pueblo que, a su vez, es libre y soberano. Pero libertad es responsabilidad, no desenfreno; libertad es ley, no contra la ley. Y menos todavía en un sistema de derecho que señala los medios para combatir y transformar legalmente hasta la propia ley.³²

Castellanos no estaba transgrediendo la regla de oro de los periódicos de no ofender al presidente; sin embargo, se esforzó en poner en duda la legitimidad del discurso presidencial. Por eso es extraño que en el expediente de la poeta no haya ninguna nota acerca del respaldo que le dio al doctor Chávez en esos días. Mientras tanto, esta circunstancia especial me motiva a valorar uno de los parámetros utilizados por Roderic Camp para estudiar a los intelectuales: el exilio. Puede sonar exagerado siquiera imaginarla en esa circunstancia; no obstante, sus diferencias ideológicas con el gobierno y las consecuencias de su renuncia a la Universidad apuntan a que no tenía otra opción más que salir del país por un tiempo.³³

³² Rosario Castellanos, “Minorías en la universidad: una casta que medra”, en *Mujer I*, p. 581.

³³ Quizá no sea muy desproporcionado hablar de exilio, puesto que, al referirse a su salida del país, dijo “fui a comer el amigo sándwich del destierro”. Véase Virginia Bautista, “Rosario Castellanos (1925-1974)”, disponible en [<http://www.excelsior.com.mx/expresiones/2017/05/27/1165958>].

En México, su principal fuente de trabajo se cerró para ella. El nuevo rector, Javier Barros Sierra,³⁴ aceptó su dimisión. El motivo pudo ser que respetó el gesto de lealtad y de indignación de Castellanos frente al derrocamiento del doctor Chávez. Por lo mismo, cuando aceptó su renuncia a la letra le señaló: “Contesto su atento escrito de 29 de abril próximo pasado [1966], por el que presenta su renuncia al cargo de Directora General de Información y Prensa, para manifestarle que ha sido aceptada a partir del 1° de junio próximo con la salvedad de que espero nuestra Universidad continúe contando con su valiosa colaboración, aunque en otra tarea”.³⁵ El mensaje de Barros Sierra es atento y alentador; en contraste, da la impresión de que otras instituciones importantes le cerraron las puertas. Así lo da a entender un testimonio de la escritora, quien apuntó que su renuncia le costó la marginación laboral:

Unos recordarán una anécdota, otros otra. Yo tengo la mía: y se la voy a contar. Acaba de caer, en las circunstancias ignominiosas que ninguno ha olvidado, el régimen del doctor Ignacio Chávez en la UNAM. Yo había sido una muy próxima colaboradora suya y no supuse que mi lealtad debería cesar simultáneamente con mis

³⁴ El 5 de mayo de 1966, Javier Barros Sierra sustituyó al rector Ignacio Chávez. Uno de los rasgos que distinguieron su gestión fue el apoyo que le brindó al movimiento estudiantil de 1968. Se cree que, sin él, las manifestaciones no habrían cobrado el mismo apoyo. De hecho, poco después de que fue ocupada por las tropas, Barros Sierra declaró que la Universidad estaba de luto, dado que se atentó contra su autonomía gravemente. Con esta declaración se opuso, de manera evidente, a la versión gubernamental que supuestamente pugnaba contra el movimiento impulsado por agitadores extranjeros. La actitud contestataria del rector fue respondida con un conjunto de amenazas, injurias, calumnias y actos difamatorios que ocasionaron que presentara su renuncia el 23 de septiembre de 1968. Su dimisión no fue aceptada y continuó su gestión hasta el 5 de mayo de 1970. Véase Proceso, “El rector Javier Barros Sierra y el 68. ¡Viva la discrepancia!”, en *Proceso*, 28 de julio de 2008, disponible en [<http://www.proceso.com.mx/89585/el-rector-javier-barros-sierra-y-el-68-viva-la-discrepancia>].

³⁵ Departamento de Archivos de la UNAM, Exp. 24287.

funciones. Lo que debía tener una recompensa, naturalmente. La recompensa fue *que me quedé, como quien dice, chiflando en la loma, sin trabajo porque los que estaban en aptitud de ofrecerme algunos temían malquistarse con las altas instancias* y, ay, Dios, qué pena, ¿qué vamos hacer? Pero fíjate que eso de hacer versos no rinde. No salgas ahora con que al dedicarte a la literatura pensabas que con eso te ganarías la vida. La lógica es la lógica y qué caramba.³⁶

El 13 de septiembre de 1966, Castellanos comenzó a dar clases en Madison; impartió las materias de Civilización hispanoamericana y Novela hispanoamericana. En poco tiempo, el buen prestigio y la buena fama de sus cursos ocasionaron que la invitaran a otras universidades. En abril de 1967, estuvo en Indiana y, en Colorado, en junio del mismo año. Entretanto, en México, Ricardo Guerra, su esposo, la ayudó a gestionar su reingreso a la UNAM. De acuerdo con la DFS, el 30 de noviembre de 1966, Javier Barros Sierra aprobó que se exentara a Rosario Castellanos de presentar examen de oposición y se le nombrara titular de la cátedra de Literatura Comparada.³⁷

EL VAIVÉN ENTRE EL RECONOCIMIENTO Y EL NINGUNEO (1967-1968)

Si tomamos en cuenta la represión laboral que la escritora sufrió después de haber apoyado al doctor Chávez, entonces podemos percatarnos de que su estancia en Estados Unidos no se dio, en primera instancia, como producto de un mérito curricular. Es decir, si bien la escritora contaba con el suficiente prestigio para ser recomendada en una universidad extranjera, el viaje no surgió como consecuencia inmediata de su excelente desempeño

³⁶ Rosario Castellanos, "Académica: María del Carmen Millán", en *Mujer III*, pp. 397-398. El 29 de abril de 1966, la escritora le reiteró su lealtad y solidaridad al doctor Chávez. Véase Rosario Castellanos, "156. De Rosario Castellanos", en *Ignacio Chávez. Epistolario selecto (1929-1979)*, en México, El Colegio Nacional, 1997, p. 293.

³⁷ AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

docente. Más bien, surgió a raíz del gesto solidario de María del Carmen Millán,³⁸ quien, como puede apreciarse, no se sumó a quienes contribuyeron a marginar a la escritora después de haber apoyado políticamente al doctor Chávez. Importa reiterar este dato que habla de su posición en y ante el campo de poder. Sobre todo, vale la pena tenerlo en cuenta al momento de recordar que, el 20 de septiembre de 1967, ganó el Premio Trouyet, el cual —incluso, a ojos de intelectuales que conocían su trabajo— fue en detrimento de su imagen.³⁹ ¿Qué significó este premio en su trayectoria intelectual?, ¿por qué se lo dieron a ella? Respecto a la premiación, la escritora apuntó:

Ayer abro el periódico y leo la noticia, pequeñita, perdida entre un montón de cables: “El premio Trouyet se concede a Rosario Castellanos.” Ah, esto es lo de Yáñez y la entrega va a ser mañana, a las doce en su despacho. Muy displicente, porque qué me duran los premios, leo el texto, muy escueto y de pronto me entero de la cifra. El premio consiste en ¡cincuenta mil pesos! Como soy muy sentimental me puse a llorar *ipso facto*. Entiendo muy bien los mecanismos que movieron a Yáñez, porque no hubo jurado, a elegirme. Hay que parar a Carlos Fuentes y a la ola de niños mafiosos que están creciendo como espuma y que no le son adictos. Pero tampoco hay que crear seres sin necesidad. Y allí estoy yo, que

³⁸ La académica siempre tuvo en un muy alto concepto a Rosario Castellanos. Cuando la nombraron integrante de la Academia Mexicana de la Lengua, afirmó: “Rosario es quien debería estar en la Academia, pero sus miembros deben radicar en México”. Véase María del Carmen Millán, “Rosario Castellanos. Gran mujer, gran escritora”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, 7-A.

³⁹ Castellanos le escribió a Ricardo Guerra acerca del primer cuestionamiento que recibió: “¿Sabes quién fue el único que me dijo que si no me avergonzaba de haber recibido el premio por el nombre del donador? El doctor Chávez”. *Cartas a Ricardo*, México, CONACULTA, 1994, pp. 295 y 297. La razón por la que el exrector reprochó al donador tenía que ver con que tenía contacto con uno de los hombres poderosos que lo obligaron a renunciar. De ello da cuenta la información que obra en su archivo personal. Véase Ignacio Chávez, *op. cit.*, 1997, p. 300, n. 89.

no he publicado nada últimamente, lo que me hace inofensiva, y mujer, y Octavio Paz no me quiere, lo que indirectamente le da en la torre y... ya sabes todos los mecanismos. Además yo desde chiquita dije que *Al filo del agua* era la raíz de la novela mexicana contemporánea y además me he portado bien y soy muy decente y no voy a dar lata.

Pero como no creo en el honor ni en los honores, sino en el cheque, estoy de lo más feliz. Además es la patria abriéndome los brazos y dándome una bienvenida que me invita a hacer un viajecito así todos los años. Y, para el currículum, tú sabes lo apantallador que resulta. ¡Qué lástima que no estuvieras aquí para celebrarlo! [...]

Con esto del premio, no sabes qué apoteosis nacional.⁴⁰

A partir de estas palabras, lo único que se puede pensar, inmediatamente, es que Castellanos no creyó en la objetividad del premio para ella, sino que se trataba de filias y fobias entre grupos político-culturales y oportunismos. A su juicio, se había hecho a un lado el juicio estético. ¿Cuánta razón había en ese sentimiento? Pensemos con detenimiento en los juicios que se hicieron en la época en torno al grupo literario denominado *la mafia*. Por un lado, debe aceptarse que algunos de los miembros del grupo, como Carlos Fuentes y Fernando Benítez, además de disfrutar de un gran capital social, poseían un fuerte capital simbólico. Por otro, con igual imparcialidad, debe contemplarse que el grupo abusó de su autoridad: acaparó las páginas de *La Cultura en México* y rechazó los textos de escritores que no coincidían con su mismo gusto estético o con su orientación política.⁴¹ Hasta cierto punto se comprende que, en su calidad de intelectuales hegemónicos, llevaran a cabo la misión de fungir como una instancia de consagración y legitimación cultural. Sin embargo, su labor no se

⁴⁰ *Ibid.*, 294.

⁴¹ Véase Agustín Yáñez, "Rosario a Rosario", en *A Rosario Castellanos, sus amigos*, México, Publicación especial del año internacional de la mujer, 1975, p. 49.

comprendió así, porque ese año *la mafia* se comportó, tan sólo, como una sociedad de bombos mutuos que enaltecía *Cambio de piel* (1967) —la novela de Carlos Fuentes—, sin importar que la obra no estuviera en proporción con los objetivos de su autor y que no fuera realmente estimada por otros críticos y escritores mexicanos.⁴² Es poco probable que Yáñez no se hubiera formado un juicio al respecto. También es poco probable que se encontrara en el grupo de escritores marginados por *la mafia* y que, por tanto, quisiera detener su fama.

En realidad, el Premio —como ya lo había señalado en el primer capítulo— se creó para galardonar a los más jóvenes. En este caso, los jovencitos de la época eran los escritores de la edad de José Agustín. A ellos era improbable que los premiara Yáñez, pues, según lo que apunta Roderic Camp, el escritor tapatío casi no los conocía.⁴³ Y, en verdad, casi nadie, además de Juan José Arreola, se interesó en los noveles autores. Incluso Margo Glantz tenía sus reservas para homenajearlos.⁴⁴ Si sumamos ese aspecto al innegable hecho de que el campo intelectual mexicano se guiaba por las afinidades político-intelectuales y estéticas, no es extraño que el autor de *Al filo del agua* se decidiera a distinguir a una narradora carente de una sociedad de bombos mutuos y con una propuesta narrativa coincidente con la suya.

⁴² Recuérdese que el efecto de bombos mutuos es la capacidad de la crítica para respaldar una misma opinión en torno a una obra. Carballo a veces efectuaba este ejercicio aun cuando los textos que apoyaba no tenían las virtudes que el pregonaba para que fueran respaldadas por otros. Tal fue el caso de su promoción de la novela *Cambio de piel* de Carlos Fuentes. Para observar ese ejemplo ampliamente, véase Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México, Era, 1998, pp. 61-68.

⁴³ Además, Camp argumenta: “los intelectuales más jóvenes raras veces pueden obtener el patrocinio de los intelectuales más viejos”. Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 189.

⁴⁴ Véase Patricia Cabrera López, *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 154.

Ahora bien, dentro del panorama político-cultural que pinta Castellanos, al decir que es una mujer inofensiva, tal parece que se está refiriendo a que ella no hacía una crítica política que incomodara al gobierno. Habría que enfrentar esa hipótesis con el hecho de que, aunque Yáñez pertenecía al *establishment*, investigadores minuciosos como Camp afirman que no hay noticias de que estuviera inmiscuido en actos de corrupción o que pretendiera apaciguar a los escritores disidentes dándoles premios. De hecho, se distinguió por ser uno de los más honrados intelectuales que trabajaron para el gobierno.⁴⁵

En suma, el diagnóstico que Castellanos efectuó acerca del Premio Trouyet estaba bien proporcionado en cuanto a los intereses que se jugaban en su campo cultural, pero el poco valor que le concedieron algunos de *los mafiosos* y Octavio Paz la condujeron a juzgarse con demasiada severidad y a perder de vista, en ese momento, la singularidad de su trayectoria femenina, que nada tenía que ver con ser inofensiva. Enseguida explicaré en qué consistía su valor.

Al margen del menosprecio que caracterizó el trato que Octavio Paz y Emmanuel Carballo le proporcionaron a la obra y a la persona de la escritora, Castellanos se ganó el reconocimiento de intelectuales y de personalidades hegemónicas tanto en el campo cultural como en el de poder. En orden sucesivo, se puede recordar a los personajes que la impulsaron: Ignacio Chávez, en la UNAM; Arnaldo Orfila, en el Fondo de Cultura Económica; Julio Scherer, en *Excélsior* y Fernando Benítez, en *La Cultura en México*. Dicho impulso fue producto del reconocimiento que la autora se ganó, en primera instancia, merced a su obra narrativa. No obstante, da la impresión de que, después de haber recibido el Premio Trouyet, empezó a crecer el estigma de que ella sabía congraciarse con los poderosos.

⁴⁵ Véanse Jorge Volpi, *op. cit.*, 1998, p. 411 y Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 179.

En torno a ese prejuicio, Elena Poniatowska citó una declaración de José Joaquín Blanco, quien, con un aire sarcástico y despectivo, profirió: “resentida contra la ‘intelligentsia’ mexicana, en sus últimos años buscó en otros espacios el respeto y el reconocimiento que el medio cultural le negaba y cayó en las trampas como la de representar, desmesuradamente, el papel de la Simone de Beauvoir mexicana, adulada y condecorada”.⁴⁶ Dicho de otro modo, Blanco puso en duda las preocupaciones de género de la escritora y su ética incorruptible. En respuesta, Poniatowska señaló que el escritor se equivocaba, en primer lugar, porque Castellanos no buscó a los poderosos, los poderosos la buscaron a ella y, en segundo, por decir que se dejó atrapar sólo por el deseo de que la quisieran. Esta explicación es dudosa si tomamos en cuenta que la escritora tenía un juicio bien formado acerca de lo que significaba el poder y de lo que ella representaba en una academia patriarcal. Es decir, desde que ingresó profesionalmente al campo intelectual, en su tesis, tuvo que jugar con el papel de pazguata para solicitar amablemente un lugar en la cultura, estrategia femenina típica y no feminista antes de 1980. Sobre esa misma línea, no debe olvidarse que las mujeres debían hacer grandes sacrificios para ocupar un lugar en el campo intelectual y en el político. Recuérdese, por ejemplo, a Griselda Álvarez, quien básicamente se vio obligada a hacer a un lado a su familia y su vida emocional para conquistar un lugar en el poder y abrirles el camino a otras mujeres.⁴⁷ Este trabajo lo realizó en el PRI, y no por eso se le puede tachar de corrupta.

Volviendo a las aspiraciones de Castellanos, éstas nunca fueron político-gubernamentales, como las de la colimense, pero es claro que, si las instancias encargadas de legitimar y consagrar la cultura le cerraban sus puertas, sus textos, su voz y sus aspiraciones

⁴⁶ José Joaquín Blanco en Elena Poniatowska, *¡Ay vida, no me mereces!*, México, Joaquín Mortiz, 1985, p. 128.

⁴⁷ Griselda Álvarez, *Cuesta arriba. Memorias de la primera gobernadora*, México, Universidad de Colima/Fondo de Cultura Económica, 1992.

culturales debían aprovechar las puertas que le fueran abiertas. Insisto: no debe olvidarse que ella vivió en una etapa en la que no era fácil ser mujer ni ser intelectual en México. *En ese sentido, sobre todo, a partir de este momento hay que empezar a distinguir entre sus estrategias para hacerse tolerable en un campo intelectual dominado por hombres y los momentos de desaliento en los que verdaderamente desestimó su valor.* En relación con esta última idea, es pertinente anotar un comentario de Aralia López González:

[El insistente] “ninguneo” hacia las mujeres era un patrón patriarcal que Rosario Castellanos sufrió desde su medio familiar. Castellanos como tantas mujeres introyectó una pobre autoestima y desvaloración contra la que luchó valientemente a lo largo de su vida con las armas de la búsqueda de la verdad, el reconocimiento, su excelente lucidez y juicio crítico. Rosario Castellanos es un ejemplo de lucha por la dignidad y realización de sí misma y del género femenino al que tuvo plena claridad de pertenecer.⁴⁸

Es fundamental tener en cuenta esta idea para entender el cambio paulatino que la escritora fue experimentando poco a poco hasta proyectar un perfil intelectual más sólido, marcado por su identidad femenina.

Atinente a lo anterior, no está por demás distinguir la autoridad del poder cultural. ¿A qué me refiero con estos términos? Con la finalidad de responder a esta pregunta, retomaré una acotación extensa de Patricia Cabrera López:

En México se ha confundido la autoridad con el poder. La primera se gana con talento, constancia en el oficio, legitimidad artística, coherencia y, especialmente, en la segunda mitad del siglo xx, con pruebas de independencia respecto del poder político o económico. Todo ello coadyuva al reconocimiento de un escritor

⁴⁸ Este comentario lo hizo la doctora Aralia López González en una conversación que sostuvimos en mayo de 2016.

o un intelectual y se traduce en su capacidad de convocatoria y aglutinación; por supuesto, también acrecienta el valor simbólico de su firma. El poder, en cambio, no requiere cada uno de los atributos de la autoridad y es más tangible. No porque se deposite de modo simple en un individuo —como se cree, ingenuamente—, sino porque bajo la forma de usufructo de un espacio ganado en la red de relaciones con instituciones y grupos poseedores de capital simbólico permite la disposición de recursos para apoyar manifestaciones estéticas afines o negociar la difusión de obras divergentes, siempre con la mirada de reproducir el orden cultural cercano al agente y al grupo con poder. En esa medida el poder (no precisamente de la esfera política) ha sido la piedra de toque del antagonismo generador de proyectos culturales alternativos. Entre ambas categorías se ubica la de hegemonía, referida a la *capacidad de dirección cultural-ideológica* en el seno de una esfera social específica, que en ese trabajo es el campo literario. Sin embargo, no bastan el poder ni la autoridad para ser hegemónico, también se requiere el consenso de los grupos sociales interesados en el ámbito cultural que no se someten a la hegemonía, sino constituyen posiciones opuestas, minoritarias pero activas.⁴⁹

¿En qué rango se encontraba Castellanos? Durante la década de 1960, su trabajo en la UNAM favoreció que acrecentara su legitimidad artística, coherencia crítica y autonomía. Quizá sólo durante su gestión en la Jefatura de Información y Prensa tuvo poder. Es decir, la capacidad de disponer de recursos para apoyar manifestaciones culturales de toda índole, afines o divergentes a sus concepciones estéticas o políticas; como cuando apoyó a los desertores de *Novedades*. A la postre, nunca volvió a tener la posibilidad de dirigir una institución cultural autónoma. ¿Por qué no? Responderé en función de las evidencias. En esta década, los puestos de poder periodístico y editorial les eran asignados a los hombres: Julio Scherer estaba a cargo de *Excélsior*; Arnaldo

⁴⁹ Patricia Cabrera López, *op. cit.*, 2006, pp. 28-29.

Orfila, de la Editorial Siglo XXI, y Fernando Benítez, de *La Cultura en México*. Suele confundirse su autoridad con la ostentación de poder cultural, pues, como puede apreciarse, aun con dificultades, su nombre estaba en las instancias más destacadas del campo intelectual. Y, lo más importante, en la década de 1960 el prestigio de Castellanos iba en orden ascendente gracias a su inteligencia y valor —recuérdense los comentarios de Nevares, Batis y Quezada.⁵⁰

Curiosamente casi nadie la recuerda por haber disentido del gobierno. Los críticos y los políticos de su tiempo, después de su muerte, construyeron un sempiterno monumento de la Rosario Castellanos *oficial*,⁵¹ que se bifurca con ternura en dos representaciones literarias: la niña poética de *Balún-Canán* o la dolorosa Dido casada con Ricardo Guerra. Esas imágenes son hermosas y le pertenecen, pero fue mucho más lejos: alarmó al gobierno con sus ideas. Tanto, que las autoridades la comprometieron con hipocresía a callarse; por ejemplo, cuando escribió el editorial “¿Una nueva inquisición?: a este paso, todo arderá en la pira”, el 7 de octubre de 1967, tocante a su oposición a las campañas antipornográficas, el Procurador de la ciudad la invitó a comer para dialogar acerca de los interesantes argumentos que ahí exponía. Al respecto, Castellanos le comentó a Ricardo Guerra:

La comida con el procurador tuvo el resultado [de] que me regalaran una colección completa de las revistas que han recogido. La más audaz es *Playboy*, imagínate. Puras babosadas pero las guardo para que las veas cuando vengas. Yo no vuelvo a hablar de esto

⁵⁰ Véase nota 5 en capítulo 1.

⁵¹ También Emily Hind cree que existe una Rosario Castellanos oficial; sin embargo, debido a que algunos de los temas tratados por Hind no se relacionan con el asunto central de esta investigación, prefiero dejar en manos del lector revisar ese texto. Véase “De Rosario Castellanos al hombre Ilustre, o entre dicho y hecho hay un problemático pecho”, en *Letras Femeninas*, vol. 31, núm. 2, 2005, pp. 26-47.

porque detrás hay una serie de *movidas* y no quiero hacerles el juego a estos señores.⁵²

Sin embargo, no cumplió por completo su propósito. El 4 de noviembre escribió “Revisemos nuestro mundo: una ‘moral’ ¡viva quien vence!” y el 25 de noviembre de 1967, “El tirano cíclico: la hora de cada hombre”. En esos ensayos habló de los moralistas hipócritas, cuyos hechos eran contrarios a sus prédicas y acerca de los funcionarios públicos prepotentes. ¿Cómo reaccionó el gobierno ante estos gestos de irreverencia? Al parecer no hubo ninguna repercusión ni pública ni privada, lo cual no quiere decir que Castellanos dejó de ser observada por la DFS. El 6 de abril de 1968, este organismo de inteligencia escribió una ficha en la cual la clasificó y resumió su actividad política:

D.F.S. 6/IV/68

ROSARIO CASTELLANOS (*COMUNISTA*).

Primer Vice-presidenta del Instituto de Relaciones Culturales México-Čecoslovaco.

Jefa del Departamento de Información y Prensa en la UNAM.

Presidenta Honoraria de la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas.

Tiene contacto con los líderes Universitarios de Izquierda, ayudando económicamente a los agitadores de la UNAM, para efectuar actos de apoyo a la Revolución Cubana.

Tiene contacto con los miembros del Bloque Revolucionario Estudiantil de América Latina.

Tiene contacto con exiliados españoles.

Tiene relaciones con el Dr. [REDACTED].

Ha sido una de las firmantes pro-libertad de presos políticos.

Forma parte del Comité Mexicano pro-defensa de los Derechos Judíos en la U.R.S.S.

⁵² Rosario Castellanos, *Cartas a Ricardo*, p. 315. Énfasis mío.

Forma parte del Comité Permanente de la Asamblea Nacional por la libertad de los presos políticos y por la derogación del delito de disolución social.⁵³

La posición de Castellanos era muy clara: la llamaron “comunista” por defender la Revolución cubana y por inmiscuirse en causas en contra de la opresión. El balance de este año debió ser determinante para muchos intelectuales; en su caso, sirvió para que no la apresaran. No había nada que demostrara su participación activa en el movimiento estudiantil, debido a que su apoyo fue sólo textual. ¿Por qué?

DESDE LA TRINCHERA DE LA INTELIGENCIA (AGOSTO, 1968-ENERO, 1969)

Me parece que desde cualquier perspectiva que se adopte del intelectual, siempre se espera que éste se pronuncie ante sucesos relevantes. De Castellanos, una mujer sobresaliente en los ámbitos periodístico y literario, intriga muchísimo que no haya militado en la causa estudiantil. En este contexto, debe afrontarse el interrogante: ¿por qué la escritora no participó activamente en el movimiento estudiantil? Con la intención de responder a esta pregunta, examinaré los principios de jerarquización heterónoma y autónoma en los que se guió la escritora en este periodo.

En cuanto a los periódicos, la línea editorial de *Excelsior* favoreció la publicación de artículos guiados bajo un principio de jerarquización autónomo, de julio de 1968 a septiembre del mismo año, pero, después de la masacre en Tlatelolco, su espíritu valeroso decreció, debido a que el director del periódico recibió la orden expresa de hablar en favor del ejército:

La prensa recibió “línea” para justificar la acción del gobierno y condenar a los estudiantes “que habían disparado contra los soldados”. “Aquella noche”, cuenta Julio Scherer, “en un “telefonema

⁵³ AGN, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

urgente me había advertido el secretario de Gobernación que en Tlatelolco caían sobre todo soldados y a punto de colgar el teléfono habían dejado en el aire la frase amenazadora “¿Queda claro, no?”.⁵⁴

En definitiva, el diario no podía jugar el papel de David contra Goliat. Tenía que empezar a someterse a un principio de jerarquización heterónoma, pues el dinero que recibía del gobierno y las provisiones de papel de PIPSA lo obligaban a acatar sus órdenes. Pese a todo, su obediencia fue limitada en tanto que dio cierto margen a la duda. El 3 de octubre de 1968, en la primera plana, se citaron las advertencias del Secretario de la SEDENA, Marcelino Barragán; asimismo, se presentó la denuncia de ataques violentos a periodistas de *Excélsior*, y se publicó el atentado en contra de la comunicadora italiana Oriana Fallaci; en cuanto a la sección editorial —ahí se apreciaba un esfuerzo mayor de obediencia—, inició con una nota recatada y conciliadora: “La sangre derramada exige, con dramática vehemencia una reconsideración de rumbos. Porque no es matándonos entre nosotros como habremos de edificar el México que todos —aun dentro de las más acres discrepancias— amamos y deseamos disfrutar en paz”.⁵⁵ En las fechas subsecuentes, el rotativo tuvo que seguir midiendo sus opiniones; por lo tanto, no difundió la misma cantidad de editoriales contestatarios que venía publicando antes del 2 de octubre.

Bajo este ambiente represivo, la escritora, quisiera o no, se tenía que subordinar al mismo principio de jerarquización que *Excélsior*, un medio que dependía (haré eco de las palabras de Díaz Ordaz) de “un sistema de derecho que señalaba los medios para combatir y transformar legalmente hasta la propia ley”.⁵⁶

⁵⁴ Julio Scherer en Andrea Reyes, *op. cit.*, 2013, p. 123.

⁵⁵ *Excélsior*, “Página Editorial. Tlatelolco sangriento”, en *Excélsior*, 3 de octubre de 1968, p. 6-A.

⁵⁶ *Cfr.* Gustavo Díaz Ordaz en Rosario Castellanos, “Minorías en la universidad”, en *Mujer I*, p. 581.

Por ello, es importante preguntarse: ¿cómo aprovechó Castellanos la autonomía relativa que tenía para escribir? Contestaré mediante un cuadro en donde presento una serie de artículos que la autora escribió especialmente para promover una crítica política en torno a la represión, autoritarismo y demagogia durante el periodo más álgido del movimiento estudiantil. La importancia de presentarlo radica en que muestra artículos en donde se aprecia una crítica constante y pertinente en torno al movimiento estudiantil; en ellos se percibe un distinto grado de codificación, que va de observaciones directas a planteamientos metafóricos que apelan al juicio de sus lectores. Después de presentar el cuadro, explicaré cómo se relacionaron estos factores con los principios de jerarquización autónoma y heterónoma.

CUADRO 3: ARTÍCULOS DE CASTELLANOS EN TORNO A LA REPRESIÓN, LA DEMAGOGIA
Y EL AUTORITARISMO DE ESTADO

Temática	Fecha	Título del ensayo	Público aludido
Autoritarismo	3/08/68	"Arte y vida: o la crítica literaria aplicada"	Autoridades
Reflexiones sobre la palabra <i>patria</i>	17/08/68	"La patria: daños de la demagogia"	Demagogos
Autoritarismo	21/08/68	"La grandeza de la democracia"	Autoridades civiles y militares
Autoritarismo	31/08/68	"Función del diálogo: catarsis y esclarecimiento"	Público y autoridades
Autoritarismo y reflexiones acerca de la palabra <i>patria</i>	7/09/68	"Lepra de este siglo: la CTM inquisidora"	Autoridades gubernamentales
Autoritarismo	21/09/68	"Ni ditirambo ni elegía: Marte en la Universidad"	El presidente Gustavo Díaz Ordaz, las autoridades y los estudiantes
Evaluación del sistema político mexicano	2/11/68	"El mundo de los jóvenes entre la tolerancia y la fuerza"	"Fuerzas" políticas mexicanas

Concepciones acerca de la tarea periodística y el autoritarismo	14/12/68	"Las reglas del juego: para poder hablar en México"	El mexicano conforme y el revoltoso
Autoritarismo y reflexión respecto a la palabra <i>extranjero</i>	4/01/69	"Carta a los Reyes Magos: el rumor vence a la verdad"	Universitarios y público en general

El primer editorial "Arte y vida: o la crítica literaria aplicada", publicado el 3 de agosto de 1968, en apariencia, anuncia el tratamiento de un tópico literario. Sin embargo, el texto recapitula distintos episodios del movimiento estudiantil, pero antes de hacerlo pregunta: "¿Cómo vamos a enfocarlos? [...] desde nuestra especialidad que es la literatura".⁵⁷ La autora advierte que no se inclinó a exponerlo desde el punto de vista moral o político porque otros ya habían recurrido a esos enfoques. A mí me parece, más bien, que esta estrategia de escritura responde a una voluntad argumentativa y plástica de ahondar en el sentido. (No debe olvidarse que Castellanos, ante todo, era una poeta y una intelectual y, por lo tanto, nunca dejó de fusionar su escritura con su actividad política.) ¿Cómo? Inventó una especie de contrapunto que le sirvió para confrontar "la vida" (discurso político) con la literatura (discurso estético). Enseguida, y en el transcurso de todo el ensayo, la escritora reprodujo la *versión* de las autoridades de cada episodio del movimiento para, luego, evaluarlo a partir de un criterio compositivo:

Ahora el juicio lo profieren otros. Los que entran en conflicto directo con los jóvenes (granaderos, soldados) son contundentes. Los que se encuentran en esferas más altas tienen un criterio más amplio y más suave. La culpa se adjudica no a los jóvenes (que, al fin y al cabo, no han servido más que como instrumentos) sino de

⁵⁷ Rosario Castellanos, "Arte y vida: o la crítica literaria aplicada", en *Mujer II*, p. 146.

plano a los agitadores. A pesar de su número se caracterizan por dos rasgos, uno de ellos fundamental, el otro muy frecuente: son comunistas y extranjeros.

He aquí otra diferencia con la ficción. El novelista se habría atendido al principio de no crear seres sin necesidad.⁵⁸

Nótese la intención de subrayar la facultad de las autoridades de inventar y exagerar. Implícitamente, esta estrategia le sirve a la ensayista para susurrar en el oído de los lectores: “están atentando contra la verdad, están inventando hechos”. Además, al otorgarle a la literatura la facultad de evaluar, sugiere que hasta la imaginación artística tiene límites que respetan la inteligencia de los seres humanos. Por eso, la parte semifinal del artículo es irónica y la final categórica: “los mismos hechos. Son reales y verdaderos, nadie lo discute puesto que responden de ellos *funcionarios ungidos por el voto popular y medios de difusión totalmente independientes*. Lo único que no son, porque no son literatura, es verosímiles”.⁵⁹

En casi todos los ensayos que reuní en este ciclo, observé la misma técnica argumentativa: la existencia de dos valores que se confrontan. Básicamente, esos valores se relacionan con distintas visiones de mundo y distintas formas de proceder. En “Patria: daños de la demagogia”, del 17 de agosto de 1968, Castellanos se esforzó en discernir el uso impropio de esta palabra, uno que dividía a la población en dos:

En los últimos días se ha desenvainado una palabra que, al caer, tajantemente, ha puesto en peligro de dividir lo que es una unidad. Esa palabra es *patria*. Un grupo numeroso y vocinglero ha declarado ser el propietario del monopolio de un bien que, hasta entonces, se había creído común. Ellos realizan, con su conducta, los ideales de la patria; identifican, con sus intereses, los intereses

⁵⁸ *Ibid.*, p. 147.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 148. Énfasis mío.

de la patria; defienden con su ideología la ideología de la patria. [...] ¿Y los otros? Muy sencillo constituyen la antipatria.⁶⁰

Proponer la existencia de dos participantes que representen dos visiones de mundo le ayudó a darle distintos giros a una misma idea. Por eso, por medio de la ironía, de un discurso aparentemente ligero y por momentos hasta cómico —cuando se pregunta: “¿No se saborea el mole? ¿No se emborracha con tequila? ¿No baila el jarabe? ¿No desprecia la muerte, porque es muy macho, y se come las calaveritas de azúcar?”—,⁶¹ denuncia el afán del gobierno de querer imponer la idea de que solamente exista un solo tipo de patriota. Uno que no entre en confrontaciones y se limite a sentirse orgulloso de su país y de sus costumbres. Esta idea, enseguida, motiva a la escritora a preguntarse en un tono serio por las condiciones de vida de una población que pareciera ser ajena al México de los patriotas, pues: “no les alcanza el salario mínimo para darse el lujo del mole”.⁶² En el fondo, ambas ideas acusan una forma hegemónica de exigir que otros asuman un sentimiento cívico y también denuncian una forma de esgrimir acusaciones en contra de quienes piensan de manera diferente. Además, el paso de un tono gracioso a uno serio permite que la autora proponga su propio concepto de *patria*, entendido sobre la base de la Constitución mexicana. Por ello, al referirse al respeto que debe existir por parte de las autoridades, Castellanos propone que abusar del lenguaje es equivalente a abusar de la ley:

[...] ¿los derechos constitucionales se respetan en México de manera que ningún ciudadano sea despojado de ellos arbitrariamente por quienes tienen el poder? La respuesta es simple: afirmativa o negativa. En el primer caso se miente. En el segundo se niega

⁶⁰ Rosario Castellanos, “Patria: daños de la demagogia”, en *Mujer II*, p. 156.

⁶¹ *Ibid.*

⁶² *Ibid.*, p. 157.

también la esencia misma de esa patria que con tanta facilidad aflora a los labios de los demagogos como vocablo vacío de su significado más profundo: la justicia.⁶³

El atropello constante a las garantías ciudadanas fundamentales propició que la autora de *Balún-Canán* revelara su indignación. El 21 de agosto de 1968, en el editorial “La grandeza de la democracia”, ya no empleó ningún artificio literario. Esta vez anunció que estaba combatiendo —junto con otros— desde la trinchera de la inteligencia, porque: “Pensar libremente es mucho más peligroso que participar en desórdenes callejeros”.⁶⁴ Esta convicción la condujo a establecer una lucha racional, la cual la impulsó a recurrir a medios que trascendieran la efectividad de los gritos y las pancartas. En ese sentido, publicar en *Excelsior* era tan peligroso como participar en desórdenes callejeros, según ella lo concebía.

¿Cómo asumió el desafío? Se valió de instrumentos ingeniosos; así, entre más cultos eran sus ensayos, más aspiraban a convencer. Obsérvese, por ejemplo, el texto “Función del diálogo: catarsis y esclarecimiento”, el cual inicia con un lema de Kierkegaard: “la reserva es el principio del endemoniamento”.⁶⁵ Con esta frase aforística, Castellanos aspiró a estimular la imaginación de sus lectores y propuso, como cura al ensimismamiento, el diálogo. El desarrollo de esta idea explota una vertiente psicológica en la medida en que la escritora promueve, por medio de interrogantes, la necesidad de examinar las tendencias a subestimar y autosubestimar:

¿Es que despreciamos tanto a nuestros posibles interlocutores que los consideramos incapaces de entender un término exacto, de recibir un mensaje inédito, de asumir la realidad correctamente captada

⁶³ *Ibid.*, p. 158.

⁶⁴ Rosario Castellanos, “La grandeza de la democracia”, en *Mujer II*, p. 160.

⁶⁵ Rosario Castellanos, “Función del diálogo: catarsis y esclarecimiento”, en *Mujer II*, p. 161.

y transmitida? [...] ¿O es que nos despreciamos tanto a nosotros mismos que nos consideramos incapaces de escoger un término exacto, de pronunciar un mensaje inédito, de captar y transmitir correctamente una realidad que de antemano habíamos asumido? [...] Proyectamos a los otros lo que padecemos, les atribuimos nuestra ineptitud y los responsabilizamos de nuestra retórica.⁶⁶

Si la subestimación y la retórica funcionan como máscara de la inseguridad o del miedo, en consecuencia, las preguntas de la escritora exponen el temor de los dominadores de ser dominados. Me parece que mi propuesta se refuerza gracias a la argumentación construida en su siguiente editorial “Lepra de este siglo: la CTM inquisidora”, del 7 de septiembre de 1968, en la cual Castellanos lleva a cabo un largo excursus acerca de lo *otro*: esa figura portadora de distintos estigmas (el leproso o el loco), que le ha servido a la humanidad para descalificar al débil o al disidente. Peor aún, le ha valido para atacar circunstancias o comportamientos humanos que asustan o son ajenos a los intereses dominantes. Así, la escritora habla de los inquisidores de su tiempo, la CTM, y de sus adversarios, los “comunistas”. Estas referencias alusivas a la represión gubernamental me conducen a afirmar que Castellanos fue una intelectual genuinamente crítica, que varias veces puso en peligro su “autonomía”, pues —contrario a lo que propone Castro Ricalde con relación a que “Intentó preservar su autonomía” alternando “los contenidos de sus artículos periodísticos, abordando tanto temas en abstracto como otros que acababan de acontecer y, por lo tanto, más comprometedores, al tener que expresar una posición respecto a ellos”—⁶⁷ la escritora articuló un mensaje en favor del conjunto de la nación, de los

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 162 y 163.

⁶⁷ Maricruz Castro Ricalde, *op. cit.*, 2008, p. 98.

lectores y de los excluidos sociales, *planteó públicamente cuestiones embarazosas, contrastó y cuestionó los dogmas gubernamentales*.⁶⁸

Volviendo al movimiento de 1968, adoptó un punto de vista imparcial y señaló, con frecuencia y de múltiples formas, la desmesurada reacción del Estado frente a la irreprimible indignación universitaria: “los primeros se apegaron, con excesiva rigidez, al principio de autoridad y los segundos adoptaron un lenguaje que no correspondía al súbdito”.⁶⁹ ¿A qué bando se adhirió? A ninguno: a pesar de que ella, igual que los estudiantes, repudiaba la represión y el autoritarismo, tampoco aceptó comportarse como súbdita en un supuesto régimen democrático del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Aunque su participación en el problema estaba fuera del sitio de la beligerancia, reprobó la represión y decidió combatirla mediante la manifestación de sus ideas. A propósito de ello, el 21 de septiembre de 1968, se determinó a revelar: “Cada quien su juego. La cólera, y otros estados de ánimo, le sientan bien a Júpiter, no a los míseros intelectuales que no pueden permitirse más lujo que el de la lucidez”.⁷⁰ Esta cita revela la postura intelectual que Castellanos quiso adoptar, pues, tal como lo señalé en el epígrafe de este capítulo, la autora creía que no todos tenían la capacidad de pensar de manera objetiva y veraz. Esto de ninguna manera quiere decir que, en el fondo, creyera que el intelectual era ineludiblemente parte de una élite. Como lo mencioné en el primer capítulo, en su opinión, el intelectual no podía entenderse fuera de su sociedad, porque eso le restaba impacto a su obra. Más bien, se imaginó que esa facultad exclusiva de él dependía de la voluntad y el compromiso de colocarse en una posición imparcial y aportarle a la sociedad recursos comunicativos para enunciar la verdad. Es decir, la de

⁶⁸ Básicamente, efectuó las funciones que, según Edward Said, lleva a cabo el verdadero intelectual. Véase *supra* p. 23.

⁶⁹ Rosario Castellanos, “Ni ditirambo ni elegía: Marte en la Universidad”, en *Mujer II*, p. 185.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 184.

entender los problemas que aquejan tanto a la población como a las autoridades y, simultáneamente, la de emitir un juicio imparcial respecto a las actitudes de los dominadores y de los dominados.

Por lo anterior, llama poderosamente la atención que ella —quien había dado amplias muestras de no ser domesticada por el Estado— no manifestara su indignación ante la masacre en Tlatelolco a la primera oportunidad. ¿Qué ocurrió? ¿El miedo reinante en esos días provocó que decidiera callarse o *Excélsior* no le dio oportunidad de publicar? Las dos opciones eran posibles. Para no precipitarme a responder y no dejar cabos sueltos, recordé que Andrea Reyes —la investigadora y recopiladora de los ensayos de Castellanos—, en una conversación, me comentó que no le fue posible recuperar algunos editoriales debido al estado de deterioro de los materiales consultados durante el rescate de los textos. Entonces, me di a la tarea de revisar los periódicos en el lapso en el que, en apariencia, Rosario Castellanos no escribió nada, pues éstos, en caso de existir, podrían revelar información interesante respecto al silencio de la autora.

Durante mi revisión noté, por un lado, que *Excélsior* cubrió su ausencia, unas veces, con editoriales de tópicos ajenos al movimiento. Sin lugar a dudas, en este periodo, el periódico fue obligado a atenuar la fuerza de su actitud crítica. Quizá, por ello, si bien siguió publicando artículos contestatarios, también difundió notas que cuestionaron la “intransigencia” de los universitarios.⁷¹ De modo que, si tuvo alguna intención de protestar, la frenaron para hacerlo. Por otro lado, me percaté de que el tema de las Olimpiadas, celebradas del 12 al 26 de octubre, acaparó la atención del rotativo y, quizás, obligó a sus colaboradores a

⁷¹ Véase, por ejemplo, el artículo de Pedro Gringoire, titulado “Líderes estudiantiles Intransigentes”, en donde se empeñó en sostener que en México había una auténtica libertad de expresión, y que las autoridades cedían al diálogo no a la insurrección y al tumulto. Véase *Excélsior*, 2 de noviembre de 1968, p. 7-A.

fingir un estado de bienestar y alegría ilusorios. Castellanos no tenía por qué entrar en ese juego. Debió resultarle más digno guardar un tiempo de silencio por la muerte de la democracia y de todos los caídos. Además, su reaparición tenía que ser sentida y prudente porque nadie poseía (ni posee) información completa acerca de la masacre. A propósito de esto, encontré un ensayo —no recopilado por Andrea Reyes— que muestra la respetuosa y sincera reaparición de la poeta. El editorial comienza con los versos de Miguel Hernández:

*... me quiero despedir de tanta pena
cultivar los barbechos del olvido
y si no hacerme polvo, hacerme arena...*⁷²

Es muy interesante el tipo de olvido sugerido por el poeta, pues indica el anhelo de superar el dolor. En seguida, Castellanos dijo —a modo de justificación— que era imposible pensar en otro tema que no fuera el del movimiento estudiantil. A su juicio, aún había preguntas que responder y circunstancias que aclarar. Esta insistencia de Castellanos en recordar señala una función característica del intelectual: *fungir como memoria y conciencia de la sociedad*.⁷³ Pero, ¿qué quiere decir recordar? Ya ha quedado anotado que este acto no señala sólo la necesidad de mantener vivo un sentimiento, sino la de esclarecer sucesos y de mejorar. Prueba del sentido que le atribuía al acto de recordar se encuentra en los últimos versos de su “Memorial de Tlatelolco”, en el cual aconseja: “Recuerdo, recordemos/ hasta que la justicia se siente entre nosotros”.⁷⁴

⁷² Miguel Hernández en Rosario Castellanos, “El mundo de los jóvenes. Entre la tolerancia y la fuerza”, en *Excélsior*, 16 de noviembre de 1968, p. 6A.

⁷³ Véase Wrigth Mills en Enrique Suárez-Iñiguez, *Los intelectuales en México*, México, Ediciones El Caballito, 1980, p. 6.

⁷⁴ Rosario Castellanos, “Memorial de Tlatelolco”, en *Poesía no eres tú*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 297.

Me parece que la obra de la escritora reitera la importancia de la memoria. Esto tiene una consecuencia inevitable: registró lo que la memoria oficial iba ocultando; así, fue mostrando el atraso de México, las carencias de sus habitantes y la cerrazón de su sistema político. Gracias a este ejercicio, Castellanos entendió que el movimiento universitario era producto de las grandes deficiencias históricas: “Los jóvenes [...] No dejan más que dos caminos: el de la fuerza que ya se ha visto, conduce a callejones sin salida. Y el de la tolerancia que ha de sustentarse en el reconocimiento de que *no les hemos legado —y es culpa nuestra—* el mejor de los mundos posibles”.⁷⁵

Debido a su comprensión histórica, apeló al juicio tanto de la ciudadanía como de los gobernantes, porque, al fin y al cabo, se sabía leída, por lo menos, por el procurador de la ciudad. A los ciudadanos les preguntó: “¿de qué nos ha valido hacer una revolución liberal?”,⁷⁶ y a las autoridades les insinuó que con *idílica* paz “se recompensaron los cruentos sacrificios de la Revolución”.⁷⁷ Nótese cómo Castellanos fue hilando implicaciones más graves mediante ideas fáciles de entender. Esbozó a un gobierno con rasgos de dictadura. En verdad no había otra forma de entender a un Estado que no toleraba la libertad de pensamiento y acallaba la divergencia basándose en la represión.

Con el propósito de representarlo, en los últimos editoriales de este ciclo eligió imágenes que proyectaban una confrontación criminal entre personas que deberían establecer una relación fraterna. En “Las reglas del juego: para poder hablar en México”, del 14 de diciembre de 1968, departió acerca de la enemistad engendrada por la paternidad y trajo a colación a Layo y a Edipo, entre otros. Esta alusión es una síntesis metafórica del problema que ocupa este ensayo: la relación conflictiva entre autoridades (padres) y gobernados (hijos), en donde la escritora curiosamente

⁷⁵ Rosario Castellanos, “El mundo de los jóvenes”, p. 6A. Énfasis mío.

⁷⁶ Rosario Castellanos, “Ni ditirambo ni elegía”, p. 185.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 190.

decide no cuestionar la legitimidad del deseo de los hijos de estrangular a sus padres abusivos (autoridad), sino que precisamente pondera las causales del deseo de ponerle fin a un gobierno que atenta contra los ciudadanos. Por ello, Castellanos propuso —literalmente— que la represión a los estudiantes y otros gremios de inconformes gestó el deseo de liquidar el despotismo: “No vamos a discutir ahora si tal pretensión es o no lícita. Vamos a ver si es oportuna y si su surgimiento no ha sido propiciado, estimulado, precipitado, engendrado, en una palabra, por un principio de espíritu inquisitorial que ha venido manifestándose desde hace ya algunos años”.⁷⁸

De hecho, en el último editorial de este periodo, mediante un cliché muy irónico (una carta a los Reyes Magos), reveló, entre peticiones y quejas, los múltiples atropellos, la zozobra y las privaciones a las que los universitarios habían sido sometidos a la fuerza. Con una emoción trágica —transmitida por medio de un gesto sonriente—, la escritora disimuló su reprobación hacia la censura estatal y por fin reveló lo que “las reglas del juego” no le permitían compartir cuando apenas había pasado la matanza:

Vino la sagrada tregua impuesta por las Olimpiadas y después una especie de sonambúllica e intermitente vuelta a clases. Pugnaban entre sí dos tendencias: la conciliatoria que pretendía poner fuera de peligro la autonomía y la libertad de cátedra —que son los pilares fundamentales de la vida universitaria— y la reivindicatoria que contaba y recontaba los muertos, los heridos, los torturados, los perseguidos, los presos.

Aparentemente triunfó la primera tendencia y la segunda fue aniquilada no sin que antes estallaran varias bombas que nos hicieron creer en el advenimiento de la era del terror.⁷⁹

⁷⁸ Rosario Castellanos, “Las reglas del juego: para poder hablar en México”, en *Mujer II*, p. 190.

⁷⁹ Rosario Castellanos, “Carta a los Reyes Magos: el rumor vence a la verdad”, en *Mujer II*, pp. 212-213.

En conclusión, los editoriales políticos de Rosario Castellanos son una muestra ostensible del cuestionamiento lúcidamente crítico, ético y valiente con el que la escritora se enfrentó a la opinión pública. Su moderación obligada no hace sino reiterar que tanto ella como los medios no podían gozar de una autonomía total porque la estructura legal y política del régimen en turno no lo permitía. Por lo menos, en este periodo —en el que fue servidora pública de la UNAM y editorialista de *Excelsior*—, es imposible pensar que se le haya invitado a incorporarse al gobierno porque era una pensadora muy querida. Por ello, es preciso valorar si una parte de la crítica y el gobierno han forjado la imagen de una Rosario Castellanos oficial o, en otros términos, una intelectual orgánica en caracterización de Gramsci. Entre tanto, esta obra seguirá insistiendo en enfatizar su perfil intelectual, y, en los dos últimos capítulos, intentaré responder qué rumbo tomó la crítica social de Castellanos después de 1968, y qué cambios se aprecian en su producción ensayística cuando fue embajadora de México en Israel.



CAPÍTULO 4.

UNA FORMA FEMENINA DE SER INTELECTUAL:

ROSARIO CASTELLANOS (ENERO, 1969-MARZO, 1971)

Como lo señalé en el capítulo anterior, los escritores tenían un margen restringido de autonomía que se sujetaba al campo cultural dependiente del campo de poder preocupado por vigilar, debilitar o aniquilar toda fuerza política que se constituyera en su adversaria ideológica. Por eso, es importante determinar si la actitud contestataria de Castellanos, plasmada en sus editoriales acerca del movimiento estudiantil de 1968, representó, nada más, una etapa de furor político en la que la escritora se solidarizó con los universitarios o si, más bien, a partir de ella se intensificó la producción de publicaciones de corte político. Para observar lo anterior, a diferencia de los capítulos anteriores, en los que comencé ofreciendo datos de periódicos y archivos que permiten situar la participación de la escritora en el terreno político, en la primera parte interpreto sólo sus editoriales. La razón es que el corpus que seleccioné muestra muy bien la manera en la que se igualó con el pueblo mexicano y sus necesidades de justicia y, en esa misma medida, explica los aspectos en los que se distinguió deliberadamente de *los* intelectuales de su época.

CRÍTICA POLÍTICA Y SOCIAL, 1969

El 18 de enero de 1969, Rosario Castellanos publicó “Digo yo como mujer: frente a Yucatán y Atenancingo”. En este editorial, lejos de suavizar su enfado ante los abusos del poder, resaltó su desagrado: “La lectura del periódico de ayer puso de manifiesto

ante nuestros ojos la frecuencia con que últimamente ha estado ocurriendo un fenómeno que, desde luego, no es grave, ni siquiera significativo. Pero que más vale conjurar porque alcanza la categoría de molesto”.¹ La editorialista se refirió a un conjunto de conflagraciones que se dieron por causas similares en distintas latitudes del país: los henequeneros de Yucatán, los ejidatarios de Atenancingo y las mujeres de la colonia Barrio Norte del Distrito Federal fueron defraudados por funcionarios corruptos y, ante sus fallidas tentativas de justicia, decidieron sublevarse con el consiguiente resultado de que las autoridades los reprimieron, y recompensaron a los causantes de su descontento. Desde esa lógica de un mundo de revés, Castellanos les “recomendó” a los perjudicados: “desengañense. La verdad no está, como ustedes ingenuamente creían, en las páginas de Marcuse y de otros teóricos igualmente peligrosos y desorientadores. Vuelvan a la cordura. Invoquen al PRI. Aún es tiempo”.² Es interesante que Castellanos contrapusiera a dos figuras políticas en su comentario: Marcuse, el pensador que “perdía” con sus teorías al proletariado versus el partido político que les “garantizaba” paz y estabilidad a los menesterosos. Con ese gesto irónico quiso evidenciar lo que ella llamó el tirano cíclico omnipresente en la relación opresor-oprimido. Por lo mismo, la escritora invocó al “tapado”, y lo invitó a seguir los métodos que en Oriente le garantizaron popularidad a un mandatario:

El método al que me refiero es el que usó el primer ministro japonés, Sato. Unos aprobaban su política, otros la condenaban hasta que supieron que le pegaba a su mujer. Entonces se hizo el milagro. No hubo quien no coincidiera en aplaudirlo. Su índice de popularidad subió hasta el máximo. Y con razón. Un hombre que

¹ Rosario Castellanos, “Digo yo como mujer: frente a Yucatán y Atenancingo”, en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. II, México, CONACULTA, 2006, p. 220.

² *Ibid.*, p. 222.

demuestra que es un hombre y que es capaz de manejar los asuntos domésticos con mano de hierro merece admiración, respeto y loas. Allá, en el país del Sol Naciente. Y, si no me equivoco, ya que soy conocedora profunda del alma de mi pueblo, aquí también.³

Castellanos jugó con este ejemplo para referirse, en realidad, a la actitud violenta con la que el PRI garantizaba su popularidad a costa de reprimir a los débiles, representados en la figura de la mujer. Por eso, es significativo que la escritora advirtiera que el poder mantenía su estabilidad basándose en las fórmulas ya probadas, pero también es significativo que decidiera asumirse con identidad femenina ante sus lectores. Al elegir el título “Digo yo como mujer: frente a Yucatán y Atenancingo”, no se presentó como una estudiosa de los problemas de México, se colocó del lado de los desprotegidos, de los agraviados, de los combativos.

Más de una ocasión manifestó la misma empatía, me atrevería a decir que ese gesto la hizo portavoz de los sectores marginados. El 26 de abril de 1969, habló sin rodeos de la podredumbre del sistema judicial; en concreto, de la incapacidad de la policía para detener a los criminales y de su facilidad para fabricar culpables. Pero, como para nadie era una sorpresa escuchar tales caracterizaciones, aseguró que la rapacidad de los policías guardaba perfecta congruencia con el lugar en donde se les reclutaba: “¿Dónde se les recluta? ¿En las aulas universitarias, en los seminarios, en los gimnasios? No. Con mucha frecuencia en el medio de la hampa”.⁴ Gracias a las declaraciones de la escritora es fácil imaginar al sistema judicial como una cloaca, que pudiera sañearse sin la impaciencia, dejadez e indolencia de una ciudadanía ávida de justicia:

³ *Ibid.*

⁴ Rosario Castellanos, “¿Protección o amenaza?: el abrazo fuerte de la justicia”, en *Mujer II*, p. 267.

Si queremos justicia no la pongamos en manos de quienes carecen no sólo de escrúpulos para dejar caer la culpa sobre el inocente sino de aptitud para discernir la culpa de la inocencia. Si queremos justicia *condenemos, sin excepción, el uso de la fuerza por quienes tienen el poder*. Porque resulta que somos tan incoherentes que si se trata de los bueyes de mi compadre está bien que los encierren y los entierren porque son peligrosos. Pero si se trata de nuestros propios bueyes que no los toquen, porque son sagrados.⁵

Una vez más —y quizá teniendo muy presentes los tiempos electorales—, al final de su editorial, Castellanos insistió en que era el pueblo quien le otorgaba el poder a los gobernantes. ¿Por qué? Porque era él el que respaldaba con su asentimiento o disentimiento las acciones tomadas por el Estado. Pero nótese su particular forma de fusionar su crítica social y política con su capacidad e intención de asimilarse al pueblo: “condenemos, sin excepción, el uso de la fuerza por quienes tienen el poder”.⁶ No está por demás decir que, cuando se asimilaba a la ciudadanía, deseaba despertar en los demás un espíritu crítico que, mediante acciones razonadas, demandaría una justicia auténtica.

Además, con cada editorial buscó que el pueblo formara una parte activa del sistema de poder. Puede considerarse así porque Rosario Castellanos promovió la participación popular en ámbitos que incidían en la realidad política. Por ejemplo, el 14 de junio de 1969, a propósito del Día de la Libertad de Expresión, pidió que se tomara en cuenta al pueblo como un participante más del pacto que, en esas fechas, firmaban los medios y el Presidente. La escritora emitió esa propuesta basándose en los distintos papeles que los ciudadanos podían adoptar con respecto a una noticia: protagonistas, autores o lectores. Fuera en la condición que fuera tenían la necesidad de que un hecho se comunicara de forma objetiva y veraz. Además, sugirió que, con su participación activa,

⁵ *Ibid.*, p. 268.

⁶ *Ibid.*

se acabaría con la prepotencia de instituciones al servicio del Estado. Entonces, en el marco masivo de comunicación ideado por la escritora: “El ciudadano no comete un desacato cuando señala una lacra o propone la solución de un problema. Y el funcionario aludido no sufre mengua ni en su prestigio ni en su capacidad de mando cuando rectifica una medida o explica el motivo de una decisión. Y la prensa que pone en contacto a los interlocutores es, además de libre, útil”.⁷

Tomando en consideración la forma de proceder de Rosario Castellanos, después de 1969, sobresalieron su autonomía y crítica del poder en todas sus manifestaciones —incluso en esta última en donde los medios masivos de comunicación se asociaban con el Presidente—. En ese sentido, vale la pena reiterar la definición de intelectual moderno de Malva Flores, para evaluar si el perfil de Rosario Castellanos coincidió con el de *los* intelectuales de su campo literario:

[...] el intelectual ya no será aquel que con la pluma participa en la construcción de una identidad cultural; su figura se exalta como un poder alterno e independiente cuya fuerza radica en el valor de sus ideas y la repercusión que éstas puedan tener en el conjunto de la sociedad, representada por sus élites culturales y políticas. Se trata del intelectual estrictamente moderno que asume su tarea como crítico del poder en cualquiera de sus manifestaciones.⁸

Castellanos coincidió parcialmente con el perfil *del* intelectual moderno o élite intelectual autónoma, porque fue crítica del poder y aportó la idea de que no existía *una sola* identidad cultural. Aunque más adelante hablaré de esto, por el momento, importa decir que la idea de identidades multiculturales que

⁷ Rosario Castellanos, “Libertad de prensa: condición para el diálogo”, en *Mujer II*, p. 267.

⁸ Malva Flores, *El ocaso de los poetas intelectuales y la “generación del desencanto”*, México, Universidad Veracruzana, 2010, p. 14.

se desprende de su obra creativa niega la existencia de una sola identidad del mexicano. Y, en lo que respecta a sus editoriales, algunos desacralizan la imagen consagrada del mexicano pusilánime. Desafortunadamente, estas vertientes de su producción no han sido discutidas como pilares de su pensamiento, porque, al no ponerlo en diálogo con el de *los* intelectuales, se pierden sus observaciones más sustanciales de la cultura, la sociedad y la política mexicana. Por ello, es necesario reconsiderar la necesidad de no adscribirla a una corriente estrictamente literaria que ella creía de poca monta: el indigenismo. Además, es preciso tomar en cuenta que sus editoriales fueron pronunciados bajo el amparo de la ironía, la cual discute esencialmente con la solemnidad de *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, quien estaba a punto de encabezar *el ala autónoma* —permítaseme llamarle así— de la élite cultural mexicana. Por ese lado, Rosario Castellanos no perteneció al grupo de los intelectuales hegemónicos. Por otro, tampoco al de los escritores dependientes del poder. A ellos, Patricia Cabrera López los llama *aristócratas culturales*, pues, además de distinguirse por su erudición, se caracterizaron por gozar de una serie de privilegios que les garantizaron viajes y presencia en los medios masivos de comunicación.

En 1969, Castellanos no formó parte activa y efectiva de la aristocracia cultural perteneciente al campo de poder. ¿Por qué no? Porque, como se ha visto, durante el sexenio de 1964 a 1970, criticó al presidente Gustavo Díaz Ordaz con suma contundencia. Al grado de que llegó a sostener que, cuando un escritor ponía su inteligencia al servicio de la burocracia, sus ideas siempre llegaban a resultar inútiles y quiméricas. Es más, proclamó la siguiente sentencia: “Ni el éxito, ni la riqueza, ni la influencia, ni la importancia. El ámbito propio y único del escritor en América Latina es el libro”.⁹

⁹ Rosario Castellanos, “Encuentro Latinoamericano de Escritores: un intercambio de experiencias”, en *Mujer II*, p. 313.

Para finales de la década de 1960, el prestigio de los libros de Castellanos, su labor como catedrática de la UNAM y como editorialista de *Excélsior* fueron los únicos méritos que se tomaron en cuenta para que se le reuniera con figuras hegemónicas de su campo intelectual. El 28 de agosto de 1969, se le invitó a asistir al “Encuentro Latinoamericano de Escritores”, celebrado en Chile. Sus compañeros de viaje fueron Juan Rulfo y Emmanuel Carballo. Acerca de Rulfo, Castellanos señaló que compartió con él su mismo espíritu reservado; en cambio, respecto a Carballo, no pudo hacer otra cosa sino desaprobar su recelo:

[...] sentía lesionada su integridad de revolucionario por la invitación del Congreso a tomar parte en una de sus sesiones públicas, por la visita del ministro de Relaciones Exteriores, por la presencia (en alguna de nuestras reuniones) del senador Volodia Teitelboim.

Esta intromisión le parecía abusiva y conculcatoria de nuestra libertad pese a que, por una parte, Volodia Teitelboim pertenece al Partido Comunista y, por la otra, no asistía a nuestras salas de trabajo en su calidad de hombre público sino en su calidad de miembro de la Sociedad de Escritores de Chile, de autor de libros y de lector de una ponencia que correspondía a nuestro temario.¹⁰

Castellanos reprochó el comportamiento de Carballo porque le pareció desproporcionado. Sin embargo, no hay que olvidar que *los* intelectuales solían dar muestras públicas de su posición política. Por lo tanto, la actitud del autor de *Protagonistas de la literatura mexicana* no era del todo inapropiada. En ese mismo grado, llama la atención que Castellanos haya considerado exhibicionista la sentida confesión de los escritores que, después de la partida del crítico tapatío, trajeron a colación las privaciones materiales, la persecución y el confinamiento carcelario del que fueron objeto por haber manifestado sus convicciones políticas

¹⁰ Rosario Castellanos, “Encuentro de Escritores: la vanguardia es el sitio”, en *Mujer II*, p. 338.

en sus respectivos países. A su modo de ver, sus confesiones insinuaban que, en el fondo, sentían la necesidad de justificar su oficio literario como si fuera una actividad política de menor envergadura que el activismo. Cuando, en realidad, era precisamente el uso de la palabra el que podía alcanzar tal efecto:

Si nos decidimos a seguir la vocación intelectual será a sabiendas de que nos granjearemos la antipatía de la plebe, la desconfianza de los poderosos, la irritación de los que medran en río revuelto. Mientras supongan que nuestra conducta es producto de un azar momentáneo se conformarán con repudiarnos como a inoportunos aguafiestas; pero cuando comprueben que nuestra actitud obedece a un propósito sistemático no tardarán en aparecer represalias más serias: la exclusión de la comunidad. Los medios para lograrla pueden ir de la simple expulsión de un círculo, de un partido, de una iglesia, hasta el destierro de un país o la muerte.¹¹

Insisto, a la luz de todos los riesgos que la poeta preveía en el cumplimiento de la misión del intelectual, se aprecia que, si desaprobó la necesidad de justificar el uso artístico de la palabra, es porque dicho uso no excluía la codificación de un mensaje de justicia y verdad: “Publicar un libro es un acontecimiento de resonancia mucho más limitada que la del periódico o la revista. Pero lo que se pierde en número de lectores se gana en su selección y, por otra parte, *el mensaje —siendo más exclusivo— es también más perdurable*”.¹² Ahora bien, tampoco debe olvidarse que, si bien Rosario Castellanos creía que el arte se alimentaba de la realidad y que el conocimiento de distintas disciplinas le permitía identificar y respetar las leyes del mundo que deseaba novelar, también creía que la ficción tenía un orden propio que no podía comprometerse ni a copiar la realidad, ni a difundir el

¹¹ Rosario Castellanos, “La misión del intelectual”, en *Ateneo de Chiapas*, núm. 7, 1957, p. 23.

¹² *Ibid.*, p. 22. Énfasis mío

credo político del escritor. Si así lo hiciera, cargaría a sus textos de doctrina política. Además, en la medida que un autor lograba elaborar una forma artística de alta calidad estética y un contenido de gran complejidad, podía ser crítico y autónomo.

Relacionados con la creación literaria, había otros medios adecuados para manifestarse políticamente, por ejemplo, la declaración que se emitió en el mismo Encuentro con el propósito de determinar el margen de actuación social del escritor latinoamericano:

El escritor escribe por una necesidad de creación imposible de satisfacer de otra manera. No puede prescribirse ni el contenido de su obra ni un lenguaje determinado para expresarlo. Porque la obra literaria, se lo proponga o no el escritor, constituye siempre un testimonio crítico.

El escritor se define políticamente en la medida que tiene existencia social. También lo hace por medio de su silencio o su ambigüedad. Esta definición no supone necesariamente una literatura de partido, la cual no agota por cierto el significado político de la obra literaria.¹³

Con base en esta declaración, me parece que hay que entender el perfil de intelectual-escritora de Castellanos, más allá de los modos políticos del intelectual mexicano. La calidad que a estas fechas había alcanzado la literatura latinoamericana les exigía a los escritores comprometerse mucho más con la forma. Entonces, la poeta, al igual que otros escritores latinoamericanos, creyó que el arte se debía, en primera instancia, a sí mismo. Ahora bien, esto no quiere decir que se abstuvieran de participar en los asuntos políticos e históricos que aquejaban a sus respectivas patrias. En consecuencia, se unió a los escritores latinoamericanos ahí presentes para decir: “Denunciamos no sólo las formas más

¹³ Rosario Castellanos., “Encuentro de escritores”, en *Mujer II*, pp. 340-341.

crasas de analfabetismo, sino también aquellas que se producen por involución”.¹⁴ Y al lado de ellos prometió: “En un orden afín de valores nos esforzaremos por derribar las barreras que impiden a nuestros pueblos conocerse de un modo cabal. Referida al libro, esta determinación significa luchar contra todo lo que obstaculiza su difusión y distribución, así como su libre circulación dentro y fuera de las fronteras de cada uno de nuestros países”.¹⁵

Su compromiso no se quedó en el papel: a su regreso a México, no se tardó en cumplir su promesa de luchar en contra de las prácticas que contribuían a enajenar la inteligencia de las masas y a desvirtuar la función educativa del libro. Es fundamental observar cómo pensó e intervino en ese aspecto, porque *sus diferencias con los intelectuales hegemónicos son las que más se relacionan con su falta de reconocimiento como intelectual dentro de su campo cultural*.

El 8 de noviembre, en su editorial “Los intocables: la burocracia nunca se equivoca”, señaló una serie de inconsistencias de funcionarios públicos amparados bajo la autoridad del escritor Martín Luis Guzmán. Primero, recalcó la desfachatez del autor de *La sombra del caudillo* de llamar a Edmundo O’Gorman y a Cosío Villegas “turistas de la historia”, sólo por haber hecho una “comedida sugerencia” a los contenidos de los libros de texto gratuito. Segundo, hizo énfasis en la prepotencia e hipocresía de un funcionario más interesado en defender la mediocridad de una institución que en procurar el patrimonio de la inteligencia:

[...] defiende a “los modestos autores que han tenido suficiente entusiasmo y valor para acometer la difícil empresa que tomaron entre manos”. [...]

La exaltación de la modestia de los autores revela, en el fondo, un profundo desprecio a los destinatarios del libro de texto. ¿Merecen algo más que la obra de un autor modesto? ¿No son, ellos

¹⁴ *Ibid.*, p. 341.

¹⁵ *Ibid.*

mismos, modestos también? ¿No se mantendrán, por los siglos de los siglos, dentro de esa condición? ¿Entonces a qué viene tanta alharaca? Ya es bien sabido que a caballo regalado...

Y no, si nos ponemos a considerarlo de un modo estricto, no es así. En primer lugar el caballo no es regalado: lo pagamos todos con nuestros impuestos ahora; lo pagarán más tarde, con un trabajo que rinda, los niños que hoy se educan en él.¹⁶

Sobre la base anterior, puede proponerse que, si en el transcurso de la década de 1960 la escritora elaboró una fuerte demanda en contra del autoritarismo, el chovinismo y la demagogia, en el umbral de 1970, se ocupó de indicar en dónde radicaban los poderes potenciales de los desprotegidos. O, dicho en el modo metafórico de la escritora, en dónde radicaban las posibilidades de los oprimidos para lograr que *amaneciera*. En esa medida, Castellanos fungió como una pensadora social; sin embargo, no se presentó como tal con el mismo aire de superioridad que caracterizó a la posición patriarcal del intelectual hegemónico. Dentro de su comprensión, lo importante era pensar, asimilar y transmitir cada problema desde su condición de ciudadana, escritora y mujer. A propósito de ello, recuérdese que, cuando recibió el Premio Trouyet, rechazó el protagonismo de *los* intelectuales y emitió su propia definición de intelectual:

Un intelectual debe servir a [la] sociedad dando un testimonio, lo más objetiva y veraz que las capacidades de cada uno se lo permitan, de una época y de sus circunstancias. Debe esforzarse porque se integre la conciencia propia, única vía de acceso a la conciencia de la colectividad. Debe enriquecer las posibilidades expresivas del lenguaje, para que el pueblo —de quien ese lenguaje es patrimonio— encuentre el vehículo adecuado para articular las metas históricas que persigue, los obstáculos con los que tropieza, los

¹⁶ Rosario Castellanos, "Los intocables: la burocracia nunca se equivoca", en *Mujer II*, p. 373.

triumfos de los que se enorgullece. Para que distinga y rechace la injusticia, para que ponga freno a la violencia, a la irracionalidad y al orgullo. Para que prefiera la belleza. Para que enuncie la verdad.¹⁷

Es fundamental tener presente esta concepción, porque muestra que la palabra es un arma capaz de influir en los ciudadanos para que actúen razonadamente frente a su realidad. Castellanos estaba convencida de que, si un intelectual se envanecía de sus conocimientos y se distanciaba desdeñosamente de su tiempo y de su espacio, esto tenía consecuencias negativas para su trabajo, porque: “En esta situación, dijo, la obra intelectual no tiene resonancia en cuanto al público, y en cuanto al intelectual, carece de profundidad y contenido”.¹⁸ Entonces, puede deducirse que, tal como rechazó el autoritarismo gubernamental, rechazó una especie de autoritarismo cultural. Al fin y al cabo, ambos contribuían a que se preservara el atraso social, histórico y económico.

Una prueba de que para ella el progreso social se relacionaba con la educación y la política se halla en su editorial del 13 de diciembre de 1969, titulado “La piedra en el zapato: el intelectual y la sociedad”. En éste, denunció la resistencia del vicepresidente de Estados Unidos, Spiro Agnew, a que los negros fueran instruidos en materias históricas y culturales de su raza, porque: “el ocio y el conocimiento conducen a la inconformidad”.¹⁹ Como puede apreciarse, la resistencia del funcionario estadounidense revela su preocupación de que se rompiera con un dogma. No quería que los negros se dieran cuenta de que no eran inferiores a los blancos, de que habían sido esclavizados injustamente durante siglos y de que no existían razones legales para seguir consintiendo un estado de vasallaje.

¹⁷ Rosario Castellanos, “Recibió el ‘Trouyet’ Rosario Castellanos”, entrevista hecha por s/a, en *Excelsior*, 21 de septiembre de 1967, p. 11-A.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Rosario Castellanos, “La piedra en el zapato: el intelectual y la sociedad”, en *Mujer II*, p. 386.

Obsérvese, además, cómo, en el ejemplo de Agnew, los campos de poder y cultural están relacionados, trabajan para un mismo fin: mantener en la opresión a los siempre vulnerados socialmente. Por lo tanto, es fundamental observar la misma relación en otros editoriales en donde la escritora expone que desde el campo de poder se ejercía: autoritarismo, demagogia y marginación, y, desde el campo cultural, autoritarismo o ninguneo. Mediante este examen, se podrán seguir identificando el orden en el que las diferencias entre Rosario Castellanos y los intelectuales hegemónicos impidieron su reconocimiento.

AUTORITARISMO, DEMAGOGIA, MARGINACIÓN, DENIGRACIÓN Y NINGUNEO:

ATENTADOS DEL CAMPO DE PODER Y DEL CAMPO CULTURAL

Durante la década de 1960 y el primer año de 1970, Castellanos publicó invaluable reflexiones acerca de los derechos conquistados por las mujeres. Inicialmente, el 15 de marzo de 1969, en el editorial “Cosas de mujeres: actividad y participación”, la escritora habló del difícil camino que sus compañeras tuvieron que sortear para alcanzar su emancipación. Recordó que, en México, ésta se logró debido a los méritos de las mujeres, y no a las manifestaciones de protestantes enardecidas. Respecto a por qué las mexicanas no se dieron el gusto de estallar enérgicamente, ofreció un amplio panorama histórico mediante el que pueden observarse las barreras que tanto el campo de poder como el cultural impusieron para conjurar el lucimiento de mujeres destacadas. Comenzó con el caso de Sor Juana Inés de la Cruz, de quien dio a entender que no fue el ingenio de la autora de la *Carta a Sor Filotea de la Cruz* el que triunfó ante la élite de su tiempo, sino la producción reverente de una poetisa al servicio de la corte la que sobrevivió a la censura de su época:

Sor Juana fue la primera en dar el ejemplo de cómo plegándose a las circunstancias será posible después operar sobre ellas y que quien gasta su pólvora en infiernos del desafío a las costumbres,

del desplante rebelde y de la lucha frontal contra una tradición ve disminuidas sus energías, que han de conservarse íntegras para el cumplimiento de la obra que es la que hace válido el desafío, confiere un sentido al desplante y a la lucha.²⁰

La genial monja jerónima no fue la única víctima de autoritarismo y marginación. Más adelante, cuando ateneístas, como Antonio Caso, facilitaron el acceso de las mujeres a la educación, las primeras profesionistas se enfrentaron a la rigidez de la sociedad mexicana: “¿quién iba a confiar un litigio a una mujer aunque ostentara el título de abogado”.²¹ La escritora respondió diciendo que, quizá, las primeras profesionistas supieron conciliar sus actividades profesionales con sus deberes domésticos, y que, tal vez, en un momento de urgencia, alguien recurrió a su saber.

Nótese cómo Castellanos, desde su posición de editorialista, fue oponiendo el esfuerzo de las mujeres contra la resistencia de la sociedad mexicana y de los campos cultural y político. Establecer ese panorama le sirvió para probar que sólo gracias a sus méritos las mujeres lograron obtener *un poco de aceptación*, lo cual no es lo mismo que decir que fueron respetadas y apreciadas ampliamente. Por ello, Castellanos mencionó dos hechos contrastantes que se estaban dando en los medios masivos de comunicación. Uno representaba un reconocimiento parcial: *Kena*²² —revista dedicada a las mujeres— inauguró, a partir de la década de 1960, el

²⁰ Rosario Castellanos. “Cosas de mujeres: actividad y participación”, en *Mujer II*, p. 250.

²¹ *Ibid.*, p. 251.

²² La revista *Kena* era toda una novedad en México; no se dedicaba nada más a publicar recetas de cocina. Fue la primera revista mexicana para mujeres que se proponía fomentar la educación de las mismas. Además de las secciones de moda y hogar, tenía un apartado dedicado a la difusión de la literatura. También, difundía noticias de mujeres que habían destacado en México o en el mundo en algún ámbito del conocimiento. En ella participaron asiduamente Guadalupe Dueñas, Margarita Michelena, Beatriz Espejo y Emma Godoy. Vale la pena decir que Castellanos no era la única mujer importante que había aceptado que su nombre apareciera en las páginas de la revista; también,

Premio de “La mujer del año”, con el que reconocía la incursión y el impacto de las profesionistas en distintas áreas del conocimiento.²³ En contraposición, el otro hecho manifestaba la tendencia a seguir *denigrando* a las más destacadas: en los periódicos de circulación nacional, se seguía poniendo en duda su ética política y se insinuaba que eran lacayas del poder. Así ocurrió con Luz María Díaz-Caneja, de quien la editorialista dijo:

Ha sido necesario que Luz María Díaz-Caneja haga una declaración pública de sus propósitos, de sus fuentes de ingresos, de sus antecedentes profesionales, de los nombres y capitales de sus socios, de los mecanismos de su organización, de los colaboradores a los que ha recurrido. Ha sido necesaria una declaración pública que apareció en las páginas centrales de una revista y en las de los diarios capitalinos de más amplio tiraje. Ha sido necesario, sí, ¿pero, será suficiente?²⁴

La pregunta quedó en el aire para que la respondieran los sectores a los que la editorialista quería apelar: la ciudadanía, los medios de comunicación y las autoridades. La intención de provocar una reflexión y una respuesta no quedó ahí; Castellanos insistió en retomar el tema de la emancipación femenina, pues en la práctica se demostró que los derechos concedidos a la mujer no

Leonora Carrington, Sofía Bassi, Paulina Lavista, Alaide Foppa y muchas otras mujeres destacadas colaboraron alguna vez para *Kena*.

²³ Este premio empezó a otorgarse en 1960 a las mujeres que contaban con méritos intelectuales y culturales que habían impactado positivamente la vida del país. Sólo para tener una idea de la calidad de las mujeres que —al igual que Rosario Castellanos— recibieron el premio, es preciso mencionar los nombres de Estela Barrera, directora de la Facultad de Odontología; María Lavalle Urbina, senadora; Ifigenia M. de Navarrete, directora de la Facultad de Economía de la UNAM, y Ana María Flores, directora de la Dirección General de Muestreo de la Secretaría de Educación Pública y asesora técnica de la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura).

²⁴ Rosario Castellanos, “Cosas de mujeres: actividad y participación”, en *Mujer II*, pp. 252-253.

se hicieron efectivos en la vida cotidiana. Por esa razón, replicó los discursos gubernamentales atinentes a ello. El 9 de agosto de 1969, la ensayista citó un fragmento del discurso del presidente del PRI, Alfonso Martínez Domínguez, quien, durante la Tercera Reunión Nacional de mujeres priístas, sostuvo:

[...] para el PRI los grandes problemas de la mujer mexicana han sido y son problemas de trabajo, de educación, de respeto auténtico en la vida diaria, de seguridad, de participación en la política, y todo se resume en uno solo: hacer que la mujer disfrute de los mismos derechos que el hombre, con reconocerle en plenitud, no sólo en palabras sino también en los hechos, en las leyes y en la vida cotidiana, su completa personalidad humana, su importancia en la economía, en las relaciones sociales, en la política y en el desarrollo de la cultura.²⁵

A Castellanos la propuesta le pareció plausible, pero no convincente. Advirtió que la elocuencia del político no indicaba cómo acabar con la fuerza de una costumbre que requería sólo a la mujer como servidora del hogar. Debió sospechar que sus palabras respondían a las necesidades o quejas de sus militantes. Por lo tanto, las palabras de Martínez Domínguez eran demagógicas. En ese sentido, no se pierda de vista que el título de este editorial indica la existencia de una trampa: “El queso y la ratonera: la emancipación femenina”. Tampoco se pierda de vista que el PRI quedó bien ante la población femenina cuando aceptó otorgarle el voto.²⁶

²⁵ Alfonso Martínez Domínguez en Rosario Castellanos. “El queso y la ratonera: la emancipación femenina”, en *Mujer II*, p. 325.

²⁶ En opinión de Enriqueta Tuñón, las mujeres quedaron eternamente agradecidas con el PRI y con Adolfo Ruiz Cortines después de que les fue otorgado el voto. No contaron con que este presidente las veía como un medio eficaz para elevar su popularidad y aceptación. En realidad, no las creía actores políticos trascendentales, las creía actores sociales necesarias para cuidar de la familia. *La lucha por la ciudadanía de las mujeres en México*, conferencia,

En otro orden de ideas, vale la pena seguir pensando por qué, aun cuando a Castellanos le pareció demagógico el discurso del priísta, lo calificó como *plausible*. Lo hizo así porque Martínez Domínguez tuvo la capacidad de admitir que, con todo y la emancipación femenina, el hogar seguía siendo un espacio no alcanzado por la ley. Por esa misma razón, la escritora decidió tratarlo como un asunto de interés nacional y lo discutió en las páginas de *Excelsior*.

El 5 de abril de 1969, amplió ese asunto en el editorial “De los quehaceres domésticos: la atrofia de la inteligencia”. Básicamente, se quejó de un estado de servidumbre que afectaba el juicio crítico de las mujeres en todos los planos. Quizás el mensaje no fue tomado con la seriedad esperada por ella, pues, aunque las observaciones de Castellanos eran agudas, las pronunció con un tono desembarazado —un tono no acostumbrado por la élite cultural para expresar un tema serio—. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que ese tono es parte de un artificio y que, sólo en apariencia, la escritora antepuso su posición de esposa y ama de casa a su papel de intelectual:

[...] recuerdo que en los ya lejanos tiempos de mi soltería deseaba casarme —como cualquier mujer, lo acepte o no, lo confiese o lo niegue—, entre otras razones que son las tradicionalmente consideradas como válidas, por algo que me parecía muy importante: averiguar cuáles eran los asuntos de los que trataban las matronas en sus conciliábulos secretos cuyo acceso estaba prohibido para las no iniciadas. Y la única iniciación posible era, ay, el sacramento del matrimonio.

Contraí, pues, como dicen los cronistas de sociales, nupcias e inmediatamente me las ingenié para asistir a una reunión de señoras [...]

*El núcleo de intereses de estas mujeres en la plenitud de sus funciones biológicas y en el perfecto equilibrio de su situación social era, naturalmente, la familia compuesta —en términos generales— por el marido, los hijos y la servidumbre.*²⁷

En el fragmento anterior, se nota que la escritora comenzó expresándose de un modo personal, pero después adoptó una postura crítica y se separó de su objeto de estudio: habló en tercera persona de mujeres que se definían nada más a partir de su realización biológica y social; mujeres semejantes a las conceptualizadas por filósofos como Schopenhauer, quienes no rompían con la regla de que el hogar era el hábitat de la mujer; mujeres de las que Castellanos se distanció. ¿Por qué se separó de ellas? ¿Acaso esa era su manera personal de despreciarlas? No las despreció, más bien, por razones de preparación y oficio, mediante la distancia, quiso dar a entender que había algo más para las mujeres fuera del ámbito doméstico. Luego, volvió a integrarse a ellas desde su voz de ama de casa. Dijo que, con las múltiples tareas del hogar: “Llega un momento en que se hace una especie de vacío en la cabeza y se empiezan a ejecutar movimientos automáticos y sin sentido”.²⁸ Véase que, con esta declaración —en apariencias, inopinada—, Castellanos hizo una sugerencia que contravenía las afirmaciones de los sabios: negó que el espacio propio de la mujer era el hogar.

Esta forma de pensar sobre la condición femenina debió ser exclusiva de ella y completamente ajena a la de los intelectuales. La mayoría de ellos, al asimilar su cultura patriarcal, no imaginaba los deberes domésticos como actividades perjudiciales para la inteligencia femenina. Tal vez, los más ortodoxos siguieron creyendo que las mujeres no estaban dotadas de inteligencia.

²⁷ Rosario Castellanos, “De los quehaceres domésticos: la atrofia de la inteligencia”, en *Mujer II*, p. 258.

²⁸ *Ibid.*, p. 260.

¿Cuál es la consecuencia de que los intelectuales hegemónicos las hayan ninguneado? Que, al omitir los problemas femeninos de sus reflexiones, la élite cultural contribuyó a que no se tomaran en cuenta las demandas de las mujeres. Y, en la medida en que los intelectuales mexicanos no le sugirieron al campo de poder que había necesidades sociales urgentes y serias por parte de la mitad de la población, el campo de poder tampoco tuvo la capacidad de entender la importancia del problema.

UNA FORMA FEMENINA DE SER INTELECTUAL

Es necesario volver a detenerse a considerar la visión de mundo y la condición de género de Rosario Castellanos en la definición de su perfil intelectual, pues estos atributos repercutieron en la forma y el contenido de sus editoriales, los cuales se distinguen política y estéticamente de los de los intelectuales connotados. Castellanos siempre se empeñó en recordar a la población olvidada por el discurso histórico y político nacional oficial. Cuando digo siempre, no lo hago hiperbólicamente para ponderar el compromiso de la escritora con los desprotegidos; lo hago para remitirme a la edificación constante de un pensamiento sólido. En ese mismo orden de ideas, es importante decir que, entre la escritura de *Sobre cultura femenina* y de *Mujer que sabe latín...*, Castellanos desarrolló un proyecto centrado en las mujeres y la cultura. Tocante a esto, Eduardo Mejía —el responsable de reunir y recopilar los ensayos de *Declaración de fe. Reflexiones sobre la situación de la mujer*— declaró:

No abandonó el tema aunque *Sobre cultura femenina* no volvió aparecer en ninguno de sus libros posteriores [...] Acometió de nuevo el asunto en un ensayo sin título definitivo (que es el actual volumen, al que hemos titulado casi como uno de sus poemas definitivos, “Apuntes para una declaración de fe”) en el que no sólo insistía en su tesis que, según sus palabras, revisa “Los móviles

espurios por los cuales una mujer se dedica a actividades tan contrarias a su fisiología”.²⁹

Seguramente, la escritora no quedó satisfecha con la imagen que tuvo que proyectar acerca de las mujeres. ¿Por qué no? Porque las fuentes que consideró fueron las que tuvo más a la mano: las de filósofos que, de un modo determinista y basados sólo en datos “fisiológicos”, proclamaron la deficiencia mental de las mujeres. En ese entonces, el único recurso retórico que la joven poeta usó para denotar su divergencia con ellos fue el de la ironía. Más adelante, la lectura de *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, la alentó a retomar la discusión. Prueba de ello es que, cuando el Centro Mexicano de Escritores le concedió a Castellanos una beca de creación literaria, se comprometió a desarrollar la investigación titulada “La mujer y la cultura en México”.³⁰ Las tareas que prometió llevar a cabo son semejantes a las efectuadas por la francesa: *a)* resumir las definiciones clásicas y tradicionales de lo femenino identificadas con la naturaleza y la pasividad; *b)* pensar cada una de esas definiciones a la luz de la economía, la política y la sociedad; *c)* discutir estereotipos, como los propuestos por Schopenhauer, que determinaban que las mujeres eran útiles para el hogar y estaban impedidas para desarrollar tareas de la inteligencia; *d)* enfocar el problema como un asunto histórico, y *e)* centrarse en la historia de las mujeres mexicanas para hablar de sus oportunidades culturales y de sus áreas de aprovechamiento.³¹ Si pensamos que el contenido de los últimos incisos prometidos es similar al de los capítulos que integran *Declaración*

²⁹ Rosario Castellanos, *Declaración de fe. Reflexiones sobre la situación de la mujer en México*, México, Alfaguara, 2012, p. 10.

³⁰ Véase CME, Exp. 45.

³¹ Véase *ibid.* Cabe aclarar que resumí y cambié el orden de los incisos que originalmente aparecen en el expediente, con el objetivo de no abusar del recurso de las citas extensas. La lógica que seguí para resumirlas fue apuntar sólo la actividad que se propuso realizar y quitar la explicación del porqué, y de la enumeración eliminé el primer inciso, pues me pareció un dato perteneciente a

de fe y que el último ensayo de los recopilados en este volumen data de 1959, podemos darnos idea de cómo fue madurando el problema de la mujer y la cultura en México en el pensamiento de Rosario Castellanos. La relevancia de pensar en ese proceso es, en primera instancia, registrar un indicio de que Castellanos jamás tomó como moda el asunto, y, en segunda, proponer que, durante toda la década de 1950, se mantuvo pensando en momentos, circunstancias y personajes femeninos que le fueron aclarando la historia de las mujeres en México.

Entonces, para la década de 1970, Rosario Castellanos poseía un panorama muy claro de las adversidades que las mujeres cultas tuvieron que sortear para acceder a la cultura e intervenir frecuentemente en su producción, tanto en el mundo como en México. En relación con esto, el 3 de mayo, decidió escribir acerca de “Una sibila española: doña María de Zayas y Sotomayor”. En ese texto, que puede ser leído desde un punto de vista literario o desde una perspectiva social, cultural y legal, Castellanos se admiró del problema de la condición intelectual de la escritora madrileña, quien, por los escasos datos que dejó acerca de su vida personal, pareciera que quería ser reconocida únicamente como mujer de letras:

Cómo si habiendo hecho profesión de vida intelectual se hubiese despojado, tan completamente, de la conciencia de su cuerpo, del cultivo de sus sentimientos, de los cuidados que se deben al carácter que todas estas partes de su persona acabaron por convertirse en atributos invisibles para los demás que sólo alcanzaban a contemplar su cabeza paralizante de Medusa.³²

una generalidad. Por eso, los incisos conservan la misma cohesión y coherencia que tienen en el proyecto presentado por Castellanos.

³² Rosario Castellanos, “Una sibila española: doña María de Zayas y Sotomayor”, en *Mujer II*, p. 467.

Me parece importante el hecho de que Castellanos haya connotado la incorporación de María de Zayas a las letras como una especie de sacerdocio. Curiosamente, profesarlo no implicó un ascetismo en el que la española se desprendiera de sus atributos seductores para presentarse ante Dios y ante los hombres colmada de inocencia; se trata de un ascetismo “maligno” que conlleva una metamorfosis defensiva, en donde Zayas esgrimió la calidad de sus ideas, con el objetivo de ingresar y mantenerse en el respetable mundo literario de los hombres. En ese aspecto, llama la atención que, aunque Castellanos solía aprovechar cualquier oportunidad para resaltar su condición femenina, comparó con la española algunas de sus petrificantes propuestas y las introdujo con un planteamiento revelador:

El hombre es el enemigo ¿natural? —sería cosa de averiguarlo— pero enemigo social, indudablemente. Y hasta ahora ha sido el vencedor de todas las batallas y, a través del instrumento de

los vanos legisladores del mundo, ata nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con nuestras falsas opiniones, pues nos niegan letras y armas. ¿Nuestra alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo ¿quién obliga a los nuestros a tanta cobardía? Yo aseguro que si entendierais que también en nosotros había valor y fortaleza no os burlaríais como os burláis; y así por tenernos sujetas desde que nacimos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con temores de la honra y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas, ruelas y por libros, almohadillas.³³

Si Castellanos recuperó la denuncia de que el confinamiento de la mujer en el hogar favorecía su condición de sierva, fue porque las imposiciones sociales hacia las mujeres no cambiaron

³³ *Ibid.*, p. 468.

sustancialmente del siglo xvii al xx. Tan es así, que las posibilidades de desarrollo para la mayoría de las mexicanas no se extendían más allá del hogar, la crianza de los hijos y el cuidado de la honra. Tomando en consideración que los hombres eran los autores de esas restricciones, Castellanos los llamó enemigos sociales.

Es importante mencionar que ésa no fue la única vez que los describió así. El 17 de junio de 1970, en el editorial “Lecturas para mujeres: queredlas cual las hacéis”, volvió a dibujarlos como adversarios. Para ello, adoptó los versos de la monja jerónima, pero cambió sustancialmente el mensaje. ¿Cómo? Sustituyendo el plano amoroso por el cultural. De esa manera, al eliminar de la frase el plano amoroso, desechó la idea de que el hombre es el dueño del porvenir de la mujer. Y, al agregar el plano cultural, afirmó que el hombre decretaba la inferioridad intelectual de la mujer, por lo que solía destinarles lecturas “de una limitación y de una monotonía atroces”.³⁴

Ahora bien, cuando Castellanos hizo a un lado el plano amoroso, no quiso decir que, para ella, el cuerpo de la mujer careciera de importancia y significado en relación con el del hombre. Al contrario, la definición de mujer basada en su anatomía la ocupó con frecuencia. Primero, porque el cuerpo femenino estaba involucrado directamente con la conceptualización del término *mujer*. Segundo, porque el hombre era el único autorizado socialmente para conocerlo teórica y prácticamente. De ahí que a Castellanos le pareciera grave que a sus compañeras de sexo no se les dieran los medios para tener conciencia de cómo las habían concebido la historia y la sociedad patriarcales.

Con el fin de resarcir esa grave laguna cultural y social, el 8 de agosto de 1970, Rosario Castellanos escribió el editorial “Mujer que juega fútbol...: o la belleza como parálisis”. Recuperó el molde del viejo refrán machista “Mujer que sabe latín... no tiene marido ni buen fin”, pero le dio un sentido bifronte. La primera

³⁴ Rosario Castellanos, “Lecturas para mujeres: queredlas cual las hacéis...”, en *Mujer II*, p. 599.

frase del enunciado le sirvió para reproducir los juicios de una sociedad machista que se hizo escuchar mediante el reportero Luis Gutiérrez y González, quien afirmó que la liga futbolista femenil constituyó un fenómeno “antiestético y antifemenino”.³⁵ En ese caso, la segunda frase le sirvió para valorar ese modo de pensar: “Lo interesante del punto de vista de Gutiérrez y González es que sigue una ortodoxia muy estricta y se ciñe a la más milenaria de las tradiciones, según la cual el cuerpo femenino, para encarnar el más modesto de los ideales estéticos, tiene que ser un cuerpo inmóvil, paralítico, inerte”.³⁶

En respuesta a esa obsoleta forma de categorizar lo estético y lo femenino, Castellanos recordó un par de imposiciones de la moda en donde lo bello revelaba que la mujer era objeto de opresión, no de adoración. Se acordó de las características de los incapacitantes zapatitos que usaban las mujeres en China, y de la obesidad como un signo de primor femenino en algunos pueblos árabes, holandeses y latinoamericanos. Esos ejemplos le bastaron para dar a entender que lo promovido como hermoso y como femenino aspiraba a preservar métodos efectivos de sometimiento:

¿Por qué esta figura sedente o yacente fascina al hombre y por qué la otra, dinámica, activa, lo escandaliza y lo espanta? Porque en la primera ve un trozo de mineral, o cuando mucho de vegetal, que está allí. Que no va a escapar si el hombre quiere convertirla en su presa y que no va a tomar la iniciativa de una conquista que al hombre puede no interesarle o puede no acertar a evadir.

Pero, sobre todo, porque una mujer que ignora cuáles son los mecanismos de su fisiología tanto como las configuraciones de su anatomía está incapacitada para usar su cuerpo, que sería —literalmente— el primer paso a la independencia, al dominio de sí misma. Adueñarse del instrumento inmediato gracias al cual entramos en contacto

³⁵ Rosario Castellanos, “Mujer que juega fútbol...: o la belleza como parálisis”, en *Mujer II*, p. 541.

³⁶ *Ibid.*, p. 541.

con lo que nos circunda y lo conocemos y lo utilizamos, adueñarse de su propio cuerpo mediante ejercicios adecuados, alcanzar la destreza, la agilidad son esencialmente para el desarrollo de la personalidad de cualquiera de los niveles que quiera considerársele: el intelectual, el volitivo, o aun el de la mera plenitud física.³⁷

En el fragmento anterior, se aprecia que a Castellanos no le preocupó exclusivamente la crítica machista hacia las futbolistas. En el fondo, quiso aprovechar ese ejemplo para discutir las definiciones existentes en torno a lo bello y a lo femenino. Pero, sobre todo, quiso rechazar una forma de opresión y sugerir que el cuerpo de una mujer tenía todas las capacidades para desarrollar su inteligencia y ejercer su libertad.

En suma, la continua reflexión de Castellanos sobre las mujeres en México y el mundo, sus observaciones acerca de María de Zayas y la resignificación de los versos de Sor Juana y de los adagios populares muestran un pensamiento que reconstruyó y relejó el pasado, explicó el presente y exigió un mejor futuro para las mujeres. En ese sentido, la escritora mexicana puede adscribirse a un linaje de mujeres intelectuales.³⁸ En cambio, si tomamos en cuenta que el intelectual mexicano sólo era reconocido

³⁷ *Ibid.*, p. 543. Énfasis mío.

³⁸ En las últimas tres décadas se ha notado en las investigaciones acerca del ensayo femenino y acerca de la participación de las mujeres en la historia de México una tendencia a denominar intelectuales a las mujeres. Esta tendencia apenas se empieza a justificar conceptualmente, pues ya no es posible seguir manteniendo en el olvido la incursión de la mujer en la literatura, la política, la diplomacia y el periodismo en México y en toda América Latina. Si se quiere mayor información al respecto, véase Morales Faedo, *Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen en el canon del siglo xx*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Biblioteca Nueva, 2015; Julia Cuervo Hewitt. "Las huellas de Sor Juana Inés de la Cruz en la obra de Rosario Castellanos", en *Romance Notes*, vol. 53, núm. 2, 2013, pp. 135-143, y Kelly Drumright, *Ser intelectual: Sor Juana Inés de la Cruz, Rosario Castellanos y Rosario Ferré ante el feminismo latinoamericano*, tesis, Boulder, Universidad de Colorado.

como tal si tenía presencia pública y era consagrado por las élites culturales y de poder, es preciso volver a examinar el reconocimiento que tuvo Rosario Castellanos, pero, ahora, después del movimiento estudiantil de 1968.

UNA ESCRITORA “CON GUARDARROPA MUY SURTIDO DE PANTALONES”

Desde 1969, año en que la revista *Kena* le otorgó a Rosario Castellanos el Premio de “La mujer del año”, se extendió su fama ante el público femenino de la clase media. En consecuencia, el Centro Nacional de Productividad la invitó a exponer en el ciclo de conferencias referentes a la participación de la mujer mexicana en el desarrollo de su país. ¿Qué representó esta invitación en términos políticos? ¿Que la élite gubernamental, a través de una de sus instituciones, impulsó sus ideas vanguardistas en materia de género femenino? A decir de la escritora, ella no podía ser admirada por una causa que sinceramente no le preocupaba a nadie:

[...] aunque yo siempre esté puestísima para describir cuadros de costumbres y para defender la causa del feminismo, única por la cual estoy dispuesta a arrostrar el ridículo. (Quizá porque es la única en México que se paga con la especie del ridículo porque *nadie* la toma en serio entre sus opositores. Todas las otras causas en México se toman con un espíritu de seriedad mortal).³⁹

Cuando dijo *nadie*, en definitiva, debió pensar en el campo de poder que sólo les hacía caso a los colectivos de mujeres cuando así convenía a sus intereses proselitistas; pero, también en los intelectuales que —como ha quedado dicho— jamás se pronunciaron para discutir acerca de los problemas que aquejaban a las mujeres.

³⁹ Rosario Castellanos. “El derecho a la información: ¿quién manipula nuestra conciencia?”, en *Mujer II*, p. 549.

En términos políticos, invitar a Castellanos implicaba darle voz a una pensadora auténtica que traía a colación una serie de demandas sentidas y legítimas. Con su participación —aunque nada fuera más ajeno a sus propósitos—, contribuía a darle consistencia a la apariencia revolucionaria y democrática que el gobierno quería proyectar de sí mismo. Finalmente, el gobierno —lo quisiera o no— tenía que quedar bien ante una población femenina que ya contaba con el poder de elegir a sus dirigentes políticos.

Castellanos tenía conciencia de esa actitud tramposa y de sus mecanismos; por ello, aprovechó su espacio editorial para quejarse de que se quisiera manipular la conciencia de las y los mexicanos. No por casualidad, empezó su texto recordando una versión de la Revolución mexicana expuesta por una de las participantes del ciclo de conferencias: “Marta Andrade del Rosal hablaba de las actividades cívicas de las agrupaciones femeniles, de la conquista y del ejercicio del voto de la mujer ‘como uno de los modos con que la Revolución pagó la deuda que tenía con ella’”.⁴⁰ Castellanos no se detuvo a explicar lo que había de cuestionable en esta declaración; enseguida, mencionó que las palabras de Andrade del Rosal fueron precedidas por una discusión tocante al control de natalidad y al de los impedimentos para tratar un tema de interés nacional en los medios masivos de comunicación. Ante la censura, su crítica fue muy directa: “Por favor señores (me refiero a los que manejan los programas de radio y televisión), ¡qué clase de auditorio creen ustedes que es al que se dirigen? ¿Un conjunto de tarados que han formado un hogar y procreado una familia sin darse cuenta de lo que hacían como en estado de trance o de sonambulismo? Concédanles, al menos, el beneficio de la duda”.⁴¹ Véase cómo pasó Castellanos de un tema a otro: del ninguneo al feminismo, a un problema de carácter “familiar”. Pongo entre comillas la palabra “familiar” porque, en opinión de la escritora, el control de natalidad no era

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 549-550.

⁴¹ *Ibid.*, p. 551.

un asunto de carácter íntimo, sino un conjunto de conocimientos y medidas que repercutían en la estructura social nacional.

Una crítica tan enérgica como la de Rosario Castellanos no podía dejar de ser reconocida en el ámbito político, menos aun en una década en la que la mujer era una colectividad política decisiva como sujeto social y político emergente. Y, sobre todo, no podía pasar desapercibida porque cuando Rosario Castellanos decía: mujer, hogar o familia, decía patria. Es decir, cuando afirmó que al hombre y a la mujer se les trataba como un par de tarados, en realidad sostuvo que a todos los mexicanos se les trataba así. Sobre esta base, la editorialista fue cada vez más lejos. Me atrevería a anticipar que, cada ocasión que acusó la voluntad del gobierno de mantener al pueblo mexicano en la ignorancia, tuvo la intención de aseverar que ésa era una de las formas con la que un gobierno autoritario, demagógico y corrupto garantizaba su impunidad.

Existen indicios de que, por los contenidos de sus editoriales, Rosario Castellanos comenzó a convertirse en una intelectual incómoda. El 10 de enero de 1970, en su texto “Temas y temores: en torno a una página en blanco” manifestó, ante sus lectores, la incompatibilidad que existía entre sus objetivos periodísticos (tratar temas de interés general y desembocar en cambios y proposiciones) y los secretos que desde el Estado se imponían para que ni los periodistas ni nadie aclarara las conflagraciones universitarias de 1966 y 1968:

Y porque no puedo acabar de entender ni acierto a averiguar a quién beneficia el que los jóvenes cierren los libros y los usen como proyectiles contra una sociedad a la que califican de corrompida y de injusta; y porque todavía no veo con claridad quiénes movieron los hilos para que se rompiera, de una manera tan brutal, el orden académico de 1966 y cayera el doctor Ignacio Chávez que estaba investido legalmente de la autoridad de rector, y porque no sé quiénes atizaron el fuego en las conflagraciones de 1968 para que alcanzara las proporciones casi catastróficas que alcanzó; y no sé

quiénes están moviendo el agua ahora para que en ella se anegue lo último que nos es más precioso: la autonomía. Por eso, porque estoy harta de dar palos de ciego, me callo. Porque no quiero hacerles el caldo gordo a los enemigos de la Universidad y de lo que ella representa.

¿Y si es callándome como engordó el caldo de...? Basta, que no me voy a quebrar de sutil. En boca cerrada... Y si la abro será para decir lo que usted ya sabe: que si los dinosaurios y que si el fariseo y que si otros poemas breves. *Pero conste que se lo advierto. Concédame usted, a cambio, el beneficio de la duda entre si obro por prudencia o por frivolidad.*⁴²

En el fragmento anterior, se aprecia la resistencia de la escritora a abstenerse de preguntar: ¿quiénes promovieron los desórdenes estudiantiles en la década de 1960?, y ¿a quién benefició que se pusiera en duda la capacidad de la Universidad de autogobernarse? Sus planteamientos demuestran que los problemas en los que centró sus reflexiones eran incómodos para el gobierno, pero, además, muestran algo más importante: su intención de no dejarse corromper por un sistema que imponía el silencio. Por ello, aunque señaló que se encontraba en un dilema: callar o pronunciarse, no tardó en resolver su conflicto. El 17 de enero de 1970 en el editorial “De la magia a la razón: la palabra como instrumento”, manifestó su determinación de seguir pronunciándose. Pero, antes de hacerlo, representó como *magia* al espíritu autoritario que impedía la generación de información veraz acerca de acontecimientos concretos:

Nos enteramos siempre de los hechos consumados: consumados frente a nosotros, sobre nosotros, con nosotros, sin nosotros. No se nos revelan jamás las causas de esos hechos ni su proceso de gestación. Esas causas, ese proceso no son un enigma pero su

⁴² Rosario Castellanos, “Temas y temores: en torno a una página en blanco”, en *Mujer II*, pp. 400-401.

conocimiento es un monopolio. *Los que lo detentan constituyen la élite del poder.* Y los demás constituimos lo que llamaba el doctor Angélico la masa de perdición.

El *tapadismo* opera en todos los niveles, no sólo en el de la elección presidencial, y en todos los momentos, no una vez cada seis años.⁴³

La idea de *magia* anotada en el título del editorial concuerda perfectamente con lo expresado en la cita anterior, pues se trata de un fenómeno misterioso. Pero, además, de un conocimiento fuera del alcance de los ciudadanos, y accesible sólo a la élite del poder. En ese marco circunstancial, la única resolución que podía tomar Castellanos ante su dilema estaba asociada con el periodo de transición presidencial y con la actuación activa de la ciudadanía: “Es preciso seguir haciendo uso de la palabra si alguna vez queremos que se rompa el círculo de la magia y que advenga la edad de la razón”.⁴⁴

¿A qué le llamó *edad de la razón*? En el último ensayo de *Declaración de fe*, titulado “La mujer en la época actual”, la ensayista manifestó que la cultura mexicana promovía una educación en la que la madre le prodigaba al hijo varón una serie de mimos y cariños exagerados para mostrarle una actitud sumisa; en cambio, a sus hijas les daba un trato tan sádico que las preparaba para asumir *siempre* una actitud de abnegación. A esta “virtud”, cultivada por la familia y mantenida con celo por el gobierno reaccionario, Castellanos la presentó como nociva para el porvenir nacional: “México no podrá ser nunca una nación grande mientras la constituyan niños que no se deciden jamás a dejar de serlo para convertirse en hombres y mujeres con complejo de alfombra”.⁴⁵ Entonces, identificó la minoría de edad en las actitudes

⁴³ Rosario Castellanos, “De la magia a la razón: la palabra como instrumento”, en *Mujer II*, pp. 402-403. Énfasis mío.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 405.

⁴⁵ Rosario Castellanos, *Declaración de fe...*, p. 119.

de inseguridad del mexicano. Así, dio a entender que —según su pensamiento— el mexicano no nacía esencialmente pusilánime, se hacía pusilánime debido a la educación que se le proporcionaba en el hogar. También insinuó que el sistema laberíntico en el que se imaginaba al mexicano tenía una salida, la cual requería que los ciudadanos dejaran de percibir y de tratar a la autoridad como a un ídolo. Sólo de esa manera, México lograría convertirse en una *nación grande*.

El 13 de junio de 1970, a propósito de la ceremonia del “Día de la libertad de expresión”, retomó el problema de la falta de firmeza de los mexicanos, pero se enfocó en el temor de los periodistas de hacer uso de la palabra. De ahí que comenzara diciendo que la libertad de expresión garantizada en la Constitución no se cumplía: “Porque esa libertad, como todas las otras es un hábito que se perfecciona con el ejercicio”.⁴⁶ Nótese cómo en esa afirmación encerró un desafío que no involucraba esperar a que el Estado se volviera flexible. De hecho, ni siquiera lo identificó como el principal causante de que los periodistas no se manifestaran: “Si lo único temible fueran las represalias del poder el problema no sería tan grave ni tan complejo”.⁴⁷ El ejemplo de que la libertad de expresión era un ejercicio —incluso en un Estado represor—, Castellanos lo reconoció en escritores que, como Mariano José de Larra y Bertolt Brecht, supieron hacer uso de las argucias para no despertar la saña de los censores. Pero la argucia, en opinión de Castellanos, no podía cultivarse sin convicción, valentía e inteligencia:

[...] no hay terreno neutral. Si se describen costumbres automáticamente se les exalta o se les ridiculiza. [...]

Libros, cuadros, películas. El aplauso o la rechiffa que les dediquemos nos harán merecedores del título de esnobs o de cursis. ¿Vamos a emprender el ataque contra los molinos de viento de un

⁴⁶ Rosario Castellanos, “Libertad y tabú: los límites de un derecho”, en *Mujer II*, p. 490.

⁴⁷ *Ibid.*

gusto deleznable pero admitido y practicado durante siglos para ver si acertamos a lograr que acepten objetos cuyo valor no nos haría poner la mano en el fuego? ¿Vamos a equivocarnos teniendo el mundo por testigo? ¿No sería más cómodo consumir nuestra ración de error en la intimidad? [...]

La mordaza nos la ponemos nosotros mismos. Nuestra recompensa es un riesgo no corrido. Y nuestro remordimiento será un juramento quebrantado.⁴⁸

El tono empleado por Rosario Castellanos para dirigirse a la prensa era el de una autoridad. Es importante enfatizar el valor que se dio a sí misma y el que intentó infundir en los demás, aun cuando no pertenecía ni a la aristocracia cultural ni a la intelectualidad hegemónica independiente. La valentía de Rosario Castellanos no pasó desapercibida. El 12 de abril de 1970, Abel Quezada Calderón —el respetado colaborador y caricaturista de *Excelsior*— sugirió que Rosario Castellanos era una candidata meritoria al puesto de rectora de la UNAM, debido a que tenía “un guardarropa mejor surtido en pantalones que muchos hombres”.⁴⁹

Castellanos respondió al elogio de Abel Quezada con un editorial en donde se caricaturizó a sí misma, lo tituló “Para Abel Quezada: autorretrato con maxifalda”. Ahí, redujo su importancia narrando algunas “proezas” personales: “a la temprana edad de veintidós años prendí mi primer cerillo con el aplauso general de la concurrencia”;⁵⁰ y sobredimensionó sus miedos recordando la ocasión que imaginó que se estaba ahogando: “Había llegado al límite de la asfixia cuando sentí que una mano humana me sacudía el hombro preguntándome qué me pasaba. Abrí los ojos y, oh, sorpresa. La ola me había arrastrado pero a tierra y yo había

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 492-493.

⁴⁹ Rosario Castellanos, “Para Abel Quezada: autorretrato con maxifalda”, en *Mujer II*, p. 454.

⁵⁰ *Ibid.*

vivido mi odisea retorciéndome en la arena y rodeada de un público estupefacto”.⁵¹

Llama mucho la atención que Castellanos, una escritora capaz de comportarse como una autoridad, al saber de un elogio público dedicado a ella no respondiera con la actitud propia del intelectual hegemónico: con el aire de solemnidad, grandeza y naturalidad propia de los triunfadores. ¿Por qué se mofó públicamente de su valentía? ¿Acaso se menospreció?

¿DEFINICIÓN O AUTONINGUNEO?: ¿POR QUÉ AUTORRETRATO CON MAXIFALDA?

Roderic Camp afirma que los intelectuales han escrito sobre sí mismos más que cualquier otro grupo de la cultura occidental.⁵² Con el objetivo de entenderlos, el investigador estadounidense observó la *percepción que tenían de sí mismos, de su papel en la sociedad y de su relación con el Estado*. Por lo tanto, en la valoración del perfil intelectual de Rosario Castellanos y de su reconocimiento, es indispensable analizar cómo se percibió.

Primero que nada, debe aclararse que, si bien la escritora acostumbraba reírse de sí misma, no permitía que la ofendieran públicamente, y mucho menos que dañaran su imagen pública. Prueba de ello es su editorial “La imaginación al poder: ¿amanuenses dóciles?”, del 9 de mayo de 1970, en el que contestó al siguiente comentario de Emmanuel Carballo:

Nuestra literatura carece de genios y tiene una especial capacidad para producir escritores, a escala del idioma, de segunda a tercera categoría. Eso sí, muy diestros en el oficio, muy susceptibles al halago, muy provincianos y muy aburridos.

No escriben para ser famosos sino para que los opulentos los ocupen como amanuenses. Dóciles hasta decir basta, la gran

⁵¹ *Ibid.*, p. 456.

⁵² Véase Roderic Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 11.

misión de su vida consiste en ser diputados o senadores, ministros, diplomáticos, funcionarios de primera, publicistas o gentes de cine y televisión. Escriben para dejar de escribir. Tienen vocación de asalariados, de burócratas, de secretarios particulares de políticos en plena bonanza.⁵³

Evidentemente, la escritora reprobió el juicio que Emmanuel Carballo publicó, justo dos días antes, en *Excelsior* porque, en su opinión, escritores tan destacados como Juan García Ponce, Emilio Carballido y Ricardo Garibay jamás habían dado muestras de escribir para alcanzar altos puestos burocráticos. Ella, por ser parte de la comunidad de las letras mexicanas, asumió la voz de todos con un sentido irónico: “Ahora que Emmanuel Carballo ha puesto en evidencia los mecanismos ocultos de nuestra literatura, pugnemos porque se extinga la especie hipócrita del escritor y que surja, esplendoroso, el hasta ahora inhibido y vergonzante hombre de acción y de rapiña”.⁵⁴

Como puede apreciarse, el juicio de Carballo trataba de desvirtuar los principios que guiaban la escritura de la chiapaneca: articular un discurso objetivo, veraz y original sobre México y su historia para servir a la sociedad y discutir con el discurso oficial. Por tanto, respondió sin temor al juicio denigratorio de un crítico con poder de influencia en el campo intelectual. Sobra decir que Castellanos se defendió sin una sociedad de bombos mutuos que la respaldara, con un valor alentado sólo por su convicción, pues, de alguna manera —al igual que las precursoras intelectuales de las que hablé en el primer capítulo—, no tuvo seguidores. Ténganse en cuenta la manera en la que se refirió al impacto que tenía en su campo cultural:

⁵³ Emmanuel Carballo en Rosario Castellanos, “La imaginación al poder: jamanuenses dóciles?”, en *Mujer II*, p. 470.

⁵⁴ Rosario Castellanos en *ibid.*, pp. 472-473.

Con ocasión del jubileo conmemorativo de los cincuenta años de vida profesional del doctor Ignacio Chávez ha vuelto a ser tema de reflexión y de comentario. Y como entre el coro de alabanzas que ahora se suscitan a su alrededor yo no quiero que falte mi voz (*aunque sea insignificante e inaudible será siempre —por lo menos— fiel*) voy a dedicarle este artículo.⁵⁵

Cuando dice que su voz es insignificante e inaudible no se menospreció, si así hubiera sido tampoco habría sido capaz de admitir los atributos positivos de su pluma. En mi opinión, se refirió al impacto que tenían sus impresiones en la comunidad cultural que celebró al doctor Chávez. En realidad, Rosario Castellanos no pretendía restarse valor ante la audiencia de *Excélsior*. Lo que ocurrió fue que jamás perdió la conciencia de cuáles eran sus posibilidades en un campo intelectual integrado y gobernado por hombres. Además, tomó la determinación de desarrollar una imagen personal y un proyecto propios, aunque eso no complaciera a la intelectualidad hegemónica.

Respecto a este asunto, el 17 de octubre de 1970, escribió un editorial que explica su sencillez: “Academia de la Lengua, reducto masculino: ¿y si hubiera una sólo para mujeres?”. En él, recordó con humor que, cuando el académico Francisco Monterde la propuso a ella y a otras escritoras como posibles miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, inmediatamente, hubo una reacción en contra de sus candidaturas:

[...] se exhumaron los reglamentos según los cuales ninguna persona que haya sido registrada bajo el rubro de sexo femenino puede tener acceso a la institución que “limpia, fija y da esplendor” a nuestro lenguaje. ¿Por qué? Por la misma razón que Tobi y sus

⁵⁵ Rosario Castellanos, “Ignacio Chávez: el lado humano del genio”, en *Mujer II*, p. 537.

amigos pusieron el letrero prohibitivo a las puertas de su club, que indica con toda claridad que no se admiten niñas.⁵⁶

Al inicio del editorial, Castellanos advirtió que, al tratar este asunto, iba a *respirar por la herida*. Con ese dicho quiso aparentar que diría lo que diría por coraje; sin embargo, tomó las cosas con tal gracia que más bien *se curó en salud*. En primer lugar, en vez de pasar por su mente —como pasó aun por la de las más brillantes— encontrar un modo de masculinizarse o de atenuar su condición femenina, la chiapaneca la resaltó:

¿Pero qué quiere usted? A mí me tocó una suerte muy diferente de la de Sor Juana, quien afirmaba en alguno de sus romances que había venido al mundo para que si era mujer, ninguno lo verificase. En mi caso la verificación no es ni siquiera necesaria. Es tan obvio, pero tan obvio que nací “como la paloma para el nido”, como afirmó nuestro bardo clásico, que aquí me tienen, como la pequeña Lulú, tratando de imaginarme lo que sucede en el interior de ese claustro en el que deliberan y alternan nuestros dueños de la pluma.⁵⁷

Castellanos aceptó y resaltó su identidad femenina. En la misma medida, tuvo la suficiente lucidez para percatarse de que la actitud sexista de los hombres más cultivados de México se extendía hasta países de tantas luces como Francia. Mencionó que, en 1893, los académicos franceses rechazaron la candidatura de Paula Savari. Y, en su época, en la década de 1970, en el mismo país de la luz, todavía no se lograba que se tomara con respeto la candidatura de una mujer. Para dar cuenta de ello, Castellanos reiteró y comentó las palabras de la vehemente Françoise Paturier:

⁵⁶ Rosario Castellanos, “Academia de la Lengua, reducto masculino: ¿y si hubiera una sólo para mujeres?”, en *Mujer II*, p. 584.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 585.

“Planteo mi candidatura a la Academia Francesa —dice la Parturier— sin voluntad de provocación ni de escándalo, como una consecuencia lógica de ideas que defiendo con la pluma desde hace quince años y con el corazón desde siempre. Considero que llegó el momento de cumplir este gesto. No tengo ambición personal alguna. Sólo quiero abrir puertas. Las rechiflas, los sarcasmos, las risas y las preguntas idiotas serán para mí, el sillón para otro. Bien lo sé y me presento a la Academia Francesa, la primera entre todas las mujeres de ese siglo, sin mayor candidez que insolencia”.

Por lo visto está muy consciente de que su gesto tiene un valor puramente simbólico pero que carece en absoluto de eficacia.⁵⁸

Los temores de la francesa dan la impresión de que se internaría en un mercado, una central camionera o un penal, no en una Academia. Llama la atención que a Castellanos le pareciera, hasta cierto punto, normal ese panorama tan agresivo hacia una aspirante. Lo que en verdad le pareció llamativo fue que, a pesar de todo, Parturier se prestara a empezar a abrir camino. Quizás en consideración de ello, la mexicana no se empeñó en derrochar sus energías mostrando enojo y —mucho menos— se aferró a que se le incluyera en una institución regida por principios tan estrechos. En ese sentido, no pudo evitar comentar los posibles motivos por los que rechazarían la candidatura de Parturier: “ya han empezado a elaborarse los razonamientos por los que será rechazada y van a fundamentarse, sobre todo, en que sus libros son ligeros y bastante divertidos. ¡Dios mío!”⁵⁹

Para una mujer para quien el humor fue un instrumento tan versátil, era inaudito que se descalificara una literatura divertida. En ese grado debió rechazar que se consagrara como signo de inteligencia sólo lo serio, lo solemne y lo institucionalizado. Por lo mismo, no quiso fundar su reconocimiento en los parámetros de

⁵⁸ *Ibid.*, p. 586.

⁵⁹ *Ibid.*

la Academia en turno. Es más, les sugirió a sus contemporáneas dejar de insistir en integrarse a esa élite patriarcal:

Pero lo que me preocupa ahora no es la calidad del talento de Françoise Parturier sino el sentido de la empresa que acomete. ¿De veras vale la pena asaltar estos reductos que tan celosamente han guardado para sí los hombres? ¿No se le hace el juego al enemigo y se acata la jerarquía de valores de una sociedad patriarcal cuando se empeña uno tanto en alcanzar una distinción como si de ella dependiera nuestra vida perdurable?⁶⁰

Rosario Castellanos no quiso alcanzar *la vida perdurable* granjeándose la simpatía de los intelectuales hegemónicos. Tampoco quiso alcanzarla quedando bien con la élite política, pues, como hemos visto, tuvo un compromiso sólido con la verdad y con la originalidad. Una mujer de su naturaleza debió ser temida por un Estado reaccionario.

HACIA UNA ROSARIO CASTELLANOS OFICIAL

Es necesario pensar en el tránsito de Rosario Castellanos de escritora independiente y relativamente apreciada, a la intelectual “al servicio del gobierno mexicano”. De acuerdo con Maricruz Castro Ricalde, siempre existió una estrecha *compatibilidad* entre el proyecto creador de Rosario Castellanos y el programa político-social del PRI. Además, según Castro Ricalde, la poeta estaba unida a los Echeverría por un afecto sincero:

La política social seguida por los presidentes mexicanos en turno, Adolfo López Mateos (1958-1964), Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) y Luis Echeverría Álvarez (1970-1976), era *compatible* con las temáticas sobre los indígenas, la mujer y la familia desarrollada

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 586 y 587.

desde su novela *Balún-Canán* de 1957 hasta los cuentos de *Los convidados de agosto*, publicados en el año de su muerte.

Su obra y su persona misma debieron haber producido una gran incomodidad en ciertos medios, aunque no la suficiente como para haber sido relegada o excluida del todo. Así, al rechazo, al poco aprecio por su escritura o al ninguneo del que fue objeto por algunos grupos culturales, Castellanos respondió con la publicación de nuevos textos y su incursión en la prensa diaria, lo cual le dio una presencia constante ante los públicos más variados. Si no era bien recibida por dichos círculos, ella se amparaba bajo la autoridad del Estado y de su principal representante Luis Echeverría, a quien le unía una sincera estima.⁶¹

Con respecto al primer párrafo, habría que analizar con detenimiento qué quiso decir Castro Ricalde con la palabra *compatible*. Pensemos, por ejemplo, ¿en qué medida tanto Castellanos como el gobierno priísta se preocuparon por los indígenas? A propósito de esto, Aralia López González afirma que, durante las décadas de 1950 y 1960, México sufrió un proceso de modernización de carácter industrial. En específico, durante el sexenio del presidente López Mateos se llamó *Desarrollismo* y se alejó de las preocupaciones sociales defendidas en un principio por la Revolución mexicana. El evidente abismo entre el proyecto desarrollista y el atraso de los indígenas no pasó desapercibido para Rosario Castellanos, quien tuvo una visión *incompatible* con la del discurso oficial, porque la de la chiapaneca era —según López González— una comprensión literaria inédita acerca de la composición de la nación mexicana:

[...] no se había considerado aún el conjunto de la nación mexicana y menos todavía, como tal, su problemática multiétnica y multicultural. Casi siempre, a pesar de las evidencias en lo contrario, al hablar de México se aceptaba el proyecto criollo que[,] desde la

⁶¹ Maricruz Castro Ricalde, *op. cit.*, 2008, pp. 88-89. Énfasis mío.

independencia política de España, suponía la imaginaria existencia de una nación unitaria y homogénea formalmente escrita en las leyes, occidental, ilustrada, blanca, masculina patriarcal que, en la práctica, poco tenía que ver con el conjunto muy heterogéneo de la nación real, considerablemente indígena y mestiza, agraria, en su mitad femenina aunque no necesariamente matriarcal, y más que alfabetizada escrituralmente partícipe de diversas culturas orales de carácter tradicional.⁶²

Durante el gobierno del presidente Díaz Ordaz, tal como lo he mencionado reiteradamente, mientras que la editorialista se empeñó en destacar la existencia de los marginados en la Ciudad de México, las autoridades se aferraron a negarlos. En cuanto a las políticas del presidente Echeverría, algunas de ellas fueron tan bien intencionadas como desastrosas. Así, la compatibilidad señalada por Castro Ricalde se mantiene en el plano de la apariencia. En realidad, la mayor parte de los gobiernos priístas no comprendieron el problema en el sentido profundo expuesto por la poeta chiapaneca, es decir, en sus dimensiones antropológica, jurídica, política, sociológica, cultural, religiosa, lingüística, filosófica y psicológica.

Además, es desproporcionado sostener que Castellanos se amparó del desprecio de los círculos culturales bajo el halo protector de los Echeverría. Es necesario tener muy presente que la trayectoria literaria de la chiapaneca fue mucho más larga que el *vínculo laboral* que estableció con el Presidente y su esposa.

Cabe reconocer que escritoras cercanas a Rosario Castellanos, como Elena Poniatowska, indican que la poeta les tuvo estimación a los Echeverría. Por lo tanto, es necesario distinguir entre la estimación y las relaciones de poder entre el campo intelectual y el campo político, sobre todo, en el sexenio de 1970 a 1976. En ese mismo sentido, habrá que analizar qué factores contribuyeron a

⁶² Aralia López González, “Oficio de tinieblas: novela de la nación mexicana”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 113, 2000, pp. 119-120.

que Castellanos se sumara a las filas del Estado. Vale la pena valorarlo, pues esto tiene que ver con la imagen de la Rosario Castellanos oficial que promovió el gobierno de Luis Echeverría.

ROSARIO CASTELLANOS FUERA DEL PROYECTO CULTURAL MEXICANO
MÁS IMPORTANTE DE 1970: LA REVISTA *PLURAL*

El primer número de *Plural* se publicó en octubre de 1971; sin embargo, desde antes, Octavio Paz había previsto las características que debían tener la revista y sus colaboradores. En 1967, comenzó a gestarse el proyecto, pero, en vista de que su maduración —según el poeta— ocasionó que se extendiera demasiado y que se desnaturalizara,⁶³ su fundación se postergó hasta 1970. En ese año, Paz estableció que debía “ser un *centro de convergencia de los escritores independientes* de México. Convergencia no significa unanimidad y ni siquiera coincidencia, salvo en la común adhesión a la autonomía del pensamiento y la afición literaria no como prédica sino como búsqueda y exploración, ya sea del lenguaje o del hombre, de la sociedad o del individuo”.⁶⁴

Castellanos había dado amplias muestras de independencia y de que poseía una afición literaria variada. Tanto sus volúmenes de ensayos como su cátedra en la UNAM daban cuenta de sus intereses y conocimientos. Sin embargo, la afición literaria no tenía que ver nada más con sus conocimientos, sino con el desarrollo de un estilo poético admirado por Octavio Paz. La búsqueda y exploración del lenguaje que había hecho la chiapaneca no era satisfactoria para el célebre poeta, quien afirmó: “Rosario Castellanos es un temperamento menos complejo y agudo; su mirada es amplia y conmovedora su derechura espiritual. Su lenguaje es llano y, cuando no cede a la elocuencia, grave, sentencioso”.⁶⁵

⁶³ Véase Octavio Paz, “Historia y prehistoria de *Vuelta*”, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 17-19.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 20. Énfasis mío.

⁶⁵ Octavio Paz, *Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano del autor*, iv, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 126-127 y 351.

Además, había notables divergencias entre el pensamiento que cada uno había desarrollado en sus respectivas obras. Castellanos dio cuenta de esto en el editorial “Indagación sobre el ser nacional: la tristeza del mexicano”. El texto surgió gracias a Ana F. Aguilar, lectora de *Excelsior*, quien le pidió a la poeta que opinara en torno a las fallas de los mexicanos explicadas en *El laberinto de la soledad*: “Octavio Paz ha escrito cosas muy lindas e interesantes sobre el mexicano y su máscara, la nada de nuestra realidad ontológica y el haz de jeroglíficos que implica nuestra actitud hacia la vida. Ahora le toca a usted. Cuando pueda”.⁶⁶

La respuesta de Castellanos empezó con delicadeza: “El problema no es de oportunidad sino de capacidad. ¿Puedo?”.⁶⁷ Luego, en el transcurso del ensayo, adquirió un tono cada vez más decidido que le sirvió para “poner en crisis los lugares comunes que lo encubren”. Es significativo que dijera que pondría en crisis los *lugares comunes*, no las ideas originales y las representaciones de Octavio Paz acerca del mexicano. De haberlo hecho, habría caído en una confrontación directa con él. Además, lo que quería era cuestionar la lectura consagrada y popularizada del *Laberinto*. Prueba de ello es que, cuando estuvo en Madison, Wisconsin, el 9 de noviembre de 1966, le comentó al filósofo Ricardo Guerra: “Aquí todo el mundo delira por *El laberinto de la soledad* y se lo aprenden de memoria y explican y entienden todo lo mexicano al través de esto”.⁶⁸

Si a Castellanos le preocupó que los estudiantes estadounidenses elevaran las ideas de un ensayo a la calidad de dogma, debió causarle mayor inquietud que en México los lectores se sintieran agobiados por poseer una especie de gen social negativo que los determinaba al fracaso. Por eso, se esmeró en derribar los pilares del *Laberinto*:

⁶⁶ Rosario Castellanos, “Indagación sobre el ser nacional: la tristeza del mexicano”, en *Mujer II*, p. 643.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 643.

⁶⁸ Rosario Castellanos, *Cartas a Ricardo*, p. 226.

Por lo pronto, vamos a mandar al diablo ese dogma tan socorrido como falso (pero, ay, tan satisfactorio para nuestra vanidad) de que somos tan peculiares y únicos.

[...] hemos empleado métodos muy diversos —filosóficos, psicológicos, líricos— y hemos tenido como recompensa algunos hallazgos cuya validez siempre es rectificable.⁶⁹

Obsérvese cómo Castellanos empezó a revelar sus diferencias respecto a un pensamiento consolidado. Aunque al inicio del ensayo afirmó: “no he empleado ni mi tiempo ni mi atención en el desentrañamiento ni de una formulación ni de una ley [del comportamiento de los mexicanos]”,⁷⁰ es difícil creer que no haya pensado en este asunto, en primer lugar, porque debió platicar mucho al respecto con sus amigos del grupo Hyperión, y, en segundo, porque, si tomamos en cuenta su visión inédita de la nación mexicana, desde su juventud dudó de la existencia de una sola identidad del mexicano. Por lo tanto, es lógico que difiriera de Paz hasta el punto de afirmar que los hallazgos obtenidos a través de los métodos filosóficos, psicológicos y líricos eran *rectificables*. Sobre todo, da la impresión de que deseó que se rectificaran, pues la teoría de Paz fue cómodamente adoptada por los mexicanos:

[...] cuando describimos nuestros defectos lo hacemos con una complacencia tan exagerada que, quien nos contemplara desde el punto de vista de Sirio, creería que estamos hablando de nuestras cualidades.

El mecanismo es muy simple: aserción de un hecho, explicación de ese hecho gracias a los mitos prehispánicos, a la historia colonial, a los turbulentos años del principio de nuestra época independiente, a la paz porfiriana y a la gesta revolucionaria. Y, por

⁶⁹ Rosario Castellanos, “Indagación sobre el ser nacional”, p. 644.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 643.

último, señalamiento de lo que ese hecho tiene de estético, *mérito que no es deleznable para nuestra sensibilidad*.⁷¹

Debido a que ella no creía en esas leyes de comportamiento histórico, releyó brevemente el mismo trayecto temporal que Paz, pero llevó al absurdo cada motivo de derrota:

Vamos a poner un ejemplo: el mexicano es triste. ¿Por qué es triste? [...] Porque Malinche traicionó a su raza [...] porque la Conquista se hizo con lujo de fuerza y de crueldad y no como se hacen todas las otras conquistas que es a base de convencimiento [...] porque Santa Anna perdía una pata y metía la otra [...] porque nos terciamos el rebozo de Adelita y echamos bala con Pancho Villa y desorejamos cristeros y luego todo se metamorfoseó en un barrio residencial en el Distrito Federal porque... no, ya no.⁷²

Sin lugar a dudas, para Castellanos, los motivos de la tristeza del mexicano no eran más que una serie de circunstancias que nada tenían de especial. En realidad, Malinche no fue la única mujer a la que se entregó durante una guerra, ni la única que al convertirse en esclava les debía obediencia absoluta a sus nuevos amos. La Conquista fue tan sanguinaria como tantas otras en las que un pueblo se impuso sobre otro. Y la Revolución, en realidad, no cambió el destino de los más necesitados. En suma, la historia mexicana era turbulenta, sí, pero no era ni más ni menos turbulenta que otras historias. Por eso, Castellanos no estuvo a favor de fomentar la creencia de un destino nacional funesto; al contrario, tuvo la certeza de que el mexicano podía progresar:

Creo que, en el nivel en que padecemos, el problema es moral, pero en sus principios es intelectual. Cuando nos atrevamos a conocernos y a calificarnos con el adjetivo exacto y a arrostrar todas

⁷¹ *Ibid.*, p. 644.

⁷² *Ibid.*, pp. 644-645.

las implicaciones que conlleva, cuando nos aceptemos, no como una imagen predestinada sino como una realidad perfectible, estaremos *comenzando a nacer*.⁷³

Nótese que el sentido de la frase metafórica *comenzar a nacer* guarda correspondencia con otras metáforas antes expresadas por la escritora: *esperar a que amanezca* y *alcanzar la edad de la razón*. Con cada una, Castellanos guardó la esperanza de que algún día los mexicanos conocerían su historia, actuarían razonablemente para mejorar y abandonarían su actitud de subyugados eternos. En consecuencia, creyó que el conocimiento no era algo que tuviera que reservarse para el disfrute de la élite cultural. Entonces, escribió para todos.

Por ello, ni su modo de conducirse ante la élite intelectual, ni su estilo poético ni su pensamiento coincidió con el de Octavio Paz; por lo tanto, no cumplió con los requisitos para que se le incluyera en el proyecto cultural de mayor trascendencia de la década de 1970. En ese caso, la propuesta laboral más importante que recibió fue la de ministra plenipotenciaria de México en Israel. Puede admitirse así, no sólo porque se trataba de un cargo diplomático, sino también por las condiciones que la escritora puso para aceptar el puesto: impartir clases en alguna universidad de Israel y continuar con sus colaboraciones en *Excélsior*. Además, era una propuesta conveniente desde el punto de vista económico, personal e histórico, pues, en el momento en el que a Castellanos se le propuso ser embajadora, aún no contaba con una plaza en la UNAM,⁷⁴ estaba atravesando por un proceso de divorcio, era una de las pocas mujeres a las que se les había

⁷³ *Ibid.*, p. 645.

⁷⁴ Hasta noviembre de 1973, la UNAM le otorgó a la escritora su nombramiento definitivo de Profesor de Carrera Titular, nivel "B", tiempo completo, en la Facultad de Filosofía. Véase Departamento de Archivos de la UNAM, exp. 24287.

invitado a participar en la diplomacia mexicana⁷⁵ y su decisión de ser embajadora de México en Israel estuvo respaldada por el consejo del doctor Ignacio Chávez.⁷⁶

Con base en lo anterior, me parece que debe abandonarse el sentido condenatorio que ha rodeado el cuestionamiento de por qué Rosario Castellanos aceptó ser embajadora de México en Israel si era una intelectual independiente. Más bien debe formularse otra pregunta: ¿por qué el presidente Luis Echeverría la nombró precisamente a ella? Antes de responder, es fundamental recordar que, de acuerdo con la investigación de Roderic Camp, desde 1920 los gobernantes mexicanos idearon una forma de atenuar la oposición política. Ésta consistió en otorgarles a los opositores un nombramiento en la burocracia estatal. La medida era muy eficaz en tanto que implicaba la renuncia a sus ideas y a sus pugnas. Por ese medio se creó “una forma de ‘oposición leal’”.⁷⁷

A partir de los antecedentes mencionados, importa valorar a qué escritores de la oposición decidió incluir Echeverría en su gabinete, pues, de acuerdo con las observaciones de Camp: “en la práctica [el presidente] suele ocuparse sólo de las posiciones de

⁷⁵ De acuerdo con Maricruz Castro Ricalde: “Después de [Rosario Castellanos], hasta 2006, no se le había concedido ninguna embajada a escritora alguna y sólo se le han otorgado puestos de agregadas culturales a unas poquísimas creadoras reconocidas como la propia Silvia Molina y Margo Glantz”, *op. cit.*, 2008, p. 86. En ese mismo orden de ideas, hay que tener muy presente que incluso para las escritoras más brillantes y con una amplia carrera política no era fácil que se les concediera la dirección de una institución cultural importante. Griselda Álvarez, por ejemplo, aun cuando había hecho los méritos profesionales y políticos para que se le aceptara como Secretaria de Cultura, no lo consiguió y tuvo que conformarse con un puesto ajeno a sus intereses culturales. Véase Griselda Álvarez, *Cuesta arriba. Memorias de la primera gobernadora*, México, Universidad de Colima/Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 60-62.

⁷⁶ En una de las cartas que Rosario Castellanos le dirigió al doctor Chávez, desde Israel, le agradeció su consejo y comentó con él cuánta razón tuvo al decirle que el puesto le sentaría bien a su salud. Véase Rosario Castellanos, “186. De Castellanos”, en Ignacio Chávez. *Epistolario selecto (1929-1979)*, México, El Colegio Nacional, 1997, p. 339.

⁷⁷ Roderic Camp, *op. cit.*, 1985, p. 29.

mayor prestigio y poder”.⁷⁸ Se entiende por qué Echeverría eligió a Carlos Fuentes como embajador de México en Francia. Fuentes tenía un gran renombre nacional e internacional y, además, desde 1958 se distinguió por ser un acérrimo crítico del poder. Lo que no se entiende es por qué eligió personalmente a Rosario Castellanos.

Cuando Echeverría la designó embajadora, circuló una explicación bastante peregrina:⁷⁹ debido a que Golda Meir era la primera ministra, la representante mexicana también tenía que ser mujer. Aun cuando ése fue *el* criterio, cabe preguntarse: ¿por qué no designó, por ejemplo, a Griselda Álvarez? La colimense también era una mujer muy culta; la respaldaba una sólida carrera administrativa y política, y, sobre todo, era lo suficientemente

⁷⁸ *Ibid.*, p. 40.

⁷⁹ La explicación, aunque peregrina, es verosímil si se toma en cuenta que el Presidente tenía un razonamiento muy peculiar que lo llevaba a emitir juicios o declaraciones a partir de los cuales quería lucir como un hombre moderno, de acción y equitativo. Véanse Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974, y José Agustín, *Tragicomedia mexicana 2. La vida de México de 1970 a 1982*, México, Debolsillo, 2015b, pp. 11-135. Ahora bien, María Esther Zuno de Echeverría pudo influir en la decisión del Presidente, pues seguramente admiró las ideas de Rosario Castellanos. En relación con esto, la historiadora Rosa María Valles Ruiz señala que la primera dama sentó las bases de una política social que imprimió un sello de distinción al sexenio de su esposo. Su plan estuvo encaminado a la protección de la familia y al desarrollo de la mujer mexicana. Sin duda, sus proyectos se aplicaron esencialmente a los ámbitos de la beneficencia pública. Aparte, en el ámbito de las ideas, Zuno de Echeverría, en el Año Internacional de la Mujer 1975, expuso ideas muy similares a las que ya habían sido expresadas por Castellanos en su discurso “La abnegación: una virtud loca”. La primera dama declaró: “La igualdad ante la ley, para traducirse en hechos reales, requiere del establecimiento de igualdad de oportunidades en la educación y en el empleo, en una palabra, de una transformación verdadera de la estructura económica y social de un mundo configurado por los varones”. Véase Zuno de Echeverría en Rosa María Valles Ruiz, *Yo no soy primera dama. Biografía no autorizada de María Esther Zuno de Echeverría*, México, Premios DEMAC, 2006, p. 219. A esta declaración habría que añadir que, para el Presidente, las ideas de su esposa eran decisivas, pues, además de considerarla su esposa, declaró que era su par político en la lucha por el bienestar de la nación. Véanse del libro recién citado las páginas 107, 116 y 221.

valerosa como para asumir cualquier cargo que se le designara en cualquier parte del mundo. La única diferencia entre Álvarez y Castellanos es que la primera fue una priísta por convicción; en cambio, la segunda no perteneció a ningún partido político y, además, fue sumamente crítica. Con esto, quiero decir que debía ser más atractivo para el poder contener la voz de una mujer para quien la *vida perdurable* no dependía de quedar bien ni siquiera con los *inmortales hombres de letras*.

Ahora bien, si optamos por pensar en la selección del presidente Echeverría sin imaginar motivos que puedan calificarse de maquiavélicos, queda la opción de explorar otra hipótesis. La originalidad de la obra de una mujer como Rosario Castellanos no podía pasar desapercibida para los Echeverría, porque coincidía con la imagen que querían proyectar. Me refiero a su voluntad de presentarse como personas sencillas, cultas, populistas y progresistas. Qué mejor manera de apropiarse de las cualidades que no tenían que acercarse a los mejores hombres y mujeres de México; qué mayor prueba de apertura democrática que permitir que una escritora expresara, sin ambages, sus ideas feministas ante el mismísimo Presidente de la República.

ROSARIO CASTELLANOS EN LA MIRA DEL PODER

Poco después de ser nombrada embajadora de México en Israel, el 21 de febrero de 1971, Castellanos emitió el discurso “La abnegación: una virtud loca”. En opinión de Elena Poniatowska, la chiapaneca “produjo un discurso que nada tenía que ver con el PRI, que nada tenía que ver con lo que se había dicho nunca, al menos en público”.⁸⁰ En él, Rosario Castellanos sintetizó las investigaciones y las ideas que desarrolló durante veinte años en torno a la cultura femenina, pero fue mucho más allá de las interrogaciones e insinuaciones audaces que formuló en sus ensayos anteriores.

⁸⁰ Véase Elena Poniatowska, “Rosario Castellanos combinará clases, literatura y diplomacia”, en *Novedades*, 8 de marzo de 1971, p. 10.

Comenzó resumiendo cuatro siglos de la cultura femenina en México, y los abrevió afirmando que, después de las aportaciones de Sor Juana Inés de la Cruz, ninguna mujer volvió a proveer a México de una obra de la misma contundencia. Y que lo peor era que no podían hacerse mejores proyecciones en el siglo xx, pues los datos estadísticos señalaban que sólo 15 por ciento de las mujeres accedía a la educación universitaria. Enseguida, hizo una breve valoración de los sofismas del antifeminismo y los desaciertos del feminismo airado. Del primero, por primera vez, reprobó abierta y públicamente sus decretos sobre la inferioridad femenina; del segundo, su afán por solicitar la igualdad de condiciones, ya que —en el fondo— esa petición no representaba más que obligar a las mujeres a amoldarse a los requerimientos de la cultura patriarcal.

A su juicio, había que fundar un *feminismo auténtico* que, en primer lugar, se planteara qué significaba ser mujer. En ese sentido, se anticipó al concepto de *género* de Joan W. Scott, pues, aunque no lo produjo, aseveró que ser mujer no significaba lo mismo en distintas latitudes del mundo, y que su significado tenía que ver con sus alcances y limitaciones. Entonces, ya que no podía ni quería definir a todas las mujeres del planeta, se enfocó en la mujer mexicana.

Observó con contundencia dos valores contrastantes que ya había atendido en sus editoriales: la ley contra la costumbre. En esas ocasiones, las leyes del voto, la educación y el derecho al trabajo aparecieron con una dosis infaltable de injusticia, pues no tenían ninguna repercusión positiva para la mujer en el hogar, sitio en donde la mujer no dejaba de ser sierva. Asimismo, en esas reflexiones, Castellanos siempre identificó la existencia de hábitos inequitativos en la dinámica familiar que se asumían con tanta normalidad que la servidumbre femenina se vivía como una *hermosa* tradición. En ese panorama, injusto pero consagrado, siempre se apreciaba la necesidad de la escritora de encontrar el valor que favorecía la injusticia y la impunidad.

Por eso, este discurso es tan importante, porque, en el momento en el que Castellanos definió a la mujer mexicana, se percató de que la cualidad que más le demandaba su sociedad era la abnegación. Es significativo que durante todo su discurso la ensayista no recurriera ni una sola vez a la ironía —tal como lo había hecho en otras ocasiones que trató este mismo tema—. Pareciera que no quiso que la audiencia se perdiera entre los distintos sentidos de una figura retórica tan cargada de significados. Fue rotunda y, sin concesiones, acusó a la “virtud” de la abnegación y a las abnegadas: “La abnegación es la más celebrada de las virtudes de la mujer mexicana. Pero yo voy a cometer la impertinencia de expresar algo peor que una pregunta, una duda: la abnegación ¿es verdaderamente una virtud?”.⁸¹ Tiene razón Rosario Castellanos: preguntar implica intenciones distintas a las de dudar. Cuando se pregunta se espera con la mente abierta la respuesta de alguien que echará luz sobre lo desconocido. En cambio, cuando se duda de algo, entonces se sacan a relucir las inconsistencias o se muestran los vacíos y las falsedades de ideas, valores o costumbres fijas. En este caso, la escritora afirmó que una virtud que no está encaminada al verdadero bien común y que sólo puede engendrar inseguridad, dependencia, ofuscación, alcoholismo, machismo, hipocresía y mentira es “una de esas virtudes que se han vuelto locas”. Castellanos no se detuvo a conmover al público explicando por qué el servilismo y los sacrificios degeneran, enferman y corrompen. Pasó rápidamente del ámbito familiar al nacional diciendo: “Y para la locura no existe entre nosotros otra camisa de fuerza más que la ley”. Nótese bien que con esa sugerencia confirmó que, en su pensamiento, la familia y la nación son interdependientes. Por lo tanto, quiso denunciar abusos disfrazados por la sociedad con el nombre de *vida familiar*:

⁸¹ Rosario Castellanos, “La abnegación: una virtud loca”, en *Mujer II*, p. 666.

No es equitativo —así que no es legítimo— que uno tenga la oportunidad de formarse intelectualmente y al otro no le quede más alternativa que la de permanecer sumido en la ignorancia.

[...]

No es equitativo —y por lo mismo no es legítimo— que uno encuentre en el trabajo no sólo una fuente de riqueza sino también la alegría de sentirse útil, partícipe de la vida comunitaria, realizado a través de una obra, mientras que el otro cumple con una labor que no amerita remuneración y que apenas atenúa la vivencia de superfluidad y de aislamiento que se sufre.

[...]

No es equitativo —luego no es legal— que uno sea dueño de su cuerpo y disponga de él como se le dé la real gana mientras que el otro reserva ese cuerpo, no para sus propios fines, sino para que en él se cumplan procesos ajenos a su voluntad.

*No es equitativo el trato entre hombre y mujer en México.*⁸²

En los tres párrafos anteriores, se resumen algunas de las demandas de las mujeres que ya se venían exigiendo desde principios del siglo xx. Pero, ahora, Castellanos pasó de los derechos a los hechos y quiso que las mujeres se dieran cuenta de que la abnegación era, en realidad, un vicio personal y social. Por eso, es importante que lo haya denunciado de esa manera el Día Internacional de la Mujer: 1) ante la máxima autoridad del Estado, quien debía hacer posible que se dieran cambios apremiantes para hacer de México *una nación grande*; 2) ante la sociedad que debía dejar de fomentar una “virtud” y una costumbre deleznable, y 3) ante las mujeres, a quienes les sugirió hacer valer sus derechos, abandonar el anonimato, tener temple moral y constancia para luchar todos los días. Con esa actitud, establecerían “Una batalla que, al ganarse, está gestando seres humanos más completos, uniones más felices, familias más armoniosas y una patria integrada por ciudadanos conscientes para quienes la libertad es

⁸² *Ibid.*, p. 667.

la única atmósfera respirable y la justicia el suelo en el que arraigan y prosperan y el amor el vínculo indestructible que los une”.⁸³

En suma, de 1968 a 1971, Rosario Castellanos dio amplias muestras de ser una intelectual. Es justo llamarla así, pues, aunque no comulgó con las ideas de la intelectualidad hegemónica y no fue reconocida, logró desarrollar un pensamiento complejo: orgánico, en la medida en que logró relacionar a la familia con toda la nación mexicana; valeroso, ya que denunció los abusos del sistema de poder en todos sus estratos; comprometido, porque les prestó su voz a los oprimidos para hacerse visibles y audibles dentro de la realidad mexicana; original, pues no se empeñó en satisfacer los “requerimientos” de la élite cultural patriarcal y concibió una forma femenina de ser intelectual. Tomando en cuenta la serie de cualidades de Castellanos, cabe preguntarse si su incorporación al gobierno se trató de una estrategia de segregación velada o si el Presidente decidió incorporarla a su equipo porque ambos compartían preocupaciones sociales similares.⁸⁴ En ese sentido, es fundamental explorar cómo se comportó Castellanos intelectualmente durante su estancia en Israel.

⁸³ *Ibid.*, p. 668.

⁸⁴ No es fácil calificar categóricamente las motivaciones del presidente Echeverría, pues en muchas ocasiones impulsó a personas y a causas con las que en verdad estuvo comprometido. A partir de esa idea creo que es pertinente tener presente una observación que Daniel Cosío Villegas efectuó en relación con él. “Echeverría es cordial y su cortesía, además, es un tanto ceremoniosa. A pesar de ello, no puede ponerse en duda que su cortesía es genuina y que se empeña en ser amable con todo el mundo, y más aún con los desvalidos o los modestos”. Véase Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, 1974, p. 48

CAPÍTULO 5.

ROSARIO CASTELLANOS DESDE ISRAEL:

UNA CONCILIACIÓN ENTRE EL PERIODISMO, LA DIPLOMACIA Y LA “VIDA DOMÉSTICA”

Desde siempre he sido muy consciente de la forma de vida que es necesario adoptar para poder conciliar: la feminidad, por una parte, porque no creo que sea un bien renunciable; y la actividad intelectual o la carrera, por la otra. Y hacer de ello no un ser desgarrado, que es como casi siempre han sido las mujeres que tienen una profesión, sino un ser en la plenitud del cumplimiento de sus actividades.

ROSARIO CASTELLANOS

La designación de Rosario Castellanos como embajadora de México en Israel coincide con un cambio en su producción editorial. Éste es el abandono progresivo del tratamiento de temas contestatarios y el relato constante de sus actividades cotidianas en la embajada y en su hogar. Es fundamental analizar e interpretar este corpus de ensayos culturales y domésticos para entender cómo se relacionaron con su forma femenina de ser intelectual en su momento histórico y con el reconocimiento que la escritora recibió del campo cultural y del campo de poder.

¿POR QUÉ DEJAR DE POLEMIZAR? RESTRICCIONES DE LA DIPLOMACIA TRADICIONAL

Durante su estancia en Israel, Rosario Castellanos escribió 102 editoriales. De ellos, sólo trece se centraron en México: seis

fueron escritos en 1971; tres, en 1972; tres, en 1973, y uno, en 1974. Esta cifra tan baja da a entender que la escritora abandonó la crítica social y política que efectuó con tanta fuerza durante la década de 1960. Por ende, también da a entender que el sistema de silenciamiento velado ejercido mediante la política de apertura democrática promovida por el presidente Luis Echeverría funcionó con ella. Con la salvedad de que, aun tomando en cuenta ese hecho, no puede decirse que Castellanos fungió como una intelectual al servicio del Estado; es decir, su labor no llegó al grado de defender y legitimar sus políticas. Acerca de esto, Julio Scherer señaló que el intelectual al servicio del poder se caracterizaba por justificar, defender y orientar la acción del gobierno; en cambio, el intelectual independiente se caracterizaba por juzgarlo, contradecirlo y denunciarlo siempre que era necesario.¹

En consideración de ello, debe enfatizarse que, en el transcurso de los tres años que Rosario Castellanos fue embajadora de México en Israel, nunca escribió un editorial elogioso dedicado a la persona y a la gestión de Luis Echeverría Álvarez. Incluso, por la forma en que escribió sus textos, da la impresión de que se tomó el cuidado de alabar los aciertos de esa administración sin referirse directamente a su autor político. Por ejemplo, en el editorial “Buenas noticias desde México: pensar alto, sentir hondo, hablar claro”, del 28 de diciembre de 1971, Castellanos se regocijó de que el Premio Nacional de Letras se le otorgara a Daniel Cosío Villegas. El motivo de su alegría, de acuerdo con lo que mencionó, era que, por primera vez, la disidencia política entre un intelectual y el Estado no fue un obstáculo para reconocer a un pensador. De ahí que declarara: “me regocijé en mi corazón. No tanto por don Daniel; [...] Me regocijé por los otros, por nosotros y... ¿sería exagerado decir a boca llena y desde lejos, por mi patria? Porque el *reconocimiento* de una grandeza es, en cierta manera muy entrañable, compartir esa grandeza, colocarse a su

¹ Julio Scherer, “Las batallas de Julio Scherer”, disponible en [<https://www.youtube.com/watch?v=2WpJYzIIIfgc>].

nivel, *asimilarla*".² No se pierda de vista que al hablar de *reconocimiento y asimilación* se enfocó en el pueblo como beneficiario de una acción, pero nunca en los promotores de esas acciones que dependían del gobierno. En ese mismo orden de ideas, llama la atención que ni siquiera la deferencia expresada hacia el doctor Ignacio Chávez provocó que Castellanos se congratulara, sin reservas, de la nueva administración:

Cuando leí la crónica del acto en que don Daniel, y los ganadores también de los premios de artes y de ciencias, recibieron sus respectivos premios me fijé en un detalle que no deja de ser también significativo: el de la presencia, en dicho acto, del doctor Ignacio Chávez y el de que hubiera sido saludado por una gran ovación del público.

¿Qué tiene de raro que lo ovacionen cuando ostenta los méritos que ostenta? No tiene nada de raro y, en lo que a mí respecta yo lo encuentro perfectamente lógico; sólo que no puedo dejar de recordar a quienes, en otros tiempos, cuando Dios quería, "avisaban prudencia o amenazaban miedo".³

En todo momento, Castellanos se mantuvo en el plano de la sugerencia y no en el de la declaración. Más adelante, insinuó que, con su asistencia a la premiación, otros intelectuales *insobornables* le dieron un voto de confianza a la política de apertura democrática promovida por el presidente Echeverría. La nueva relación establecida entre los hombres más distinguidos del campo de poder y del campo intelectual, al final de 1971, daba a entender que, a pesar de la represión estudiantil ocurrida el Jueves de Corpus de ese mismo año, se estaba dando una nueva relación entre el Estado y la Universidad. Es probable que,

² Rosario Castellanos, "Buenas noticias desde México: pensar alto, sentir hondo, hablar claro", en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. III, México, CONACULTA, 2007, p. 130.

³ *Ibid.*, p. 131.

aunque la escritora admiró esta nueva actitud gubernamental, no se quiso aventurar a hacer una declaración respecto a la realidad de un México del que le llegaban noticias atrasadas. Sin embargo, las razones por las que Rosario Castellanos no escribió acerca de su país no se relacionan únicamente con la escasez de noticias, sino con que la política de apertura democrática fue una falsedad rotunda.⁴ El puesto diplomático que se le ofreció conllevaba una serie de restricciones que señalan que su silencio se dio a partir de un proceso complejo. Por eso, quizá como una vez lo solicitó la escritora, debe dársele el beneficio de la duda para determinar si se calló por *prudencia* o por *frivolidad*.⁵

En este sentido, no debe olvidarse que, cuando Castellanos aceptó el cargo de embajadora, lo hizo con la condición de que se le permitiera seguir colaborando para *Excélsior*.⁶ También hay que tener presente que, tan pronto como recibió malas noticias acerca de México, sumó su voz a la de los intelectuales que pidieron que se aclarara quién había ordenado la persecución y masacre de estudiantes el Jueves de Corpus de 1971:

⁴ En 1974, Daniel Cosío Villegas sugirió que, para conocer el verdadero espíritu democrático que se vivía en México durante el sexenio de Luis Echeverría, había que indagar si el poder presidencial no invadía los medios de expresión y acción políticos. En su opinión, ni la radio, ni la televisión, ni las publicaciones periódicas actuaban con libertad. “Después de un examen de no pocos textos y actos suyos, tras un largo y reposado discurrir, con todo el valor de mi alma he llegado a una conclusión negativa. Y no, mil veces no, porque considere yo al presidente Echeverría un hipócrita o un farsante, sino porque no está construido física y mentalmente para el diálogo sino para el monólogo, no para conversar, sino para predicar. Mi conclusión se basa en la desproporción de sus reacciones o las de sus allegados ante la crítica, y en la pobreza increíble de los argumentos con que la contestan”. Véase Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974, pp. 122-125.

⁵ Véase Rosario Castellanos, “Temas y temores: en torno a una página en blanco”, en *Mujer II*, pp. 400-401.

⁶ Tampoco se pierda de vista que un editorial es aquel que participa de la visión política de un diario. Véase Vicente Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1986, p. 305.

Estaba a punto de tirar a la calle la bola de cristal a la que consultaba para estar al día cuando alguien me recomendó que no lo hiciera. Quizá ella pueda decirnos algo respecto a unos halcones que volaron después “de dar a la caza alcance” y de los que nadie ha vuelto a saber. *Sobre ellos preguntan, en voz alta y libre, las más responsables, las más exigentes, las más dignas conciencias de México. Y esa voz escuchamos, y de ella nos hacemos eco, desde el sitio al que hemos sido destinados.* Volvemos a latir al unísono con nuestra patria gracias al puente que nos ha tendido la Secretaría de Relaciones con su servicio de valija periodística.⁷

En definitiva, cuando la escritora llegó a Israel, pensaba seguir pronunciándose sobre la realidad mexicana. Por eso, se imaginó el servicio de valija periodística como un puente con su patria, y, por eso, declaró que unía su voz a las voces de las más responsables y exigentes conciencias de México. En realidad, las razones por las que se abstuvo de hablar de México fueron ajenas a su voluntad.

Una razón se derivó de las condiciones a las que estaban sujetos los medios de comunicación y la población mexicana durante el gobierno de Luis Echeverría. En este periodo, el campo de poder no proporcionó información completa y veraz acerca de cada una de las conflagraciones que se dieron en la ciudad y en provincia.⁸ Con respecto al Jueves de Corpus de 1971, ni siquiera periodistas tan agudos y bien informados como Julio Scherer supieron quién fue el autor del *halconazo*. Incluso, existe un hecho que ilustra lo lejos que estuvo de sospechar del Presidente. Dos días después de la represión estudiantil, Scherer le solicitó a Luis Echeverría apoyo para proteger al líder estudiantil

⁷ Rosario Castellanos, “La valija periodística: un cordón umbilical”, en *Mujer III*, pp. 79-81. Énfasis mío.

⁸ Por ejemplo, de Lucio Cabañas se promovió una imagen tergiversada. En los periódicos nacionales obedientes al gobierno, se le pintó como un delincuente. Véase Jacinto Rodríguez Munguía, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, México, Debolsillo, 2007, pp. 141-142.

Heberto Castillo. Tuvieron que pasar años para que se supiera que el mandatario fue el autor intelectual de ese crimen. Hasta 1979, la revista *Proceso* publicó una declaración en la que Alfonso Martínez Domínguez, exjefe de la policía, acusó a Echeverría de haber ordenado el *halconazo*.⁹

Otra razón procedió del protocolo diplomático. En su calidad de embajadora, la escritora no podía participar en polémicas políticas, ni siquiera cuando éstas se justificaran y se efectuaran de manera respetuosa y razonada. Es probable que el presidente Echeverría no le informara a Rosario Castellanos de esta limitante cuando le dio su anuencia para que siguiera colaborando en *Excélsior*. Fue hasta el 28 de diciembre de 1971 cuando el canciller mexicano Emilio Rabasa le sugirió a la diplomática que se abstuviera de escribir réplicas en torno a México:

Aun cuando en estos momentos no la tengo a la vista, he querido contestar la carta que me enviaste el 30 de noviembre, acerca de algunas publicaciones que han aparecido en la prensa de ese país sobre México, y que obviamente te han llamado la atención por su falta de objetividad.

Comprendo muy bien tus sentimientos al respecto, pues cuando en el extranjero se presenta una imagen deformada de nuestro país, tenemos que experimentar justo enojo.

[...]

Aunque no me inclino por las gestiones oficiales en estos casos, principalmente por la irrestricta libertad de prensa que existe en México, sí creo que en determinadas circunstancias, podría ser útil que conversaras con los encargados de prensa del Ministerio de

⁹ El 9 de junio de 1979, empezó a circular en la revista *Proceso* la noticia de que el responsable de las desapariciones y asesinatos ocurridos el Jueves de Corpus había sido Luis Echeverría Álvarez, y no Alfonso Martínez Domínguez. Véase Heberto Castillo, “La matanza fue preparada por Luis Echeverría”, en *Proceso. 40 años haciendo historia*, edición especial, 1976-2016, vol. 1, pp. 18-27.

Relaciones Exteriores en Israel, quienes al menos podrían orientarte en la materia. Lo demás lo hará tu larga experiencia periodística.¹⁰

A primera vista, la misiva de Rabasa parece una recomendación debido a que abunda en sutilezas. En primer lugar, el canciller le manifestó a Castellanos sus sentimientos de empatía y, en segunda, le recordó la *irrestricha libertad de prensa existente en México*. Sin embargo, da la impresión de que, cuando la invitó a seguir las gestiones *oficiales* y a recurrir a los encargados de prensa para que la *orientaran*, le dejó en claro que debía ceñirse a un protocolo. Entonces, la escritora estuvo sujeta a las reglas de la diplomacia. Ésa es una posible lectura de las palabras de Rabasa; otra es que, debido a que Castellanos no tenía experiencia diplomática, el Secretario quiso acordar con ella la manera en la que podía y debía conducirse en lo tocante a asuntos políticos polémicos. En cualquiera de los dos casos, se aprecia que, para Castellanos, convertirse en una intelectual diplomática implicó permanecer en una tensión constante entre la libertad y el silencio. Por un lado, gozó casi de las mismas concesiones que los periodistas y escritores mexicanos, pues tenía la oportunidad de usar un estilo irónico y un tono festivo, inusitados en el campo de poder, lo cual no era poca cosa. Pero, por otro, el cargo que ocupaba le impedía polemizar. Además, llama la atención que Castellanos nunca mencionara al Presidente entre sus superiores a los que admiró. Esto puede tener una repercusión política e histórica que vale la pena reflexionar. Desde el ángulo político, la omisión de la escritora hace pensar que pudo tener razones para no justificar, defender y orientar las acciones del gobierno, tal como años atrás defendió hasta sus últimas consecuencias la gestión del doctor Chávez en la rectoría de la Universidad. En realidad, no se conocen evidencias de que apoyara políticamente a Luis Echeverría. Por mi parte, me atrevería a decir, a la luz de sus editoriales, que sólo se limitó a desempeñar el cargo para el

¹⁰ Archivo Genaro Estrada, Exp. SPR-717-4.

que fue contratada. Hecho que no debe soslayarse en un país en el que lo más cómodo y benéfico era apoyar a los poderosos y no a los disidentes. En lo que respecta al ángulo histórico, en sus textos literarios, Castellanos nunca lo identificó como un agente revolucionario, tal como lo hizo reiteradamente con el presidente Lázaro Cárdenas.

Ahora bien, una vez que he afirmado que no fungió como intelectual al servicio del poder, ya que no orientó ni justificó sus acciones, pero que tampoco actuó como intelectual autónoma, pues tenía que seguir las recomendaciones de no replicar, debo exponer qué clase de ejercicio intelectual efectuó. En primera instancia, llevó a cabo la función de intelectual académica que había sido defendida por Fernando Benítez en la polémica que se llevó a cabo en 1964, en el suplemento *La Cultura en México* de la revista *Siempre!*; la misma en la que Benítez le señaló a Víctor Rico Galán que los intelectuales no necesariamente tenían que producir periodismo contestatario para seguir realizando un trabajo crítico:

Otro error tuyo, producto de una simple deformación profesional, consiste en pensar que la militancia revolucionaria radica en el hecho de escribir un articulito semanario. Finges ignorar, sin duda por despecho, una circunstancia: que *los libros, el ejercicio de la cátedra, las conferencias, las tareas de difusión cultural* —es decir lo que constituye la parte esencial de nuestro trabajo—, también podían reflejar, aunque fuera débilmente, esa militancia revolucionaria que tú haces radicar en el milagro de poner un huevo colérico cada ocho días y cacarear luego sobre ese milagro hasta la próxima semana.¹¹

Castellanos dejó de escribir editoriales contestatarios, pero siguió desempeñando *la parte esencial* del trabajo intelectual:

¹¹ Fernando Benítez, “La antropofagia: ¿Tu Quoque, Rico?”, en *Siempre!*, núm. 582, 29 de agosto de 1964, p. 11. Énfasis mío.

continuó dando conferencias, escribiendo libros e impartiendo una cátedra. Respecto a su actividad docente, importa mencionar que los temarios de sus cursos dan cuenta de que precisamente en ellos siguió emitiendo una visión crítica acerca de la historia de México y de la identidad del mexicano: *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rulfo; *La muerte de Artemio Cruz* (1962), de Carlos Fuentes, y *Hasta no verte Jesús mío*, de Elena Poniatowska (1969); *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), de Samuel Ramos; *Análisis del ser mexicano*, de Emilio Uranga; *El laberinto de la soledad y su posdata*, de Octavio Paz; *En torno a la filosofía mexicana*, de José Gaos; *Conciencia y posibilidad del mexicano*, de Leopoldo Zea, y *Fenomenología del relajo*, de Jorge Portilla.¹² Estos textos, según Castellanos, le permitían llevar a cabo un análisis exhaustivo del horizonte nacional mexicano.¹³

Aunque no es posible saber qué aspectos enfatizó de los textos anteriores, el renombre de una cátedra que trascendió a su muerte es suficiente para saber que, dentro de los parámetros académicos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Castellanos fue una pensadora mexicana relevante. En ese sentido, habría que revalorar si la perspectiva que Castellanos dio acerca de Israel en sus editoriales literarios constituyen una valoración crítica de la sociedad, la historia y la política de su tiempo.

DE ISRAEL A MÉXICO: LA COMPRENSIÓN DE DOS NACIONES A TRAVÉS DEL USO LITERARIO DE LA PALABRA

En el artículo “Justificación de la literatura”, publicado en 1956, Rosario Castellanos se preguntó: ¿qué es la literatura? Respondió diciendo que no podía contestar de una manera rotunda, ya que el literario es un fenómeno cultural que se sirve de recursos

¹² Véase Samuel Gordon, “Homenaje a Rosario Castellanos”, disponible en [<http://www.youtube.com/watch?v=DsREpN4oHRY>].

¹³ Véase Rosario Castellanos, “El aula: una atmósfera respirable”, en *Mujer III*, p. 86.

filosóficos, lingüísticos e históricos para producirse y comprenderse.¹⁴ Esa concepción literaria de la escritora se relaciona con los editoriales que redactó a modo de reseñas o de artículos culturales, y constituyen una aproximación de su visión política, religiosa y sociológica de Israel.

Por lo tanto, al hablar de una perspectiva crítica, primero es fundamental exponer cuál era la visión que Castellanos tenía acerca de la relación política entre México e Israel al inicio de su gestión. En su texto “Un factor de equilibrio: Israel descubre América”, del 17 de abril de 1971, la diplomática declaró que la convivencia positiva entre ambos países se debía a que México, junto con toda Latinoamérica, no tenía “puntos estratégicos que defender o que adquirir ni urgencias económicas que conquistar o que proteger”.¹⁵ Esta circunstancia geográfica y económica colocó a América Latina en una posición privilegiada, pues permitía que mantuviera su objetividad en el conflicto árabe-israelí. Dicha objetividad no repercutía en ninguna forma de intervención, sino todo lo contrario: se mantenía al margen de las decisiones bélicas de otros países. Es muy importante considerar que Castellanos partió de ese punto, pues esto refuerza la idea de que sus colaboraciones periódicas en *Excelsior* no olvidarían nunca el pacto de no intervención.¹⁶ Aun descartando la posibilidad de manifestar un punto de vista político, la escritora creía que seguía

¹⁴ Véase Rosario Castellanos, “Justificación de la literatura”, en *Winik*, núm. 1, 1956, p. 16.

¹⁵ Rosario Castellanos, “Un factor de equilibrio: Israel descubre América”, en *Mujer III*, p. 35.

¹⁶ De acuerdo con César Sepulveda, la “función de la no intervención es proteger, a través de la correcta interpretación de las normas de derecho internacional, el principio básico de la soberanía del Estado, supuesto fundamental de la comunidad universal. Se trata de un mecanismo doctrinal, para precisar los límites externos de la influencia permisible que un Estado puede ejercer sobre otro en el orden internacional y para atenuar la desigualdad de poder entre naciones. Corresponde a América Latina, y particularmente a México, el honor de haber encabezado la lucha contra la práctica nociva de la intervención”. Véase “Alcances de la no intervención como norma legal

teniendo un problema para presentar a Israel. Su riqueza arqueológica, religiosa, política, étnica, lingüística, histórica, etcétera, volvía sumamente difícil dar una imagen íntegra de esta nación, a todas luces, inagotable:

[...] cada milímetro de tierra son siglos de historia y vestigios desde las civilizaciones más antiguas que han dejado su huella en la memoria de la humanidad hasta signos de las tentativas más modernas para comprender y modificar y habitar el mundo. Y la variedad de los paisajes y uno los está mirando, a sabiendas de que es necesario volver porque se sabe que se ha rozado la superficie y de que escaparon tantos detalles importantes, tantas cosas que otros han visto y de las que hablan en sus comentarios y que señalan en las guías pero que uno no alcanza a advertir porque la atención es reservada por los estímulos que asaltan, porque se está recibiendo más de lo que se puede, lícitamente, absorber.¹⁷

Mucho antes de que Castellanos estuviera en Israel, se planteó lo mismo, y una de las opciones que le ofreció el escritor y diplomático José Luis Martínez fue leer a Flavio Josefo. A la mexicana la sugerencia no le pareció satisfactoria, pues tanto la historia escrita por ese historiador como la Biblia eran opciones que exponían la vastedad de grandes épocas, y no una visión del presente que comprendiera el pasado. Luego de una amplia búsqueda, encontró las novelas *Ayer y anteayer* (1969) y *Huésped para una noche* (1938),¹⁸ de Shmuel Yosef Agnon. La primera trata de un joven judío nacido en Europa, quien, entusiasmado por las ideas sionistas, decide regresar a la tierra prometida sin contar

internacional”, en *Revista Mexicana de Política Exterior*, disponible en [<https://revistadigital.sre.gob.mx/images/stories/numeros/n46/sepulveda.pdf>].

¹⁷ Rosario Castellanos, “La cultura en Israel: tentativas de aproximación”, en *Mujer III*, p. 41.

¹⁸ Físicamente no he localizado los originales de estas novelas, pero, de acuerdo con las versiones que encontré en Internet, éstos son los años que corresponden a las primeras ediciones.

con que, durante más de medio siglo, sus contemporáneos se habían dedicado a cuestionar consagradas costumbres del pasado y el presente judío. Después de relatar esta parte conflictiva del argumento de la novela, Castellanos introdujo un dato de la realidad vivida que se contraponía con la ficción. Trajo a colación a Theodor Herzl, teórico del sionismo,¹⁹ quien propuso que el trabajo era la forma de materializar un sueño. Sin cuestionar abiertamente el lema del líder, Castellanos volvió a la anécdota narrativa como si quisiera poner de relieve la inviabilidad de la propuesta sionista. Trabajar para conquistar un sueño proponía retos que iban más allá del desgaste físico:

Y ese sitio al que se arriba parece como soñado por Kafka. El ritmo de la existencia es lento, el proyecto de vida utópico. Se soñaba con las labores del campo, con la energía íntegramente dedicada a hacer fecundo el desierto, inofensivo el pantano, comparable al Jardín del Edén el paisaje.

Pero ocurre que el campo, si es bueno, tiene dueño. Y el dueño ni admite intrusos ni necesita peones. Pero, contra lo que reacciona de manera violenta, es contra las nuevas ideas que los intrusos y los peones quieren meterle en la cabeza.²⁰

En la Palestina de Agnon, el judío no es más que un intruso. Por eso, Itsajk, el protagonista de *Ayer y anteayer*, pasa privaciones, y, cuando por fin se decide a regresar al lugar de donde provino, nunca se lo perdona. Al final de su reseña, Castellanos señaló qué lugar ocupaba el momento novelado por Agnon en la

¹⁹ José Martínez Carreras apunta que el sionismo “toma su nombre del hebreo Sión, que designa la colina de la parte NE. de Jerusalén sobre la que fue construida la ciudad y sobre la que se encontraba el templo de Salomón, que llegó a ser el símbolo de esta ciudad santa, y es expresión creada en 1886 por N. Birnbaun para caracterizar este movimiento judío mundial que tenía como finalidad la reconstrucción de una patria nacional judía en Palestina”. Véase *Orígenes del problema de Palestina*, Madrid, Arco Libros, 2002, pp. 16-17.

²⁰ Rosario Castellanos, “Agnon en Nepantla”, en *Mujer III*, p. 57.

mentalidad de las generaciones israelíes de 1970: “[lo] consideran como definitivamente superado y sustituido por otro: el de la afirmación de una nacionalidad y de un pueblo que no renuncia a su derecho de existir y a manifestarse de un modo peculiar”.²¹

¿A qué modo peculiar de manifestarse se refirió la escritora? Quizá tuvo en mente a un sector concreto de la población, el fundador del Estado judío que, primero, consagró la palabra para preservar su memoria y, luego, para reorganizarse. No por casualidad, Castellanos identificó a la palabra —el hebreo— como el ámbito que reunía los valores religiosos, políticos e históricos del pueblo judío. (Tampoco por casualidad, la palabra —emanada de cualquier contexto— fue el leitmotiv de los ensayos escritos por Rosario Castellanos en Israel.)

Obsérvese, por ejemplo, su ensayo “Poesía hebrea moderna”, del 4 de julio de 1971, el cual no es un sumario de poetas hebreos, sino un excursus sustancial en el que la escritora se admiró del celo con el que los judíos de la diáspora²² conservaron el hebreo durante más de milenio y medio. En la primera parte de su recapitulación, Castellanos se admiró de que, aun cuando el judío era un pueblo perseguido y vencido a ojos de los extraños, se determinó a proteger su lengua. Con ese dato, la poeta dio a entender que los judíos solían guiarse por una visión religiosa en la que la noción de *destino* era fundamental; por tanto, se cuidaron de olvidar o modificar su lengua:

Las discusiones entre rabinos acerca de la propiedad de un vocablo y de su sentido exacto podían prolongarse durante siglos. No era su prestigio personal el que estaba en juego. Era la memoria de sus

²¹ *Ibid.*, p. 58.

²² En relación con el concepto *diáspora*, Bernardo Sorj afirma que el significado más elemental de la palabra se relaciona con los movimientos de emigración o de “etnias desterritorializadas”. Véase “Diáspora, judaísmo y teoría social”, en *Revista de Cultura y Religión*, vol. 1, núm. 1, 2007, p. 2. La diáspora judía se refiere concretamente a la dispersión el pueblo judío por todo el mundo.

ancestros; era la interpretación de las profecías; era la adivinación de las profecías que daban la orientación respecto al porvenir e iluminaban el pasado. Con lo cual era comprensible y soportable el presente.²³

Planteada así la conservación de la lengua, se nota que en los primeros siglos de la diáspora judía el hebreo se sostuvo de un valor espiritual: la fe. Sin embargo —afirma Castellanos—, con el paso de los años, cuando el gueto sufrió la influencia de las corrientes culturales de Europa, el hebreo dejó de ser una palabra principalmente religiosa y empezó a emplearse en cartas, tratados, contratos y poemas. Al usarse en estas formas, adquirió un sentido secular y se volvió el precedente de un uso legal y estético. Favoreció nada más y nada menos que la constitución del Estado israelí:

[...] era el habla donde los judíos dispersos por el orbe iban a establecer un lugar común de encuentro, una fórmula de cohesión. Pero la idea del establecimiento de este lugar común no nació de manera fortuita ni abstracta sino que fue la respuesta a una serie de circunstancias políticas. Y su nacimiento fue simultáneo al de la idea de la restructuración del Estado judío y al retorno de la patria de origen.²⁴

Castellanos —de la mano de Ramón Díaz, investigador del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad Hebrea de Jerusalén— estudió el trayecto obligado, esperanzado y doloroso que los judíos tuvieron que pasar para volver a su patria. Así, puso de relieve que la primera inmigración a Jerusalén se dio en 1881, después de *sangrientas violencias antisemitas*. En cambio, la segunda (1905-1914) se dio de manera más razonada. Un grupo de escritores fundó, en Yaffa, el diario *El Joven Trabajador*; por

²³ Rosario Castellanos, “Poesía hebrea moderna”, en *Mujer III*, p. 63.

²⁴ *Ibid.*, p. 64.

primera vez se expresó un sentimiento nacionalista que invitó a los judíos a retornar, en nombre de la justicia, del trabajo y del arraigo, a un lugar que, de acuerdo con la memoria que se empeñaron en preservar, les pertenecía.

Después de su amplio excursus histórico, al final de su ensayo, significativamente, Castellanos llegó a la misma conclusión que en su reseña sobre Agnon. El regreso de los judíos a la tierra prometida les provocaba cierta desazón: “Les era propio y, al retornar a él, les resultaba —paradójicamente— ajeno”.²⁵ Pareciera que la insistencia de la escritora en presentar un mismo síntoma social empezó a esbozar un punto de vista valorativo sobre la necesidad de un pueblo de aferrarse a una tierra a pesar de considerarla ingrata. De ahí que sea valioso tomar en cuenta que, aunque al final de su texto se enfocó en un problema literario, dejó ver que la literatura no escapaba a la realidad política de ese momento. Señaló que el poeta podía recurrir a la épica para representar la lucha como el acto fundacional de una nación, pero que, al elegir el idioma en el que habría de expresarse, elegía inevitablemente una lengua marcada con una expresión política: “Sólo que los poetas hebreos, contemporáneos o sucesores de Bialik, no eran ingenuos sino que heredaban múltiples tradiciones. Y si, por una parte, los solicitaba lo inmediato para ser reducido a palabra, por la otra esta palabra les presentaba una serie de problemas técnicos que eran, simultáneamente, políticos”.²⁶

Esta idea de la heterogeneidad cultural, religiosa y política, Castellanos la redondeó en su editorial “El ladino: idioma en pañales”, del 14 de diciembre, en donde habló con mayor amplitud de la relación entre los antecedentes históricos, las procedencias geográficas, los estratos socioculturales y las visiones de mundo que los judíos adoptaron durante su peregrinaje. Por lo menos había dos tendencias ideológicas predominantes en función de la procedencia de los judíos: el *ashkenazi* —habitante de Europa

²⁵ *Ibid.*, p. 65.

²⁶ *Ibid.*, p. 66.

y de Estados Unidos— y el *sefardí* —habitante de comunidades orientales—:

El sefardí opone a la ciencia la sabiduría; a la medición escrupulosa del tiempo, el sentido de la eternidad; a la acción, la contemplación; a las normas políticas, la moral privada; a la abstracción de las instituciones, la persona en que descansa la autoridad; a la generalidad omnicomprendiva de las ideas, las particularidades únicas de cada caso que exige también un juicio único; a la personalidad del individuo, los intereses de la tribu; a la felicidad, la voluptuosidad; a la religión, la mística; a la libertad, el orden; a la justicia, la fuerza; a la comprensión, la crueldad; a la investigación, el éxtasis; al amor, la pasión; a la ley, la sangre; a los estados de ánimo, los instintos; a las dudas, el dogma; a las racionalizaciones, la respuesta elemental.²⁷

¿A dónde quería llegar la escritora al plantear estas diferencias? En primer lugar, a establecer una relación evidente entre la lengua y la ideología. Esta asociación, a su vez, le permitía presentarles a sus lectores mexicanos la diversidad y la complejidad del pueblo judío, y, pese a sus diferencias, llegaron a reconocer “que eran hermanos en el ámbito de Palestina”.²⁸ En segundo, a dar un ejemplo de tolerancia. Para Castellanos, este valor debía ser conocido en México, un país que, si bien como nación estaba mejor consolidada que Israel y si bien no padecía constantes amenazas de guerra: “Al disidente, al heterodoxo, al violador de las normas [...] le depara la exclusión de la sociedad por cualquiera de los medios que ésta dispone para mantenerse incontaminada y pura: desde el ninguneo más rudimentario hasta el más elocuente

²⁷ Rosario Castellanos, “El ladino: idioma en pañales”, en *Mujer III*, pp. 127-128.

²⁸ *Ibid.*, p. 128.

señalamiento con índice de fuego a los traidores; desde la ‘ley del hielo’ más subjetiva hasta el aniquilamiento físico total”.²⁹

A partir de lo anterior, se puede apreciar que, si bien Castellanos no escribía editoriales contestatarios, durante los primeros años de su llegada a Israel presentó, a través de la literatura, un panorama complejo de la realidad israelí. Además, en ocasiones importantes, esa realidad le sirvió para seguir pensando los aspectos que México debía seguir mejorando política, civil e intelectualmente. Por ejemplo, cuando se suscitó la polémica “México: los escritores y la política” entre los colaboradores del suplemento *La Cultura en México* y los de la revista *Plural*,³⁰ Rosario Castellanos publicó el texto “El escritor y el poder: un delicado equilibrio”. En la primera parte del editorial, habló de un conflicto interno entre los aldeanos árabes habitantes de los poblados de Bir’im e Ikrit y las autoridades, representadas por la primera ministra Golda Meir. Asimismo, mencionó a un grupo de escritores que decidieron interceder ante el Estado para defender a los aldeanos. Quiso señalar que, si bien no lograron establecer un acuerdo entre las autoridades y el pueblo, insistieron en seguir deliberando acerca del mismo problema en los medios masivos de comunicación. En mi opinión, la escritora no comenzó hablando de este caso por simple casualidad, se interesó en él porque se trataba de un activismo razonado y organizado a través del diálogo, y, además, de un conjunto de intelectuales movidos por una noción de poder bien proporcionada:

Desde luego [el poder] no es una potencia misteriosa a la cual unos cuantos iniciados tienen acceso y que se manifiesta de una manera arbitraria e imprevisible en quien lo detenta y que es capaz de fulminar o exaltar a quien le sirve de súbito. Si así fuera ni los escritores se habrían atrevido a pedir una explicación que se les

²⁹ Rosario Castellanos, “Nacionalismo y tolerancia: prudencia hoy, victoria mañana”, en *Mujer III*, p. 90.

³⁰ Esta polémica se desarrolló en los meses de agosto y octubre de 1972.

debe en tanto que intelectuales sino en tanto que simples ciudadanos ni, mucho menos, la autoridad habría condescendido a dar razón de sí. El déspota no es razonable: el despotismo prospera en un clima de completa irracionalidad en la que la mera insinuación de la crítica puede acarrear consecuencias fatídicas.

No. Un acto como este al que me estoy refiriendo supone una concepción estrictamente humana tanto del poderoso como del intelectual. Y supone, además, la creencia de que el lenguaje es un vehículo de entendimiento que puede recorrerse en dos sentidos. No se formula con el lenguaje ni el ucase inapelable ni el monólogo inaudible. Se establece, en cambio, el diálogo.³¹

Indirectamente, Castellanos evocó la noción desproporcionada de poder de la élite cultural autónoma mexicana que rechazaba establecer un intercambio con los hombres de poder en un tiempo en el que los poderosos estaban “abiertos” al cuestionamiento, a la interpelación y a la crítica.³² Pensar en la ejemplaridad israelí le sirvió a Castellanos para atender un tema que en esas fechas era muy debatido en México. Quizá decidió tratarlo indirectamente, porque, además de que no tenía permitido replicar, tal vez no fue invitada a participar en el debate. Entonces, su única alternativa era aprovecharse de dicha ejemplaridad. Con ese motivo, señaló que no había forma de que un escritor se corrompiera por acercarse a los poderosos, ni de que la corrupción y el autoritarismo pudieran imponerse a personas con convicciones sólidas. Para comunicar su comprensión acerca de la fuerza

³¹ Rosario Castellanos, “El escritor y el poder: un delicado equilibrio”, en *Mujer III*, p. 212.

³² Aun cuando la política de apertura democrática careció de efectividad, sí marcó una gran diferencia entre el sexenio de Díaz Ordaz y el de Luis Echeverría. El mismo Cosío Villegas sostuvo: “Nadie puede dudar de su existencia [del espíritu democrático] ni tampoco de su encendido valor, sobre todo si se contrasta la situación actual con la inmediata anterior, durante la cual para decirlo con marcada benevolencia, resultaba ingrato hablar y escribir para el público”, *op. cit.*, 1974, p. 112.

desmedida que los intelectuales les daban a las autoridades —sin replicar abiertamente—,³³ Castellanos representó a los hombres de poder como seres mágicos: “Éstos, por su parte, encarnan una fuerza ciega e inconsciente. Son criaturas fascinantes y peligrosas. Fascinantes porque su operación altera, de un modo evidente, la realidad. Peligrosos porque esa alteración se produce sin tener en cuenta las aspiraciones últimas y esenciales de la humanidad; aspiraciones que el escritor expresa y muestra en su obra”.³⁴ Significativamente, Castellanos se sirvió de una imagen desproporcionada para llevar al absurdo la idea de que cualquier acercamiento con los políticos podía deformar una obra poseedora de un punto de vista estético, ético y humano. Si, además de considerar esa imagen, tomamos en cuenta el tono severo usado por la autora, da la impresión de que se imaginó al intelectual “autónomo” como un cobarde y un esnob, predispuesto siempre a menospreciar a los demás y a vanagloriarse:

Por lo pronto, es el depositario ya no digamos de la verdad absoluta que es lo natural tratándose de lo que se trata sino también de una especie de pureza que como la del armiño, tiene que preservarse evitando el mínimo contacto con los manejadores de la cosa pública.

[...]

Porque suele ocurrir que se está mucho más dispuesto al martirologio que al intercambio de ideas. Porque jamás se ha supuesto que “el otro” tiene ideas. Impulsos, pálpitos, caprichos. Pero ideas no. Datos estadísticos, puede. Y aun eso que se llama “sentido de la realidad”. Pero no ideas. Y mucho menos, muchísimo menos, ideales. Son patrimonio del que escribe.³⁵

³³ Es interesante que a Fuentes se le haya permitido polemizar abiertamente durante toda su gestión diplomática y a Rosario Castellanos no. Seguramente, no representaba lo mismo replicar en Medio Oriente que en Francia.

³⁴ Rosario Castellanos, “El escritor y el poder”, en *Mujer III*, p. 213.

³⁵ *Ibid.*, pp. 212 y 213.

Sin duda, todas estas alusiones a la intelectualidad hegemónica intentaron combatir contra las declaraciones que iban en detrimento del prestigio de los intelectuales que aceptaron cargos en el gobierno, aun cuando se trataba de puestos de tipo administrativo-cultural. No por casualidad, Castellanos se refirió a las críticas lanzadas en contra de todos ellos: “Que, si alguna vez, asiente, está vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas. Que si se aproxima al hombre de autoridad se retira contaminado de ella”.³⁶ A su juicio, ese temor desmesurado era sumamente perjudicial, pues impedía que se diera la discusión en una época y en un terreno político que la exigía: “Ilusión, nada más, gentil narcótico’ que decía Gorostiza. Pero un narcótico que *ha producido el marasmo de los que deberían de ser interlocutores y hacen del agora el desierto en el que claman voces sin respuesta*”.³⁷ En su opinión, el intelectual no podía darse el lujo de negarse a dialogar con el hombre de autoridad, porque había muchos asuntos públicos que debían discutirse. Más bien, lo que hacía falta era abstenerse de fantasear respecto a la grandeza de su inteligencia y al poder descomunal de la corrupción. Pensar la palabra como un instrumento más modesto y accesible a los demás: “¿Por qué no dejamos un poco en paz nuestros mitos y nos atenemos a lo que somos? No demonios porque hemos empuñado la vara, ay, a veces tan raquítica del mando. No deidades redentoras sólo porque nos hemos enfrentado al abismo vertiginoso de una página. Personas. Con uso de razón. Con el don de la palabra. Quién quita y discutiendo se haga la luz”.³⁸

Volviendo a la revisión de la historia y a los valores ejemplares de la cultura israelí, las distintas experiencias que Castellanos tenía, en un país tan proclive al conflicto, la llevaron a estimar, mucho más, la pertinencia de la palabra y la lucidez en situaciones adversas. Por eso, la mayoría de los títulos que eligió para

³⁶ *Ibid.*, p. 213.

³⁷ *Ibid.* Énfasis mío.

³⁸ *Ibid.*, pp. 213-214.

hablar de algunos de los momentos más ríspidos de la historia de Israel, como el referente a la masacre en Múnich, titulado “Ni odio ni histeria: el estéril estallido emocional”, le sirvió para hablar de la calma:

[...] a mí me hablan de México desde tres canales de televisión para que les diga cómo está el ánimo de la gente. Consternado, sí y más a medida que los acontecimientos se van desarrollando y que el optimismo del gobierno alemán para el rescate de los rehenes resulta infundado.

Y más cuando se sabe el desenlace.

Consternación, averiguación. ¿Quiénes son los responsables que tan mal han respondido? ¿Cómo puede evitarse en lo futuro una desgracia semejante? Y objetividad. No incitación al odio ni histeria. Es un asunto serio y que se toma muy en serio. Los sentimientos están regidos por la razón y lo que más importa es conservar la lucidez. Para actuar, cuando hay que actuar, sin vacilaciones, con eficacia.

De todas las lecciones que pueden enseñarnos otros pueblos ésta me parece muy importante.³⁹

Tal vez la forma de responder de Castellanos con desenfado y serenidad pueda parecerle a algunos lectores una actitud calculada políticamente. Sobre todo, si se toma en cuenta que uno de los comportamientos constantes de los gobiernos priístas y de sus servidores consistía en infundir tranquilidad en los tiempos en los que cundía la incertidumbre. Para entender el punto de vista de la escritora, habría que conocer su perspectiva sobre los antecedentes de los habitantes del pueblo judío. Dicha perspectiva prueba que, cuando Rosario Castellanos hablaba de la consternación calmada y razonada de todo un pueblo, no pretendía falsear la realidad. Lo que sucede es que tanto los gobernantes como los gobernados

³⁹ Rosario Castellanos, “Ni odio ni histeria: el estéril estallido emocional”, en *Mujer III*, pp. 221-222.

actuaban como si la serenidad fuera el único estado que les hacía tolerables la violencia y el peligro constantes —otras actitudes no les daban margen ni a la vida ni a la lucidez.

DE LO PARTICULAR A LO GENERAL: LAS CUALIDADES DE ESTHER

O LOS VALORES DEL PUEBLO JUDÍO

Castellanos no siempre comunicó la tenacidad israelí mediante sucesos generales. A veces, de un modo inductivo, presentó un caso para mostrar de manera más directa circunstancias, valores y cualidades del pueblo judío. Así lo muestra el editorial “El perfil de Esther: el dolor y la esperanza”, publicado el 30 de septiembre de 1972. En este texto, la escritora se enfocó en Esther, su secretaria en la embajada; sin embargo, si se aprecia tanto el inicio como el desarrollo del editorial, se nota que su situación era emblemática de una nación. Ella representaba la fuerza de los sobrevivientes al holocausto para reponerse del dolor, para peregrinar por el mundo y para permanecer en la tierra que les fue prometida, a pesar de las adversidades. Prueba de esto es que Castellanos observó que en ella se sintetizaban las cualidades del pueblo judío es su declaración respecto a que su lectura de la Biblia le permitió entender los atributos admirables de un Estado político real y de sus gobernados:

[...] la palabra, hizo de la *Biblia* una de mis lecturas básicas, por afinidad; una de las influencias literarias conscientemente buscadas y constantemente mantenidas. Eso antes. Y ahora, además un factor definitivo para entender un Estado político que tiene veinticinco años de existencia; un cauce para que fluya la simpatía hacia una cultura que tiene cinco mil años de historia.

La *realeza* de David, la *sabiduría* de Salomón, la *obediencia al misterio* de Abraham, la *docilidad* de Ruth, el *heroísmo* de Judith, se mueven a ras de lo concreto.

[...]

Sin todos estos antecedentes ¿cómo me habría sido posible apreciar a Esther Levi?⁴⁰

Realeza, sabiduría, obediencia al misterio, docilidad y heroísmo eran la serie de valores que, vividos como algo real, acompañaron a un pueblo destinado a soportar pruebas difíciles. Y, entendidos como historia épica, explicaban la serie de principios nacionales que le infundían a la gente fuerza para superar el pasado y esperanza para afrontar el presente. Sin esos antecedentes, Castellanos no se explicaba la serenidad de Esther: “no era el pasado lo que me intrigaba sino el perfecto equilibrio de su presente”.⁴¹ Con base en lo anterior, considero que se sostiene mi propuesta de que en un caso representativo se observaba la realidad de otros israelíes que le enseñaron a Castellanos a entender y a expresar con mesura y calma la realidad de un Estado en pie de guerra.

De alguna manera, las enseñanzas del pueblo israelí y la admiración que la escritora sintió por él, al igual que las reglas diplomáticas, influyeron en la escritura de sus editoriales. Se mantuvo a tono con ellos, pues jamás se permitió manifestar horror o indignación desmesurada. No obstante, respetó la norma de no replicar *hasta cierto punto*. Hubo ocasiones en las que se permitió manifestar discretamente su desacuerdo. Esas veces recurrió a estrategias para suavizar su mensaje y a argucias en las que, al tratar una anécdota, aprovechó para reflexionar sobre asuntos serios de la vida religiosa judía. La escritora dio cuenta de esto a través de un comentario desenfadado:

Ya se sabe. Cada vez que me siento a escribirle me dejo llevar por el *espíritu de divagación*. No intento nunca llegar directamente al *punto central*. Por otra parte ¿cuál sería ese punto central sino el mero placer de un *diálogo imaginario*, de un momento de sentirse

⁴⁰ Rosario Castellanos, “Perfil de Esther: el dolor y la esperanza”, en *Mujer III*, p. 223. Énfasis mío.

⁴¹ *Ibid.*, p. 224.

o de saberse, acompañado y acompañante? Y, a la postre, resulta que entre un suceso y otro van apareciendo las relaciones, van estableciéndose los contactos, van haciéndose los *nudos*.⁴²

En mi opinión, el fragmento anterior marca los momentos de desarrollo de sus textos. Acerca de ellos vale la pena preguntarse: ¿entre qué elementos estableció contactos y qué clase de nudos formuló? En realidad, el recuerdo de una anécdota y el tono conversacional en el desarrollo del texto se modifican: la anécdota se cuenta con tal grado de concierto que pasa del relato de un recuerdo personal a la exposición de una preocupación social. Y el tono desembarazado adquiere el sentido de una protesta contundente. Es significativo que, en este mismo editorial, en donde habló de la estructura de sus textos, haya revelado que al final siempre exponía un nudo, que puede entenderse como un problema relevante. Nótese que, al principio de este editorial, recordó cuando le presentaron al profesor Jaim Beinart, una autoridad en cultura hispánica en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y de la segunda vez que lo encontró en la casa de Esther Solay-Levy y le regaló el libro *Los comienzos del judaísmo español*. En mi opinión, éstos le sirvieron a la escritora como un pretexto para introducir un tema más serio. No fue casual que su atención se “desviara” de la explicación de las cualidades de Esther hacia los argumentos del libro de Beinart que defendían la inocencia del pueblo judío:

Leyéndolo descubro que esta fuerza que Esther toma de su linaje no es un fenómeno aislado sino que ha sido una actitud colectiva y de defensa. La necesidad de encontrar respuesta a dos preguntas (dice el profesor Beinart). “¿Cuándo llegaron vuestros antepasados para establecerse en nuestro país? Y ¿Cuáles son vuestros

⁴² Rosario Castellanos, “Los judíos inocentes: concordia, no intolerancia”, en *Mujer III*, p. 307. Énfasis mío.

derechos? Fue lo que impulsó a los judíos a evidenciar un interés en su pasado.

“Cuanto más profundicemos y estudiemos la razón de la insistencia en suscitar este problema del origen más claramente veremos que ello suele ocurrir en vísperas de un vaivén violento en la historia de la comunidad judía dada... La determinación de la fecha de la llegada de los judíos a España está ligada, en cierto modo, al empeño de determinados círculos de desembarazarse de la acusación de haber crucificado a Jesús... En el fondo, no parece existir diferencia fundamental entre haber llegado durante la destrucción del primer Templo, por Nabucodonosor, o más tarde puesto que lo que importa es que el arribo hubiera tenido lugar antes de la crucifixión de Jesús... Ése era el modo terminante de refutar la acusación que en el siglo xv, y en especial, en los días que antecedieron a la expulsión, se voceaba sin cesar lo mismo contra conversos que contra judíos. Los judíos de Toledo —argumenta el cronista— nada tuvieron que ver con la crucifixión de Jesús”.⁴³

Mi intención de repetir una cita tan extensa es mostrar cómo la escritora se fue alejando de lo anecdótico y, al final, se acercó a un asunto medular. Los fragmentos citados por ella y sus respectivas glosas fueron escritos con el propósito de empezar a defender la inocencia judía. Sin embargo, como ella bien señaló, al llegar al punto central, en donde se sentía “acompañada y acompañante”, volvió a invertir el procedimiento y regresó al momento en el que se enfocaba en ella, pero esta vez su tono se tornó inflexible y su crítica más seria:

[...] ¿cómo me parece esta tesis que, tan tranquilamente me tragué junto con la hostia de mi primera comunión? ¿Matar a un Dios y pagar esa culpa con el exilio perpetuo, con el rechazo, con las persecuciones, con las torturas, con el genocidio? Me parece desde mi perspectiva actual, un escándalo por su irracionalidad

⁴³ *Ibid.*, p. 308.

cruel, una fábula —como todas las que se cuentan a los niños, insensata—, una conseja de edades oscuras.⁴⁴

Nótese que, en definitiva, la autora abandonó su supuesta divagación y elaboró una queja en contra del adoctrinamiento manipulador de una Iglesia que hacía comulgar a sus fieles en el repudio hacia una población específica. Ahora bien, volvió a tratar el problema de lo particular a lo general, porque su experiencia era la de muchos, pero, además, porque era actual. En esas mismas fechas, se seguía discutiendo la vigencia del delito de deicidio cometido por el pueblo judío. Mientras que la facción del Concilio Ecuménico se atrevía a declarar que se podía seguir acusando a la población judía de un tiempo y un espacio precisos, el Episcopado francés la absolvía del delito de deicidio. Pero esta divergencia no fue lo que preocupó más a la escritora, sino la reacción de sus compatriotas ante la declaración compasiva de los franceses:

Y las repercusiones: recibí de México una furibunda carta de alguien que se obstinaba en mantener la postura tradicional sobre este asunto.

Yo no sabía ante que pasarme más: si ante los retorcidos argumentos, si ante la ceguera del odio del redactor, si ante su caprichosa ortografía o si ante su desaforada pretensión de que yo entregara una copia de tal engendro a la Knesset (para que allí como asamblea magna que es, se le diera lectura) y otra a la Casa del Escritor para que alcanzara su mayor difusión entre los círculos intelectuales.⁴⁵

Una sola carta le bastó a Castellanos para identificar las repercusiones que había en México, para reprobear públicamente un celo oscurantista y para evitar, así, que otros volvieran sobre el mismo empeño. Éste no fue el único editorial en el que se apegó

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*, p. 309.

hasta cierto punto a las pautas que le marcaron la diplomacia y el público. En editoriales subsiguientes, la introducción centrada en su vida personal y el encadenamiento de otros nudos, al final, le sirvieron para apuntar asuntos neurálgicos.

ALUSIONES Y ELUSIONES: DISENTIMIENTO

RESPECTO A LAS ACCIONES DE GUERRA

El 27 de octubre de 1973, la escritora dio otro ejemplo de delicadeza valorativa en su ensayo “Una botella al mar: apuntes de Yom Kippur”. En él, reiteró declaraciones que ya había manifestado en otros ensayos: la exposición de su inexperiencia en conflictos bélicos y la consigna de mantener una actitud discreta; la diferencia fue que mostró un rostro menos amable de Israel. El editorial inicia con una atmósfera doméstica que, en vez de servirle para atenuar la gravedad de las circunstancias, muestra en qué medida se ignoraba la inminencia de la guerra. No había noticias de que los ejércitos sirio y egipcio avisaran alguna irregularidad. La población estaba concentrada en celebrar el Sabbat⁴⁶ y el Yom Kippur.⁴⁷ En

⁴⁶ Significa día de reposo. Comienza el viernes en la tarde y concluye el sábado en la noche. David Ben Gurion promulgó una ley para garantizar su celebración. El objetivo de esta norma era reforzar el carácter judío del Estado y fomentar la integración de una sola identidad nacional. Véase Élisabeth Roudinesco, *A vueltas con la cuestión judía*, Barcelona, Anagrama, 2011, s/p, disponible en [<http://assets.espadf.net/book/a-vueltas-con-la-cuestion-judia/>].

⁴⁷ El 6 de octubre se celebró la fiesta de Yom Kippur, que obligaba a los judíos a ayunar todo el día. Si bien la guerra comenzó en esa fecha, sus antecedentes fueron las masacres en el aeropuerto de Lod y en Múnich. Tanto estos atentados imprevistos como el inicio de un combate bélico durante un día de descanso sagrado cumplieron los objetivos de exponer la vulnerabilidad israelí, golpear su política interna y su estabilidad económica. Al inicio del combate, el frente sirio y el israelí tuvieron grandes pérdidas, pero, a medida que avanzaron los días, los israelíes empezaron a vencer y a tomar las grandes ciudades egipcias y de Damasco. Entonces, el Consejo de Seguridad de la ONU consideró que la guerra estaba evolucionando de un modo muy peligroso y ordenó el alto al fuego el 22 de octubre. Véanse Jorge Patricio Ciliberti, “Cronología del conflicto de Yom Kippur (1973)”, en *Revista de Relaciones Internacionales*, núm. 25, 2003, pp. 15-

verdad, nadie sospechó los hechos que se avecinaban: “No va a pretender que yo, que apenas tengo dos años y medio de marquesa y comienzo a aprender a mover el abanico, adivinara [...] que todos estábamos a punto de protagonizar un momento histórico”.⁴⁸

En medio de ese ambiente impactante, la escritora reveló algo sorprendente tomando en cuenta su gravedad: que la embajada no tenía listo un refugio antiaéreo. Además, se refirió a un hecho que resulta llamativo porque implica una contradicción: dijo que no se podía revelar todo lo que se sabía, como si no fuera más inquietante comentar que había información reservada: “Mientras tanto en la casa Gabriel contesta por teléfono las preguntas de un reportero de Jacobo Zabludovsky. Habla de los rumores que ha escuchado, de los boletines en hebreo. Espero que no haya sido *indiscreto* ni *imprudente*. Lo que lo indigna”.⁴⁹ Estas declaraciones indican que el desencadenamiento de la guerra desbordó un poco a la escritora.

Ese desbordamiento pudo relacionarse con su inexperiencia bélica, pero también con la familiaridad que desarrolló al convertirse en habitante de Israel. Tal vez, por esa misma razón, a lo largo del texto, manifestó dos puntos de vista: el personal y el laboral. Sus vínculos amistosos, de trabajo y vecinales la volvieron cercana a la fuerza humana que iba a combatir por su nación: “Por radio avisan en clave a quienes han de presentarse en un sitio determinado de reunión. No hay casa israelí de la que no salga un hijo, una muchacha, un hermano, un padre. Para mí ya no son anónimos”.⁵⁰ No obstante, ni su cercanía ni su desconcierto le impidieron emitir un juicio de desaprobación respecto a la reacción bélica:

21, y Aníbal José Maffeo, “La guerra de Yom Kippur y la crisis del petróleo de 1973”, en *Revista de Relaciones Internacionales*, núm. 25, 2003, pp. 2-6.

⁴⁸ Rosario Castellanos, “Una botella al mar: apuntes de Yom Kippur”, en *Mujer III*, p. 361.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 363. Énfasis mío.

⁵⁰ *Ibid.*

[...] ¿sabe usted en qué estoy pensando? En que los judíos, que se han considerado desde siempre el pueblo del Libro; en que quizá el factor de unidad más importante en Israel lo está constituyendo la lengua hebrea. Y en que es una ironía muy amarga que quienes dan una importancia tan fundamental a la palabra no dispongan del diálogo como un medio de entendimiento con sus vecinos. Porque es así, vecinos, como oficialmente se llama a los árabes. Quienes ahora, aunque quisieran, no pueden escuchar. El ámbito de resonancia de la Sabiduría está lleno del sonido y la furia de la guerra.⁵¹

Ésta es la primera vez que Castellanos opinó, de manera personal, acerca del enfrentamiento entre israelíes y árabes. La primera en la que dejó ver que un pueblo sumamente racional también sabía subordinar su buen juicio al poder de la fuerza armada. Después de esta declaración, sin duda, los lectores debieron esperar que la escritora siguiera pronunciándose respecto a la oportunidad de dicha guerra. Sin embargo, eso no ocurrió. El 10 de diciembre de 1973, rectificó las impresiones mostradas en su editorial anterior: “Releídas ahora, bajo la perspectiva de los acontecimientos actuales, el texto me parece de lo más melodramático”.⁵² De hecho, aportó datos para contrarrestar las imprecisiones e incertidumbres que planteó. En cuanto al país, mencionó que la mayor muestra de que el conflicto estaba bajo control era el regreso de los niños a la escuela. Y, acerca de su seguridad personal, mencionó la protección que le brindó la cancillería mexicana: “En cuanto estalló el conflicto recibí una llamada telefónica de la esposa del ministro Rabasa desde Nueva York para autorizarme a salir de aquí en el momento en que me pareciera conveniente”.⁵³ Ya que durante su estancia en México casi no se vio con nadie, mencionó los actos públicos a los que

⁵¹ *Ibid.*

⁵² Rosario Castellanos, “Acto de presencia: apuntes de posguerra”, en *Mujer III*, p. 366.

⁵³ *Ibid.*, p. 366.

asistió: a la inauguración del primer vuelo directo de Tel Aviv a México y a la gira del presidente Echeverría en Coahuila.

Sin lugar a dudas, las pruebas que ofreció guardaban perfecta coherencia con los hechos. No obstante, el sentido emocional que translucen sus palabras revela que la “paz” de aquellos días era endeble. Por eso, no concibió la idea de viajar a México y dejar a Gabriel en Israel: “saberlo más allá de mi alcance iba a ser intolerable”.⁵⁴ No obstante, emitió un comentario que bien describía la devastación oculta detrás de la calma y el mutismo: “el hecho de que no se quejen no quiere decir que no sufran. Y la manera más elemental de compartir un sufrimiento es respetar el modo como se manifiesta”.⁵⁵ En definitiva, enfrentarse al desastre de la guerra propició que la escritora ofreciera otra perspectiva de la consternación calmada de los israelíes. Entonces, pasó de representar la tenacidad épica de los judíos a mencionar su dolor vivo, pero soterrado.

Las siguientes semanas de enero de 1974, Castellanos publicó dos editoriales de tipo autobiográfico y los meses subsecuentes estuvieron marcados por su silencio. En el transcurso de febrero, marzo, abril, mayo y la mayor parte de junio, no mandó ninguna colaboración a *Excelsior*. ¿Por qué se ausentó de su página editorial? Si nos atenemos al pasado y pensamos en las ocasiones que guardó silencio en la década de 1960, podemos darnos cuenta de que se callaba sólo cuando pesaba una fuerte censura gubernamental sobre los medios, cuando no tenía información completa sobre un hecho o cuando no quería simular un estado de bienestar. En este caso, no es posible determinar por qué la escritora se ausentó de su página editorial, pero da la impresión de que, si tenía alguna idea de la inoportunidad de la guerra, no era pertinente expresarla, pues debía respetar la política de no intervención y cuidar del buen vínculo entre México e Israel. Tuvieron que pasar nueve meses para que volviera a referirse al

⁵⁴ *Ibid.*, p. 367.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 368.

conflicto en Medio Oriente. El 30 de julio de 1974, expuso con sumo cuidado su valoración en torno a este conflicto y señaló los intereses que lo mismo servían para alentar la consolidación del Estado israelí que para criticar sus principios fundacionales. Antes de hacerlo, quiso advertir la mentalidad militar que afectaba su modo de escribir:

A raíz de mi incorporación a las filas de *Excelsior* (¿se da usted cuenta de cómo se me ha hecho ya una mentalidad militar?) he recibido algunas cartas de México. (Fíjese usted bien en el término usado: algunas. Si yo hubiera sentado “muchas” habría parecido jactancia; si yo hubiera precisado “pocas”, habría sonado a queja. Algunas es ambiguo. No compromete a nada. Alude y elude. Cumple, pues, con los requisitos indispensables del estilo diplomático).⁵⁶

En otros editoriales, Castellanos también usó palabras de la milicia, pero sólo en este texto quiso hacer patente que su estilo diplomático la obligaba a aludir y eludir. Entonces, resulta insoslayable preguntarse: ¿qué aludió y qué eludió? Justamente, en este texto mencionó algo que dejó sin desarrollar, esto se aprecia en que anotó un par de datos inquietantes sobre Israel:

En la historia de la fundación del Estado de Israel operaron como factores la historia, la economía, la religión, la política. Con buenas intenciones se alcanzaron, a veces adversos resultados y *con métodos que no eran morales ni parecían factibles, se lograron frutos de los que ahora se pasman los extraños y se aprovechan los propios.*

[...]

Vamos a mirar únicamente a los que hicieron la *aliyá*, a los que subieron a Israel y a los que aquí luchan contra los obstáculos de la naturaleza, contra los desfallecimientos de la voluntad, contra las estructuras de una sociedad que comienza a plasmarse y que al hacerlo no satisface las necesidades del mayor número ni las de

⁵⁶ Rosario Castellanos, “Jerusalén celeste, Jerusalén terrenal”, en *Mujer III*, p. 404.

una minoría. *Porque esas necesidades, más que físicas, son emotivas; más que reales son imaginarias.*⁵⁷

Las buenas intenciones son claras si se recuerda que uno de los objetivos de la fundación del Estado israelí fue darles una patria a los judíos y ponerle fin al exterminio y a la persecución constantes.⁵⁸ En cambio, los métodos *no morales* y *no factibles* que Castellanos aludió y eludió no son claros, suscitan el interrogante: ¿qué quiso decir con *no moral* y *poco factible*? No es posible aventurar, ni siquiera, una hipótesis de los métodos a los que se refirió porque, en lo que sigue del ensayo, no le dio continuidad a este nudo. No obstante, la oposición apuntada en el título del texto “Jerusalén celeste, Jerusalén terrenal” da a entender que la escritora iba a empezar a emitir, de primera mano, una visión conflictiva de Israel que ya no tenía que ver, nada más, con lo que leía en los libros de historia y de literatura. Por eso es tan significativo el que se decidiera a presentar a Israel a partir de una oposición interna que le sirvió para identificar al Jerusalén celeste con la imagen idealizada que sabía que había impulsado a cada peregrino a viajar a la tierra prometida, y al Jerusalén terrenal, con un Estado israelí que era “una realidad contra la que se estrella el sueño de todos”.⁵⁹

Pareciera que Castellanos empezaba a emitir un punto de vista en el que, si bien no descalificó al Estado israelí, dio a entender que tardaría mucho en consolidarse. Uno de los factores que retardaban su consolidación eran la heterogeneidad de la población a la que se refiere en este texto. Acerca de esta misma diversidad habló en un tono menos literario en una entrevista que le concedió a la periodista Mary Lou Dabdoub: “Uno puede

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ Véase Graciela Garay, *Las relaciones diplomáticas México-Israel (1947-1967)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 17-21 y 130.

⁵⁹ Rosario Castellanos, “Jerusalén celeste”, en *Mujer III*, p. 406.

observar ese proceso de gente viniendo desde los sitios más opuestos geográficamente, de los niveles culturales más elevados o más bajos que conviven y tienen que afrontar la misma situación. Creo que este fenómeno —si se ha dado otras veces en la historia, no lo conozco y nunca había asistido a una visión así— ha sido importante para mí”.⁶⁰ Por desgracia, en este periodo la escritora sólo podía hablar de los temas más delicados mediante los medios oficiales, y, aun en ellos, recurrió al lenguaje literario para dilucidarlos y comunicarlos:

[...] en el plano más privado una de las cosas que me apasionan es escribir los informes políticos. [...] Por desgracia es un género que no va a llegar nunca a la publicidad, pero donde yo no puedo dejar de hacer literatura. Por ejemplo, durante la guerra de Yom Kippur, elaboré un informe lo más completo posible sobre lo que había acontecido, porque a mí me urgía entender tanto como a cualquier otro israelí o persona que participó aquí. Hubo por lo menos, al principio, una gran confusión. Ya en la postguerra como cuando se sale de un mal sueño necesita uno ubicarse en la realidad. Yo siempre he logrado la ubicación a través de la literatura. Entonces esta vez dije: ¿cuál es la solución? Pues el informe. Fue muy largo[,] fue muy literario, pero creo que me ayudó a entender lo que estaba aconteciendo en este país.⁶¹

Habría que contar con todos los informes políticos para poder interpretar la visión de Rosario Castellanos; desafortunadamente, en la Secretaría de Relaciones Exteriores sólo encontré dos y ninguno habla de este último periodo. Probablemente, en

⁶⁰ Rosario Castellanos, “Última charla con Rosario Castellanos”. Esta entrevista la encontré en el expediente XI-42-1 del Archivo de Concentraciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. De acuerdo con la información contenida en el texto, fue realizada el 6 de agosto de 1974, pero el recorte de la entrevista aparece con un encabezado, a máquina, que indica que se publicó el 10 de agosto de 1974 en el periódico *El Herald*o.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 44-45.

futuras investigaciones alguien tendrá acceso a estos documentos y a las relaciones epistolares en las que Castellanos también expresó, de un modo más explícito, su opinión sobre la guerra. Mientras tanto, mi trabajo ha consistido, nada más, en esbozar esa valoración discreta en la que la escritora habló con amplitud de la ejemplaridad de Israel y de sus habitantes, pero también de sus contradicciones, de su conflictividad y de su inconsistencia. Una valoración imparcial que debió pasar desapercibida para la mayoría de los lectores, ya que, cuando se publicó, apareció intercalada con editoriales de tipo doméstico. Entonces, quedan otros interrogantes que responder: ¿cuál es la función de los ensayos de temáticas domésticas en la producción intelectual de Rosario Castellanos?, ¿estos editoriales fueron redactados por la escritora para distraer a los lectores de sus juicios más serios? o, dentro de la producción intelectual femenina, ¿estos textos pueden entenderse como reflexiones críticas?

ENSAYOS DE GÉNERO: LA COMPRENSIÓN DE LO GENERAL EN LO PARTICULAR⁶²

Afirmar que Castellanos escribió ensayos con temáticas autobiográficas o maternas sólo para distraer la atención de los problemas más graves equivaldría, en primera instancia, a entenderlos a partir de una perspectiva patriarcal que se ha caracterizado por

⁶² El término *ensayo de género* fue utilizado por primera vez por Mary Louise Pratt al referirse a “una serie de textos escritos por mujeres latinoamericanas [...] en los últimos ciento ochenta años [...] Es una literatura contestataria que se propone ‘interrumpir el monólogo masculino’, o al menos confrontar la pretensión masculina de monopolizar la cultura, la historia y la autoridad intelectual”. Véase “No me interrumpas’: las mujeres y el ensayo latinoamericano”, en *Debate Feminista*, núm. 21, 2000, p. 76. En esta última parte, me apoyo, en gran medida, en las ideas de Mayuli Morales Faedo. Véase “Hablar de nosotras es pensar el mundo, pensar para transformarlo: ensayistas hispanoamericanas de la primera mitad del siglo xx”, en Mayuli Morales Faedo (ed.), *Ensayar un mundo nuevo. Escritoras hispanoamericanas a debate*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Biblioteca Nueva, 2016, pp. 133-156.

descalificar y no valorar los ensayos escritos por mujeres, y, en segunda, a omitir que la escritora estaba convencida de que no tenía por qué disimular su identidad femenina y, menos, por qué esmerarse en pertenecer a la élite de los intelectuales. Dicho en palabras de ella, a convertirse en un ser desgarrado.

En ese sentido, antes de interpretar los ensayos de temáticas autobiográficas y domésticas de Rosario Castellanos, es necesario explicar que pertenecen a una tradición ensayística que Mayuli Morales llama de *desvalorización*.⁶³ Se trata de la producción textual de escritoras que hablaron sobre el lugar que las mujeres ocupaban socialmente en el mundo. Por desgracia, a decir de esta misma investigadora, su insistencia en hablar de sí mismas ocasionó que las tacharan de narcisistas y particularizantes. Nótese, entonces, que el atributo del reconocimiento prevaleciente en las élites intelectuales no estaba al alcance de las escritoras que, a través del ensayo, pusieron énfasis en su identidad femenina:

Este tipo de ensayo funciona como un espejo de la propia “irrelevancia” de la autoría, el asunto se contamina, pues el sujeto enunciante cuenta y reflexiona sobre su historia, su ser y sus funciones con la de sus congéneres. De ahí su situación en el espacio de la particularidad y su imposibilidad de inserción y reconocimiento en la totalidad, en el colectivo, en la nación.⁶⁴

Esto explica, en gran medida, por qué los ensayos autobiográficos y domésticos de Rosario Castellanos —comparados con los de sus contemporáneos— debieron ser percibidos como insignificantes. En ese orden de ideas, me interesa recordar que, en el capítulo anterior, afirmé que, cuando Rosario Castellanos piensa en el hogar, en realidad está pensando en toda la nación mexicana. En dicho capítulo, esa interpretación fue posible porque la escritora reflexionó en torno a problemas representativos de México.

⁶³ *Ibid.*, p. 136.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 140.

Por ejemplo, el control de la natalidad, las labores domésticas, la educación de los hijos, el trato legal asimétrico entre hombre y mujer. En contraste, la estrategia que Castellanos usó para presentar a Israel es mucho más particularizante, porque implica ver a ese país por medio de lo que ella o alguien más vivió.

En relación con esto, importa mencionar una observación de Morales Faedo: gracias al ensayo, las escritoras se apropiaron de un *yo* para pensarse a sí mismas como sujetos individuales y colectivos dentro de dos instancias: “La instancia de la realidad, que propicia la crítica, y la instancia de la posibilidad, que apunta hacia la transformación”.⁶⁵ La primera les permitió hablar críticamente de sí mismas, y la segunda, presentarse como integrantes del mundo. En ese mismo orden de ideas, la investigadora menciona aspectos que no deben perderse de vista en el análisis e interpretación de esta clase de ensayos: 1) la tendencia de las autoras de ir de lo particular a lo general, y 2) la dificultad de articular dichos ensayos dentro de una producción más grande, ya que esto requiere: “provocar una alteración en la episteme y en el método de análisis”.⁶⁶

LA VIDA DOMÉSTICA DE UNA EMBAJADORA: UNA CONCILIACIÓN EVIDENTE ENTRE EL PERIODISMO, LA DIPLOMACIA Y LA IDENTIDAD FEMENINA

La producción autobiográfica y doméstica de Rosario Castellanos se puede interpretar tanto desde la instancia de realidad como desde la de posibilidad, pues la primera permite entender la perspectiva crítica que la escritora tuvo sobre sí misma y, la segunda, entenderla como integrante del mundo. En cuanto a esta última, cabe agregar que la intención de Castellanos de cambiar el mundo no siempre fue explícita, porque su visión era más sugestiva que doctrinaria. En virtud de ello, se conformó con plan-tear, mostrar, insinuar y cuestionar. Es decir, el rasgo distintivo

⁶⁵ *Ibid.*, p. 137.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 146.

de su intención transformadora se distinguió por su capacidad de compartir experiencias, razonamientos, preguntas y vivencias.

La forma más íntegra de presentar, en el periódico, su experiencia en Israel consistió en conciliar su trabajo diplomático con su identidad femenina, inevitablemente relacionados en la cotidianeidad. Es probable que esta faceta presentada por Castellanos no hubiera sido expuesta por ningún otro intelectual. Por eso, es necesario pensarla desde la instancia de realidad, pues, de manera constante, la escritora usó la risa como un arma crítica para exponer las pequeñas dificultades a las que se enfrentó diariamente en un país cosmopolita en donde tenía que proyectar un rango político, social y cultural prestante. Así, mostró que los lujos derivados de su cargo no la eximían de los accidentes de la vida cotidiana, como el día que su chofer la dejó a merced de su suerte:

[...] X decidió bajar a preguntar su camino a una oficina de correos alrededor de la cual estábamos girando. [...]

De pronto advertí que la bandera ondeaba con la gracia que le es peculiar. Lo que no dejó de asombrarme. Es raro, me dije, con esa lentitud de los procesos mentales de quienes estamos provistas de intuición femenina pero nos negamos a proceder de acuerdo con ella. Es raro porque no sopla ni el menor asomo de brisa. Y sin embargo se mueve. [...]

No tuve tiempo de deliberar si era una representante diplomática o una acróbata del Circo Atayde. Abrí la puerta, me lancé a la calle y corrí al lado contrario a abrir la puerta donde se encontraban todos los aparatos para mover o parar la máquina a la que no lograba dar alcance.⁶⁷

Las anécdotas graciosas no sólo muestran el lado llano de la diplomacia, además exhiben la realidad ampliamente, ya que se centran en poblaciones específicas y en sus respectivos usos

⁶⁷ Rosario Castellanos, "Los días de prueba: el aprendiz de brujo y yo", en *Mujer III*, pp. 72-73.

lingüísticos, visiones de mundo y costumbres. Es decir, Rosario Castellanos no sólo presentó, a través de casos emblemáticos, al judío culto que había conservado el hebreo, sino también a un tipo de hombre más rudimentario que apenas si lograba darle un sentido y un uso a la lengua. Habló concretamente de su primer chofer, a quien denominó X: “él ignoraba prácticamente todos los idiomas, inclusive el castellano a tal punto que, en su vocabulario, he ido transitando de un ‘señora embajadora’ más o menos correcto a un más bien inseguro ‘ambassadrice’ que pronto degeneró (o ascendió) a ‘emperatriz’. Desde donde no había más que un paso (y lo dimos con la ayuda eficaz de mi hijo Gabriel) a ‘señora avestruz’.”⁶⁸

Afirmo que, con la narración de las anécdotas de sus choferes, Rosario Castellanos observó una parte más popular de la sociedad, porque, cuando habló de Israel Maya, copió un idioma que parecía el antecedente del español o el de alguna lengua en ciernes y era muy utilizado en Israel.⁶⁹ Ahora bien, cuando establezco esta generalización, no olvido que el interés de la autora no era efectuar una recuperación lingüística meramente descriptiva, sino entender el aspecto cualitativo de las personas. De ahí que, cuando presentó a Israel Maya, estableció una coincidencia entre la sencillez de su lengua y su cándida visión de la historia, de la fundación del Estado israelí y de los otros:

Un día volvió, con su pensión de veterano de guerra, y se encontró con Malka, poverata, que estaba criando sola a la familia. ¿Pero qué aconteció? Había Palestina y ya no hay Palestina. Ya hay Israel. Cale que le abra el meollo para entender a todos estos que vienen de todas partes hablando cada uno a su modo. Y los ashkenazis tomando té y los sefardíes comiendo burecas y los ashkenazis poniendo precios fijos en el escaparate y los sefardíes

⁶⁸ *Ibid.*, p. 72.

⁶⁹ El ladino era la lengua más hablada por los judíos desterrados de la península ibérica. Véase Rosario Castellanos, “El ladino: idioma en pañales,” p. 129.

regateando horas enteras en el bazar. Y los arabos... con los arabos, se entiende bien, porque habla su lenguaje y distingue hasta dónde es figurado y retórico y hasta dónde comienza a ser exacto. Si Israel Maya gobernara no habría pleitos: habría negocios. Y de cuando en cuando un buen manotazo sobre la mesa sólo para que se sepa quién es el señor.⁷⁰

Nótese la complejidad de las ideas que Castellanos sintetizó, a través de una perspectiva *in situ*; por eso considero que, cuando relataba historias y anécdotas, no lo hacía inopinadamente o, nada más, con el afán de deleitarse y deleitar humorísticamente a sus lectores. En el fondo, la escritora debió tener la voluntad de mostrar cómo entendía la gente el panorama diverso que habitaba. Una prueba del detalle y la vivacidad con la que deseaba compartir la realidad que observó es su declaración respecto a la continuidad que este asunto le daba a un tradicional y memorable rito judío llamado Bar-Mitzva:

¿Por qué me apresuré a presentarle a Israel Maya sino porque desde las profundidades de mi subconsciente yo ya había decidido contarle lo del Bar-Mitzva de su nieto?

[...]

Un niño de cuatro, de cinco años ha ido (sin que nadie lo presione sino como si respondiera obedientemente a un llamado) a colocarse frente a la orquesta y ha comenzado a bailar. Ondula, gira, se ciñe al ritmo que evoca los jardines umbrosos de Granada, los cielos abiertos de Salónica, las callejuelas laberínticas de Estambul.

Y el niño continúa, bajo una lluvia de billetes y de aplausos, remoto, inaccesible a los ruidos de afuera, huésped milagroso de ese universo exquisito en el que todos están presentes: los que se transformaron de polvo en memoria; los que se fueron llevando la llave de la casa como una promesa de retorno; los que están

⁷⁰ Rosario Castellanos, "Israel Maya: del habla sefardí", en *Mujer III*, p. 258.

impacientes por nacer y por participar y los que van llegando y vienen “por los hondos caminos de la guitarra”.⁷¹

Evidentemente, la visión emotiva de la danza presentada por Rosario Castellanos muestra que nunca se interesó en exponer la realidad sólo a partir de fuentes teóricas y eruditas. Por tal motivo, no se limitó a emitir una visión general de un país y de su población mediante sus observaciones sobre las novelas de Agnon o mediante sus comentarios sobre poesía hebrea moderna. La relevancia de relatar una ceremonia radicaba en que concentraba el espíritu milenario de un pueblo. Así lo entendió la escritora, porque la música y el movimiento le daban vida a una tradición que, al mantenerse, preservaba costumbres, reforzaba la identidad de un pueblo y revivía la emoción de una gran familia. Si se me permite usar las palabras de Fina García Marruz para interpretar a Castellanos, el relato de las experiencias surgidas de la cotidianeidad evidenciaba *una dimensión desconocida de lo evidente*.⁷²

En lo que respecta a la instancia de posibilidad que ubica a la escritora dentro del mundo, estos ensayos indican un aspecto importante para entender cómo se situó Castellanos dentro de su mundo y con qué recursos quiso impactarlo. Esto tiene que ver tanto con el tipo de reconocimiento que no tenía la escritora, como con el que sí tenía —me refiero al tipo de público al que solían convocar las ensayistas—. De acuerdo con la metáfora presentada por Mary Louise Pratt, las mujeres interrumpían a los intelectuales para dialogar con ellos. En principio, así fue, pero también escribieron para un amplio sector popular lector del periódico.⁷³ El caso de Castellanos es representativo de una pensadora que sabía que no contaba con la atención de la élite

⁷¹ Rosario Castellanos, “Bar-Mitzva: ceremonia de iniciación”, en *Mujer III*, pp. 261-262. Énfasis mío.

⁷² Véase Fina García Marruz, “Hablar de la poesía”, *Hablar de la poesía*, La Habana, Letras Cubanas, 1986, p. 433.

⁷³ Un antecedente mexicano de este tipo de comportamiento de escritura femenina que lo mismo buscaba llamar la atención de los intelectuales que

cultural —más adelante volveré a hablar de esto—, pero que se sabía escuchada por un gran público. Pienso en los lectores que de 1963 a 1971 la siguieron en las páginas de *Excelsior*.

No es casual que, a manera de broma, la escritora no perdiera de vista ni al campo cultural al que perteneció ni a sus lectores. En razón de ello, se planteó, ¿por qué hablar de los estratos populares y no de los poderosos?: “Al preferir la cena de los Rothschild al Bar-Mitzva del nieto de Israel Maya ¿no le estaba haciendo el juego a la élite, a los *happy few*, a la mafia?”.⁷⁴ Asimismo, tuvo en cuenta a un campo de poder con el que no quería que la asociaran negativamente, tergiversando su relación con los pobres: “Al escoger el Bar-Mitzva del nieto de Israel Maya a la cena de los Rothschild ¿no estaba adoptando esa fácil actitud demagógica del que estrecha la mano callosa del campesino en el instante preciso en que se aprieta el botón de la cámara fotográfica?”.⁷⁵

Como puede apreciarse, aunque fuera en broma, en todo momento, Castellanos tuvo presentes las lecturas que podían hacerse de su obra. Deliberadamente, optó por hablar de los temas que no les interesaban a los demás, por presentar la visión humorística, “particularizante” y emotiva de las cosas. Nunca gustó de obligarse a contener su facilidad para reírse y, menos, para compartir la faceta emocional que la intelectualidad masculina no acostumbraba ni se permitía expresar. Ella quiso hacer patente su emoción en el Bar-Mitzva: “Cuando el instante privilegiado termina yo recobro bruscamente la conciencia. Sólo para advertir

escribir textos para un público no muy instruido se puede apreciar desde el siglo XIX con la publicación de *Violetas del Anáhuac*.

⁷⁴ Rosario Castellanos, “Bar-Mitzva”, en *Mujer III*, p. 259. Optar por no hablar de su asistencia a la casa de los Rothschild no era un tema menor, ya que debía tratarse de los descendientes del Barón Edmond de Rothschild (1854-1934), quien en 1883 protegió a la mayor parte de las colonias sionistas. Véase Ilan Pape, *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos*, Madrid, Akal, 2007, p. 444.

⁷⁵ Rosario Castellanos, “Bar-Mitzva”, en *Mujer III*, p. 259.

‘que me ha abundado el alma hasta salirme a los ojos’ y que tengo la cara mojada de lágrimas”.⁷⁶

Tomando en consideración el fragmento anterior, me parece necesario reconocer que hubo ocasiones en que, en algunos de los ensayos autobiográficos de Castellanos, en vez de ascender de la construcción de un sujeto individual a uno colectivo nacional, la escritora trató asuntos sumamente personales con los cuales sólo expuso su intimidad. En esos casos, el lector, en vez de desempeñar la función de receptor de información de interés general, fungió como una suerte de confidente. Por ejemplo, el 19 de junio de 1973, en el ensayo “El zipper: hora de la verdad”, declaró: “hay un momento en el que tengo que admitir que soy una criatura totalmente desvalida y en el que se me llenan los ojos de lágrimas”.⁷⁷

En cambio, en otros ensayos hizo coexistir a los planos racional y emotivo, principalmente los de temáticas maternas.⁷⁸ Por ejemplo, el 23 de agosto de 1971, en el editorial “Adaptando a Gabriel: educar a un niño en tierra ajena”, emitió una pregunta atípica para la cultura mexicana. Sin embargo, era un cuestionamiento que quizás iba cobrando sentido entre las madres profesionistas que adaptaban a sus hijos a su condición laboral: “¿Pero está usted segura de advertir con la misma certidumbre, si a su niño le ha tocado en suerte el que usted le resulte una madre problema?”.⁷⁹ Tiempo después, el 6 de octubre de 1972, redujo al absurdo el

⁷⁶ *Ibid.*, p. 262.

⁷⁷ Rosario Castellanos, “El zipper: hora de la verdad”, en *Mujer III*, p. 313.

⁷⁸ De hecho, si se ve toda la producción de Rosario Castellanos atinente al tema de la maternidad, se nota este importante desplazamiento. En la década de 1950, la escritora entendió la maternidad como el estado fisiológico que definía a la mujer y la confinaba al espacio doméstico. En 1960, cuestionó el instinto materno y la abnegación como un valor negativo dentro de la educación familiar. Finalmente, en la década de 1970 le añadió a su reflexión crítica un sentido experiencial de identificación y empatía.

⁷⁹ Rosario Castellanos, “Adaptando a Gabriel: educar a un niño en tierra ajena”, en *Mujer III*, p. 82.

supuesto don adivinatorio que las madres tienen respecto a las emociones de sus hijos: “El otro día comparece ante mí Gabriel con su cara de pequeño escribiente florentino. [...] *¡El corazón de una madre! Que todo lo adivina, que todo lo prevé. Qué raro. El mío ha de tener algún defecto de fábrica porque ni adivino ni preveo nada*”.⁸⁰

Rosario Castellanos, en primera instancia, compartió con sus lectores la idea de que la madre no era un hada que todo lo adivinaba y todo lo remediaba. En su opinión, la tarea de la mujer era más modesta y tenía que ver con el respaldo moral y afectivo requerido por sus hijos. En relación con esto, Morales Faedo apunta que esta función también ha sido expuesta por otras ensayistas y radica no sólo en proveer a los niños de conocimientos y palabras, sino en permitirles crear un vínculo con el mundo, nombrarlo y crear en torno a él significados y valores.⁸¹ Sobre todo, en los últimos ensayos tocantes al crecimiento de Gabriel, un niño de casi trece años de edad, en un país beligerante, Castellanos recordó los primeros momentos de la vida de su hijo en los cuales lo acompañó en el proceso de aprender que la vida es un ciclo de ocasos y regeneraciones constantes:

Es verano y la noche tarda tanto en caer que la luna se atreve a asomarse cuando el sol no acaba aún de ponerse. Gabriel que no conocía el cielo nocturno, grita ante la aparición de un astro cuya hermosura lo pasma hasta que yo destilo en su oreja las dos sílabas —lu-na— que le permitirán sentirse dueño de esta celeste, brillante y remota criatura.

[...]

De pronto las pupilas de Gabriel se contraen de extrañeza, se dilatan de alarma, se anegan en lágrimas de desconsuelo: la luna ha desaparecido tras un nubarrón oscuro.

[...]

⁸⁰ Rosario Castellanos, “*Balún Canán* en Israel: Gabriel descubre la literatura”, en *Mujer III*, p. 227. Énfasis mío.

⁸¹ Mayuli Morales Faedo, *op. cit.*, 2016, p. 17.

El rostro de Gabriel [...] se vuelve hacia mí como para implorar un conjuro que lo devuelva a su inocencia primitiva, a su paraíso de certidumbres y eternidades. Pero yo no dispongo más que de palabras que hablan de la desnudez del fuego [...]

Así pues, no hablo más que para dar la bienvenida a Gabriel en este mundo nuestro de cambios de apariciones y desapariciones, de sombras y de ecos, de voces y de corpóreas pero nunca definitivas densidades.⁸²

Con este recuerdo, Castellanos ligó un aspecto muy sensible de su realidad. Compartió un sentido de la vida en Israel que no debe soslayarse. Me refiero a la intensidad con que la vida y la muerte se asumen en un ambiente beligerante. En ese punto, sorprende que la escritora, como si hubiera presentado su muerte,⁸³ le dedicó su último editorial a su hijo. Es cierto que había escrito muchos textos sobre él, pero lo que singulariza a este último es que tiene la forma de una carta y que es Gabriel, y no el público, su principal interlocutor. Este hecho no deja de llamar la atención porque expresa que sus editoriales con temas maternos tuvieron tal grado de aceptación en el periódico que la escritora no dudó en usar un medio de carácter nacional para expresar un asunto muy personal. En ese grado, da a entender que el tratamiento de sus temas era lo suficientemente relevante y sensible como para interesar a todo el público en lo que iba decir. La carta destaca, en el plano de lo concreto, las consecuencias de la guerra y, en el de lo sensible, la incertidumbre ante la vida y la esperanza, que dan las pequeñas cosas:

¡Somos tan poco! ¡Nos consolamos con tan poco!

Yo, por ejemplo, borro todas las cicatrices del pasado, desatiendo todas las presiones del presente, me olvido de todas las

⁸² Rosario Castellanos, "Lecciones de cosas: mundo de cambios", en *Mujer III*, p. 337.

⁸³ Cuando apunto que tuvo un presentimiento, me refiero específicamente a una ráfaga sentimental e irracional que la llevó a escribirle a su hijo.

amenazas del porvenir con sólo mirar una tarjeta postal a colores que representa el Calendario Azteca y que dice: estoy muy contento. Saludos. Y firma Gabriel.⁸⁴

Nótese que ambos planos se asocian para darle sentido a lo universal y a lo particular: la zozobra y el consuelo de Castellanos, cualitativamente, son los mismos que los de la humanidad, pero, por ser expresados mediante una carta y por estar dedicados a una persona, a primera vista no se aprecia su universalidad. A partir de estas ideas, cabe preguntarse, ¿cómo comprendieron el campo intelectual y el campo de poder a una autora tan original?

CAMPO INTELECTUAL Y CAMPO DE PODER: LA CONSAGRACIÓN PARCIAL OFICIAL DE ROSARIO CASTELLANOS

En el expediente laboral de Rosario Castellanos que resguarda la Secretaría de Relaciones Exteriores y en los diarios nacionales mexicanos encontré muchas notas que, aunque se hicieron a propósito de su muerte, dan cuenta de la recepción que la escritora tuvo mientras vivió y del reconocimiento oficial que recibió a partir de su deceso.

Las opiniones emitidas por el campo intelectual no fueron unánimes; las menos favorables provinieron de la élite intelectual hegemónica. Escritores tan importantes como Octavio Paz, al ser entrevistados a raíz de su muerte prematura, se vieron comprometidos a emitir un comentario benevolente: “Fue una mujer a la que le tuve gran estimación como persona limpia, coherente y valerosa”.⁸⁵ Nótese que el comentario de nuestro premio Nobel era más de orden moral que intelectual. Su omisión respecto a los méritos literarios de la escritora da a entender que no la creyó relevante estéticamente. Por su parte, Salvador Elizondo estableció

⁸⁴ Rosario Castellanos, “Recado a Gabriel: donde quiera que se encuentre”, en *Mujer III*, pp. 410-411.

⁸⁵ Octavio Paz, “Limpia valerosa”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.

una sincera especificación que le restaba brillo a Castellanos: “literariamente su trabajo fundamental es como poeta”.⁸⁶ Quizá la impresión del autor de *Farabeuf*... fue la de muchos escritores que desdeñaron los temas “indigenistas” y el estilo narrativo realista. A propósito de esto, no sobra decir que en marzo de 2017, en la revista *Letras Libres*, el historiador Enrique Krauze —quien en 1970 fue uno de los miembros más jóvenes del equipo editorial de Paz— se contó entre quienes no comprendieron la obra de la chiapaneca.⁸⁷

Siendo muy joven, leí *Balún Canán* y *Ciudad Real*. Lo que retuve principalmente fue el lenguaje, salpicado de palabras que no comprendí de inmediato.

[...]

Al releer ahora esos libros encuentro dimensiones que entonces no advertí.

[...]

Rosario Castellanos nos dio un atisbo de esa realidad. Fue la precursora de una literatura moderna sobre los indios pero no fue una escritora indigenista.

[...]

Parecería que las escisiones mexicanas persiguiesen a Rosario Castellanos. Su obra revela esas escisiones pero, al hacerlo, también las atenúa.⁸⁸

Las palabras de Krauze son reivindicatorias, pues de alguna manera pretenden justificar que, incluso lectores tan avezados como él, consideraron que ni el lenguaje ni las personas sobre las que escribía Castellanos en sus narraciones correspondían al

⁸⁶ Salvador Elizondo, “Ordena LE traer el cuerpo”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.

⁸⁷ El 2 de diciembre Enrique Krauze fue condecorado con la medalla Rosario Castellanos.

⁸⁸ Enrique Krauze, “Rosario Castellanos, lúcida y escindida”, en *Letras Libres*, marzo de 2017, pp. 34 y 35.

México de 1960. Asimismo, sus palabras indican que tuvo que ocurrir el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en 1994, para que se reconociera la modernidad de la propuesta narrativa de Castellanos.

Lo más importante del juicio de este notable historiador mexicano es que reúne todas las razones que en vida de la escritora contribuyeron a su ninguneo. En su opinión, ni se le reconoció, ni se le consagró debido a una serie de escisiones significativas: su atención centrada en las poblaciones marginadas, *su situación amorosa y existencial* y “su inteligencia contrastada con su condición inerme”.⁸⁹ Cuando murió, todas esas escisiones salieron a relucir. A saber, en respuesta a las declaraciones de Paz, Javier Peñaloza señaló que se le estaba escatimando valor a Rosario Castellanos:

Durante el toque de silencio y los honores militares rendidos a Rosario, recordé algunas expresiones mezquinas. Alguien dijo, comentando la muerte de quien nos deja desolados: “era limpia y valerosa”. [...] El genio de Rosario Castellanos, universalmente reconocido, no merece la injuria de una palmadita en el hombro, cuando ha conquistado el derecho a llamarse líder intelectual del país, con más solidez que el resto de nuestros intelectuales o seudointelectuales.

No se trata de rendir ese fácil homenaje a los muertos, cuando ya no oponen resistencia [a] los envidiosos ni los interesados en llevar el agua a sus molinos.⁹⁰

Tomando en consideración la cercanía y la relación de amistad que Javier Peñaloza estableció con la poeta, podría parecer que su juicio fue un tanto desmesurado, en lo que respecta a pensar a Paz seguido por una cuadrilla de seudointelectuales. No

⁸⁹ *Ibid.*, p. 35.

⁹⁰ Javier Peñalosa, “Nocturno a Rosario. Hasta la próxima”, en *Excélsior*, 10 de agosto de 1974, p. 7-A.

obstante, por encima de ese enojo, expuso dos hechos que vale la pena reflexionar: el primero es que, ciertamente, la muerte de la escritora propició comentarios protocolarios que la reconocieron de manera parcial —más adelante me detendré a hablar de esto—. El segundo apunta al liderazgo intelectual que, sin lugar a dudas, Rosario Castellanos había alcanzado. Tan consistente fue su presencia que no hubo ninguna necesidad de que la élite cultural la aceptara para que el Estado viera en ella a una crítica contestataria y a una representante de las preocupaciones más sentidas de las mujeres que participaban en la vida política del país. En este sentido, tampoco debe olvidarse que no importó que no fuera activista: la fuerza de sus palabras ya era tan influyente en 1970 que se consideraba que sus ideas eran representativas de una gran mayoría.⁹¹ Por eso, no resulta descabellado que Javier Peñaloza se atreviera a decir que estaba muy por encima de una intelectualidad que representaba sólo a una élite.

Desde una perspectiva menos solemne y furiosa, Fausto Castillo, colaborador de *El Día*, también habló de la escisión marcada entre Castellanos y los escritores más destacados: “La pedantería y la solemnidad, vicios que con tanta frecuencia adornan el carácter de los intelectuales mexicanos, le daban verdadero horror a Rosario Castellanos”.⁹² Decididamente, en función de su condición existencial y su identidad femenina, la escritora mexicana encontró un estilo propio de ser intelectual.

⁹¹ Con motivo del discurso que Rosario Castellanos dio el Día de la Mujer, en marzo de 1971, Elena Poniatowska le preguntó: “—Y ¿no han venido ejércitos de mujeres a pedirte que las encabeces? —No, pero me han expresado su adhesión y a quien me ha pedido que encabece un movimiento feminista en México le he contestado que precisamente la emancipación consiste en asumir la propia responsabilidad y no en delegar esa responsabilidad en otro, aunque lleve el pomposo nombre de líder”. Rosario Castellanos, “Rosario Castellanos combinará clases, literatura”, entrevista hecha por Elena Poniatowska, en *Novedades*, 8 de marzo de 1971, p. 10.

⁹² Fausto Castillo, “Rosario”, en *El Día*, 9 de agosto de 1974, p. 12.

Fuera del ámbito cerrado de la élite cultural, distintos escritores juzgaron positivamente su obra y su persona. Elena Poniatowska, Julieta Campos y Luisa Josefina Hernández opinaron que Rosario Castellanos fue una de las mujeres más inteligentes del país y de una alta calidad humana. A decir de la autora de *La noche de Tlatelolco*, en México no se conocía a “otra figura femenina de su talla”, en esos años.⁹³ Su presencia alcanzaba campos tan distintos que, por más que la élite intelectual no la considerara relevante, era imposible pasar inadvertido que solía participar en casi todos los campos correspondientes al conocimiento literario. A propósito de esto, el periodista y narrador Edmundo Valadés señaló: “fue un alto exponente de la poesía, inteligente novelista, estupenda cuentista y aguda ensayista, aparte de su destacada actividad diplomática”.⁹⁴ A la par de su notoriedad creativa, el periodista de izquierda Tomás Mojarro hizo mención de su presencia constante en el campo de la crítica literaria: “Rosario gustaba de ocuparse de todas las obras que salían de las prensas mexicanas y en sus críticas encontramos las más justas y sólidas opiniones sobre nuestra literatura”.⁹⁵

En mi opinión, el atributo de Rosario Castellanos que más se echa de menos en los comentarios anteriores son las menciones que se hicieron acerca de su perfil crítico-político. Sólo para el intelectual Víctor Flores Olea no pasó desapercibido ese aspecto: “La muerte de Rosario Castellanos es una pérdida muy sensible, muy grande y no sólo para nuestra literatura, sino *para nuestra ciudadanía y para la vida política nacional*. [...] Rosario fue siempre una

⁹³ Elena Poniatowska, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p. 10.

⁹⁴ Edmundo Valadés, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p. 10.

⁹⁵ Tomás Mojarro, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p. 10.

militante en favor de las mejores causas de nuestro pueblo. Su ausencia deja entre nosotros un vacío imposible de llenar".⁹⁶

Llama la atención que ni siquiera en *Excélsior* se destacara dicho atributo. Significativamente, en la página editorial se expusieron comentarios afectuosos y reivindicatorios del valor humano y moral de la escritora. El problema es que destacaron tanto su generosidad y transparencia personal que suavizaron su valentía política:

En el servicio público —la enseñanza universitaria— Rosario Castellanos se portó como quien fue: una mujer dotada de altas virtudes cívicas, incapaz de admitir la bajeza como forma de conducta, desdeñosa de apetencias ilegítimas y dueña de una humildad que revelaba la eminencia de su alma.

Si a pesar de sus méritos las puertas de la Academia de la Lengua no se abrieron para permitirle ingresar, hoy es tiempo de resarcimientos. Difundir profusamente su obra, dejar constancia de su nombre en una calle, son apenas formas mínimas de valorar con hechos concretos lo que ella obró en favor de este país. Y puesto que disponemos de un sitio apropiado para conservar los restos de quienes con su trabajo y su honor honraron a México, la Rotonda de los Hombres Ilustres deberá simbolizar, dando lugar a la tumba de Rosario Castellanos, el homenaje de la nación de esta ilustre mujer.⁹⁷

Tengo la impresión de que, después de su muerte, los comentarios sobre Rosario Castellanos no podían ser comunicados sin considerar el tono de las esquelas y las condolencias. Por lo tanto, se suavizó mucho el ímpetu combativo con el que se le podía describir. En otro contexto se habría esperado que, en vez de usar el eufemismo: "desdeñosa de apetencias ilegítimas", se

⁹⁶ Víctor Flores Olea, "Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos", en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p. 10.

⁹⁷ Excélsior, "Página Editorial. Rosario Castellanos", en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 6-A.

le hubiera llamado *intelectual incorruptible*. Su inhumación en la Rotonda de los Hombres Ilustres se promovió y aceptó como la manera más justa de recompensar uno de los altos honores que institucionalmente le fueron negados en vida.⁹⁸

Por su parte, Ricardo Garibay emitió un mensaje consternado que la enaltecía a ella y a su producción literaria: “Es la mejor, desde luego; literatura en serio, a fondo, con devoción grande; y algo excepcional, pocas veces visto: es una mujer intachable, de trasparente honestidad social y espiritual”.⁹⁹ Sus amigos más cercanos no olvidaron que imprimió todas sus cualidades personales a su obra: “Su integridad de persona, su generosidad sin medida, su capacidad de amor, la sencillez de su amistad que hacía olvidar su carga de gloria, su humildad matizada del más fino gracejo, su constante alegría frente a las pruebas más dolorosas, constituyeron el sostén humano de su imaginación creadora por la que fue —así lo creemos— una de las escritoras más grandes de nuestra lengua”.¹⁰⁰ El comentario de Alejandro Avilés muestra que las mejores opiniones que se emitieron acerca de ella las efectuaron sus amigos o escritores todavía no muy renombrados en la década de 1970.

En realidad, en vida, su campo cultural le regateó mucho reconocimiento literario. De ello da cuenta un comentario en donde la misma escritora insinuó que los críticos prominentes no reseñarían *Álbum de familia* (1971): “El rabo que me queda por desollar es la manera como este libro ha sido recibido por el público y la crítica. ¿Qué habrá dicho de él Fulanito *si Fulanito*

⁹⁸ Entre los altos honores que la escritora no alcanzó en vida está su ingreso a El Colegio Nacional. Véase Ignacio Chávez, *Ignacio Chávez. Epistolario selecto* (1929-1979), México, El Colegio Nacional, 1997, p. 339, nota 9.

⁹⁹ Ricardo Garibay, “Rosario Castellanos. Tú, la de la insigne pulcritud”, en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 6-A.

¹⁰⁰ Alejandro Avilés, “Rosario Castellanos. Gran mujer, gran escritora”, en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 7A.

no decide no condenarlo al eterno ostracismo de su silencio?”.¹⁰¹ Siempre supo que no contaba con un reconocimiento unánime, por eso no le extrañaba que sus logros estuvieran acompañados de rechazos. A propósito de esto, Elena Poniatowska solía recordar el día en que Fernando Benítez ofreció una cena para celebrarla y los invitados no asistieron.¹⁰² Por lo mismo, la “cima” en la que la colocó su puesto diplomático no la libró del ninguneo. Creo que ocurrió todo lo contrario: su cargo en el gobierno difuminó o borró en la memoria de muchos a la Castellanos contestataria, y su muerte favoreció una *consagración oficial parcial*. El hecho de que muriera durante su periodo de funciones debió comprometer al Estado a resarcir su ausencia. Me atrevería a proponer que, si no hubiera sido embajadora, ni antes ni después del sexenio de Luis Echeverría se le habría reconocido de la misma manera.¹⁰³ Mi idea se sostiene en las palabras que el Presidente emitió con motivo del decreto de su inhumación en la Rotonda de los Hom-
bres Ilustres:

Rosario Castellanos fue un auténtico exponente de la mujer mexicana de nuestro tiempo, cuyo valor intrínseco, talento y emoción social puso de relieve en el desempeño de la cátedra, en el noble ejercicio de las letras y en la presentación del servicio público,

¹⁰¹ Rosario Castellanos, “*Álbum de familia: satisfacción no pedida*”, en *Mujer III*, p. 59. Énfasis mío.

¹⁰² Elena Poniatowska, *¡Ay vida, no me mereces!*, México, Joaquín Mortiz, 1985, p. 81.

¹⁰³ Elena Poniatowska, quien vivió de cerca su supuesta ascensión al poder cultural, aclaró que no existió una coincidencia plena entre la Rosario Castellanos real y la consagrada por los Echeverría: “lo que un sexenio consagra el otro lo silencia. Mito o no, institucionalizada en los sesentas como una segunda Virgen de Guadalupe, adulada, condecorada y reconocida por los grupos de poder, Rosario Castellanos fue una figura bien ajena a los que pretendían beatificarla”. *Ibid.*, p. 45.

donde la distinguió su leal patrocinio y la solidez de su voluntad de ser, como lo fue, de digna utilidad a la nación.¹⁰⁴

Antes de interpretar este fragmento, deseo aclarar que, desde luego, considero que Rosario Castellanos merecía el honor que se le dio. Pero, insisto, la consagración que recibió fue muy parcial. En efecto, la escritora expuso muchas de las necesidades y preocupaciones que tenían las mujeres mexicanas, por eso hubo quienes le mostraron su adhesión. Pero, sus ideas en torno a la nación como un lugar que debía incluir a las mujeres, a los indígenas, a las clases desfavorecidas económicamente y a los oprimidos políticamente trascendieron a la mujer y al hombre de su tiempo. Su crítica a la virtud de la abnegación debió ser entendida por las más revolucionarias, y no por las tradicionales. Es más, se adelantó a las intelectuales en la medida en que jamás quiso igualarse intelectualmente a los hombres, sino ser una persona en la plenitud de su identidad femenina. En cuanto a que Castellanos puso de relieve su emoción social en el desempeño de su cátedra, sin duda, así fue. En relación con esto, Carlos Pellicer apuntó un hecho que, según él, debía tenerse muy en cuenta: “su labor en la docencia es admirable y no conozco otro caso en el que un embajador mexicano haya hablado con tanta frecuencia de nuestras cosas, ante quienes más importancia tiene hablar de ellas, los jóvenes estudiantes”.¹⁰⁵ Respecto a “su leal patrocinio y utilidad a la nación”, el gobierno no podía hacerle ningún reproche. Siempre fue prudente para mantener la excelente relación diplomática entre México e Israel.¹⁰⁶

¹⁰⁴ Luis Echeverría Álvarez, “El presidente encabezará el Homenaje a Rosario Castellanos”, en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 21.

¹⁰⁵ Carlos Pellicer, “Su obra llena de originalidad”, en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.

¹⁰⁶ Después de la muerte de Rosario Castellanos, justamente ocurrió un incidente entre México e Israel, debido a que el presidente Echeverría “instruyó al representante de la ONU para que se uniera a la gran mayoría del tercer mundo y votase a favor de la resolución ‘el sionismo es una forma de

Lo que le faltó ponderar al Presidente fue su petición constante de una irrestricta libertad de expresión; sus denuncias respecto a los actos demagógicos y al falso patrioterismo; su solicitud de que se revelara lo que realmente ocurrió el 2 de octubre de 1968 y el Jueves de Corpus, e, incluso, su idea de que Israel debía anteponer el uso de las letras al de las armas. Si estos elementos se hubieran podido mencionar en esa época, el decreto presidencial habría formado entonces la consagración imparcial de Rosario Castellanos. En lugar de eso, se emitieron puntos de vista elogiosos, pero pronunciados con un estilo político pomposo y vago. La primera dama, María Esther Zuno de Echeverría, al igual que su marido, mencionó que Castellanos era una digna representante de la mujer moderna;¹⁰⁷ el Secretario de Educación Pública, Víctor Bravo Ahuja, señaló que la escritora: “ofreció todos sus esfuerzos en la búsqueda de la elevación cultural y social”;¹⁰⁸ el Secretario del Trabajo y Previsión Social, Porfirio Muñoz Ledo, dijo que la admiraba debido a su “absoluta coherencia entre la tarea intelectual y el servicio a la República”;¹⁰⁹ el senador Alejandro Carrillo afirmó que la nación “perdía uno de sus más altos exponentes de la cultura nacional”.¹¹⁰ En suma, los integrantes del campo de poder se sirvieron de una vaga compatibilidad entre las legítimas preocupaciones sociales de la escritora y la palabrería demagógica del priísmo. Dicho de otro modo, se fijaron en los elementos que les servían para elogiar su función

discriminación racial”. Las consecuencias no se hicieron esperar. Se organizó un boicot turístico para que los judíos de todo el mundo se abstuvieran de viajar a México. Poco tiempo después, el canciller mexicano, Emilio O. Rabasa, fue destituido de su cargo a raíz de este mismo incidente. Véase José Agustín, *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, México, Debolsillo, 2015a, p. 119.

¹⁰⁷ Encontré esta declaración en un recorte del periódico *El Nacional* del 10 de agosto de 1974, el cual está archivado en el Expediente XI-42-1 del Archivo de Concentraciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

¹⁰⁸ Víctor Bravo Ahuja en *ibid.*

¹⁰⁹ Porfirio Muñoz Ledo en *ibid.*

¹¹⁰ Alejandro Carrillo en *ibid.*

pública. Pero, qué podía esperarse si ni siquiera la élite intelectual le concedió importancia a su pensamiento de largo aliento sobre México. Realmente, era imposible que el campo de poder se interesara en descifrar y materializar sus observaciones sociales que se hallaban contenidas en las metáforas *comenzar a nacer, esperar a que amanezca y dejar que advenga la edad de la razón*.

En conclusión, Rosario Castellanos no fue reconocida por parte de la élite cultural, porque desarrolló una forma propia de ser Intelectual que resaltaba su identidad femenina y, por parte del campo de poder, recibió una consagración parcial que pasó por alto los aspectos más críticos de su pensamiento. En verdad, sus ideas expresadas concreta y emotivamente estuvieron muy por encima de la asimilación que recibió en su época.



CONCLUSIONES

Si bien es cierto que hay múltiples definiciones de la palabra *intelectual* y que es difícil encontrar una constante que las iguale, también lo es que la mayoría comparte entre sí una serie de rasgos: fueron escritas por hombres, fueron escritas para describir la actuación intelectual de los hombres y todas implican que un individuo, para ser identificado como tal, debe contar con reconocimiento de parte del campo cultural y del campo de poder. Debido a que, durante siglos, el desarrollo de la educación y la vida de las mujeres estuvieron reservadas al espacio doméstico, no tenían permitido participar en dichos campos y, por ende, no fueron comprendidas en esas conceptualizaciones. Es por eso que la historia de las mujeres y el enfoque de género permiten entender que, en el transcurso de la historia, lucharon por expresar un pensamiento acorde con la vida social, cultural y política de su tiempo. No obstante, la desventaja cultural no les impidió pensar con autonomía, ni constituir un poder político potencial, ni dialogar con los hombres. De hecho, en la actualidad, su existencia y participación es innegable dado que últimamente se ha descubierto y enfatizado la participación de poetisas y periodistas autodidactas que lograron incursionar en la vida periodística, en la insurgencia revolucionaria o en el proyecto de los legisladores de 1917. Su participación social y política fue tan efectiva que se les reprimió con la cárcel o el exilio. Con todo y su innegable participación social, no contaron con instancias políticas ni culturales que las consagrarán.

En las décadas de 1950 a 1970, la situación educativa y legal de las mujeres mejoró; sin embargo, esto no trajo consigo la posibilidad de reconocer a quienes podrían considerarse

intelectuales. Ni siquiera Rosario Castellanos —conocida por sus textos narrativos, poéticos, críticos y ensayísticos— gozó de una consagración amplia y unánime. En vista de lo anterior, llegué a la conclusión de que, a diferencia de las definiciones androcéntricas en las que el reconocimiento es el parámetro definitorio de Intelectual, la conceptualización de intelectual femenina debe contemplar en su construcción la conciencia de identidad de género, la exclusión social, la lucha por la legitimidad cultural y la recepción del campo de poder.

En virtud de ello, puede sostenerse que Rosario Castellanos fue una Intelectual-escritora, pues produjo ideas no consagradas por la intelectualidad hegemónica. Su pensamiento nació con una visión de mundo y una toma de posición frente a él desde su condición de género. Así, su obra creativa y periodística se originó con la conciencia de un compromiso social consistente en dar testimonio objetivo y veraz de su época. El efecto de ese rasgo de su producción ocasionó que pasara del terreno literario al transdisciplinario y que se perfilara como un sujeto social y político. Su perfil inusitado provocó que oscilara entre el reconocimiento, la aceptación parcial y el ninguneo en la élite cultural hegemónica; en cambio, en la élite política provocó una estrategia de segregación velada.

Fue una intelectual-escritora, primero que nada, debido a su concepción de que la literatura no es un fenómeno estético aislado, sino *un fenómeno cultural que se produce recurriendo a conceptos filosóficos, lingüísticos e históricos que, en conjunto, expresan una visión compleja de la realidad* y es capaz de *conmover* a los lectores. Esto no quiere decir que Castellanos hiciera de su literatura un panfleto, sino una forma de conocimiento de la realidad mexicana; por ello, insistió en hablar de personajes frecuentemente tratados, tal fue el caso de los indios. Su interés y recurrencia en representarlos da cuenta cabal de su deseo de entenderlos dentro de la realidad nacional.

En la novela encontró un medio para apreciar de lejos las reglas y la lógica del mundo que deseó narrar. Y, en el ensayo, el

medio más idóneo para emitir propuestas sociales y comprometerse con ellas. De hecho, si observamos cómo aplicó en su obra sus ideas en torno a cada género literario, *Oficio de tinieblas*, por ejemplo, demuestra que la autora se aproximó a la comunidad que protagonizó su historia, se agenció de conceptos, materiales y de prácticas provenientes principalmente de la antropología. Así, también, *Sobre cultura femenina* prueba que el texto contó con una profunda influencia del campo filosófico y que su autora tuvo la intención de cuestionar las ideas que se habían dado a conocer sobre las mujeres y sus capacidades intelectuales a partir una visión estrictamente masculina. Las poblaciones a las que hicieron referencia estos textos, los registros lingüísticos expresados para representar el atraso social y las bromas “vituperantes en contra de las mujeres” explican la falta de reconocimiento que recibió la escritora por haberse fijado en asuntos que no ocuparon a la intelectualidad hegemónica. Sin lugar a dudas, en el periodo de 1948 a 1962, Rosario Castellanos generó distintas reacciones que oscilaron entre el reconocimiento elemental y la ambivalencia.

Ese vaivén se aprecia mejor durante la década de 1960, cuando se incrementó su participación política. En primera instancia, destacó por su gestión en la Jefatura de Información y Prensa de la UNAM y, sobre todo, porque renunció en rechazo al derrocamiento del doctor Ignacio Chávez. También llamó la atención porque condenó en las páginas de *Excelsior* el autoritarismo gubernamental: la censura del libro *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis; el cine de arte, tachado de pornográfico, y el movimiento estudiantil de 1968. Por su participación en éstas y otras causas se ganó la atención del campo de poder y recibió el marbete de *comunista*. Este hecho es una evidencia de que, para el gobierno, no fue una simple escritora, sino una pensadora disidente con capacidad de convocar a otros. Ahora bien, si Castellanos no recibió la etiqueta de *intelectual* fue porque el campo cultural no estimó sus méritos. Cuando le fue entregado el Premio Trouyet, en 1967, no se recordaron las condiciones adversas que la obligaron

a salir del país. Otro factor que abonó a que no se le consagrara fue que no cumplió con un comportamiento típico del intelectual mexicano, consistente en resaltar la importancia de su obra, sus ideas y su persona.

Por lo anterior, me atrevo a decir que una parte de la crítica y de la academia indirectamente ha contribuido a que no se destaque el valor de sus ideas en torno a México. Sin averiguar demasiado, se ha limitado a enfatizar el hecho de que, en un género literario autobiográfico (las *Cartas a Ricardo*), la escritora declaró cuán escéptica se sintió de merecer el Trouyet por las filias y las fobias que había de por medio en el campo cultural. Con esto quiero decir que una parte de la crítica le dio demasiada importancia a un testimonio de la autora, dicho en un momento de plena emotividad. Además, esa misma crítica señaló que hubo periodos en los cuales la escritora alternó temas comprometedores con otros menos delicados, para protegerse. De esa manera, se olvidó de que *todo* el campo cultural se sometió a la misma regla; por eso, después de la masacre en Tlatelolco no hubo un solo periódico que se atreviera a juzgar implacablemente al sistema de poder. Todos los medios tenían que escribir sobre las Olimpiadas. Da la *impresión* de que Castellanos se abstuvo de ser parte de ese juego y que, por eso, no celebró en su espacio editorial la realización de la justa deportiva. Las pocas veces que reapareció en *Excélsior* fue para señalar, con nostalgia o con una risa sarcónica, que había circunstancias no aclaradas respecto al tema de la Universidad. En suma, en el ámbito público, la escritora se mantuvo dándole voz a los intereses de toda una ciudadanía mexicana obligada a simular un estado de bienestar y de paz.

La participación política de Rosario Castellanos en 1968 no fue sólo el eco de las manifestaciones estudiantiles. En realidad, a lo largo de la década de 1960, elaboró una fuerte demanda en contra del autoritarismo, el chovinismo y la demagogia, y, en el umbral de 1970, empezó a señalar en dónde radicaban los poderes potenciales de los desprotegidos. Dicho en el modo metafórico de la escritora, en lograr que *amaneciera*. De esa manera,

Castellanos fungió como una pensadora social, pero no se presentó como tal. Dentro de su comprensión, lo importante era pensar, asimilar y transmitir cada problema desde su condición de ciudadana, escritora y mujer. En ese sentido, es fundamental recalcar que la singularidad de su pensamiento y *sus diferencias con los intelectuales hegemónicos fueron las que provocaron su falta de reconocimiento como intelectual dentro de su campo cultural.*

De hecho, el concepto de *intelectual* que Castellanos estableció en su definición y que llevó a cabo en la práctica rechazó que el intelectual sostuviera un comportamiento envanecido. A su juicio, esa actitud iba en detrimento de la profundidad de las ideas de un pensador y afectaba la resonancia que su obra podía alcanzar en el público. Este elemento diferenciador del comportamiento intelectual de la chiapaneca demuestra que, así como rechazó el autoritarismo gubernamental, rechazó el autoritarismo cultural que excluía a la ciudadanía y, de alguna manera, abonaba a su atraso social, histórico y económico.

Curiosamente, Rosario Castellanos se dio cuenta de eso por medio de sus ensayos, en los que criticó el autoritarismo de Estado, pero también mediante su constante escritura de ensayos de género, periodo que abarca de 1949 a 1974. El estudio de la situación de las mujeres en el mundo y en México le permitió comprender el pasado, el presente y las consecuencias de una educación femenina, esencialmente doméstica y maternal que afectaba a las mexicanas y a la sociedad en general. A las primeras, porque aceptaban dócilmente la función de “abnegadas mardrecitas”, o bien porque, las pocas veces que decidían ingresar al campo intelectual, lo hacían sujetándose a los modelos estéticos e ideológicos promovidos y consagrados por los hombres. La existencia de intelectuales mexicanas era casi extraordinaria. Desde su punto de vista, la mujer que prevalecía en su sociedad vivía habituada a la ignorancia, la servidumbre y la vulnerabilidad.

No por casualidad, en la década de 1970, Rosario Castellanos enfatizó que la emancipación femenina era una ley que no se materializaba en la concreción de derechos educativos y sexuales.

Puso de relieve que el hogar era un espacio en donde se perpetuaba la ignorancia y la inequidad. Afirmó que los quehaceres domésticos, por ser repetitivos, atrofiaban la inteligencia. Señaló que las lecturas femeninas eran limitadas y atroces. Sostuvo que la ignorancia sobre salud reproductiva no les permitía a las mujeres tener control sobre su cuerpo ni planear su porvenir. Con estas ideas, Castellanos contradijo la idea patriarcal de que el hogar y la maternidad eran las opciones de desarrollo más acordes a las necesidades y las capacidades de la mujer. Cabe señalar que estas proposiciones eran exclusivas de ella, ningún escritor de la élite cultural sugirió, siquiera, que las actividades domésticas eran perjudiciales para la inteligencia. En este sentido, es preciso reiterar que quizás el único escritor perteneciente a la élite cultural que puso de manifiesto su singularidad y el valor de su pensamiento fue José Emilio Pacheco, quien, en su prólogo a la antología titulada *El uso de la palabra* (1974), advirtió: “Cuando se releen sus libros se verá que nadie en este país tuvo, en su momento, una conciencia tan clara de lo que significa la doble condición de mujer y de mexicana, ni hizo de esta conciencia la materia misma de su obra, la línea central de su trabajo. Naturalmente no supimos leerla”.¹

Rosario Castellanos tuvo un pensamiento verdaderamente auténtico, puesto que, al poner en duda los valores consagrados por la cultura mexicana, propuso que la abnegación favorecía la inequidad jurídica, educativa y sexual entre el hombre y la mujer. Peor aún, que fomentaba la impunidad, pues los abusos cometidos y permitidos en nombre del amor justificaban la práctica frecuente de múltiples atropellos. La enseñanza de esos valores se hacía en el hogar y de ahí salía para hacerse extensiva a la vida nacional. No por casualidad, Castellanos representó a la autoridad masculinizándola y al pueblo feminizándolo. Así, acusó al gobierno de mantener a los mexicanos en la ignorancia y de

¹ José Emilio Pacheco, “La palabra. Nota preliminar”, en *El uso de la palabra*, México, Excélsior, 1974, p. 8.

garantizar su impunidad. Desgraciadamente, no fue tomada en cuenta porque expresó sus proposiciones a través de argucias: usó un tono ingenuo y una perspectiva doméstica artificiales, es decir, medios discursivos y puntos de vista inusitados para la élite cultural. Consecuentemente, pocos intelectuales la respaldaron y ninguno le dio continuidad a sus ideas. Su baja aceptación ante la élite intelectual la incomodó sin llegar al punto de trastocar su originalidad ideológica y estética. Por eso, no se empeñó en quedar bien ni con los intelectuales hegemónicos ni con la élite política. Por ello, debió ser temida por el Estado y poco aceptada en su campo literario.

En 1971, comenzó a laborar en el gobierno y esto afectó la producción de ensayos contestatarios. En este trabajo no llegué a una resolución definitiva de por qué el gobierno la contrató como embajadora de México en Israel, pero, si se retoman las posibles causas de su incorporación al Estado, todas son compatibles: 1) la política de apertura democrática requería a intelectuales jóvenes y con fama de insobornables para dotar de confiabilidad al nuevo gobierno; 2) la modernidad del pensamiento femenino de Castellanos y su preocupación por los marginados sociales eran asuntos que, en definitiva, estaban en la agenda política del presidente Echeverría; 3) la mejor manera de evitar que Castellanos siguiera cuestionando al gobierno era poniéndola en una situación en la que los intereses de la nación estuvieran por encima de su juicio político imparcial.

Por su parte, la escritora aceptó el cargo porque así convenía a su carrera intelectual, familiar y económica. Pocas veces en la historia de México se había invitado a una mujer a participar en la diplomacia con el puesto de embajadora. Además, en su momento, el Presidente aceptó las condiciones que ella propuso para tomar el puesto: 1) establecerse con su hijo Gabriel en Israel, 2) dar clases en una universidad en Israel, 3) continuar publicando en *Excelsior* y 4) contar con el apoyo de un abogado que gestionara su divorcio.

En realidad, hasta que comenzó a desempeñarse como embajadora recibió la sugerencia del Secretario de Relaciones Exteriores, Emilio Rabasa, de evitar pronunciarse respecto a asuntos políticos. Ésa fue la razón por la que Castellanos no cuestionó a la autoridad mexicana y, mucho menos, a la israelí. Además, en uno de sus primeros editoriales acerca de las relaciones entre América Latina y Medio Oriente, recordó el insoslayable pacto de no intervención.

No obstante, lo anterior no quiere decir que dejó de ejercer las funciones de intelectual. Mediante la literatura y la filosofía mexicanas promovió una visión crítica de la identidad del mexicano en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Y, en sus editoriales publicados en *Excelsior*, se valió de nuevas estrategias para ofrecer un balance de la realidad observada y vivida. En relación con la primera, utilizó la literatura para referirse a los logros de la fundación del Estado judío, pero también a los obstáculos que impedían su consolidación. Habló de personas emblemáticas, víctimas de la diáspora, que daban una idea del valor que tenía para toda la población permanecer en el sitio que consideraban su tierra. Usó un estilo conversacional para comentar anécdotas que iban adquiriendo la forma de hechos neurálgicos. Recuperó el estilo ladino para hacer la réplica de una visión sefardí de la constitución del Estado judío. Y, en relación con la segunda, habló en múltiples ocasiones de su visión de la maternidad, divorcio, distancia y nostalgia, sentimientos que transmiten la idea de que en un país siempre beligerante se experimenta constantemente la fragilidad de la vida.

En suma, la intercalación de asuntos serios, anécdotas graciosas y personales en los editoriales escritos en Israel no se relacionó sólo con el compromiso de discreción inherente a un puesto diplomático; obedeció, en gran medida, a que las intelectuales desde siempre han hablado de sí mismas para entender el mundo. Rosario Castellanos, quien asumió la convicción de ejercer el trabajo intelectual sin desgarraduras, demostró que eso no

significaba presentarse como un ser invulnerable, sino mostrar todas sus facetas, incluso, las de un corazón materno y solitario.

Por todo lo anterior, su perfil fue inusitado para su época. La intelectualidad hegemónica no la reconoció porque no le encontró un gran valor estético a su obra y porque pesó sobre ella el hecho de trabajar para el Estado justo en el momento en el que una parte muy importante de la élite cultural lo reprobó. Su muerte no provocó grandes cambios ante los intelectuales hegemónicos; en contraste, el gobierno quiso enaltecerla nombrándola servidora ejemplar de la patria. Con su inhumación en la Rotonda de los Hombres Ilustres, se difuminó la imagen de una Rosario Castellanos que denunció el autoritarismo, la represión y la demagogia y que solicitó se garantizara una verdadera libertad de expresión. En definitiva, el reconocimiento de Castellanos ha navegado entre el ninguneo y la consagración oficial parcial. Es decir, una cómoda categorización que asimila sólo una parte de su pensamiento, pero que, en verdad, niega los aspectos más originales, auténticos y combativos de sus propuestas que exponen una realidad nacional mexicana que puede y debe mejorar a partir de la participación de la ciudadanía, los gobernantes y los intelectuales.



BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS DE ROSARIO CASTELLANOS

NARRATIVA

Castellanos, Rosario, *Oficio de tinieblas*, México, Joaquín Mortiz, 2012.

POESÍA

Castellanos, Rosario, *Poesía no eres tú*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.

ENSAYO

Castellanos, Rosario, *Declaración de fe. Reflexiones sobre la situación de la Mujer en México*, México, Alfaguara, 2012.

Castellanos, Rosario, *Sobre cultura femenina*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.

Castellanos, Rosario, *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, compilación, introducción y notas de Andrea H. Reyes, vol. III, México, CONACULTA, 2007.

Castellanos, Rosario, *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, compilación, introducción y notas de Andrea H. Reyes, vol. II, México, CONACULTA, 2006.

Castellanos, Rosario, *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, compilación, introducción y notas de Andrea H. Reyes, vol. I, México, CONACULTA, 2004.

Castellanos, Rosario, “Ideología y literatura”, en *Juicios sumarios I*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 72-78.

Castellanos, Rosario, “Problemas de la novela”, en *Juicios Sumarios II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 205-211.

Castellanos, Rosario, “El escritor y su público”, en *Juicios Sumarios II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 173-199.

Castellanos, Rosario, “El mundo de los jóvenes. Entre la tolerancia y la fuerza”, en *Excélsior*, 16 de noviembre de 1968, p. 6A.

Castellanos, Rosario, “La misión del intelectual”, en *Ateneo de Chiapas*, núm. 7, 1957, p. 18.

Castellanos, Rosario, “Justificación de la literatura”, en *Winik*, núm. 1, 1956, pp. 16-17.

ENTREVISTAS

Castellanos, Rosario, “Última charla con Rosario Castellanos”, entrevista hecha por Mary Lou Dabdoub, en *El Herald*, 6 de agosto de 1974, pp. 44-46.

Castellanos, Rosario, “Rosario Castellanos”, entrevista hecha por Emmanuel Carballo, en *Protagonistas de la literatura mexicana*, [1962] 1985, pp. 519-533.

Castellanos, Rosario, “Rosario Castellanos. La lucidez como forma de vida”, entrevista hecha por Margarita García Flores, en *Cartas marcadas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, pp. 167-177.

Castellanos, Rosario, “Rosario Castellanos combinará clases, literatura y diplomacia”, entrevista hecha por Elena Poniatowska, en *Novedades*, 8 de marzo de 1971, p. 10.

Castellanos, Rosario, “La mujer del año 1967”, entrevista hecha por Beatriz Espejo, en *Kena*, 1 de marzo de 1968, pp. 7-11.

Castellanos, Rosario, “Recibió el ‘Trouyet’ Rosario Castellanos”, entrevista hecha por s/a, en *Excélsior*, 21 de septiembre de 1967, p. 11-A.

Castellanos, Rosario, “Con Rosario Castellanos”, entrevista hecha por Roberto Venegas, en *Diorama de la Cultura*, suplemento de *Excélsior*, 17 de diciembre de 1967, p. 3.

Castellanos, Rosario, “Con Rosario Castellanos. Sobre la novela”, entrevista hecha por Carlos Landeros, en *El Día*, 25 de abril de 1964, p. 9.

CORRESPONDENCIA

Castellanos, Rosario, “Cuatro cartas de Rosario Castellanos a Ofelia Benavides”, en *Jornada Semanal*, suplemento de *La Jornada*, 13 de marzo de 2016, núm. 1097, p. 4.

Castellanos, Rosario, “156. De Rosario Castellanos”, en Ignacio Chávez. *Epistolario selecto (1929-1979)*, en México, El Colegio Nacional, 1997, p. 293.

Castellanos, Rosario, *Cartas a Ricardo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

EXPEDIENTES DE ROSARIO CASTELLANOS

Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional, Archivos del Centro Mexicano de Escritores, Exp. 45.

Departamento de Archivos de la Universidad Nacional Autónoma de México, exp. 24287.

Archivo General de la Nación, Fondo DFS, Exp. Rosario Castellanos.

Archivo General de la Nación, Fondo DFS, Exp. *Arnaldo Orfila Reynal*.

Archivo Genaro Estrada, Exp. SPR-717-4.

Archivo de Concentraciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Exp. XI-42-1.

BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

Aguilera Malta, Demetrio, “La novela indigenista. De Voltaire a Rosario Castellanos”, suplemento dominical *El Gallo Ilustrado*, 3 de marzo de 1963, p. 3.

Aguirre, Carlos, “Hegemonía”, en Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin (coords.), *Diccionario de Estudios Culturales y Latinoamericanos*, México, Siglo XXI, 2009, pp. 122-125.

Agustín, José, *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, México, Debolsillo, 2015a.

Agustín, José, *Tragicomedia mexicana 2. La vida de México de 1970 a 1982*, México, Debolsillo, 2015b.

Alvarado, José, “Rosario Castellanos en Jerusalem”, en *Siempre!*, núm. 922, 1971, p. 21.

Alvarado, Lourdes, *Laureana Wright* (conferencia), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 12 de noviembre de 2013.

Álvarez, Griselda, *Cuesta arriba. Memorias de la primera gobernadora*, México, Universidad de Colima/Fondo de Cultura Económica, 1992.

Avilés, Alejandro, “Rosario Castellanos. Gran mujer, gran escritora”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 7-A.

Batis, Huberto, “Juicios sumarios”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 253, 1966, p. XII.

- Bautista, Virginia, "Rosario Castellanos (1925-1974), disponible en [<http://www.excelsior.com.mx/expresiones/2017/05/27/1165958>], consultado: 28 de mayo de 2017.
- Benítez, Fernando, "La antropofagia: ¿Tu Quoque, Rico?", en *Siempre!*, núm. 582, 29 de agosto de 1964, p. 11.
- Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2004.
- Bermúdez, María Elvira, "La novela mexicana en 1957", en *Diorama de la Cultura de Excelsior*, 2 de marzo de 1958, p. 4.
- Bobes Naves, Carmen, *La novela*, Madrid, Síntesis, 1993.
- Bourdieu, Pierre, "El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método", en *Criterios*, núm. 25-28, 1989-1990, pp. 20-42.
- Bourdieu, Pierre, "Campo intelectual y proyecto creador", en *Problemas del Estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 135-182.
- Bradú, Fabienne, "Rueca: una pensión para universitarias", en *Revista de la Universidad de México*, núm. 474, 1990, pp. 38-41.
- Cabrera López, Patricia, "Trascendencia del suplemento 'La Cultura en México'", en *Impossibilia*, núm. 6, 2013, pp. 45-59.
- Cabrera López, Patricia, *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Camp, Roderic, *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Campbell, Federico, "Los intelectuales y el poder", en Laura Baca Olamendi e Isidro H. Cisneros (comps.), *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo xx*, tomo 1, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1997, pp. 27-31.
- Cano, Gabriela, "Prólogo", en *Sobre cultura femenina*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 9-34.
- Cano, Gabriela, *Mujeres universitarias y Revolución Mexicana, 1910-1929. La feminización de las humanidades en la Universidad Nacional*, tesis de doctorado en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, pp. v-xii.
- Cano, Gabriela, "Las feministas en campaña: la primera mitad del siglo xx", en *Debate Feminista*, núm. 4, 1991, pp. 269-292.
- Carballo, Emmanuel, "Poesía y prosa. Imaginación y realidad", en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 594, 11 de noviembre de 1964, p. xv.
- Carballo, Emmanuel, "La Academia de la Lengua y las Mujeres", en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 76, 31 de julio de 1963, p. xix.

- Careaga, Gabriel, *Los intelectuales y la política en México*, México, Extemporáneos, 1974.
- Caso, Alfonso, “Editorial”, en *Winik*, núm. 1, abril de 1956, pp. 4-9.
- Caso, Antonio, “El problema de México”, en *Obras completas*, vol. ix, Rosa Krauze compiladora, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, pp. 69-71.
- Castilo, Fausto, “Rosario”, en *El Día*, 9 de agosto de 1974, p. 12.
- Castillo, Heberto, “La matanza fue preparada por Luis Echeverría”, en *Proceso. 40 años haciendo historia*, 1976-2016, vol. i, pp. 18-27.
- Castro, Carlo Antonio de, “El castellano —idioma nacional— y las lenguas indígenas”, en *Skòplal te mejikolum, La palabra de México*, núm. 15, mayo de 1957, p. 1.
- Castro, Carlo Antonio de, “Los alfabetos bilingües castellano-tzeltal y castellano-tzotzil”, en *Skòplal te mejikolum, La palabra de México*, núm. 2, marzo de 1956, p. 1.
- Castro, Dolores, “Reseña de *Balún-Canán*”, en *La Palabra y el Hombre*, 1958, pp. 333-336.
- Castro Ricalde, Maricruz, “Yo no voy a estar a la merced de ningún imbécil: Rosario Castellanos y las disputas por el poder cultural”, en *Signos Literarios*, núm. 7, enero-junio, 2008, pp. 81-100.
- Chávez, Ignacio, *Ignacio Chávez. Epistolario selecto (1929-1979)*, México, El Colegio Nacional, 1997.
- Chevallier, Stéphane y Christiane Chauviré, *Diccionario de Bourdieu*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.
- Ciliberti, Jorge Patricio, “Cronología del conflicto de Yom Kippur (1973)”, en *Revista de Relaciones Internacionales*, núm. 25, 2003, pp. 15-21.
- Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN), “Qué es la inteligencia”, disponible en [<https://www.gob.mx/cni/documentos/que-es-la-inteligencia?idiom.es>], consultado: 2 de septiembre de 2015.
- Cosío Villegas, Daniel, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974.
- Cosío Villegas, Daniel, “El intelectual mexicano y la política”, en *El intelectual mexicano y la política*, México, Planeta, [1965] 2002, pp. 65-92.
- Cuervo Hewitt, Julia, “Las huellas de Sor Juana Inés de la Cruz en la obra de Rosario Castellanos”, en *Romance Notes*, vol. 53, núm. 2, 2013, pp. 135-143.

- Domínguez Miranda, Claudia Maribel, “Sobre cultura femenina, el primer ensayo de género de Rosario Castellanos”, en Mayuli Morales Faedo (ed.), *Ensayar un mundo nuevo. Escritoras hispanoamericanas a debate*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Biblioteca Nueva, 2016, pp. 133-156.
- Duby, Georges y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de la mujeres en Occidente*, Madrid, Altea/Taurus/Alfaguara, 1991.
- Drumright, Kelly, *Ser intelectual: Sor Juana Inés de la Cruz, Rosario Castellanos y Rosario Ferré ante el feminismo latinoamericano*, tesis, Boulder, University of Colorado
- Echeverría Álvarez, Luis, “El presidente encabezará el Homenaje a Rosario Castellanos”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 21.
- Elizondo, Salvador, “Ordena LE traer el cuerpo”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A
- Estrella, Alejandro, “La filosofía mexicana durante el régimen liberal: redes intelectuales y equilibrios políticos”, en *Signos Filosóficos*, vol. XII, núm. 23, 2010, pp. 141-181.
- Excélsior, “Página Editorial. Tlatelolco sangriento”, en *Excélsior*, 3 de octubre de 1968, p. 6-A.
- Excélsior, “Página Editorial. Rosario Castellanos”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 6-A.
- Flores Magón, Ricardo en Jaiven Ana Lau, *Juana Belén Gutiérrez*, conferencia, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 14 de abril de 2016.
- Flores, Malva, *El ocaso de los poetas intelectuales y la “generación del desencanto”*, México, Universidad Veracruzana, 2010.
- Flores Olea, Víctor, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p.10.
- Fondo de Cultura Económica, “Las letras mexicanas en el extranjero”, en *La Gaceta*, núm. 56, 1959, pp. 1 y 2.
- Frenk, Margit, “Sobre cultura femenina”, en *México en la Cultura de Novedades* 97, 10 de diciembre de 1950, p. 7.
- Fuentes, Carlos, “Carta de Carlos Fuentes al director de *Novedades*”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 353, 20 de noviembre de 1968, p. VI.
- Fuentes, Carlos, “No creo que sea obligación del escritor engrosar las filas de los menesterosos”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 189, 27 de septiembre de 1965.

- Fuentes, Carlos, “Nos negamos a ser cómplices de una farsa y a vivir bajo el signo del comercio y el alarido. Precisemos qué es un intelectual y qué es un periodista y cuál es la función de cada uno”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 582, 29 de agosto de 1964, p. 13.
- Fuentes, Carlos, “México 1972. Los escritores y la política”, en *Plural*, núm. 13, 1972, pp. 27 y 28.
- Galeana, Patricia, “Un recorrido Histórico por la revolución de las mujeres mexicanas”, en *La revolución de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2014, pp. 15-31.
- Garay, Graciela, *Las relaciones diplomáticas México-Israel (1947-1967)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Universidad Iberoamericana, 1996.
- García Canclini, Néstor, “La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu”, en Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990, disponible en [http://sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/ana/NGC_La_sociologia_de_cult_P_Bourdieu.pdf], consultado: 18 de junio de 2016.
- García Canclini, Néstor, “Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular”, en *Nueva Sociedad*, núm. 71, 1984, pp. 69-78.
- García Marruz, Fina, *Hablar de la poesía*, La Habana, Letras Cubanas, 1986.
- Garibay, Ricardo, “Rosario Castellanos. Tú, la de la insigne pulcritud”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 6-A.
- Gómez Alonzo, Paula, *La cultura femenina*, tesis de maestría en Filosofía, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1933.
- González Casanova, Henrique, “El cuento”, en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 74, 1963, pp. XIII-XVI.
- González Rojo, Enrique, “Los intelectuales y el partido”, en *Revista Revolución*, junio de 1961, s/p, disponible en [http://www.enriquegonzalezrojo.com/titulos.php?pageNum_rs_titulo=1&totalRows_rs_titulo=14&ct=13], consultado: 13 de marzo de 2015.
- Gordon, Samuel, “Homenaje a Rosario Castellanos”, disponible en [<http://www.youtube.com/watch?v=DsREpN4oHRY>], consultado: 14 de enero de 2014.

- Gordon, Samuel y Fernando Rodríguez (comps.), “Cartas de Rosario Castellanos a Efrén Hernández”, en *Literatura Mexicana*, vol. 7, núm. 1, 1996, pp. 181-212.
- Gramsci, Antonio, “La formación de los intelectuales”, en *Antonio Gramsci. Antología*, Madrid, Siglo XXI, 1974, pp. 388-396.
- Grenier, Yvon, *Del arte a la política. Octavio Paz y la búsqueda de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Gringoire, Pedro, “Líderes estudiantiles Intransigentes”, en *Excelsior*, 2 de noviembre de 1968, p. 7-A.
- Hernández Carballido, Elvira, “Un recorrido por las publicaciones de mujeres en el siglo XIX”, en *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2015, pp. 157-180.
- Hierro, Graciela, “La tesis de Rosario Castellanos”, en *Fem. Publicación Feminista Trimestral*, vol. III, núm. 10, enero-octubre de 1979, pp. 63-66.
- Hind, Emily, “De Rosario Castellanos al hombre Ilustre, o entre dicho y hecho hay un problemático pecho”, en *Letras Femeninas*, vol. 31, núm. 2, 2005, pp. 26-47.
- Hurtado, Guillermo, “Prólogo”, en *Emilio Uranga. Análisis del ser del mexicano y otros escritos sobre la filosofía de lo mexicano (1949-1952)*, México, Bonilla Artigas Editores, 2013, pp. 11-26.
- Hurtado, Guillermo, *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México en el siglo XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- Krauze, Enrique, “Rosario Castellanos, lúcida y escindida”, en *Letras libres*, marzo de 2017, pp. 34 y 35.
- Lau Jaiven, Ana, “Juana Belén Gutiérrez” (conferencia), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 14 de abril de 2016.
- Lau Jaiven, Ana, *Historia de las mujeres en México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2015, pp. 19-42.
- Leñero, Vicente y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1986, pp. 305-306.
- López Fuertes, Sofía, *El pensamiento indigenista en la narrativa del ciclo de Chiapas*, tesis de maestría en Antropología Social Occidente, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2009.

- López González, Aralia, “Oficio de tinieblas: novela de la nación mexicana”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 113, 2000, pp. 119-126.
- López González, Aralia, “El ensayo feminista territorio dialógico”, en *El ensayo iberoamericano: perspectivas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 133-141.
- López González, Aralia, *La espiral parece un círculo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1991.
- López Pino, Israel, “Marx, Lenin, Gramsci ante el problema de la hegemonía”, en *Marx desde cero. Blog dedicado al estudio de Carlos Marx y el marxismo*, 2014, disponible en [<https://kmarx.wordpress.com/2014/02/28/marx-lenin-y-gramsci-ante-el-problema-de-la-hegemonia/>], consultado: 18 de junio de 2016.
- Ludmer, Josefina, “Tretas del débil”, en Patricia González y Eliana Ortega, *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1984, s/p, disponible en [<https://literaturaanimada.files.wordpress.com/2014/03/ludmer-tretas-del-dc3a9bil.pdf>], consultado: enero de 2014.
- Maffeo, Aníbal José, “La guerra de Yom Kippur y la crisis del petróleo de 1973”, en *Revista de Relaciones Internacionales*, núm. 25, 2003, pp. 2-6.
- Marín, Carlos, “El pleito *Vuelta-Nexos* prueba que la cultura mexicana está más viva que nunca”, en *Proceso*, núm. 807, 1992, pp. 46-51.
- Martínez Carrera, José, *Orígenes del problema de Palestina*, Madrid, Arco Libros, 2002.
- Martínez, José Luis, “Revisiones de la literatura femenina”, en *Diorama de la Cultura* suplemento de *Excélsior*, 2 de marzo de 1958, p. 4.
- Martínez Miguélez, Miguel, “Conceptualización de la transdisciplinariedad”, en *Polis. Revista Latinoamericana*, núm. 16, 2007, s/p.
- Mejía, Eduardo, “El libro de Rosario Castellanos que no se perdió”, en Rosario Castellanos, *Rito de iniciación*, México, Alfaguara, 2012, p. 335.
- Millán, María del Carmen, “Rosario Castellanos. Gran mujer, gran escritora”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, 7-A.
- Mojarro, Tomás, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p.10.
- Montaigne, Michael de, *Ensayos I*, Madrid, Cátedra, 2012.
- Monsiváis, Carlos, “El proceso de las artes (1910-1970)”, en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2004, pp. 1029-1033.

- Monsiváis, Carlos, “México: los escritores y la política”, en *Plural*, núm. 13, 1972, p. 24.
- Morales Faedo, Mayuli, “Hablar de nosotras es pensar el mundo, pensar para transformarlo: ensayistas hispanoamericanas de la primera mitad del siglo xx”, en Mayuli Morales Faedo (ed.), *Ensayar un mundo nuevo. Escritoras hispanoamericanas a debate*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Biblioteca Nueva, 2016, pp. 133-156.
- Morales Faedo, Mayuli (coord., sel., e introd.), *Latinoamérica pensada por mujeres. Trece escritoras irrumpen en el canon del siglo xx*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Biblioteca Nueva, 2015, pp. 11-29.
- Murúa, Rita, “Una lucha solitaria contra las tinieblas”, en *Revista Mexicana de Literatura*, núms. 3-4, 1963, pp. 62-63.
- Navarrete, Carlos, *Rosario Castellanos. Su presencia en la antropología mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México/PROIMMSE, 2007.
- Pacheco, José Emilio, “La palabra. Nota preliminar”, en *El uso de la palabra*, México, Excélsior, 1974, p. 8.
- Pape, Ilan, *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos*, Madrid, Akal, 2007.
- Pasternac, Nora, “El periodismo femenino en el siglo xix: Violetas del Anáhuac”, en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac (eds.), *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo xix*, México, El Colegio de México, 1991.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Paz, Octavio, “Historia y prehistoria de Vuelta”, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 16-21.
- Paz, Octavio, “La letra y el cetro”, en *A treinta años de Plural (1971-1976)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 23-27.
- Paz, Octavio, *Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano del autor*, iv, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Paz, Octavio, “La conciencia es lo contrario de la razón de Estado”, en *Proceso*, núm. 57, 3 de diciembre de 1977, pp. 6-10.
- Paz, Octavio, “Veo una ausencia de proyectos. Las ideas se han evaporado”, en *Proceso*, núm. 58, 10 de diciembre de 1977, pp. 7-11.
- Paz, Octavio, “Murió la poeta Rosario Castellanos”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.

- Paz, Octavio, "Limpia valerosa", en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-a
- Paz, Octavio, "México 1972. Los escritores y la política", en *Plural*, núm. 13, 1972, pp. 21 y 22.
- Pellicer, Carlos, "Su obra llena de originalidad", en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.
- Peñalosa, Javier, "Nocturno a Rosario. Hasta la próxima", en *Excélsior*, 10 de agosto de 1974, p. 7-A y 8-A.
- Pereyra, Carlos, "La crisis ideológica", en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 548, 1972, p. v.
- Poniatowska, Elena, *¡Ay vida, no me mereces!*, México, Joaquín Mortiz, 1985.
- Poniatowska, Elena, "Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos", en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p.10.
- Poniatowska, Elena, "Rosario Castellanos combinará clases, literatura y diplomacia", en *Novedades*, 8 de marzo de 1971, p. 10.
- Pozas Horcasitas, Ricardo, "La Revista Mexicana de Literatura: territorio de la nueva élite intelectual (1955-1965)", en *Mexican Studies*, vol. 24, 2008, pp. 53-78.
- Pratt, Mary Louise, "No me interrumpas: las mujeres y el ensayo latinoamericano", en *Debate Feminista*, núm. 21, 2000, pp. 70-88.
- Proceso, "El rector Javier Barros Sierra y el 68. ¡Viva la discrepancia!" en *Proceso*, 28 de julio 2008, disponible en [<http://www.proceso.com.mx/89585/el-rector-javier-barros-sierra-y-el-68-viva-la-discrepancia>], consultado: 11 de mayo de 2015.
- Reyes, Andrea H., *Recuerdo, recordemos. Ética y política en Rosario Castellanos*, México, Universidad Autónoma de Chiapas, 2013.
- Reyes, Andrea H., "Introducción", en *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. 1, 2004, pp. 15 y 16.
- Reyes Navares, Salvador, "La Obra de Rosario Castellanos", en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 252, 1966, p. xi.
- Rico Galán, Víctor, "Con su abstención el intelectual defrauda al pueblo. México exige su vigilancia permanente", en *Siempre!*, núm. 583, 26 de agosto de 1964, pp. 12-13.
- Rico Galán, Víctor, "Pero qué entienden los intelectuales por periodismo", en *Siempre!*, núm. 581, 12 de agosto de 1964, p. 22.
- Robles, Martha, "Rosario Castellanos", en *La sombra fugitiva. Escritoras en la cultura nacional*, tomo II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 147-191.

- Rodríguez Araujo, Octavio, "Periodistas y libertad de prensa", en *La Jornada*, 27 de febrero de 2014, p. 31.
- Rodríguez Ballesteros, Erick Eduardo, "Paula Gómez Alonzo", en *Enciclopedia de la Filosofía Mexicana. Siglo xx*, disponible en [http://dcsh.izt.uam.mx/cen_doc/cefilibe/images/banners/enciclopedia/Diccionario/Autores/FilosofosMexicanos/Gomez_Alonzo_Paula.pdf], consultado: 11 de marzo 2014.
- Rodríguez Munguía, Jacinto, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, México, Debolsillo, 2007.
- Roudinesco, Élisabeth, *A vueltas con la cuestión judía*, Barcelona, Anagrama, 2011, s/p, disponible en [<https://espapdf.net/book/a-vueltas-con-lacuestion-judia/>], consultado: 1 de enero de 2017.
- S/a, "Carlo Antonio de Castro, etnólogo de corazón indígena", disponible en [<http://www.oem.com.mx/diariodexalapa/notas/n1593590.htm>], consultado: 30 de abril de 2014.
- Said, Edward W., *Representaciones del intelectual*, México, Debate, 2010.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, *La filosofía y las ciencias sociales*, México, Grijalbo, 1976.
- Scherer, Julio, "Las batallas de Julio Scherer", disponible en [<https://www.youtube.com/watch?v=2WpJYzIIlfgc>], consultado: 29 de enero de 2017.
- Scherer, Julio, *La terca memoria*, México, Debolsillo, 2008, p. 100.
- Scott, Joan W., "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Martha Lamas (comp.), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México/Bonilla y Artigas Editores, 2015, pp. 251-290.
- Sepulveda, César, "Alcances de la no intervención como norma legal internacional", en *Revista Mexicana de Política Exterior*, disponible en [<https://revistadigital.sre.gob.mx/images/stories/numeros/n46/sepulveda.pdf>], consultado: 1 de marzo de 2017.
- Sorj, Bernardo, "Diáspora, judaísmo y teoría social", en *Revista de Cultura y Religión*, vol. 1, núm. 1, 2007, disponible en [<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2785588>], consultado: 1 de marzo de 2017.
- Sommers, Joseph, "Rosario Castellanos: nuevo enfoque del indio mexicano", en *La Palabra y el Hombre*, enero-marzo de 1964, pp. 83-89.

- Suárez-Iñiguez, Enrique, *Los intelectuales en México*, México, Ediciones El Caballito, 1980, pp. 3-31.
- Tuñón, Enriqueta, *La lucha por la ciudadanía de las mujeres en México*, conferencia, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 12 de marzo de 2015.
- Urrutia, Elena, “Rueca: una revista literaria femenina”, en *Nueve escritoras mexicanas nacidas en la primera mitad del siglo xx, y una revista*, México, Instituto Nacional de las Mujeres/El Colegio de México, 2006, pp. 367-382.
- Valadés, Edmundo, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p.10.
- Valles Ruiz, Rosa María, “Hermila Galindo: Ideas y acción de una feminista ilustrada”, disponible en [http://www.uaeh.edu.mx/investigacion/productos/4962/hermila_galindo_articulo_para_ciencia_universitaria.pdf], consultado: 10 de abril de 2014.
- Valles Ruiz, Rosa María, *Yo no soy primera dama. Biografía no autorizada de María Esther Zuno de Echeverría*, México, Premios DEMAC, 2006.
- Valles Salas, Beatriz Elena, “Juana Belén Gutiérrez de Mendoza. Estrella de la tarde”, en *Historia de las mujeres*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2015, pp. 225-243.
- Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica, 1950.
- Volpi, Jorge, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México, Era, 1998.
- Weinberg, Liliana, *El ensayo entre el paraíso y el infierno*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Weil, Simone, “Meditación sobre la obediencia y la libertad”, en *Escritos históricos y políticos*, Madrid, Trotta, 2007, pp. 111-115.
- Yáñez, Agustín, “Rosario a Rosario”, en *A Rosario Castellanos, sus amigos*, México, Publicación especial del año internacional de la mujer, 1975, pp. 49-50.
- Zaid, Gabriel, “Intelectuales”, en *Vuelta*, núm. 168, 1990, pp. 21-23.
- Zaid, Gabriel, “México 1972. Los escritores y la política”, en *Plural*, núm. 13, 1972, p. 22 y 28.

Rosario Castellanos, intelectual mexicana,
de Claudia Maribel Domínguez Miranda,
se terminó de imprimir en la Ciudad de México,
el 7 de febrero de 2019, en los talleres de Ediciones del Lirio, S.A. de C.V.,
Azucenas núm. 10, Col. San Juan Xalpa,
C.P. 09850, Ciudad de México, Tel. 5613-4257.
La edición en papel cultural de 90 gramos consta
de 500 ejemplares más sobrantes para reposición.
Corrección de estilo: Amaranta Luna Castillejos.
Formación: María Guadalupe Rodríguez Sánchez.
Cuidado editorial: Coordinación
del Departamento de Filosofía.